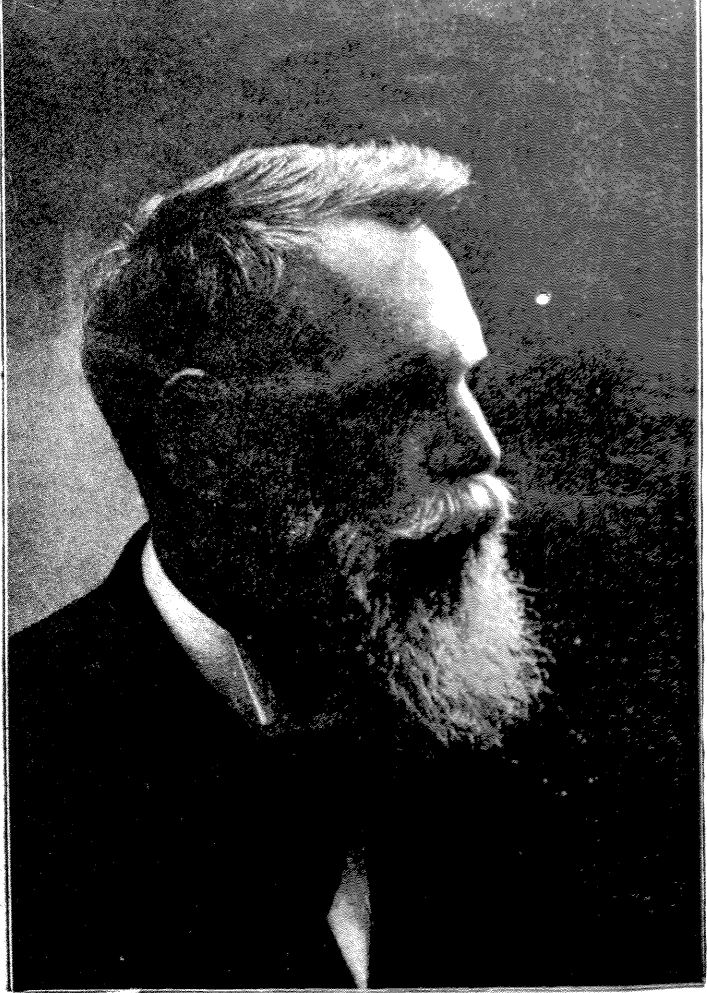


# Tradiciones y Leyendas Puertorriqueñas

**PRINTED IN SPAIN**



CAYETANO COLL Y TOSTE



# TRADICIONES Y LEYENDAS PUERTORRIQUEÑAS

POR

CAYETANO COLL Y TOSTE



PRÓLOGO DE

CARLOS N. GARRERAS



TOMO PRIMERO



BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest  
1907, Londres 1913, París 1913 y gran premio en la de Buenos Aires 1910

CALLE DE MALLORCA, 166

ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL



## AL LECTOR...

*De una amigable entrevista con el Dr. Coll y Toste, donde el ilustre historiógrafo ponía en su ocurrente gárrula, la sutil ironía de su ingenio, la frase animada y pintoresca de un tono carmén, más subido que el de los flamboyanes en flor que alfombran con sus pétalos la escalinata de su retiro-residencial en Villa Los Pinos, surgió la idea de brindar al lector estas leyendas que llevan el espíritu de nuestras tradiciones.*

*En este género literario, donde descolló triunfalmente el inolvidable peruano don Ricardo Palma, muéstrase a elevada altura el señor Coll y Toste, en las páginas que forman este interesante libro.*

*Alguien ha dicho, y no sin sobrada razón, que «si la historia ha de ser considerada como literatura propiamente dicha, merecería ser antepuesta a la novela y figurar en primera línea como en los tiempos antiguos, para llenar cumplidamente su misión en los tiempos modernos; y el historiador necesita ser hombre de letras en el más alto sentido de la palabra, porque debe saber exponer los hechos con elegancia, con estilo fácil y agradable, y necesita, al mismo tiempo, ser competente en política, en ciencias y en artes, para reflejar con exactitud las manifestaciones de la vida de los pueblos en sus diversos y complicadísimos aspectos» (1).*

*¿Qué es la leyenda, sino un apunte jugitivo de la his-*

---

(1) Aníbal Latino. *La Nueva Literatura*, página 90.

toria reanimado por la gracia y la imaginación penetrante del escritor? Tiene su fuente en la historia este género tan agradable de la literatura, y aunque muy antiguo se remozó en sus nuevas formas, como en la presente obra donde su autor, además de ilustrar con detalles verídicos, y de recrear el espíritu del lector en una deliciosa lectura, parece haber ido tras una trascendencia oculta, buscando la psicología de nuestro pueblo, toda vez que arranca desde el siglo XVI, época de la Conquista, pasando de siglo en siglo, en sus investigaciones, hasta nuestros días, a cuya labor pone fin y remate de manera airoso, trayendo a esas leyendas la poesía de la historia regional...

\* \* \*

La leyenda es la aurora de la historia. Los Vedas constituyeron una serie de leyendas de los Arios. Para ellos hubo cuatro razas humanas fundamentales. Consideran la roja como la primitiva, ocupando la tierra, y combatida por la negra y la amarilla que se unieron después; y finalmente por la blanca, salida de los bosques de Europa. Según los vedas, el dragón fué el emblema de los negros cuando invadieron todo el Sur de Europa; y para los blancos que los combatían arrojándolos de los territorios europeos y asiáticos, el diablo o espíritu maligno era negro.

El Dragón brillaba al sol en la bandera de combate de los africanos y sus sacerdotes lo esculpían en las puertas de sus templos.

Los hombres hiperbóreos, los rubios de cabellos de oro y ojos de zafir, trajeron el culto del Sol y de los Antepasados; y este culto dió lugar a las mujeres videntes y pitonisas. La mujer como sér más imaginativo y sensible que el hombre, presintió primero que su compañero, lo Oculto, y afirmó rotundamente lo Invisible... Así surgen la Voluspa del Edda, las dormidas célticas, las videntes germanas, las bacantes de Tracia y la pithia de Delfos.

En el fondo de todas estas cosas está la magia de la Belleza y el cincel del Arte.

¿Sabéis de cosa más delicada que las leyendas de el Carnero y los Hijos del Sol y de la Luna de Zend Avesta, y la leyenda del Murciélago de los Druidas?

\* \* \*

*El alma de los pueblos, amante de lo maravilloso y sobrehumano, acoge con encanto y deleite todo lo que es superior y sublime. ¿Queréis algo más extraordinario para impresionar la fantasía humana que el génesis de la historia griega? Apolo, el Dios del Sol, Dionysos, el resucitador de las almas...*

*Hay pueblos cuyo solo nombre es evocador de bellas leyendas milenarias. Decimos Egipto, y es como una palabra mágica que exalta la imaginación; la barca de Isis flotando en el río de las almas y llevándolas hacia el dios Osiris... La iniciación de Mermes en el templo de Tebas...*

*Roma: imaginaos lo sugestivo de una loba amamantando a Rómulo y a Remo, los fundadores de la ciudad emperatriz, dueña del mundo antiguo civilizado... Las Noches Aticas, de Aulo Gelio, La Matrona de Efeso, de Petronio, el árbitro de la elegancia, Las Aventuras de Psiquis, de Apuleyo, que ha inspirado a tantos pintores y poetas, como Molière, La Fontaine y Rafael...*

\* \* \*

*El paganismo con sus espíritus ideales, ocupando los bosques y las aguas, llenos de ninjas, ondinas, gnomos, sátiros, gigantes, enanos, dragones, serpientes y animales parlantes, ha sido un rico manantial para abreviar la fantasía de los poetas y dar vida a las leyendas.*

*El cristianismo, con sus ángeles y serafines, brujas y demonios, agentes de Lucifer; encantamientos y éxtasis y milagros de los Santos, también ha sido abundosa fuente para la creación de leyendas místicas... Las bíblicas páginas del Antiguo y Nuevo testamento cristiano, están cuajadas, como el cielo de estrellas, de maravillosas leyendas que encantan en la niñez y preparan el alma creyente a conservar la fe... El espíritu de Dios flotando sobre las aguas en la creación del mundo; Adán y Eva en el Paraíso; el Arca de Noé; La Torre de Babel; el fuego bajando del cielo sobre Sodoma y Gomorra por la corrupción de sus costumbres; la madre de Dios dando a luz en un portal entre el buey y la mula; los príncipes*

*de Oriente guiados por una estrella a adorar al niño Jesús... Santiago, el apóstol montado en un caballo blanco, peleando contra los moros en España; dos ángeles del cielo bajando la cruz en Asturias; la batalla de Covadonga, donde se vuelven las flechas contra los árabes... y mil más...*

\* \* \*

*Dijimos que la leyenda era un apunte fugitivo de la historia reanimado por la gracia y la imaginación penetrante del escritor... y si asentimos, también, que para ser historiador es menester ser hombre de letras, con elegancia de estilo fácil, ser competente en ciencias y en artes, para reflejar con exactitud las manifestaciones de la vida de un pueblo, queda hecha la presentación del autor de esta obra desde esas consideraciones, quien llena a carta cabal todas esas aptitudes en eminentes grados de sabiduría.*

*El Dr. Don Cayetano Coll y Toste, poeta laureado, escritor de bello estilo, conocedor de las costumbres de nuestra sociedad desde su formación, que sabe dar a su prosa calor y color, hombre de ciencias y letras, consagrado a la noble misión de la Historia de su patria, y por último, político notable que ha resuelto hábilmente problemas trascendentales de gabinete, es una de esas firmas que gozan de tan sólido prestigio en las letras, que por sí sola avalora el libro que queda en las manos del lector...*

CARLOS N. CARRERAS

*San Juan de Puerto Rico — 1928.*



## GUANINA

(1511)

### I

Caía la tarde envuelta en radiantes arreboles. Don Cristóbal de Sotomayor, sentado en un taburete en el amplio aposento que se había hecho fabricar en la aldehuela india de Agüeybana, aspiraba amodorrado los efluvios aromosos que la brisa de la tarde le traía del inmediato bosque, pensando melancólicamente en la Corte valisoletana y en la Condesa de Camiña, su señora madre, cuando penetró en la alcoba con precipitado paso una hermosa india, de tez bronceína, ojos expresivos, levantado pecho, suaves contornos y cabellos abundosos, medio recogidos en trenzas, a estilo antiguo castellano.

—¿Qué ocurre, querida Guanina, que te veo asustada y tus grandes y hermosos ojos, tan vivaces siempre, están llenos ahora de lágrimas?

—¡Huíd, señor...! Huíd, amor mío... Tu muerte está acordada por todos los caciques borriqueños. Yo conozco las cuevas más recónditas de nuestra isla y yo te ocultaré cuidadosamente en una de ellas.

—¡Estás delirando, Guanina! Los tuyos han doblado ya la cerviz para no levantarla más— replicó don Cristóbal, atrayendo hacia sí a la gallarda india, besándola en la frente, y tratando de tranquilizarla.

—No creas, señor, que los míos están vencidos. Los consejos de mi bondadoso tío Agüeybana hicieron que los borriqueños os recibieran con placer y paz; y os aga-

sajaron. Os creyeron verdaderos *gwaitiaos*; pero los hechos han venido a probar desgraciadamente, que no sois tales confederados y amigos, sino que pretendéis ser amos. Además, algunos de los tuyos han abusado inconsideradamente de la bondad indígena. Y finalmente, el rudo trabajo del laboreo de las minas, en compactas cuadrillas, buscando esas tan deseadas piedrezuelas de oro, que tanto apreciáis, los ha llevado a la desesperación, que como sabéis muchos se quitan la vida por no lavar esas malditas arenas.

—Te veo, Guanina, también rebelde —díjole don Cristóbal, sentándola a su lado y besándola cariñosamente.

—Digo lo que siento, amor mío. Y cómo tu muerte está acordada por los caciques, quiero salvarte. Vengo a avisarte, porque no quiero que te maten —volvió a exclamar Guanina, con los ojos llenos de lágrimas y abrazándose fuertemente al joven hidalgo, que la retuvo entre sus brazos con placer.

## II

De repente penetró en la alcoba, Juan González, el intérprete, cortando imprudentemente el amoroso coloquio de los jóvenes amantes.

—Señor don Cristóbal, no hay tiempo que perder. La rebelión de los indígenas va a comenzar y será formidable. Acabo de presenciar un *areyto*, en el cual tus propios encomendados, danzando y cantando, han jurado tu muerte y la de todos nosotros.

—¡Tú también, buen Juan, estás impresionado! Veo con pesar, que se te están pegando las timideces de estos indios. Esos son desahogos de siervos y nada más.

—Hace noches —repuso el astuto González—, que observo luminarias, y que oigo, en el silencio nocturno, el grito de alarma del caracol en la montaña, tocando a rebato con insistencia. Son éstas, indudablemente, señales de aliento, acordadas ya. Pronto la isla toda arderá en terrible conflagración contra nosotros. ¡Huyamos, señor, huyamos! Conozco todos los atajos y vías que conducen a la Villa de Caparra. ¡Aún es tiempo, señor don Cristóbal!

—¡Yo huir, Juan González! —dijo con énfasis y comprimida rabia don Cristóbal, levantándose airado del ta-



burete, y desprendiéndose de los brazos de Guanina, que tenía sobre los hombros del gallardo mancebo reclinada su gentil cabeza, y repitió:

— ¡Yo huir, Juan González! ¿No sabes tú, que me llamo Sotomayor, y que ninguno de los míos volvió jamás la frente al enemigo? Saldré de aquí por la mañana, a pleno sol, alta la visera, con pendón desplegado, seguido de mis amigos y con mis equipajes al hombro de esta canalla, que atruena ahora el *batey* con su vocinglería y que pronto castigaremos. Nada más. Retírate.

Mientras tenía lugar este diálogo entre los dos cristianos, Guanina se había retirado al alféizar de la ventana y miraba con ojos tristes la obscuridad del bosque, como queriendo escudriñar sus secretos con sus penetrantes miradas de criatura salvaje, y maquinalmente terminaba de trenzar su negra y abundosa cabellera, a estilo castellano, según se lo había enseñado el joven hidalgo español, en sus raptos de amor con la esbelta doncella indígena.

—Ven, Guanina, siéntate a mi lado. Estoy irritado con los tuyos, pero no contra ti. Tu amor llena mi alma. Bésame para olvidar con tus caricias las penas que me agobian.

Y la hermosa indio ciñó con sus brazos el cuello del gallardo doncel y le besó risueña, mostrando, al reírse, sus amarfilados dientes, que parecían una ringlera de perlas finas.

### III

La mañana fué luminosa, esplendente. Bien de madrugada el buen Juan González, el astuto intérprete, llamaba quedamente a la puerta de la alcoba de don Cristóbal.

—Señor, señor, soy yo, Juan González.

—Entra. ¿Qué hay?

—Toda la noche hemos estado velando vuestro sueño. ¡Partamos, señor don Cristóbal, partamos!

—Llama a Guaybana, mi cacique encomendado.

—Ya le había citado, señor. Está abajo en el portal, esperando vuestras órdenes.

—Dile que entre.

Juan González obedeció la orden de su Capitán. Y Guaynaba, el cacique principal de Boriquén, penetró en el salón. Saludó a don Cristóbal fríamente, llevándose la mano derecha a la frente, pero manteniendo el ceño muy fruncido. Era Guaybana un joven robusto, desenvuelto y altivo. Había heredado el cacicazgo de su tío *Agüeybana*, y odiaba mortalmente, de todo corazón a los invasores.

—Necesito, Guaybana —díjole don Cristóbal—, que nombres una cuadrilla de tus *naborias*, para que lleven mi fardaje a la Villa de Caparra. Estoy de viaje y quiero partir inmediatamente.

Juan González, el *lengua*, interpretó a su Capitán.

—Serás complacido —contestó el cacique secamente, retirándose de la alcoba sin saludar, y con el ceño fruncido como cuando entró en el aposento.

—Señor don Cristóbal, ¿qué habéis hecho? ¿Por qué habéis indicado a Guaybana la ruta que vamos a seguir? —exclamó el intérprete, aterrado con la imprudente franqueza de Sotomayor, que no daba gran importancia al movimiento insurreccional de los boricuenses.

—Juan, mi buen Juan, es preciso que sepan estos gandules que nosotros no huímos de ellos. No temáis, amigo mío, que el Dios de las victorias está con nosotros. Nadie puede humillar el pendón castellano. ¡Ea, González, a preparar el viaje!

Y el intrépido joven descolgó de la pared su espada toledana, su casco y su rodela, colocándolos sobre la cama. Guanina al ver lo que hacía su amante, se acercó a él y le dijo al oído:

—¡Llévame contigo, amor mío! No quiero quedarme aquí sin tu compañía. ¡Llévame...!

—Imposible ahora, Guanina. Tan pronto salgamos de estos sitios, habrá una fuerte *guasábara*; y yo no quiero que una flecha te alcance y pueda herirte o matarte. Una rozadura de tu piel me partiría el corazón. Pronto volveré por ti, muy pronto. Te lo prometo.

Y estrechándola entre sus brazos la besó en la boca con ardor juvenil. Guanina se puso a llorar tristemente, sin que los sollozos que salían de su pecho hicieran cambiar de resolución al noble y arrogante doncel.

Los *naborias*, sirvientes indios, empezaron a entrar en el aposento de don Cristóbal y a repartirse la carga.

Los indígenas miraban de reojo, con mal disimulada cólera, a la hermosa Guanina, que tenía los párpados hinchados de tanto llorar.

La comitiva estaba en el *batey*, esperando las últimas órdenes. Don Cristóbal dispuso que Juan González quedase a retaguardia con los equipajes y que sus cinco amigos marcharan con él a vanguardia, bien prevenidos, para evitar una emboscada. El adalid, buen guía, había de ir marchando a la descubierta. Como iban de viaje y a pie, no podían llevar toda la armadura, y se pusieron solamente petos de algodón, para resguardar el tronco de algún flechazo.

Don Cristóbal, puesto el casco de bruñido acero, ceñido el espadón y embrazada la rodela, subió precipitadamente los escalones del caserón de su estancia para besar por última vez a su querida Guanina. No se dijeron ni una sola palabra. Se abrazaron y se besaron de nuevo convulsivamente. Cuando bajaba la escalera, llevóse don Cristóbal el dedo meñique de la mano izquierda, a la mejilla, para borrar furtivamente dos hermosas perlas que se habían desprendido de sus ardientes ojos y que el arrogante joven no quería fueran sorprendidas por sus compañeros de armas. Era el tributo justo de amorosa reciprocidad del soberbio paladín a la encantadora india, que había sacrificado a su amor los sentimientos de patria, raza y hogar indígenas.

#### IV

La comitiva de don Cristóbal de Sotomayor, aprovechando el ambiente fresco de la mañana tropical, se puso en marcha por el camino que conducía hacia la Villa de Caparra. Bien pronto se perdió de vista el reducido pelotón. Entonces Guaybana reunió trescientos indios, de sus mejores guerreros, y les dijo:

—Sonó, amigos míos, la hora de las venganzas. Muchas lunas me han sorprendido llorando nuestra desgracia. Hay que destruir ahora a todos los invasores o morir por la patria en la demanda. Todos nuestros hermanos de las otras comarcas de la isla están ya preparados para la lucha. El *zemí* protector manda morir matando. El sol de hoy nos será propicio con sus lumbres. Es preciso, pues, no seáis vosotros inferiores en valor a los

valientes guerreros que capitanean *Guarionex* y *Mabó Damáca*. Fijad la puntería de las flechas y amarrad a las muñecas las manijas de las macanas. ¡Adelante, adelante!

Guaybana lucía su penacho de plumas multicolores, llevaba al cuello el *guanín* de oro, distintivo de jefe, y blandía con la mano derecha la terrible hacha de sílex, con que derribaba sus bosques de úcares y cedros.

Seguían al decidido cacique trescientos indios, bien armados, con sus carcajes al hombro, llenos de flechas, el arco en la mano izquierda y la macana en la diestra. Llevaban el pelo recogido al occipucio con un cordón de maguey y el cuerpo pintarrajeado en franjas con la pasta del *achiote* amarillo y el jugo negro de la *jagua*.

Marchaban los indios sin orden ni formación por la vía que poco antes había tomado don Cristóbal, en cuya busca iban. Todos hablaban o gritaban, produciendo una algarabía infernal. Habían perdido por completo el miedo a los extranjeros.

## V

El primero que sintió que se aproximaban los bori-quenses, en sentido hostil, fué el intérprete Juan González, que marchaba a retaguardia. El astuto *lengua* dió orden en seguida a los naborias de detenerse y hacer alto, para escudriñar lo que era aquel ruido. Y al mismo tiempo que se daba cuenta de lo que ya él, con su buen juicio, se presumía que fuese, se le echaron encima unos cuantos indígenas y recibió dos macanazos, que le rompieron la cabeza y le salpicaron de sangre. Afortunadamente no perdió el conocimiento y arrodillándose ante el soberbio cacique Guaybana, que acababa de divisar, le pidió la vida y ofreciósele a servirle perpetuamente.

— ¡Dejad a este bribón, no le matéis! — gritó Guaybana; y volviéndose con arrogancia a los suyos, exclamó:

— ¡Avanzad en busca de don Cristóbal y su gente!

La mesnada india obedeció; y corrió por el atajo, lanzando furiosos gritos de guerra. Los naborias saquearon el equipaje, que poco antes llevaban a cuestras, y se desparramaron en distintas direcciones.

Viéndose Juan González solo, dió gracias a Dios por haberle salvado la vida, curóse como buenamente pudo

las heridas de la cabeza, y trepóse en un frondoso árbol para esperar la noche y poder huir hacia Caparra con mayor seguridad de salvación. El buen *lengua* prefirió más ser un Sancho que un don Quijote, librando la ruin pelleja a costa del honor. A pesar de su desgracia, sentía hondamente no poder avisar a su amo de cómo era la avalancha de enemigos que iban en su contra.

## VI

Don Cristóbal y sus cinco amigos caminaban con sumas precauciones al ojeo. De cuando en cuando la brisa les traía voces inacordes y ruidos extraños, procedentes del bosque. Cruzaron los senderos cautelosamente. Una ráfaga de viento les trajo vocablos más inteligibles. Eran gritos indígenas. Bien pronto comprendieron que se acercaban los indios en actitud belicosa y que habría *guasábara*.

El adalid, a pesar de ir a vanguardia, paróse, y dió la voz de alerta. Don Cristóbal dió el alto; y volviéronse todos del lado que venían las inacordes voces, bien embrazadas las rodelas y los aceros al aire libre. Pronto la flechería les advirtió que los enemigos eran muchos y que la lucha sería empeñada y sangrienta.

—Amigos míos — dijo el hidalgo don Cristóbal —, preparaos a dar buenas cuchilladas. Aunque somos pocos triunfaremos. No debemos separarnos ni por un instante. Tened el ojo avizor, pie firme y el brazo siempre en guardia, y que las estocadas sean rectas para que sean mortales. En la mano izquierda tened la daga. Y que Dios nos proteja.

—¡Santiago y Sotomayor! — gritaron sus amigos —.  
¡Santiago y Sotomayor! — repitieron.

Como se precipita un torrente desbordado, acrecentado por las lluvias continuas, así cayó aquella turba multa de indios sobre el pequeño destacamento castellano. Los primeros indígenas que se acercaron, mordieron el suelo inmediatamente. Se atropellaron de tal modo contra los cristianos, que no les fué posible usar de los arcos y las flechas; porque se peleaba casi cuerpo a cuerpo. La sangre humana lo teñía todo con su rojo color. Los gritos agudos y rabiosos, herían la atmósfera. Don Cristóbal y sus amigos lanzaban a su vez voces

estentóreas de guerra para contrarrestar la de sus contrarios; y con cada estocada certera iba una maldición violenta. La pequeña hueste revolvíase ágil a diestro y siniestro. Los boriagueños acosaban a los castellanos por todas partes con terribles macanazos. Volaban las macanas partidas en dos por los tajantes espadones. Poco a poco se fué apagando la estruendosa gritería y las respiraciones eran jadeantes. El suelo estaba lleno de cadáveres por todos lados. Los indios podían reemplazarse, los españoles no. El último de ellos que cayó, fué el hidalgo y valeroso don Cristóbal, con el casco abollado y la espada rota, pero de frente a sus contrarios. En vano trató de alcanzar al soberbio Guaybana, pues cuando llegó a divisarle corrió hacia él, para atravesarle con la espada, tropezó ésta en una liana, recibiendo al mismo tiempo un macanazo en la cabeza, que le privó de la vida, a la vez que otro formidable golpe de macana dado de soslayo, le rompía la espada.

Guaybana y sus guerreros se acogieron a una loma cercana para descansar de las fatigas del combate, enterrar a sus muertos y orientarse en la campaña que iban a emprender contra los cristianos. El primero que habló fué el soberbio régulo de *Guaynia*:

— ¡El gran *Zemí* está con nosotros! En verdad que mi *guitiao* don Cristóbal era todo un valiente. No retrocedió ni un paso. Si fuéramos caribes, nos beberíamos su sangre para que nos infundiera su gran valor. Es preciso hacerle los honores de un gran guerrero y enterrarle con la pompa correspondiente a su categoría de cacique español. Tú, Naiboa, ve donde el *bohique* principal Guacarí y que se cumplan mis órdenes.

Cuando el *nitayno* o lugarteniente Naiboa fué con veinte indios a recoger el cadáver del desgraciado hijo de la Condesa de Camiña, se encontraron a Guanina, lavándole el rostro a su amante, y tratando, en su delirio insano, de volverle a la vida con sus ardientes besos. Regresó la comitiva india, llevando la noticia infausta a Guaybana, de que su hermana Guanina no había dejado que tocaran el cadáver de don Cristóbal.

— Bien, Naiboa. El *Zemí* tutelar así lo habrá dispuesto — replicó el régulo boriagueño —. Respetad el dolor de Guanina, amigos míos. Mañana será sacrificada sobre

la tumba de su amante para que le acompañe en la otra vida.

Y añadió con triste voz el cacique vencedor:

—Tú, bohique Guacarí, dirigirás el rito cruento.

El augur se puso en pie y marchó con sus acólitos en demanda de la víctima infeliz y del cadáver del Capitán cristiano, a fin de preparar la fúnebre ceremonia para el día siguiente.

Cuando llegaron al sitio de la desgracia, encontraron a Guanina muerta, descansando su cabeza sobre el pecho ensangrentado del hidalgo español.

## VII

Los cadáveres de don Cristóbal y Guanina fueron enterrados juntos al pie de una gigantesca ceiba. Y sobre esta humilde tumba, brotaron espontáneamente rojas amapolas silvestres y blancos lirios olorosos. La naturaleza misma ofrendando en el altar del amor ingenuo, alma del mundo, hálito misterioso, soplo divino y dicha perenne de las almas puras.

Cuando al declinar el día, la purpúrea luz enrojece el Occidente, como si lo bañara en sangre, y la sombra de la gigantesca ceiba, añosa y carcomida por la edad, arropa una gran extensión de terreno, creen los campesinos de la cercanía escuchar en aquella loma dulces cantos de amor, con el suave susurro de las hojas. Sabedores por la tradición, que allí fueron sepultados el valiente don Cristóbal de Sotomayor y la hermosa india Guanina, creen que son las almas de los dos jóvenes amantes, fieles a su intenso amor, que salen de la tumba a contemplar la estrella de la tarde y a besarse a los rayos de la luna (1).

---

(1) Esta leyenda fué premiada con medalla de oro en el Certamen que se celebró en San Juan cuando la fiesta del 4.º Centenario de la Colonización cristiana de Puerto Rico, el 12 de agosto de 1908.



## EL CAPITAN SALAZAR

(1511)

### I

Refiere Fernando Colón, biógrafo de su padre el gran Almirante, que al realizar su segundo épico viaje y aportar a una isla, «que bautizó San Juan Bautista, que los indios llamaban «Boriquén», surgió con la armada en una canal de ella a Occidente, donde pescaron muchos peces y vieron halcones y parras silvestres y más hacia Levante fueron unos cristianos a ciertas casas de indios, que según su costumbre estaban bien fabricadas, las cuales tenían la plaza y la salida hasta el mar, y la calle muy larga, con torres de caña a ambas partes; y lo alto estaba tejido con bellísimas labores de plantas y yerbas como están en Valencia los jardines; y lo último hacia el mar era un tablado en que cabían diez o doce personas, alto y bien labrado».

Este pueblecito era el *yucayeke* del cacique Aymamón. Junto a él levantaron los cristianos el villorrio *Sotomayor*, a cuyo frente estaba el capitán Diego de Salazar. El régulo indio y el jefe castellano eran buenos amigos, *guaitiaos*, es decir, confederados; y la hija del cacique, una linda muchacha como un botón de rosa, la gentil *Caonaturey* (Oro del Cielo) fué el estrecho lazo de unión entre aquellos dos valientes.



II

Acordado el levantamiento de los indígenas en 1511, por *Guaybana*, jefe entonces de los Boriquenses, y secundado por los intrépidos *Guarionex*, régulo del *Otoao* y el arrojado *Mabodamaca*, dominador del *Yagüey*, dióse comienzos a la rebelión con la muerte violenta del hijo de la Condesa de Camiña, don Cristóbal de Sotomayor, que vivía con su encomienda de indios al sur de la isla, en *Guaynía*, la ranchería de *Guaybana*.

El soberbio *Guarionex*, marchó en seguida con una frenética turbamulta de indígenas a incendiar el poblado de *Sotomayor*. Cayó con tres mil indios como una tromba tempestuosa sobre el incipiente burgo. Sorprendió al vecindario durmiendo, pero los atalayas avisaron muy de prisa al Capitán Salazar, quien se vistió apresuradamente, oyendo la estruendosa grito de los asaltantes y el estrépito sordo del combate. Aseguróse el peto, calóse el casco y descolgó su espadón. Aquel acero toledano cortaba un pelo en el aire, pero la hoja mejor templada no vale nada si no tiene una buena empuñadura y ésta necesita una vigorosa mano de hierro que la maneje y un corazón audaz que la dirija. Y de todo esto disponía el Capitán Salazar. Joven, apuesto, intrépido y sereno, ordenó al adalid frunciendo el entrecejo y henchido de cólera, tocar su clarín de guerra para congregarse su gente. Al oírlo, respondieron sus adictos gritando: « ¡Santiago y Salazar! »

Los cristianos constituían solamente un pequeño pelotón de audaces. El fornido cacique *Aymamón* con su mesnada, leal al castellano, contenía las huestes invasoras de *Guarionex*. El fuego había prendido en los pajares y bohíos, y las llamas y el humo se propagaban simultáneamente. A la luminaria del incendio combatían en tropel salvaje los indígenas leales con los rebeldes.

*Caonaturey*, sofocada por el humo, abrió imprudentemente un ventanal de la casa donde vivía con Salazar. La inocencia es atrevida en el peligro. *Caonaturey* era una valerosa muchacha. Parecía hecha de cornalina por el color rojo de su piel de india, realzado aún más con el áureo metal de los aros que se enroscaban en sus brazos y pantorrillas. Su cabellera, negra como el basalto,

caía en desorden sobre su nuca tentadora. Tenía siempre la sonrisa en su boca de frescura primaveral. Sus ojazos negros eran vivaces. La voluptuosa india, floreciente y dulce, se había apoderado del corazón del guerrero español.

*Caonaturey*, ostentando su vistoso atavío de plumas multicolores, se acercó al ventanal. Bien pronto tres flechas, acompañadas de agudos gritos de la *guisábara*, penetraron por la abertura: una dió en el resplandeciente casco metálico del Capitán Salazar, otra se quebró en el quicio de la ventana y cayó en el sobrado, y la tercera se clavó en el pecho de la hermosa hija del cacique *Aymamón*. La gallarda joven dobló el cuello, lanzó un doloroso suspiro y expiró en los brazos de su desesperado amante. Salazar lanzó una terrible imprecación, y se arrojó, impetuoso y temerario, seguido de su gente, a lo más intrincado de la pelea.

Los gritos de los combatientes, los disparos de arcabuces y los estallidos del incendio semejaban al fragor de una tempestad de rayos y truenos. Pronto comprendió el Capitán Salazar la imposibilidad de someter a aquellos gandules desenfrenados y poder salvar el caserío del desastre. El incendio se había extendido horrorosamente y una espesa humareda en densos remolinos rodaba por la sabana contigua. Hizo de nuevo tocar su clarín y al grito de guerra « ¡Santiago! ¡Salazar! » empezó a batirse en retirada, abandonando el poblado, ya que no podía obtener el éxito de la victoria. Sotomayor ardía por todas partes. Cuantos indígenas trataron de cortar la retirada al bizarro milite mordieron el polvo tajados y maltrechos.

### III

A los rayos moribundos de la luna, en una loma cercana, pudo el Capitán Salazar detenerse y con su ardor caballeresco y su espíritu altivo organizar la marcha hacia Caparra. La claridad lunar se detenía en su broncíneo casco. Con una hábil treta había dejado a los indígenas de *Guarionex* empeñados en destruir a los indígenas de *Aymamón*. Desde aquel sitio se distinguía perfectamente el voraz incendio.

Lo primero que sintió el Capitán Salazar, fué haber

dejado por detrás el cadáver de su infeliz amante; pero no le era posible volver a Sotomayor a recoger los adorados restos de *Caonaturey*. Tal vez, en aquellos tristes momentos, estaba el cuerpo de la desgraciada doncella reducido a cenizas.

#### IV

El camino que conducía hacia la Villa de Caparra, era una intrincada vereda, peligrosísima por la rebelión general de todo el país. El Capitán Salazar y su mermada tropa la afrontaron valientemente, aunque con pocas esperanzas de éxito. Los enemigos no se atrevieron a perseguirles. Se conformaron para celebrar su triunfo, con saquear el poblado *Sotomayor* y el aduar del leal cacique confederado.

El pequeño escuadrón ganó el camino de la sierra, poniéndose en salvamento, y al rayar el alba del segundo día entraba en la Villa de Caparra, sano y salvo, aunque rendido de cansancio y con los petos y espadones cubiertos de sangre.

Los de Caparra, sabedores ya de la muerte de don Cristóbal de Sotomayor, por noticias llevadas por su intérprete González, que pudo salvarse, daban al Capitán Salazar por perdido considerándole que había sucumbido bajo la pesadumbre de tantos indios alzados. Al verle llegar, gallardo y triunfador, salieron a recibirle con pífanos y tambores. Al valiente Capitán, al ser abrazado por Ponce de León, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Lloráis, Salazar? — le dijo el poblador de Caparra.

—Esta terrible emoción me la produce la pérdida de *Caonaturey*, que murió en mis brazos atravesada por una flecha y no pude salvar sus restos.

#### V

Ponce de León formó tres compañías de soldados para empezar la reconquista de la isla. Una fué comandada por el denodado Diego de Salazar, que los indígenas consideraban como el más valiente entre los cristianos.

Al llegar el joven campeón al sitio donde se alzaba *Sotomayor*, no encontró más que soledad y ruinas ennegrecidas por el incendio. De aquellas cenizas grises emer-

gía una tristeza profunda. El lenguaje mudo de aquellos escombros era enternecedor y le recordó sus dulces amores con *Caonaturey* y el infinito dolor de haberla perdido. Todo lo que se va de venturoso deja siempre en el corazón un ensueño de blancura, como en el mar el barco que se aleja impelido por el viento. ¡Cuán grato recordar las hermosas quimeras del pasado y sus divinas ilusiones!

El Capitán Salazar, profundamente emocionado, hizo disparar los arcabuces en homenaje al leal cacique *Ayamón*, y levantó una modesta cruz a la memoria de la desgraciada doncella india que le fué tan fiel. Los cronicones de la época conservan parte de la historia de estos sucesos, aunque las neblinas de los tiempos modernos tratan de hacerlos desaparecer.



## EL CRISTO DE LOS PONCE

(1513)

### I

A pesar de que el 4 de septiembre de 1511 los Oficiales Reales de Sevilla habían entregado a Juan Cerón, al ser repuesto en la Alcaldía Mayor de San Juan, por orden del Rey Fernando, siete ornamentos, imágenes, cálices y campanas para la iglesia de la Villa de Caparra, el gobernador Juan Ponce de León, que tenía que devolver, contra su voluntad, al teniente del Visorrey don Diego, las varas del gobierno en la incipiente colonia, quiso tener una imagen del Redentor para sí y su familia. El altivo Capitán de Mar y Tierra, en *Boriquén*, no quería nada que viniera por conducto de sus personales enemigos, Cerón, Díaz y Morales. Con tal motivo escribió a la Corte enviando buenos castellanos de oro a fin de adquirir un Cristo, que se le había de remitir en la primera oportunidad.

### II

Los Oficiales Reales de Sevilla, en la Casa de Contratación, al visar las mercaderías de los tratantes de Indias, dieron «pase libre», sin imposición alguna, al Cristo que remitía al Conquistador de *Sanct Xouan* su amigo el Comendador de Lares, fray Nicolás de Ovando, que se encontraba por aquel entonces ya de vuelta en la Corte

y había entregado el mando de la Española a su sucesor, el primogénito del gran Almirante.

El barco que conducía la Sagrada imagen, se hizo a la vela, cruzó la barra de Sanlúcar, llegó felizmente a Canarias, donde hizo aguada y fijó el rumbo al Oeste por aquel mar ya no *tenebroso*, en demanda de las islas de Barlovento. Este era el itinerario de la vieja travesía para la venida a las Indias Occidentales.

### III

Corría el mes de agosto de 1513 y La Buenaventura — este era el barco a que nos referimos anteriormente —, con su capitán Juan Pérez al timón, llegó frente a *Dominica*, llenó de agua los barriles de entrepuente, aprovisionóse de leña y terció el rumbo al suroeste, para costear las islas menores de esta parte del archipiélago antillano y buscar las Cabezas de San Juan. Después, pasó la noche *temporejando*, como rezan las bitácoras de entonces; y, con el claror del alba, aprovechó el fresco terral que las costas cercanas le enviaban, para avanzar en su ruta en busca de *Sanct Xoon*.

A la siguiente mañana, amaneció el cielo color de panza de burro, y la brisa quedó entorpecida con fuertes ráfagas de viento, que venían del nordeste. La carabela tuvo que navegar de bolina, para evitar las peligrosas cabezadas que el oleaje y el viento la obligaban a dar. Cada vez el tiempo presentaba peor cariz y pronto tuvo que luchar el barco con uno de esos temibles ciclones que con frecuencia azotan nuestra isla.

Juan Pérez, diestro timonel, que no temía, como viejo lobo marino, ni al mar ni a las tempestades, quiso tomar puerto en la cala de San Juan, a pesar de lo encrespado del tormentoso oleaje, y para aproximar su barco a tierra tomó rizos y con el foque y la mayor aprobó atrevidamente hacia la costa, en busca del fondeadero anhelado. Y al embocar La Buenaventura hacia la cala, rozó con violencia en la restinga submarina de la punta de Isla de Cabras y despedazóse la quilla rápidamente en aquellos bajíos.

El buque se detuvo, después del convulsivo estremecimiento, y se inclinó a babor. Y las fuertes corrientes, encontradas en aquellas restingas, con el viento furioso y el

golpear incesante del impetuoso mar lo destrozaron en corto tiempo. Imposible socorrer a los náufragos. En la vorágine del océano desapareció en seguida casco y arboladura, carga y pasajeros. Rodó sobre las ondas un terrible y prolongado grito de angustias. Todo se lo había tragado el indomable elemento. El sordo mugir de la tempestad quedó imperando sobre la triste escena...

Sólo una caja se vislumbró que flotaba, a despecho del oleaje. Sobre el lomo de las ondas, se le veía aparecer y desaparecer alternativamente. En vano una onda se empinaba sobre otra onda para llevarla al fondo. Las olas no podían sumergirla. Poco a poco se fué aproximando aquel bulo hacia tierra y se entró por la Boca del Morro, replegándose a un remanso de la corriente, que se forma junto a las peñas de la derecha, y aún existe, y que viene a ser como una pequeñita ensenada, donde las olas, después de rugir y golpear en las rompientes coronándose de espumas, penetran mansamente en aquel recodo.

Allí fué recogida la afortunada y misteriosa caja por algunos vecinos, curiosos que presenciaban el naufragio, a pesar del mal tiempo; y uno de ellos dispuso, echándose de autoridad, que fuese llevado aquel bulto a Caparra y que allí se sabría a quién pertenecía.

#### IV

Tal como se acordó se hizo. La caja era de fresno y pronto el martillo y cortafrió dieron cuenta de sus clavos. Dentro del misterioso cajón venía una envoltura fuerte; era estopa de cáñamo, acorchada, de poca resistencia, fofa aunque gruesa, y que impidió que el agua del mar penetrase más adentro y dañase una cajuela de cartón fino, que contenía envuelto en algodones y tafetán de seda blanca, un Cristo Crucificado. Imagen que fray Nicolás de Ovando remitía a su amigo el Capitán del *Higüey* y Conquistador del *Boriquén*.

Recogió Juan Ponce de León la salvada imagen y una carta del Comendador, que con ella venía. Y por mucho tiempo veneróse con gran religiosidad la sagrada efigie primero en la Villa de Caparra, y después en el altar de la Capilla de Nuestra Señora de Belén en la iglesia de Santo Tomás de Aquino.

Los descendientes del Conquistador, y sobre todo, doña Isabel de Loaysa, fundadora y legataria de dicha capilla, siguieron venerando aquella imagen del Redentor; y el pueblo de San Juan rindiéndole ferviente culto. Se dice en los cronicones de aquella época, que hacía milagros; y se le conoció siempre con el nombre expresivo de *El Cristo de los Ponce*.

## V

El tiempo ha tendido su fina red de olvidos sobre la milagrosa efigie, porque el tiempo oscurece o mata las mejores añoranzas. Toda la documentación particular del *Capitan del Higüey* se ha perdido. Sólo se ha salvado respecto al colonizador y primer gobernador de Puerto Rico, lo que se conserva en el Archivo de Indias.

Actualmente en la iglesia de San José, que es la antigua Santo Tomás de Aquino, se venera una imagen del Redentor, que se llama *El Cristo de los Ponce*. Y existe la creencia popular, que este Cristo es el que se salvó milagrosamente en el naufragio de La Buena Ventura.





## LAS GARRAS DE LA INQUISICION

(1520)

### I

El reparto de los indios de *Boriquén*, hecho por el alcalde mayor Juan Cerón, teniente de gobernador por el Visorrey don Diego, en la isla de *Sanct Xooan*, cuando el poblador Juan Ponce de León le entregó el 29 de octubre de 1509 las varas de la Justicia en la incipiente colonia, no dejó satisfechos a los vecinos de Caparra.

Luego, al sustituir el *Capitán del Higüey* al Cerón, realizó nuevos repartimientos de indígenas que tampoco fueron del agrado de los pobladores. Y con el pase cruel de unas manos a otras, vino el alzamiento de los aborígenes contra los invasores europeos, en 1511, y la guerra con las desgracias y desastres de toda conquista.

Después, en la pacificación, fué preciso hacer nuevamente otros repartos de indios, una vez dominados los rebeldes boricuenses. Y éste lo hizo el Conquistador.

No quiso el rey Fernando que el cuarto repartimiento la hiciera el Conquistador y sus parciales; y por ende, dió orden que el Fiscal de la Audiencia de Santo Domingo, licenciado Sancho Velázquez, lo efectuara, pasando de la capital de la Española a la inmediata isla de San Juan. Y así se cumplimentó. La llegada del Fiscal de S. M. a Caparra, levantó una polvareda de disgustos, mayores

aún después del reparto de Encomiendas. Las presas eran cortas y los pobladores muchos, y aunque se disminuyeran las cuadrillas de *naborias*, no alcanzaban para todos.

## II

—Señor Obispo, el licenciado Velázquez ha dejado a su Ilustrísima sin indios para las Cofradías en el nuevo repartimiento que ha hecho por orden del Rey.

—No os preocupéis por eso, querido padre Bernardo —replicóle monseñor Manso. Y añadió con sonrisa forzada: — Por algo he sido canónigo; y aunque afirman mis adversarios que soy poco experimentado en las cosas del mundo, el Rey, que Dios guarde, siempre ha estimado mis servicios, y por su orden visité la Universidad de Salamanca y metí en cintura a toda aquella gente de alto copete.

—¿Cómo, monseñor?

—Pues, sencillamente. Castigué a los doctores y catedráticos, obligándoles a pagar de su bolsillo particular, y no de las arcas de la Universidad, como lo habían efectuado, las ropas de seda que se habían hecho para salir a recibir pomposamente al príncipe don Juan, cuando les visitó.

—Y el rey Fernando, ¿aprobó vuestros actos?

—Desde luego. Y ya me veis aquí. Y así como he obligado a los pobladores de Caparra a pagar el Diezmo y las Primicias, a pesar de sus desacatos e inobediencias, de igual modo procederé contra el encopetado Velázquez, para que me dé una Encomienda de indios, para las Cofradías de esta ciudad y la Villa de San Germán, pues esta es la única granjería que en las Indias podemos tener por ahora.

—Váyase con cuidado Su Ilustrísima, que el señor Fiscal de S. M. es hombre de valimiento en la Corte y le puede echar la zancadilla.

—Antes se la echaré yo a él, padre Bernardo.

## III

El diez de agosto de 1515, embarcaba Sancho Arango, en la carabela *Barbola*, del maestro Francisco González, con un *Memorial* para el Cardenal Cisneros, en el que

entre otras anotaciones contra Velázquez, el Justicia Mayor, se le acusaba de «dar yndios a marranos, hijos de reconciliados, jugar a los naipes, non castigar los amancebamientos, y que por quaresma se yba a una estancia donde se estaba sin oyr missa, e comiendo carne, e diciendo cosas contra la fee».

Por lo visto, el señor Obispo Alonso Manso, no era tan pacífico como su apellido indica, y tampoco se dormía en las pajas.

El Rey ordenó que el licenciado Antonio de la Gama, pasara a las Indias y tomase de paso residencia a Sancho Velázquez, Justicia Mayor de San Juan. Tan pronto llegó a Caparra, empezó la Gama la investigación, y a los cinco meses sentenció el Juez pesquisidor, con arreglo a los Capítulos de Corregidores, que Velázquez fuera privado de su oficio de Justicia Mayor, pagase ciertas multas y fuera remitido preso a S. M. El ex Fiscal de la Audiencia de Santo Domingo, apeló mediante procurador. La Gama le otorgó la apelación para ante los tribunales de S. M. en la Corte, y ordenó que en la carabela *Santiago*, del maestre Cristóbal Sánchez, embarcara el ex Justicia con rumbo a España.

Con esta providencia, retiraba hábilmente La Gama de la colonia al Fiscal Velázquez, y a su vez, le daba facilidad para que se justificara ante el Rey.

#### IV

—De orden de la Santa Hermandad, abrid.

—¿Qué pasa, alguacil Pérez, que parece venís a mi casa en son de guerra? Olvidáis vos lo que he sido en Santo Domingo y aquí y lo que puedo volver a ser?

—Señor, traigo una orden terminante del Inquisidor General de las Indias. Se me ordena detener incontinentemente, al licenciado Sancho Velázquez por blasfemo. Y ya veis, el licenciado Sancho Velázquez sois vos. Daos, pues, preso a la Santa Justicia.

—¡Conque Su Ilustrísima quiere camorra con un Fiscal de S. M.! Sea. Vamos, Pérez, donde gustéis.

—A la Santa Hermandad hay que obedecer humildemente, señor licenciado —replicóle con arrogancia y socarronería el soberbio alguacil.

V

La noticia corrió por toda Caparra como un reguero de pólvora prendida. Ni Ponce de León, ni La Gama, se atrevieron a intervenir ante el Inquisidor General de las Indias para sacar a Velázquez de la carcelería y que se embarcara para España. Y el 17 de mayo de 1520, día de la Ascensión, daba el piojo en los calabozos de la Santa Hermandad por blasfemo, el que se había atrevido a dejar al señor Obispo, sin una buena encomienda de indios para sus Cofradías.

En el Archivo de Sevilla, hay un legajo<sup>†</sup> del pleito interpuesto por Beatriz de la Fuente, viuda, vecina de Olmedo, y madre del licenciado Velázquez, contra el Fisco. De este interesante documento, se colige, que Velázquez fué sentenciado injustamente; que fueron testigos contra él, todas aquellas personas que había castigado en la colonia.

Ningún cronista se atreve a anotar, por qué sucumbió Velázquez en las garras de la Inquisición con tan inopinada mudanza de la suerte; pero entre líneas se deja entrever, que la ojeriza del Obispo y su persecución violenta, aplastaron y redujeron a polvo ruin al ex Fiscal de S. M.

El berrinche de verse en las redes de la Institución de Torquemada, con las usuales prácticas del tormento de los tarritos de agua, para que declarase que era blasfemo, acabó tal vez con el encopetado Justicia Mayor.

Antonio Sedeño, que fué un perturbador sin entrañas y que desempeñó el cargo de Contador de San Juan, fué castigado por Velázquez, por haber sustraído una mujer sevillana, de a bordo de una carabela. Pues bien, este Sedeño escribía al Cardenal de Tolosa: «Estoy en pleitos con el hermano de Sancho Velázquez, un mal juez, que fué remitido a S. M. para que hiciese con él justicia; y proveyendo Dios *maravillosamente* en su castigo, fué preso por la Santa Inquisición y murió en ella, antes que diera descargo de sus obras.»

¡El manteo supo diestramente echarle el guante a la toga! ¡Nuestra bella isla tuvo la peregrina gracia, de ser la residencia especial del Inquisidor General de las Indias...! Todavía en 1625, cuando los holandeses to-

maron la ciudad, se encontraron *Sambenitos* en el coro de la Catedral...

Gracias a Dios, que el progreso ha barrido con tales procedimientos, aunque las herejías y los blasfemos continúan dando que hacer. ¡Terribles eran las garras de la Inquisición...!



## UNA VISITA DE ULTRATUMBA

(1523)

### I

Doña Leonor Ponce de León, la hija más pequeña del Conquistador del *Boriquén*, casó con el doctor don Antonio de la Llama Vallejo, sucesor en el gobierno de esta isla, del licenciado don Diego de Caraza; y a la vez, juez de residencia.

Vallejo era todo un hombre, buen mozo, altivo, cumplidor de sus deberes y amante cariñoso de doña Leonor, la que correspondía con su entrañable afecto de criolla vehementemente a los pulidos extremos de su enamorado galán.

Fué preciso dar tregua a sus coloquios de amantes esposos, porque Vallejo tenía que llevar a la Corte, personalmente, el juicio de residencia de Caraza, para resolver ante el Consejo de Indias, algunos puntos oscuros de la gobernación de este prócer y astuto letrado. Por tanto, embarcó Vallejo en la carabela Santa María de los Remedios, de Juan de Alaminos y quedó doña Leonor sumida en acerbo llanto en el rincón solitario de su hogar, consolándose únicamente ante el milagroso Cristo de los Ponce, cuando postrada de rodillas en la iglesia de Santo Tomás de Aquino, le pedía al Redentor un feliz viaje para su consorte y un pronto regreso a sus suaves y acariciadores brazos.

## II

Cada mañana iba la consecuente dama, con el vago ensañar de su forzada y tediosa soledad, a espiar el horizonte marítimo y vislumbrar tal vez la señal indicadora del retorno de su querido Vallejo. Tiempo perdido. Después de tres meses de angustias e insomnios, vinieron nuevas de España de que la nave de Alaminos había zozobrado frente a las costas de Portugal, ahogándose el gobernador Vallejo y salvándose tan sólo parte de la tripulación.

Fué tan rudo el golpe para la infeliz doña Leonor, que melancólica y febril postróse en cama y negóse a tomar alimento y a recibir visitas. Después de aguda enfermedad quedó la consecuente dama sumida en honda pena y se apoderó de ella una profunda tristeza, por lo que se pasaba todo el día recogida en el lecho, con la cabellera destrenzada, rezando por el eterno descanso de su desgraciado esposo y rogando al Cielo dispusiera de su vida para ir a reunirse con su marido en la eterna mansión de los justos.

Toda la familia se desesperaba del abatido estado de doña Leonor, esperando de un momento a otro un fatal desenlace. Un día, a plena luz, según cuentan viejos pergaminos, entró en la casa un hombre, vestido a estilo de los médicos de la época, con cuello alto y guantes grises, desconocido en la ciudad, y se encaminó rectamente al aposento de doña Leonor, sin anunciarse, ni tomar guía, ni hablar a nadie de la servidumbre, y cerró la puerta tras él.

## III

¿Qué pasó entre el desconocido visitante y la melancólica dama? No lo dicen los antiguos papeles. Pero nadie vió salir del aposento al extraño doctor, que se evaporó como visión fugaz. Y la desconsolada viuda, rehabilitada por aquella célica visita, comenzó a consolar-se, se curó de su neuropatía y volvió a hacer vida regular entre sus adeptos y familiares.

#### IV

Y termina el cronista Torres Vargas, narrador de este suceso, diciendo «que Dios busca los medios, que sabe que más importan para nuestro remedio». A lo que podemos añadir, que este hecho, maravilloso y sobrenatural, se explica hoy aceptando la comunicación de los seres de un mundo invisible con los de la tierra, de lo que dan testimonio probatorio algunos escritores, considerando esas apariciones como manifestaciones reales de la vida psíquica entre unos y otros seres.

Hay autores, más fisiólogos que psicólogos, que consideran estas manifestaciones como una autosugestión mental del propio individuo, negando en absoluto los fenómenos de la vida a distancia, los sueños premonitores y la telepatía.

La ciencia, que ha transformado el mundo, sacará incólume la verdad del seno de todos estos hechos maravillosos. «La tierra, dice un gran pensador, es un punto sombrío con alrededores ilimitados de bruma y espacio, y todo el infinito se estremece cuando tocamos un átomo.»





## LA CASA ENCANTADA

(1524)

### I

Habiendo dispuesto los Reverendos Padres Jerónimos, en 1519, que la *Cibdad de Puertorrico* fuera trasladada de *Caparra* a la *Isleta*, donde actualmente se encuentra, comprendió su fundador Ponce de León que sus enemigos habían triunfado en el litis entablado en su contra desde los tiempos de Juan Cerón, con el fin de trasladar a otro punto de la isla el primer burgo cristiano. Resolvió, por ende, el Conquistador irse a poblar el Biminí y la Florida, descubiertas por él en la Pascua de 1512.

Gran organizador el Leonés, preparó diestramente su expedición, y el 26 de febrero de 1521, se hizo a la vela desde el puerto del viejo San Germán, a la desembocadura del *Guaorabo*, con rumbo a los citados países, en demanda de nuevas aventuras por aquella azul lontananza.

Al poco tiempo se supo en San Juan, el desastre del desembarco de los expedicionarios en La Florida y los combates sangrientos con los terribles indios *Seminolas*, así como la necesidad apremiante de Ponce de León, herido gravemente en un muslo, de reembarcar su gente y replegarse a la Habana, donde falleció.

La familia del Conquistador, apesadumbrada, cerró la casa de Caparra y se vino a vivir a la incipiente ciudad,

a la Casa Blanca, que entonces era toda de madera, al amparo de García Troche, casado con la hija mayor del Adelantado de *Bimini* y la *Florida*, y que desempeñaba el cargo de Alcayde de la Fuerza.

El inmenso caserón de dos pisos, fabricado en Caparra, con todos los bajos de tapiería, fuerte, almenado y con saeteras, y los altos de recias maderas del país con un amplio balcón a la redonda de los cuatro costados, donde solía pasearse el Conquistador muy a menudo; y las techumbres y la gran buharda con rojas tejas de Castilla, traídas de La Española, quedó todo ello entregado a un fiel guardián, chapado como los antiguos indomables vasallos, natural también de Tierras de Campos, como su señor, y a quien el Capitán Poblador distinguía cariñosamente llamándole «mi buen Gaspar de Hinojosa».

## II

—Señor Alcayde, ahí fuera está Hinojosa de Caparra, que quiere hablar con Su Merced.

—Que pase.

El viejo soldado penetró con paso firme al saloncito de retén de la Fuerza, donde García Troche despachaba oficialmente. Quitóse su vieja gorrilla de cuartel y esperó a ser interrogado.

—¿Qué deseas, Hinojosa? —dijo el Alcayde.

—Señor, vengo a comunicar a Su Merced, que he tenido que dejar la casa del Capitán don Juan, en cuyos bajos vivía cómodamente con mi familia y trasladarme a un descabalado hohío, un cuchitril, algo lejos, para complacer a mi mujer y mis hijas. Y como arriba, en los pisos altos, hay intereses que custodiar, necesito que se me auxilie con un par de guardianes de confianza, que puedan allí pernoctar.

—¿Y por qué tu familia no quiere vivir en la casa del Adelantado, siendo tan cómoda?

—¡Señor —dijo Hinojosa, con las mejillas lívidas y visible turbación—, la casa está encantada...!

—¿Cómo encantada?

—Señor, después que se recibió la noticia de la desgraciada muerte del señor don Juan, a los pocos días se empezaron a sentir ruidos en la parte alta de la casa.

Mi mujer me llamó la atención varias veces y yo lo atribuí a las ratas; pero una noche, que estaba desvelado, sentí andar en el balcón. Las pisadas no podían confundirse, a pesar de que silbaba un recio viento turbonado en la cañada. Eran pisadas fuertes de botas. Sigilosamente me eché fuera de la cama, empuñé el espadón y por la puertecilla trasera me salí al batey. Las hojas secas de los árboles inmediatos rodaban en torbellinos por el suelo. Había un poco de claridad lunar. Yo miré con cautela hacia el balcón y quedé sobresaltado. Se me cayó la espada de la mano. ¡Señor! Distinguí perfectamente al Capitán don Juan, de espalda. Llevaba su peto, su casco, sus botas y su tizona. Marchaba majestuosamente, como si se paseara a lo largo del balcón. ¡Cuántas veces en vida le vi recrearse así! ¡No era una sombra, era la realidad! Refugiéme, señor, a mi cuarto, esperé a que amaneciera, y sin decir nada a mi mujer ni a mis hijas, las mandé al rancho indicado y me he venido a San Juan a dar cuenta a Su Merced de lo que ocurre.

E Hinojosa aterrizó su mirada; y pálido y sudoroso se quedó esperando órdenes.

—Bien — dijo García Troche secamente —. Daré parte al señor Obispo Manso. Se dirán misas por el descanso del alma del Adelantado. Y se asperjerá con agua bendita toda la casa por si son maleficios de Satanás. No digas a nadie, absolutamente, lo que me acabas de referir.

García Troche conferenció con Su Ilustrísima Alonso Manso, y se tomaron las medidas indicadas.

### III

Al mes de haber ocurrido el suceso relatado hubo una gran tormenta, que casi dejó destruída la ciudad. El Alcalde, Pedro Moreno, quedó arruinado y García Troche le prestó la casa de Caparra, ínterin reedificaba la de la Capital, arrasada por el ciclón. Cuál no sería el asombro del Alcayde de la Fuerza al ver aparecer a Moreno al día siguiente y decirle pálido, amohinado y con acentuada agitación nerviosa:

—Amigo mío, afortunadamente no llevé mi familia a Caparra.

—¿Por qué? — le replicó García Troche.

—¡Pues sencillamente, porque esa casa está encan-

tada! ¡A la media noche sale el Adelantado, vestido en son de guerra a pasearse por el balcón...!

—Vamos, vamos, Moreno, os habéis dejado sugestionar por el supersticioso de Hinojosa.

—Nada de eso, García Troche. Hinojosa me preparó un aposento de los altos. Y a la media noche, sentí que pisaban fuertemente en el balcón. Me vestí. Abrí sigilosamente una ventanilla y vi, de refilón, pasar al Adelantado. Iba hablando y gesticulando. Y llevaba en la diestra el espadón...

—Pero, ¿le visteis la cara?

—Para qué, si era él. Su estatura, su modo de andar. Su casco y su peto. Lo conocí en seguida. La silueta del Adelantado se destacaba en aquella lobreguez de la noche vigorosamente. Se oía bien claro el retintín acompasado y metálico de sus doradas espuelas. Cerré cuidadosamente la ventanilla y aquí me tenéis. ¡Yo no me meto con la gente del otro mundo! ¡Ni por un cuento de maravades de oro, llevo mi familia a Caparra...!

#### IV

García Troche volvió a hablar con el señor Obispo.

—Mandaré al alguacil de la Santa Hermandad para que le demande, a ver qué pide de nosotros el Capitán don Juan—replicóle Su Ilustrísima, arrugando su ancha frente.

El alguacil Pérez de Zúñiga con cuatro corchetes, después de confesar y comulgar, vestidos de paño negro, se trasladaron a Caparra, a fin de pernoctar en la casa del Adelantado e interrogarle de parte del Santo Oficio. Hinojosa los hospedó en los bajos y quedaron en vela todos. A la media noche se empezaron a sentir los ruidos.

—En verdad, Pérez, que estás metido en un lío muy peligroso. Recordad que el Capitán Poblador, tenía en vida un genio muy fuerte, que nadie se lo podía aguantar—díjole el fiel Hinojosa.

—No embargante—contestó Pérez de Zúñiga—. Yo me ceñiré a cumplir con mi deber. Sólo debo interrogarle, como alma del otro mundo, qué pide de los que quedamos en éste. ¡Y pax Christi...!

Hinojosa abrió la puerta excusada y se deslizó al

batey. Detrás de él Pérez y los corchetes. La noche tenía el claror astral. A ras de tierra, contiguo a la maraña salvaje del bosque cerca de la quebrada, flotaba una neblina gris, diáfana. Aquellas brumas parecían un grupo de fantasmas. El espíritu humano acoge con fervor lo misterioso. Plañía fuertemente el terral entre las branquias de una gran ceiba. El terror se apoderó de improviso del pecho de todos. Pérez de Zúñiga sintió un hondo desasosiego.

—Hinojosa —dijo quedamente el alguacil al guardián—, te vamos a pedir un favor.

—Diga, Pérez de Zúñiga.

—Pues, tú serás testigo en el día de mañana ante el Santo Oficio, que el Capitán pide misas y oraciones. ¡Porque lo que es el hijo de mi madre, no sube esa escalera a habérselas con el Adelantado...!

Y se pasaba la mano por la frente llena de copioso sudor.

—¡Tampoco nosotros! —dijo el más audaz de los corchetes.

Intentaron orar y no pudieron. Un silencio mortal reinaba en aquella soledad. En el balcón se destacaba distintamente la alta figura del Conquistador, que marchaba con paso fuerte y acompasado. Soplabá recio el terral. Acongojados se acogieron los vigilantes a los bajos del caserón, acuciados por el miedo.

## V

La casa de Caparra fué desalojada, y todos los enseres y recuerdos de Juan Ponce de León fueron trasladados a la Capital. El caserón fué clausurado después de llevar a la ciudad todo lo utilizable. Más tarde se utilizaron las maderas y quedaron en ruinas las tapierías. Hoy se encuentra con gran dificultad parte de los cimientos.

A los cinco años de ocurrir estos sucesos, decía un padre dominico al Prior del Convento:

—Acabo de confesar en artículo de muerte al viejo cacique Adamanay, tan adicto al Conquistador, y me ha referido que todos los días, después de haber sabido la muerte de don Juan, dejaba a media noche el conuco y se iba al caserón de Caparra y se ponía, el muy osado,

la armadura completa del Capitán; siendo su ufanía pasearse un buen rato por el amplio balcón de la casa. Preguntado por qué hacía eso, me contestó enfáticamente, con el gesto sincero de un convencido: «Para adquirir el valor y la destreza del señor don Juan, que era un gran guerrero.»

¡Los indígenas de las Antillas tenían sus creencias raras, aunque en cuestión de creencias supersticiosas todos los pueblos tienen sus extravagancias...!



## EL GRANO DE ORO

(1530)

### I

Entre los pobladores del *Boriquén*, que se habían dedicado a la busca de oro, había dos activísimos sevillanos, Antonio Orozco y Juan Guilarte. Eran muy amigos. Vinieron a la isla con cartas de vecindad del Rey, dadas por la Casa de la Contratación de Sevilla. Vivían en Caparra y disponía cada uno de una Encomienda de cuarenta indios, un solar y una caballería de tierra.

Orozco y Guilarte trabajaban con sus cuadrillas de *naborias* en los placeres auríferos del río *Mabiya* lavando diariamente arenas y más arenas, en busca de las deslumbrantes pajuelas del precioso metal.

Un día dijo Orozco a Guilarte:

—El lunes de la semana entrante, al romper el alba, nos vamos a ir tierra adentro, a ver si nos topamos con algún yacimiento de oro.

—¿Llevaremos indígenas por guías?

—No. Llevaremos brújula para orientarnos, marchando siempre hacia el Sur: y repletas las alforjas para unos días. Dejaremos nuestros capataces al frente de las cuadrillas en el *Mabiya*.

—¡Conforme! Pero no debemos olvidar nuestras mantas, para defendernos del relente, si hemos de dormir en el bosque.

II

Después de ocho días de exploración a través de la selva virgen, llegaron a una cumbre, desde la cual divisaron el mar Caribe a un lado, y al otro el Atlántico. El panorama era esplendente; sabanas y montículos con todos los colores del verde, desde el claro esmeraldino al ágata crisoprasa; y al horizonte, de frente y de espalda, dos franjas de azul turquí.

—Aquí fabricaría yo una casa de campo — dijo Guilarte.

—Valiente burrada sería — replicó Orozco—. ¡Esto es bueno para contemplarlo un rato, pero luego hastía!

—¡Pues yo creo que a mí no me hastiaría nunca! — volvió a anotar Guilarte.

—¡Tonto! Lo mejor es que reunamos mucho oro y nos larguemos a Triana. ¡De Sevilla al cielo!

—Pues chico, muchas arenas tenemos que lavar para asegurar algo. ¡Y luego, eso de tener que dar al Rey el *Quinto*, por su linda cara! ¡Vamos, me parece que en mucho tiempo no salimos de nuestra pobreza...!

Los dos amigos, sentados sobre una roca, después de su andariega expedición, abrieron sus morrales y empezaron a devorar su pan *casabí* y unos pedazos de queso canario.

Orozco era un hombre como de treinta años, piel blanca, pecosa, pelirrojo, ojos pequeños y grises, nariz aguileña pronunciada, labios finos contraídos, con las comisuras caídas. Alto de cuerpo, enjuto y descarnado. Espíritu impaciente, audaz, ambicioso. Tenía la mirada picaresca del tahir de profesión. Revelaba en su tipo los cruzamientos de sus antepasados. Su atavismo surgía en el ojo gris vándalo y en su nariz judaica.

Guilarte representaba un genuino tipo berebere, nacido en suelo español. Trigueño, ojos negros rasgados, nariz recta y fina, rostro oval, cerrado de barba negra, brillante y rizada. Permanentemente la sonrisa en los labios. Buena musculatura. Indolente. Le atraía el canto de los pájaros y el rasguear de una guitarra. Le gustaba cortejar las indias y había aprendido con ellas a cantar y bailar los *areytos*.

De pronto Guilarte dijo a Orozco:



—Mira hacia esa hondonada, en la dirección de mi brazo. ¿Qué ves?

—Una piedra, que brilla como un topacio con los rayos del sol.

—Fíjate bien y verás que es un trozo de oro unido a un trozo de cuarzo.

—¡Efectivamente! ¡Qué buena vista tienes! ¡Y es bien grande...!

—Pero, ¿quién diablos descende de esta elevada montaña allá abajo para recogerla?

—¡Pues tú y yo...!

—¿De qué modo? — dijo Guilarte.

—Hagamos aquí campamento con *yaguas* y tejamos sogas de *majagua*, que reforzaremos con *bejucos*. Y con sogas haremos una buena escala.

—¡Pues al avío! Las palmas de *yaguas* están ahí y más allá distingo un bosque de *majaguas*. Las lianas están por dondequiera para darnos fuertes *bejucos*.

Ante el hallazgo fortuito de tan valioso grano de oro desaparecía la contemplación de aquella hermosa naturaleza virgen, sorprendente, que el sol bañaba con áureos reflejos venciendo la maraña impenetrable de la selva. El follaje raquíptico bordeaba el abismo y de una roca pedrada manaba un hilo de cristalina linfa que huía rápidamente por entre los peñascales, perdiéndose el brillador chorrito en las profundidades de aquella inmensa olla.

### III

Terminada la escala con rapidez y pericia extraordinarias y bien asegurada a un gran cedro, descendieron por ella fácilmente Orozco y Guilarte.

Llegados al fondo del abismo vieron que la piedra codiciada era más grande de lo que creyeron en un principio.

—El oro que tiene esta piedra vale, separado el cuarzo y demás ripio, de cuatro a cinco mil castellanos — dijo Guilarte, que era inteligente en metalurgia.

—Lo suficiente para sacar adelante a uno de los dos, pero no a entrambos. Busquemos a ver si encontramos otro grano.

Desengañados de no encontrar más oro, dijo Orozco a Guilarte:

—Te voy a proponer un negocio. Juguemos a los dados este hallazgo y a quien Dios se lo dé, San Pedro se lo bendiga. Si te lo ganas, puedes ya retirarte a España. Si me lo gano yo, me voy de soleta a Sevilla. El que se quede en Caparra se encarga de la Encomienda de su compañero y la explota en sociedad.

—Bueno — contestó Guilarte —. ¿Y los dados?

—Aquí los tengo — replicó Orozco.

—¡Pues échalos!

La suerte favoreció a Orozco. Y Guilarte le felicitó con sinceridad, añadiendo:

—Se han cumplido tus deseos. Vámonos para arriba.

—Sube tú primero, yo iré después con la piedra.

Guilarte echó mano a la escalera y trepó ágilmente por ella.

Quando llegó arriba se sentó al borde del abismo a esperar a su amigo. Orozco subió bien hasta la mitad de la escala, pero se rompió un escalón y estuvo a punto de caer, pues tenía la mano izquierda embargada con la piedra aurífera. Gritó a Guilarte y éste le contestó:

—¿Qué hago?

—Tira de la escala para que me ayudes a ascender o tengo que soltar la piedra. ¡Pronto, pronto!

Guilarte, que era hombre de muchas fuerzas, se acercó al cedro y empezó a halar de la escala con precipitación. De repente rodó por tierra. La escala, hecha de fibras verdes de *majagua* a pesar de estar reforzada de *bejucos*, también verdes, no pudo resistir el roce áspero de la peña y súbitamente se rompió. El infeliz Orozco cayó en la hondonada desde una gran altura y aunque la maleza amortiguó el golpe, quedó medio muerto en el césped del bosque. Imposible le fué a Guilarte poderlo socorrer, y desalentado regresó al campamento de *Mabiya*, caminando día y noche.

#### IV

Con ayuda de buenos indios, prácticos, y fuertes escalas, volvió Guilarte, diligente, al socorro de su infortunado amigo. Quando llegó a su lado estaba aún vivo, abrazado a aquella fatídica piedra que le costaba la vida. Lo primero que pidió fué agua. No había podido moverse de donde había caído porque tenía rotas las dos pier-

nas. Después que satisfizo la sed, llamó a Guilarte y le dijo:

— ¡Voy a morir! ¡Oyeme! Tú descubriste el grano de oro y yo te quité tu parte usando dados falsos. Dios me ha castigado. ¡Perdóname...!

Y expiró. El pobre Orozco fué víctima de su ambición. Todas las pasiones son buenas, ha dicho un filósofo, mientras uno es dueño de ellas, y todas son malas cuando nos esclavizan. Conducido el cadáver al campamento de *Mabiya* se le dió cristiana sepultura. Sabido en Caparra lo ocurrido, los Oficiales Reales dieron cuenta al Rey, quien concedió a Guilarte todas aquellas tierras exploradas por él y su infiel y desgraciado amigo. También es verdad que el honrado y desprendido vasallo había regalado a la Catedral de Sevilla aquella enorme pepita de oro, por la cual Orozco, con el ansia de enriquecerse, había sido traidor a la amistad.

Todavía en la cordillera central de la Isla, hay una cumbre, denominada *La Sierra de Guilarte*, que recuerda este trágico suceso.



## LOS MILAGROS DE SAN PATRICIO

(1536)

### I

En tiempo de don Francisco Manuel de Obando, Teniente de Gobernador por don Luis Colón en esta isla, allá por el año de 1536, hubo una sequía tan prolongada, que fué la desesperación de estancieros y labriegos. Hasta el pasto de los hatos parecía quemado. Y la contrariedad y desaliento de los campesinos llegó a sus últimos límites, al ver que una plaga de hormigas y gusanos se extendía por las sementeras y destruía las plantas por completo. ¡Fatal desgracia! Hasta las casas se vieron invadidas de las terribles hormigas que se subían por todas partes y atacaban a los niños.

### II

Era obispo de la diócesis don Alonso Manso, clérigo de Sevilla y primer inquisidor de las Indias, y un día díjole el Deán:

—Señor Obispo, creo conveniente reunir el Cabildo eclesiástico y tomar medidas contra las hormigas y gusanos. Recuerde su señoría ilustrísima, que San Saturnino detuvo el año pasado una plaga semejante a ésta.

—Avisé usted al Provisor para que mañana tenga lugar la reunión del Cabildo—contestó el Obispo.

En efecto, se convocaron los canónigos, y hasta se invitó al Provincial de los Dominicos. Los Franciscanos todavía no se habían establecido en la Capital. Se tomó el acuerdo de celebrar rogativas para que cesara la peste de insectos.

El Deán propuso que, además de San Saturnino, que ya había ayudado en años anteriores, se sortearan los Santos, a ver a cuál otro le correspondía implorar también en ayuda de los campesinos. Para tal fin se reunieron los dos Cabildos, el eclesiástico y el seglar, y se dispuso que un niño de menor edad sacara la papeleta de una urna.

Reunidos todos en casa del señor Obispo, se pidió ayuda a los Cielos con una ferviente oración y se procedió en seguida a sacar de una urna el papelillo que contenía el nombre del Santo que debía ser electo. Leyó el Notario eclesiástico en alta voz:

—San Patricio.

Todos los concurrentes se miraron. Era un santo casi desconocido. Esperaban el nombre de San José, San Blas, Santa Rita de Casia, Santa Bárbara, que estaban en boga en aquellos tiempos. Especialmente San Blas, que conjuraba las tormentas y Santa Bárbara los rayos.

El señor Provisor tomó la palabra y dijo:

—Queridos hermanos en el Señor, hay que respetar la voluntad del Cielo y hacer las rogativas a San Patricio.

Y anotó el Deán:

—Soy de la opinión del señor Provisor, pero creo conveniente reiterar la suerte.

La mayoría estuvo conforme con esta salida del Deán; sobre todo los que se le había atravesado en la garganta el nombre de San Patricio. Volvió el Notario a echar en la urna el papelillo afortunado, agitó el recipiente y llamó al niño a que sacase otra papeleta. Cumplió el infante su cometido y entregó el nuevo trozo de papel al Notario, quien leyó por segunda vez en voz alta:

—¡San Patricio!

### III

Convencidos todos de la intervención del Cielo, hicieron sus rogativas a San Patricio. Hubo misa y sermón. Y al terminar las religiosas fiestas, llovió torrencialmen-

te como acontece siempre al final de las grandes sequías, desapareciendo totalmente la plaga de hormigas y gusanos.

Refiere el cronista de la iglesia Catedral, que «se reiteró la suerte tres veces y salió siempre el mismo santo, teniéndolo todos por notorio milagro, por lo que se tomó por abogado del cazabe».

Todavía en 1641 continuaba esta devoción a San Patricio. Pero después se enfriaron los ánimos y se olvidaron de su protector celestial.

¿Por qué se enfriaron los ánimos? No lo dice el cronista. Tal vez el santo falló en plagas sucesivas.

Tal vez necesitaba de la cooperación de San Saturnino. Tal vez se irritó el bienaventurado con la indiferencia y escepticismo de los campesinos. La causa de tan injustificado olvido la desconocemos...

¡Quién sabe, si hubiera seguido el pueblo con devoción y religiosidad celebrando sus rogativas al milagroso San Patricio no tendríamos a estas horas la patria en tantos aprietos, pues, por lo que respecta al *casabe*, todavía tenemos cosecha...!



## LOS RESTOS DE UNA CADENA DE ORO

(1560)

### I

Corría el año de 1564. El galeón *San Jerónimo* que conducía al nuevo gobernador don Francisco de Bahamonde y Lugo, capitán de caballos en Flandes, había fondeado en la cala de San Juan.

Los oficiales reales Cristóbal de Salinas, Hernando de Cardona y Pedro de Castillejos, pasaron a bordo a cumplimentar al nuevo gobernante, *besalle la mano*, y disponer el desembarco de las armas, ropas y matalotaje que traía el navío.

Dos regidores del Cabildo, con Alonso Pérez Martel a la cabeza, estaban encargados del arreglo del arco triunfal, y de los preparativos que la Ciudad tenía que hacer para el recibimiento del gobernador; no olvidando, por supuesto, que había que colocar en lo alto del arco, por timbre, las armas de S. M.

El mismo día, por la tarde, saltó a tierra el representante oficial de la Corona, y el regimiento de San Juan de Boriquén estaba tendido a lo largo de la Caleta, desde el muelle hasta los peldaños de la Catedral. La capital no estaba aún circuida de murallas, y por consiguiente, no existía la Puerta de San Juan, que construyó después don Yñigo de la Mota Sarmiento, en 1635,

colocando una capillita en la parte superior dedicada a San Juan Bautista.

Los atambores, trompetas y pífanos abrían la marcha. El galeón y la galera del puerto hacían fuego de cañón. Los arcabuceros hacían salvas desde Casa Blanca, y las seis piezas de artillería de bronce, del fortín de Santa Catalina y las cuatro del bastión del Morro, atronaban el espacio.

La Ciudad toda recibía con agasajos y vítores al nuevo gobernador. Los rico-homes de la capital, antiguos hijos-dalgos, y ora tratantes en jengibre y cueros, los Mendozas, Guzmanes y Padillas, al *besalle la mano* al bravo capitán de Flandes y darle el parabién de su llegada por traer cédula de gobernación para esta isla por los reyes de Castilla, le regalaron una cadena de oro por valor de más de cien ducados.

Don Francisco vestía jubón de raso chorreado y calzas bermejas de holandá, altas botas, cerradas, de camino, con espuelas doradas, cuera damasco negro guarnecida de oro, con tres cuchilladas en el pecho, sombrero de tafetán negro con caireles de oro y trena de ámbar con cordoncillos de lo propio, plumas blancas en el sombrero y bohemio morado.

A la puerta de la Catedral salió el Cabildo eclesiástico y el señor Deán a la cabeza, por ausencia del señor Obispo, a cumplimentar al regio representante, darle el agua bendita y asperjarle con ella. El órgano sagrado dejó oír entonces sus melodiosas notas y el incienso y la mirra, perfumando el ambiente, esparcieron por los ámbitos del templo grises nubéculas aromosas.

El gobernador tenía aderezado un aposento en Casa Blanca, y pasado el Tedéum y visitado el Cabildo, donde fué recibido *baxo mazas*, abatidas luego al brazo y los reyes de armas descaperuzados, se retiró orgulloso y satisfecho a su aposentamiento, acompañado de todos los caballeros de San Juan, la guarda de alabarderos, y montado en brioso corcel que tenía pelliza de terciopelo hasta debajo de los estribos.

La Cibdad ardió en fiesta tres días y se rompieron cañas y se corrieron ágiles y apuestos caballos de los hatos del Toa y del Turabo, en honor del nuevo gobernante; y se paseó el Pendón de Castilla por todas las calles con pífanos y atambor.



## II

Don Francisco de Bahamonde y Lugo cumplió como bueno en su gobernación. Los tiempos eran agrios y apretados. Combatió a los atrevidos caribes que infestaban la isla por la banda de San Germán y hasta fué en persona a aquellos arriesgados sitios a hacerles la guerra; y en una *guasábara* recibió un terrible flechazo en el muslo izquierdo, que lo postró en cama y estuvo a punto de entregar su alma a Dios, pues llegó a estar oleado.

Salvado de tan peligrosa herida, determinó don Francisco marcharse a España, por haber terminado el tiempo de su gobernación. Despidióse de todos cortésmente y regresaba a su patria tan pobre, que al salir a embarcar sólo le quedaba una vuelta de la cadena de oro, que le habían regalado los estancieros de San Juan. Entonces, dirigiéndose a la mujer de un sobrino suyo, allí cercana, le dijo:

—Señora, tomad los restos de esta cadena de oro; y no me lo agradezcáis al dároslos, que no lo hago por servirla, sino por tener, ¡voto a sanes!, el orgullo de decir con verdad que «no me llevo nada de Puerto Rico».

¡No sabemos, de 1565 para acá, que se haya repetido la frase del Capitán de caballos en Flandes, don Francisco de Bahamonde y Lugo...!



## LA SORTIJA DE DIAMANTE

(1590)

### I

—Vengo, querida Mónica, a deleitarme un rato oyéndote cantar y tocar la guitarra.

—¿Y qué quieres tú que toque, Juanillo?

—Pues la entrada triunfal de don Gonzalo de Córdoba en Nápoles. Quiero oír cómo imitas los clarines y tambores...

—¡Pero, hombre, siempre pides lo mismo!

—Eso es para comenzar, después echaremos unas coplas.

—¡Quita allá! Tú serás buen artillero, pero cantas pésimamente y desafinas que hay que oír...

—En cambio, tu voz es divina y me arroba y encanta como el incienso de la Catedral. Y la guitarra en tus manos, con su punteado me llega al alma. Tan pronto es marcial y bravía cual si fuera el chocar de dos aceros que combaten o amorosa y dulce como la plegaria de una virgen.

—¡Adulador! ¡Déjate de falsos requiebros!

—Te lo juro por la Virgen del Pilar de Zaragoza. Y también te digo, que anoche soñé que te había regalado una sortija de diamante, hermosísima, como anillo de boda. Y te advierto, que nos casamos y ponemos un puesto de aguardiente y aloja en la plaza de la Verdura.

—¡Dios te oiga, Juanillo! Pero ¿no me decías en

noche pasada, que te ibas a reenganchar, porque eres el mejor artillero del castillo?

— ¡Y lo soy, mi vida! Pero estoy cansado de servir al Rey y no salir de pobreza. ¡Y, por otra parte, te quiero más que a las niñas de mis ojos!

## II

Mónica era a maravilla una linda muchacha, siempre contenta, vivaracha, donairosa, tarareando con suma gracia seguidillas picarescas, sin malicia. Era una moza de suaves contornos y líneas griegas, piel de aceituna clara y pelo con reflejos azulinos; tenía una ronrisona encantadora y cuando se reía lo verificaba con tal estrépito como si fuera un repique de cascabeles. Amaba a Juanillo, el artillero, con coquetería infantil. Por lo que pudiera propasarse el militar siempre estaba de guardia la tía Brianda, que amaba a la muchacha como si fuera su madre. Pero todos aquellos atisbos furibundos estaban de más, porque Juanillo era de corazón noble y amaba a Mónica sin torcidas intenciones.

Juan Alonso Tejadillo (a) Juanillo, era un guapetón andaluz, de veinte y tantos años, fornido y de pecho varonil. Cara placentera, muy simpático, melifluo, enlabiador e imán de voluntades femeninas. Quiso venir a las Américas espontáneamente y sentó plaza en Cádiz, donde tomó tan a pecho la balística del cañón, que llegó a manejarlo con maestría.

## III

Pocos meses después del mimoso diálogo de Juanillo y Mónica, que hemos narrado, apareció frente a la ciudad de San Juan la escuadra de Francis Drake, a copar dos millones, en oro y plata, que estaban en la Capitana de la flota de Tierra Firme, al cargo de don Sancho Pardo y Osorio, fondeada en este puerto. Afortunadamente también estaban en el surgidero cinco fragatas de guerra de S. M. al mando de don Pedro Tello de Guzmán.

La Capital, para esa remota fecha de 1595, no estaba aún amurallada y contaba únicamente con la fortaleza Santa Catalina, hoy palacio residencial del Gobernador.

El Morro no estaba concluído y tenía anexo un fortín llamado el Morrillo.

Inmediatamente fueron guarnecidas las Caletas con buena artillería y se hizo muestra de toda la gente disponible de mar y tierra. También despachó el Gobernador avisos a Santo Domingo, Cartagena y Santa María.

En el Morro había veintisiete piezas de bronce muy buenas. Entre ellas, un cañón de cuarenta libras de calibre, regalo del rey don Felipe a este fuerte cuando se dió comienzo a su construcción. Era el magnífico presente, cañón de cruz de la galera real otomana que rindió don Juan de Austria en la batalla de Lepanto.

Juan Alonso Tejadillo, primer artillero del Morro, estaba encargado del cuidado y manejo de esta bien templada carronada.

La armada de Drake era formidable: veintiséis velas: entre ellas los navíos «Defiance», «The Elizth», «Benadventure», «The Gardlante», «The Hoope», «The Adventure» y «The Forefighter». El escuadrón desfiló frente al Boquerón y vino a fondear al socaire de la isla de Cabra.

Llegada la noche, aprovechó Drake la intensa obscuridad y atacó el puerto con veinticinco lanchas, bien tripuladas, las que se metieron de rondón debajo del fuego del Morro y Santa Elena. Entonces pegaron fuego a las fragatas de la armada de Tello de Guzmán, echándoles alcancías y bombas de fuego. Desde tierra jugaba la artillería y de las Caletas hacían sus descargas los mosquetes y los pedreros lanzaban abundante metralla.

Al claror del incendio de la fragata «Magdalena», que llenaba de ráfagas de luz toda la bahía, se pudo rectificar la puntería contra las chalupas enemigas, que tuvieron que retirarse con pérdida de diez lanchas y más de cuatrocientas bajas, pues cada embarcación llevaba unos sesenta combatientes.

Con la luminaria del incendio, Juan Alonso Tejadillo modificó la mira de su cañón turco, pues la Capitana inglesa estaba casi a la entrada del puerto y se distinguía claramente la luz de un ventanillo de popa. La lucecilla parpadeaba sobre las ondas. Hacia aquella lumbré dirigió el artillero su puntería cuidadosamente. Luego se santiguó e invocó a Santiago apóstol, y sin vacilación alguna aplicó el botafuego al oído de la carronada.

La bala penetró en el comedor del navío inglés y mató a John Hawkin y otros bretones que estaban bebiendo cerveza.

Drake amaba mucho a su pariente y maestro Hawkin, y disgustado por su muerte y por la obstinada resistencia de los españoles, levó anclas al siguiente día y se marchó con rumbo NO., viniendo avisos del Arecibo y del viejo San Germán de la desembocadura del *Guaorabo* «que la armada enemiga había pasado por allí camino adelante».

#### IV

El gobernador don Pedro Suárez, entusiasmado con la derrota de los enemigos, hizo la merced al artillero Juan Alonso Tejadillo «de una sortija de diamante, por lo bien que había servido a S. M. en aquella jornada y por haber matado a Juan de Aquines». Así reza el cronicón.

Juanillo regaló el precioso aro a su idolatrada Mónica, como anillo de boda; y cumplido su servicio y obtenida su licencia absoluta pudo casarse, aunque sin caudal ni gajes, y puso un puesto de aguardiente y aloja en la plaza de la Verdura, hoy de Baldorioty.

La linda Mónica, ebria de felicidad, despachaba los vasos de refresco a los parroquianos luciendo orgullosa su sortija de diamante.



## EL PEÑON DE LAS PALOMAS

(1602)

### I

En tiempos del gobernador don Sancho Ochoa de Castro, allá por los años de 1602, acostumbraban los vecinos de la Capital hacer sus peregrinaciones y cacerías a un islote que está frente a la desembocadura del río *Toa*. Estas peregrinaciones no tenían carácter religioso, sino festivo, para pasar un buen día de campo y echar una cana al aire, regresando los paseantes de su jira contentos y satisfechos a la ciudad, cargados de gran cantidad de palomas.

Para las damas casaderas era una gran jira y algunos matrimonios se concertaron en estos días de asueto, pues el trato social y culto engendra el cariño y tras el cariño y la amistad despliega el amor sus alas.

### II

Llegó a los oídos del Gobernador la noticia de que a dicho peñón acudían infinidad de palomas a anidar y sacar sus crías; y que la abundancia de ellas era tal que sería posible al Fisco sacar alguna utilidad o tributo de ello; no considerando justo que el vecindario, de moggollón, se apropiara aquellas aves que pertenecían, según él, a la Corona.

En tal virtud, el Gobernador que se titulaba enfáticamente Capitán de Galeones y Señor de la Casa y Solar de los Condes de Salvatierra de Vizcaya, dió un riguroso *Bando* con pregón general, de tambor batiente y lectura de escribano de Cabildo en alta voz, en plazas y encrucijadas de calles, prohibiendo en absoluto que ningún vecino pudiese ir a dicho Peñón y menos a coger o cazar con trampas o armas de fuego, o de cualquier modo, una de aquellas palomas, a no ser que tuviese oficial permiso para ello; después del pago correspondiente de la tal licencia, que había ordenado fuese a favor de las Reales Cajas de S. M., so pena de cien maravedíes de oro de multa. El edicto cayó en los oídos del vecindario, muy cuidadoso de sus franquicias, como un ataque a sus derechos procomunales.

### III

—¿Has oído, Maruca, lo que dice el Gobernador en su Bando?

—Eso no va conmigo, Lulú, porque yo cacé mi novio en la pasada excursión y pronto me casaré.

—Pues lo que es a mí me ha dejado don Sancho a la luna de Valencia. En esta próxima jira, que íbamos a tener el domingo, pensaba yo comprometer al teniente Silvio. ¡Permita Dios que no saque don Sancho ni un ochavo de su estanco! ¿Habrás visto más codicia...?

### IV

Y sucedió, que después del odioso *Bando* gubernamental, solemnemente proclamado en esquinas y plazuelas, que establecía Estanco sobre el Peñón de las Palomas a favor del Fisco, jamás volvieron aquellas prolíferas aves a anidar en el islote frente al río *Toa*.

Este suceso inesperado hizo mella en la imaginación del pueblo y lo consideraban los vecinos de la Capital «como una obra divina y como una demostración providencial de Dios, en su liberal mano, que quiere gocen todos los humanos de sus beneficios». Así lo glosan las viejas crónicas de la época a que nos referimos, con carácter de verdad histórica.

V

A veces los hechos se encargan de fomentar las supersticiones; la fantasía se ocupa luego de agrandarlos e interpretarlos; y la brusquedad de los incidentes de darles una lógica formidable.

De ello, surge el *post hoc, ergo propter hoc*, tan frecuentemente aceptado. Lo imprevisto seduce y embota los sentidos. A los hombres agrada siempre lo sobrenatural y maravilloso, que con frecuencia les hace creyentes y místicos. Y es que todavía tenemos escondido entre los pliegues del alma y en la médula de los huesos, el miedo cerval a lo intangible de lo Desconocido.





## LA MENSAJERA DE LA MUERTE

(1623)

### I

El papa Paulo V nombró obispo de Puerto Rico al clérigo Bernardo de Balbuena que hacía doce años estaba de Abad en Jamaica.

Esto ocurría en 1620. Tuvo necesidad el padre Balbuena de pasar a Santo Domingo a que le consagrara el señor arzobispo fray Pedro de Oviedo. Y estando en la primada, la priora del convento de Carmelitas Calzadas le pidió una audiencia. El obispo, al par que buen sacerdote, cortés, caballero, se la concedió y pasó a entrevistarse con la madre superiora.

—Molesto a su Ilustrísima —díjole la priora—, porque Sor Angela de la Cruz ha tenido una rara visión, que se refiere a su señoría, y yo he querido darle conocimiento del hecho.

—Puede la buena madre decir, que yo la escucharé solícito —respondió afable el obispo.

—Pues bien, señor, la hermana ha visto en sueños una paloma blanca en la cornisa de la bóveda de la Catedral de Puerto Rico y a su Ilustrísima de cuerpo presente en su féretro.

—Sea lo que Dios quiera, hermana priora. ¡Yo estoy siempre dispuesto a comparecer ante el trono de Dios!

## II

El obispo Balbuena tomó posesión de su diócesis de Puerto Rico en 1623. Pronto se dió cuenta nuestra sociedad de la clase de hombre que estaba al frente de este Obispado. Todos los vecinos de valer eran contertulios de su Ilustrísima.

El sabio teólogo de Sigüenza, al par que poeta de primer orden y prosista de talla, hacía las delicias de su tertulia. Recitaba estrofas de *El Bernardo*, con tan robusta entonación y delicado acento, que Zorrilla y Núñez de Arce, nuestros grandes recitadores del siglo XIX, se hubieran quedado extáticos.

Aquellas sesiones tenían cierto carácter académico, pues el culto a las Letras descollaba en sus temas. Se discutían los modismos de la rica habla de Castilla con igual interés que la interpretación de un paisaje obscuro de la Biblia.

Estas conferencias hubo necesidad de suspenderlas para atender al rudo ataque que dieron los holandeses a la Capital al mando de Bardwin Henry: que nuestros cronicos llaman Boduyno Henrico.

## III

El señor obispo vivía cerca de la Catedral, pues todavía no teníamos Palacio Episcopal, que lo fabricó posteriormente el obispo Pizarro en 1733. Y celebraba su misa todas las mañanas, bien temprano, en el altar mayor del templo.

En la mañana del 10 de octubre de 1627, al volverse al público para decirles: *Yte missa est*, notó en la cornisa del crucero de la nave principal de la Catedral una paloma blanca. Y recordó la visión de sor Angela de la Cruz.

Llegado a la sacristía y despojado de la casulla y demás arreos de oficiar, díjole al sacristán:

—Truxillo, ve a ver qué clase de ave está posada sobre la cornisa del crucero principal de la nave del templo.

Regresó el enviado y le contestó:

—Señor obispo, es una paloma blanca. No sé por dónde haya entrado.

—Déjela usted quieta y que no la molesten — replicóle su Ilustrísima, y se marchó.

#### IV

Ya en su casa, llamó al Notario Eclesiástico y le dijo: —Quiero hacer mi testamento inmediatamente. Quiero que mi fortuna sea toda para esta iglesia. Quiero que en la Catedral se construya una capilla con la advocación de San Bernardo, con cargo a mi capital, y que en ella se entierre mi cadáver.

#### V

Por la tarde sintió el austero Prelado unos escalofríos intensos que le obligaron a recogerse en cama. Por la noche estaba de suma gravedad y recibió el Santo Viático con dobles de campanas y repetidos rezos; poco después los bronces tocaban agonía, y a las tres de la mañana fallecía de una calentura maligna, al decir del físico del Regimiento de Cantabria.

Estando su féretro en la Catedral recibiendo honores fúnebres, con gran pompa, mientras el órgano entonaba sus salmodias, el incensario humeaba y el inmenso público oía con fervor el canto religioso, la misteriosa paloma tendió rápida su vuelo y fué a posarse sobre el ataúd que contenía los despojos mortales del bondadoso obispo Balbuena, y después de un largo rato ascendió tendiendo sus alas, giró alrededor de la nave central tres veces, y desapareció por uno de los ventanales del templo, perdiéndose en el misterio de la inmensidad azul como un copo de niebla alba.

Lo mismo ocurrió en 1648 estando celebrando honras fúnebres en esta Catedral por la memoria del obispo fray Damián López de Haro, muerto en la Margarita...

Así rezan los papeles viejos de mi viejo archivo. Y dice Shakespeare: «Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible.» Y agregamos nosotros: ¡Hay un hilo misterioso en el laberinto del des-envolvimiento de la humanidad!

Villa Los Pinos,  
Nov. 30 de 1917.



## UNA BUENA ESPADA TOLEDANA

(1625)

### I

Corría el año 1625 y había expirado la tregua de doce años entre España y la República de las Provincias Unidas de Holanda. Francia, guiada por el cardenal Richelieu, se unió a los holandeses para atacar a España. Por otra parte, el rey Felipe IV estaba entregado a su favorito el conde-duque de Olivares, que para adular al joven monarca y dominarlo, le ofrecía el triunfo completo contra todos sus enemigos.

Acababa el nieto del Gran Capitán de ganar la batalla de Flerus, obligando a las huestes protestantes a meterse en Holanda con el resto de sus acuchilladas tropas. Y ardía la guerra fuertemente en Flandes y Alemania. En este estado de cosas bajaron las escuadras holandesas a atacar las posesiones españolas de América, saqueando a San Salvador, Lima y Callao.

Para esa remota época continuaba la ciudad de Puerto Rico olvidada, sin amurallar y con una muy pobre guarnición; sin contar con las hermosas defensas, después construídas, de los castillos de San Antonio, San Jerónimo y San Cristóbal.

### II

Una mañana del mes de septiembre, del año indicado, apareció frente a la ciudad una escuadra holandesa de

25 urcas, que al favor del alisio brisote del mediodía se entró de sorpresa dentro del puerto a velas desplegadas, como si hubieran penetrado en un surgidero holandés.

Los artilleros del Morro hicieron fuego, pero tan torpemente, por el mal estado de la artillería del Castillo, «que muchas piezas al primer tiro se apeaban por estar las cureñas y encabalgamientos viejos, y algunos cañones había cuatro años que estaban cargados».

No fué posible impedir el desembarco de tan formidable enemigo. El vecindario acobardado huyó a los campos; y las autoridades se refugiaron en el Morro.

Comandaba esta escuadra enemiga el general Bouduyno Enrico, delegado del Príncipe de Orange. Pidió con heraldo y bandera blanca, la entrega de la plaza, al gobernador don Juan de Haro, quien le contestó, que si todo el poder de Holanda hubiera desembarcado, a todo el poder de Holanda le haría frente; y que si quería la entrega de las llaves del Morro que las fuera a coger.

Bouduyno Enrico ordenó inmediatamente sitiar aquella fortaleza y se emplazaron baterías entre el llano que media entre el castillo y la ciudad. El asedio aumentaba de día en día y los sitiados tuvieron que hacer una salida repentina para contener el ímpetu de los sitiadores. A pesar de este esfuerzo de valor el cerco se iba estrechando.

### III

Una mañana aproximóse tanto un destacamento a los baluartes, a hacer fuego de mosquetería contra los sitiados, que el capitán holandés, que los dirigía (y que se sigue creyendo fuera el propio Bouduyno Enrico en persona) se distinguía perfectamente al frente de su gente por las plumas amarillas de su casco y su apuesta figura. El bizarro capitán de negro peto y brillantes botas tenía intenciones de asaltar el castillo, tal era el denuedo y osadía con que se iba acercando a los fosos y exploraba los rebellines.

De repente se oyeron crujir las cadenas del puente levadizo del Castillo y salió un pelotón de tercios castellanos, dirigido por don Juan de Amézquita y Quixano, primer comandante de San Felipe del Morro. Los holandeses al verle se replegaron activos y se formaron en batalla para pelear cuerpo a cuerpo, a fin de sostener la

acometida de los sitiadores y obligarles a retroceder y a encastillarse de nuevo.

Contra los sitiadores se adelantó con rapidez y arrogancia el intrépido capitán Amézquita, con su airoso chambergo español, cuyas plumas rojas batía la brisa y el sol abrillantaba. Vestía colete de gamuza y recias botas de cuero cordobés, sin espuelas; y al costado espada toledana de cazoleta calada, cuya fina hoja empuñaba entonces en su diestra. Bien templado acero que tenía grabado el mote de «No me saques sin razón, ni me guardes sin honor». Los retorcidos mostachos a lo Felipe IV, que lucía el mancebo, revelaban su carácter enérgico y su fiera militar.

Al verle avanzar, se adelantó el Capitán holandés en actitud de combatir personalmente con el Capitán español. La tropa de una y otra parte, que lo comprendió así, se formó en línea a contemplar aquel duelo singular de sus dos valientes paladines. Estos combates personales eran muy frecuentes en aquellos caballerosos tiempos de retos y desafíos entre hidalgos, y gustaban mucho en los ejércitos. Se les daba gran importancia y hasta se creía, supersticiosamente, que influía en ellos el Destino. El duelo iba a ser a espada y daga. Todavía se usaba esta arma, o el puñal o la capa para hacer los quites.

Los capitanes casi eran de igual estatura. Desde los primeros momentos se reconoció que entrambos conocían el manejo de las armas que esgrimían. Buenos discípulos de Capo Ferro y Carranza Pacheco, los mejores maestros de esgrima de aquellos tiempos. No cruzaron sus aceros, sino que mantuvieron sus espadas en guardia de punta, sus dagas a la altura de sus petos. Entonces avanzaron con precaución, contraídos sus músculos a lo felino, prontos a caer sobre su adversario descuidado. El combate estuvo vario e incierto. Los golpes se sucedían y los quites eran sorprendentes. El holandés estrechando a Amézquita le hizo retroceder, y girando de flanco, trataba astutamente de ponerle de cara al sol. El capitán del Morro le siguió hábil, acomodándose a los intentos de su contendor, plegó los ojos para resistir la luz solar y expresamente se puso en condiciones de que su enemigo se tendiera a fondo. El silencio que reinaba en aquellos trágicos instantes era religioso. El capitán holandés, con-

seguido su intento, preparó su estocada, y creyendo que el español estaba deslumbrado por la viva luz solar, que le daba de pleno en el rostro, y que era debilidad y torpeza aquella actitud, se fué a fondo impetuosamente. Amézquita hizo el quite con la daga, desviando el acero de su enemigo, que no pudo replegarse a tiempo, y le introdujo la espada toledana en el gollete, de donde brotó un borbotón de sangre bermeja.

Cayó el caudillo del Príncipe de Orange, recogieron sus heraldos, y volvieron las espadas sus soldados desalentados.

Los holandeses dolosamente, incendiaron la ciudad al retirarse a sus urcas, después de entregarse al saqueo y rapiña de las casas. No obstante, fueron perseguidos y escarmentados por los pedreros de las Caletas al reembarcarse; y la mosquetería de la Marina hizo muchas bajas en los fugitivos, teniendo el enemigo que abandonar rápidamente el puerto con pérdida de algunos buques y mucha gente.

#### IV

Enterado el rey Felipe IV de la bravura demostrada por el Capitán portorriqueño don Juan de Amézquita y Quixano le premió con mil escudos, le ascendió en su grado y le nombró gobernador de Santiago de Cuba. Cargo que renunció don Juan a los pocos meses de desempeñarlo, para regresar a su querida tierra.

Bouduyno Enrico no falleció en el duelo sostenido con el denodado Amézquita, porque sus heraldos al recogerle pudieron dar lugar a que le curaran a tiempo la cuchillada del cuello. Al año siguiente «al frente de la Habana, el día 2 de julio, sucumbió este almirante holandés, de resultas de una herida recibida el año anterior en Puerto Rico, peleando cuerpo a cuerpo con el capitán don Juan Amézquita». Estas palabras del cronista cubano testifican la verdad de las viejas tradiciones criollas, que posteriormente han negado con suma ligereza algunos de nuestros escritores.

En el Campo del Morro hay un monumento conmemorativo de esta gran hazaña y señalado triunfo. El nombre del heroico Capitán portorriqueño brilla por su

ausencia; y en cambio hay otros con grandes letras y en soberbia lápida de mármol. Aquí debemos exclamar con Shakespeare: « ¡ Cuán diverso es el hombre del hombre! » Y añadimos nosotros: ¡ Qué repugnante herrumbre es, en una sociedad, el olvido de sus muertos de valía...!





## UNA BUENA JUGADA DE NAIPES

(1631)

### I

Orgullosísimo estaba don Iñigo de la Mota Sarmiento por haber concluído el cerco de piedras de la ciudad, que iniciara en 1631 su antecesor don Enrique de Sotomayor. Y su regocijo subió de punto cuando pudo en 1639 transformar la fortaleza de Santa Catalina en Casa de Gobierno y habitación de los Gobernadores. Con tal motivo hubo fiestas, corridas de caballos y bailes.

En uno de estos bailes le robó el corazón a Juana Manuela, la hija de don Iñigo, el apuesto teniente del Regimiento don Alonso de Aguilar.

Si bella era la sevillana hija del Gobernador con su pálida tez de azucena, hermosa cabellera negra y brillante, y sus ojos húmedos que parecía que acariciaban con sus miradas seductoras, gallardo era el oficial, hijo de Medellín, y paisano de Hernán Cortés.

Cuando don Iñigo se percató de estos amores, montó en santa y fraternal indignación, porque Alonso de Aguilar, el novio de su hija, no solamente era un pendenciero, sino una bala perdida, un manirroto, no afincado, y jugador sempiterno, sin condiciones según afirmaba el Gobernador, ni para ascender en su carrera ni para ser un buen padre de familia.

Don Iñigo hizo venir a su presencia a Juana Manuela y después de una fuerte reprimenda le manifestó que

si continuaba en amores con el teniente Aguilar la embarcaba para España y la metía en el convento de Monjas Carmelitas de Cádiz.

Luego ordenó que se presentara en su oficina el atrevido doncel, novio de su hija, y terminada una filípica en toda regla le agregó como despedida las siguientes frases:

— ¡Queda usted enterado, teniente Aguilar! ¡No quiero que continúe usted molestando a Juana Manuela, y sepa que si me contraría le va en ello la vida! ¡Hemos concluído! ¡Puede usted retirarse...!

De más está decir, que los discursos del Gobernador fueron voces que se llevó el viento; y que Aguilar siguió escribiendo a Juana Manuela y Juana Manuela a Aguilar, ya que no podían verse en ninguna parte. La contrariedad de don Iñigo aumentó en ellos extraordinariamente el amor que se tenían, y centuplicó sus arrobadores ensueños.

## II

Transcurrido algún tiempo y con ansias de verse, Alonso de Aguilar pidió una cita a Juana Manuela para el huerto de la Fortaleza. Para aquella remota época todos los alrededores y parte de atrás de Santa Catalina estaban llenos de plantas silvestres y árboles frutales hasta la misma Puerta de San Juan por un lado y hasta la Capilla de la Concepción por el otro. Y hacia el fondo del patio interior había una escalerilla de material, trabajada en el muro, que hoy está cubierta y tapiada en la muralla posterior, haciéndola invisible.

El teniente contaba con el beneplácito de la guardia, en la cual tenía buenos amigos. A la caída de la tarde escaló el paredón y encontró a Juana Manuela que ya lo esperaba en el kiosco del fondo de la huerta jardín. Al ver Juana Manuela a Alonso de Aguilar le saludó cariñosamente, dióle la mano y díjole con voz afable y triste sonrisa:

— Por fin puedo volver a hablarte. Mi padre está furioso contra nosotros y está resuelto a meterme en el convento de Monjas Carmelitas de Cádiz; y me ha dicho que si te sorprende por estos alrededores está dispuesto...

— A matarme. ¡Ya me lo ha dicho a mí encoleri-

zado! ¡Poco me importa que me mate, después que yo te vea y oiga tu dulce voz, Juana Manuela de mi vida...!

Y los negros ojos de Aguilar despidieron relámpagos de amor. La enramada era espesa y trascendía la fragancia suave de las flores silvestres. Juana Manuela estaba más hermosa que nunca, realzada su belleza por el enigma de la soledad. ¡Cuántos ensueños se acarician sobre el ala flebe de la fantasía junto a una doncella núbil!

—¡Seamos prudentes, Alonso! No ganaríamos nada con provocar las iras de mi padre. Mejor es buscar amigos e influencias en la Corte. A Dios plegue... pero ¡ah! ¡Vete, vete en seguida, que viene gente hacia este sitio! — gritóle aterrada la joven.

Imposible ya marcharse. Los enamorados jóvenes ignoraban que el Gobernador había dado cita, precisamente también para la huerta-jardín y a aquella hora, a los Oficiales Reales, para tratar asuntos de gobernación en sitio tan fresco, porque la temporada era sumamente calurosa; y fueron sorprendidos, en su interesante coloquio y amorosa expansión, por aquellos inoportunos recién llegados. El Gobernador, reprimiéndose en cuanto pudo, aunque un color se le iba y otro se le venía, arrugó la frente y dijo al oficial con voz firme:

—¡Señor teniente Alonso de Aguilar, espéreme usted en mi despacho!

Y después de terminar el asunto que le llevó al kiosco con los Oficiales Reales, entróse don Iñigo en el cuartelillo de retén, llamó al Capitán de la guardia y subió a su oficina. Al entrar en su despacho sus ojos llameaban. Aguilar contemplaba tranquilamente un cuadro al óleo y se volvió al sentir los pasos de don Iñigo. Este exclamó con ronca voz:

—Señor Capitán, lleve usted preso a las bóvedas del Morro al teniente don Alonso de Aguilar. ¡Me responde usted de él con su vida...!

El Teniente avanzó un paso, y con aspecto sereno saludó militarmente y siguió al Capitán. Detrás de ellos fué al poco rato un ordenanza con un oficio para el Comandante del Castillo, comunicándole el irritado don Iñigo, que Aguilar era reo de Estado y que lo pusiera preso en la bóveda de la izquierda. Hay que saber que de esta bóveda se salía o para ser fusilado abajo, en la batería

de flor de agua, o para ser ahorcado detrás del bastión del polvorín.

### III

—He llamado a usted, señor Asesor, para que incoe un expediente sumarísimo al teniente don Alonso de Aguilar, preso por conspirador e instigador a rebeliones dentro del Regimiento para perturbar el orden público y saquear la ciudad. Por convenir a la tranquilidad de este presidio y dar a la guarnición una muestra de energía y carácter del Gobierno será ejecutado dentro del Castillo del Morro.

—Pero...

—No hay pero; usted sabe que tengo las facultades omnímodas de Jefe de plaza sitiada; y quiero que se me respete y obedezca ciegamente. En mi juicio de residencia podrá usted formular a su tiempo el cargo que guste.

—Está bien, señor Gobernador. Cumpliré con lo ordenado, reservándome mi derecho, por si tuviese necesidad de hacer uso de él en mi defensa.

### IV

El teniente Aguilar penetró en la bóveda que se le había destinado y se echó a descansar en un camastro. Al día siguiente, a mediodía, entró el Capitán del Regimiento a verle.

—¡Hola, chico, bien venido seas! Me aburro aquí de lo lindo—díjole Aguilar.

—Traigo para ti una misiva del Gobernador, bastante agria.

—Pues, desembucha.

—¡Pues, te ha condenado a muerte por conspirador e instigador a rebelión dentro del Regimiento; y sin apelación...!

—Venganza de don Iñigo, porque le cortejo su hija. Egoísmo de viejo goloso. ¡Juana Manuela me quiere y eso le molesta...!

—Lo peor es que tengo la orden de leerte la sentencia y de cumplimentarla.

—Pues ahórrate el leérmela. Tú sabes, que me lla-

mo Alonso de Aguilar y de Quirós. Soy hidalgo de buena cepa. «Después de Dios la casa de Quirós.» Este es nuestro mote. Tengo, por tanto, derecho a que se me trate como tal. No puedo ser ahorcado ni estrangulado. Hay que cortarme la cabeza. ¿Dónde está el verdugo? Como cristiano, tengo derecho a los auxilios espirituales de nuestra religión en artículo de muerte. ¿Dónde está el sacerdote? O es que don Iñigo quiere asesinarme a mansalva y tú te prestas a ello...

—No, no, yo soy tu amigo y pondré en conocimiento del Comandante del Morro tus derechos, pues el Gobernador ha ordenado que se facilite todo lo necesario para cumplimentar su orden y exigiré lo que me pides para complacerte.

—Pues chico, mientras te facilitan lo que pido y exijo, voy a pedir un favor de tu galante fineza, que también todo reo en Capilla tiene derecho a una gracia.

—Tú dirás...

—Tengo en el bolsillo la paga del mes: mientras viene el sacerdote y el verdugo jugaremos un poco a la baraja. Si no tienes dinero yo te lo presto.

—Convenido...

El Capitán era joven, arriscado y genial, y quería complacer a su amigo en todo. Como el calabozo estaba con poca claridad, porque la tarde iba cayendo rápidamente, prendieron el farol y a su luz temblona prepararon la mesa para tallar.

## V

El Capellán del Castillo había salido y fué preciso ir a buscar al Obispo. Enterado de lo que se trataba, enteró a su vez a su Ilustrísima, quien, indignado, marchó en seguida a la Fortaleza a ver a don Iñigo. Trabajo le costó obtener el perdón de Aguilar. Ofrecióse a ser padrino de los novios y regalarles un viñedo que tenía en Extremadura. El Gobernador dió su consentimiento después de entretener al Obispo largo rato y calcular, mirando el reloj de pared, de que ya el Capitán habría ahorcado al Teniente, con las facultades plenas que le había concedido. Su Ilustrísima marchó inmediatamente para el Morro.

VI

Antes que el Obispo, había llegado al Castillo el Capellán. Y enterado del lugar que ocupaba el reo, se dirigió a la bóveda de la izquierda y muy conmovido, llamó a la puerta. El Capitán y el Teniente estaban jugando a la baraja. Tallaba el Teniente.

—¿Quién va? — gritó el Capitán.

—El Capellán del Castillo.

—Abrele la puerta — dijo Aguilar.

Al ver el padre Vega la mesa de juego y a Aguilar tallando se reaccionó y exclamó:

—¿Qué es esto?

—Padre, estoy jugando mi paga antes de irme para el otro mundo. Tengo derecho a pedir una gracia, como reo en capilla, y el Capitán, generoso, ha accedido a mi solicitud.

—Hombre, pues siga usted, que a mí me gusta también, a fe de cristiano, el juego de naipes.

Al poco rato volvieron a llamar a la puerta. Se levantó el Capitán y fue a ver quién era.

—¿Quién llama...?

—El verdugo.

—Pues entra — dijo el Capitán abriendo — y espera ahí sentado que ya te llegará el momento de cumplir con tu deber. ¿Traes el tajo?

—Sí, señor.

—El hacha ¿tiene buen filo?

—Sí, señor.

—Pues, quédate en ese rincón del calabozo, que ya te avisaré.

Y volviéndose el Capitán a la mesa llegó oportunamente para jugar el entrés, que había pedido el padre Vega. Ganó la banca.

—Pues, Teniente, eche usted un elijan — dijo el padre Vega.

Volvió a ganar la banca. Entonces exclamó Aguilar:

—La suerte me favorece en el juego y me es adversa en amores. Talle usted, padre Vega, a ver si le va mejor.

Así se iba el tiempo rápidamente. El Capitán había hecho traer tabacos y vino de Jerez. Entre tanto, el verdugo, recogido en el sitio que le habían designado, es-

taba inmóvil lanzando siniestras miradas a los jugadores, que no hacían caso de él. Pasadas dos horas, volvieron a llamar a la puerta.

— ¡Ira de Dios! — exclamó Aguilar —. ¡No abras! ¡Que me dejen pasar tranquilo los últimos instantes de mi existencia...!

El Capitán no abrió. Prendió un tabaco y echó vino en las copas. La paga de Aguilar disminuía con rapidez y se aproximaba el momento trágico. Volvieron a llamar con insistencia. Los golpes esta vez eran muy violentos. Aguilar había puesto su última moneda al rey de espadas. Entonces, se oyó la voz de trueno del Comandante del Morro.

— ¡O abren la puerta u ordeno derribarla a hachazos...! El Capitán al oír la voz del Jefe del Castillo, corrió a abrir. Penetró el señor Obispo, seguido tumultuariamente de varios militares de la plaza.

— ¡Aquí te traigo el perdón, Alonso de Aguilar! — exclamó conmovido su Ilustrísima —. Yo seré el padrino de tus bodas. Embarcarás luego para España en el primer galeón que toque aquí de la línea de Nuevo México.

Y abrazó al reo. Todos se arrodillaron para dar gracias a Dios. Mas el perverso ejecutor de la Justicia salió de la bóveda exclamando:

— ¡Ninguno se acuerda de dárselas a la baraja, que si no es por ella hace dos horas que yo lo hubiera escabechado...!

El renegado verdugo no comprendía, que la baraja fué el instrumento de que se había valido Dios para evitar que don Iñigo de la Mota Sarmiento, deslustrando su buena hoja de servicios a S. M., cometiera tan espantoso desaguisado.



## LA VIRGEN DE BELEN

(1632)

### I

El joven Jorge, piadoso varón, habiendo cumplido su año de noviciado en el Convento de Santo Domingo de Guzmán, de esta ciudad, profesó. Como era natural de San Juan y de familia rica, su ingreso en la orden Dominicana fué con todo esplendor. El anfitrión no cabía en sí, de gozo, una vez realizadas sus aspiraciones.

Fray Jorge Cambero era muy devoto de Nuestra Señora de Belén, cuya imagen, traída de España, y puesta en un cuadro pequeño como de tres cuartas, estaba colocado en el dormitorio del Convento desde tiempo inmemorial. Se decía que estaba en el edificio desde la fundación de la Orden en esta isla, en 1523.

### II

Llegada la hora de recogerse los monjes en la celda general, entró por primera vez en ella Fray Jorge, que del dormitorio de los novicios pasaba al de los conventuales, por haber profesado ya.

Recogido todo el personal y reinando un profundo silencio, Fray Jorge no pudo conciliar el sueño con las emociones del día. ¡Habían sido tantas! Había abandonado en definitivo el mundo, donde más de una dama



gentil le quiso cautivar y se acogía bajo los pliegues de la bandera de combate de Santo Domingo, con su especial devoción a la Virgen de Belén.

Estando en estas reflexiones y trazándose el nuevo rumbo que tenía que seguir, se le pasaron las horas de la noche y ya de madrugada detuvo sus pensamientos al escuchar una música sutil y divina que penetraba en sus oídos como una plegaria santa.

Emocionado en alto grado quiso darse cuenta de lo que oía y al dirigir su vista al altar donde estaba la imagen de Nuestra Señora de Belén, notó con gran sorpresa un coro de ángeles cantando a maitines a la Virgen. Se puso de rodillas frente a su cama a escuchar extático aquella divina salmodia y notó al mismo tiempo que todos sus compañeros de salón dormían profundamente.

### III

Jamás olvidó Fray Jorge Cambero lo que había tenido la dicha de presenciar la noche del día que profesó. Luego supo de su confesor que otros monjes habían tenido la dicha de él...

Su devoción y culto a Nuestra Señora de Belén fué desde entonces mayor que el que la tenía, y por fin alcanzó el puesto de Provincial de la Orden con la ayuda y protección de la Virgen de Belén.

Y una vez al frente del Convento puso Casa de Estudios de Artes y Gramática castellana y latina, no sólo para los novicios, sino también para los vecinos de la ciudad que quisieran estudiarlas.

No volvió Fray Jorge a oír cantar a maitines a los ángeles; pero le bastaba cerrar los ojos y ponerse en éxtasis, para recordar aquella dulcísima plegaria que embargó toda su alma la noche de su profesión.

Bendita fe de nuestros mayores, tan grande como la de Bernadeta en Lourdes. ¡Qué milagros realiza ese éxtasis arrobador de amor celeste, desentramado de los lazos mundanales...!



## EL MATADOR DE TIBURONES

(1640)

### I

Ardía la Aguada en fiesta. Frente a la hermosa bahía estaban anclados los galeones que conducían al Virrey de Nueva España y al Obispo de Tlaxteca. Los nobles hidalgos desembarcaron en lo que la armada se aprovisionaba de agua y bastimentos para seguir viaje a Veracruz.

El Virrey, marqués de Villena y duque de Escalona, quiso dejar memoria de su llegada a un puerto de esta isla, y pidió al Teniente a Guerra un niño para apadrinarlo y protegerlo. Se buscó el infante, y le echó las aguas bautismales el obispo acompañante don Juan Palafox y Mendoza. Al niño se le puso por nombre don Diego de Pacheco, como su ilustre padrino. Todo esto ocurría allá por el año de 1640.

El gobernador don Agustín de Silva y Figueroa y el prelado don Fray Alonso de Solís estuvieron en la Aguada a cumplimentar a tan altos dignatarios.

Los rumbosos festejos habidos, fueron ruidosos y de ellos hablan los cronicones de la isla.

### II

En el banquete que se dió en la Casa de Rey en honor de los representantes de S. M., dijo don Diego de Pacheco:

—Señores, lo que más me ha llamado la atención en este largo viaje ha sido, que dos días antes de arribar a estas playas, hemos pescado un pez horrendo, que llaman tiburón. Tenía cuatro varas de largo y la tremenda boca guarnecida de unas hileras de dientes movibles. Muerto y echado sobre la cubierta del barco infundía pavor tan feroz animal.

—Pues, señor Virrey, aquí en la Aguada, hay quien lucha con un tiburón y lo vence — contestó el Teniente a Guerra.

—¿Qué dice usted, amigo mío? — replicó el Virrey sorprendido; y añadió —: ¿Puede ser éso verdad? Gustaríame presenciar tan sorprendente combate.

—Tenemos un pescador ribereño, que suele batirse cuerpo a cuerpo y siempre con feliz éxito.

—Pues llámelo usted, que deseo conocerlo.

### III

Rufino, el indio, era un matador de tiburones. Moraba en la aldehuela Aguadilla, frente al surgidero de las naos, y vivía de la pesca. Mocetón de más de veinte años, era de baja estatura, ancho de espaldas, fornidos miembros y color achocolatado. A simple vista, se descubriría en él el cruce de las razas pobladoras de esta isla. Ojos grandes, nariz aguileña, labios gruesos, pelo negro y abundante. Simpático, humilde y complaciente. El Teniente le mandó llamar y le dijo:

—Muchacho, nuestros nobles huéspedes desean verte peleando con un tiburón. ¿Estás dispuesto a ello?

—No, señor.

—¿Por qué? — interrogó con extrañeza el Teniente.

—Porque no tengo mis escapularios de la Virgen del Carmen.

—¿Y dónde están?

—Estaban muy deteriorados y los envié al Convento de Monjas Carmelitas de la Capital para que me los compusieran.

—Te daré cuatro pesos fuertes, si peleas mañana con un tiburón en presencia del Virrey y del Obispo que van para México.

—No puedo, mi Teniente; necesito mis escapularios de la Virgen del Carmen.

—Te daré ocho pesos...

—¡No puede ser, señor!

Presentado Rufino al Virrey, enterado éste de la negativa rotunda del pescador, lo trató con sumo afecto y le dijo sugestivamente:

—Mañana pelearás con un tiburón y además de los ocho pesos fuertes que te dará el Teniente, yo te regalaré una onza de oro española.

#### IV

El matador de tiburones se pasó toda la noche pensando en su aciaga suerte. Cuando se le presentaba oportunidad de ganar un puñado de dinero, que le sacaría de tantos apuros, se encontraba sin sus queridos escapularios de la Virgen del Carmen, sin los cuales jamás había salido al mar, ni siquiera a pescar.

Descansó poco. Levantóse temprano y buscó su daguilla de combate, que llamaba *mi alfiler*. Este era un largo puñal, hecho de una escofina y con un fuerte cabo de hueso. Tenía una pulgada de ancho y trece de largo. Lo aceitó y lo guardó en su vaina de cuero; tenía en el cabo una manija, de curricán, para asegurarlo en la muñeca cuando se arrojaba al mar a combatir a los escualos.

Salió y fué a la plaza. El mar estaba como una lámina de acero, terso y límpido. Los galeones reales lucían sus vistosas banderolas y los barcos pescadores regresaban al puerto con su pesca. Entró en un bodegón a desayunarse.

#### V

Como a las diez de la mañana hubo algazara en la playa. Los que atalayaban avisaron al Teniente a Guerra que un tiburón había entrado en la bahía. El Teniente avisó a sus hidalgos huéspedes y toda la comitiva se dirigió a la playa.

Rufino no había salido del bodegón. Allí estaba pensativo, con las manos sujetándose la cabeza. El ruido de la playa llegaba a él como una provocación; pero él no se movía. La gritería iba en aumento.

El dueño del bodegón tocó en el hombro a Rufino. Este levantó la cabeza y exclamó:

—¿Qué hay?

—Que hoy vas a ganar mucho dinero.

—No sé...

Entonces se levantó, nervioso y preocupado, y se alejó de allí. Se dirigió a la playa. La multitud lo invadía todo. Llegó a la dársena de los botes y miró al horizonte, poniéndose la mano de visera sobre la frente. Apretó los puños con ira. Había divisado la aleta negra del tiburón sobre las ondas. El voraz animal husmeaba qué comer cerca de los galeones. El Teniente ordenó que le arrojasen un perro chino para atraerlo a la orilla. La orden se había cumplido. Tan pronto lo divisó el monstruo, se hundió la negruzca aleta, para virarse el escualo y poder devorar al infeliz perrillo. Un espumarajo de sangre manchó la superficie del agua.

## VI

Rufino lo había visto todo. Le brillaron los ojos de coraje con deseos de combatir la fiera. Corrió a la punta de la dársena. Se desvistió rápidamente y daga en mano se lanzó impetuoso al mar. El gentío aplaudió con estrépito.

La aleta negra del tiburón, como una velilla latina, volvió a aparecer sobre el mar. Rufino nadó con bravura hacia ella. De repente desapareció la siniestra aleta negra y también zambulló el pescador. El agua se movía convulsivamente. Debajo de la superficie se desarrollaba la encarnizada lucha. Rufino era un gran buzo, pero la ansiedad y expectación eran muy grandes.

Apareció sobre las ondas el muchacho y se vió que nadaba apresuradamente hacia tierra. Al llegar a la orilla se desmayó. El pueblo acudió en tropel en torno del pescador, que estaba muy pálido. Hubo necesidad de auxiliarle. Su boca estaba teñida de sangre. Vuelto en sí, se sentó transido de ansiedad. Miró su daga. Estaba límpido el acero, pero rojo el hueso del cabo. Escupió y al ver que escupía sangre exclamó triste:

—¡Ah! ¡mis escapularios, mis escapularios...!

De pronto gritó con alegría:

—¡Allí está...! ¡Allí está...! ¡Lo maté...! Pero, ¡ay!  
¡él también me ha herido...!

Rufino, al clavar por segunda vez su puñal al mons-

truo moribundo, recibió un aletazo en el pecho que en poco le priva del conocimiento, y, perdido el sentido, se hubiera ahogado.

El gentío vociferaba atrozmente. Sobre la superficie de las aguas se iba destacando el horrible animal, con su espantosa boca abierta, privado de la vida. Diestros ribereños, en sus pequeños esquifes, empezaron a remolcarlo hacia tierra.

## VII

El Virrey se acercó al grupo donde estaba Rufino, puso su diestra sobre la cabeza del matador triunfante y le dijo:

—Eres un valiente, pero no vuelvas a repetir esa hazaña.

Y le entregó dos onzas españolas. Al poco rato la gorra del pobre ribereño estaba llena de dinero. Hasta los marinos de los galeones, que habían presenciado su heroicidad, le enviaban su regalo en toda clase de monedas.

Fué conducido Rufino a su bohío en brazos de sus amigos. Estuvo gravemente enfermo por algún tiempo, pero su recia naturaleza venció el mal y cicatrizó su pulmón herido. Compró redes de pescar y un buen bote y no volvió a combatir con los monstruos del mar. En el comedor de su cabaña, pendiente del seto, guardaba como trofeo de sus victorias la célebre daga rodeada de dientes de tiburones.



## LA HIJA DEL VERDUGO

(1765)

### I

En el año que ocurrió el episodio que vamos a narrar, el hermoso edificio situado en la plaza de Baldorioty y que llamamos *La Intendencia*, no lo adornaba una fachada tan artística como la que hoy posee, y su inmensa mole bastillesca estaba dedicada a Presidio. La plaza principal era el mercado.

Entre las personas que habitaban esta sombría cárcel estaba el verdugo, que había sido enviado de España con nombramiento a perpetuidad. A este personaje *oficial*, que había embarcado en Cádiz con rumbo a San Juan de Puerto Rico, se le había permitido traer una niña de diez años, único sér que constituía la familia del verdugo. La señora del Alcayde acogió la muchachita y la educó a su mano, utilizándola como sirvienta.

María Dolores — éste era el nombre de pila de la hija del verdugo — supo captarse la buena voluntad de su protectora, y subió tan hacendosa como modesta y buena, tanto que en el Penal todo el mundo la quería mucho, especialmente los presos que habían notado que siempre que venían reos del campo conducidos a pie por la ruta, al penetrar en el soportal o pórtico de la cárcel, ya estaba María Dolores, caritativa, con su cacharro de agua fresca para apaciguar la intensa sed de aquellos infelices.

Al verdugo le dejaban un rato de solaz cada día, a la prima noche, y el ejecutor de la Justicia se iba con su hijita a rezar el rosario a la iglesia de Santo Tomás de Aquino (hoy San José) y después se sentaba, huraño, en la plazuela de Santo Domingo a tomar el fresco de la noche. Prendía su pipa y fumábala toda mientras María Dolores se paseaba por la plazuela y al poco rato retornada al Presidio por la calle del Cristo.

Andando los tiempos creció María Dolores, fué núbil, y todos tenían que hacer elogios de ella porque unía a su gentil belleza andaluza una gran modestia. A pesar de vivir entrando y saliendo en la cárcel nadie se le atrevía con alguna palabra ofensiva porque su aspecto serio y noble infundía respeto. Continuó acompañando siempre a su padre a rezar el rosario en los Dominicos. Dejaba al viejo verdugo en la plazuela fumando su pipa y ella se corría por toda la calle de San Sebastián a dar un buen paseo. Al regresar, por lo común tenía que despertar al padre, que, terminada su última fumada, entraba a dormir, y regresaban al Presidio más o menos tarde en la noche.

## II

En este tiempo llegó a la Capital un Comisario Regio, don Alejandro de O'Reilly, a imponerse del estado de esta posesión española. Una de las principales medidas de O'Reilly fué reorganizar las Milicias Disciplinadas y los Cuerpos veteranos de esta plaza. Con este motivo hubo gran movimiento de gente en la ciudad, provocado por el banderín de enganche.

Entre los rechazados había un joven canario, fornido y guapetón, que exigía que siendo Cabo, al reengancharse lo hicieran Sargento. Tenía en contra al Capitán de la primera compañía del Regimiento, y al presentarse en queja a O'Reilly lo hizo con tal altanería que el Comisario Regio dispuso que no lo admitieran. Al saberlo el arrogante Betancourt exclamó:

— ¡Yo nací para mandar y no para que me manden... y mandaré...!

Aquella misma noche organizó una cuadrilla de salteadores y empezó a ser el terror de la ciudad.

Entonces no existía el barrio de la Marina, que pos-



teriormente se formó con terrenos ganados al mar y se ha dedicado al comercio. No había más que un caminito que conducía a unos tejares levantados donde está hoy el Arsenal. Todo lo demás estaba bajo el agua. Los buques fondeaban frente a la puerta de San Juan y las pulperías y mercerías estaban en las Caletas y en la plaza del mercado, la hoy de Baldorioty, llamada *Plaza de las Verduras*.

La vigilancia de la ciudad la hacía una ronda de caballería. Dadas las diez de la noche nadie podía salir a la calle, las que estaban a obscuras como boca de lobo. El sujeto que topaba la ronda lo detenía incontinentemente y le echaba esposas uniéndolo a la comitiva de detenidos que llevaba a la prevención. El servicio de los *Serenos* vino muy después.

### III

En uno de los paseos de María Dolores a lo largo de la calle de San Sebastián, se entró a comprar unos caramelos en una dulcería de la esquina de la calle de San Justo, llamada *El Trueno*. Al salir estaba en la puerta un joven que le dijo:

— ¡Viva la gracia! ¡Qué lindos ojos negros! ¡No puedes negar que eres de Cádiz, porque vas derramando sal por donde pasas...!

María Dolores miró al joven, se sonrió, y sin cortarse le respondió finamente:

— ¡Gracias, caballero...!

Y regresó a la plazuela de Santo Domingo para acompañar a su padre al Presidio. Se repitieron los paseos y también las entrevistas, siempre en la serenidad y paz de nuestras diáfanas noches tropicales, lo que prueba que a las mujeres todas les gusta que las galanteen. Esto es instintivo en ellas. El galanteador de María Dolores era nada menos que el terrible bandido Betancourt. Este se había enamorado perdidamente de la cándida doncella, quedando encantado de su espiritual dulzura, y la acompañaba a veces hasta la esquina de la calle de San José. Por fin le prometió que tan pronto redondeara sus asuntos, pues él era ambicioso, la iba a pedir en casamiento a su padre para establecerse en el comercio de provisiones en un pueblo de la Isla.

IV

Las quejas del Comercio al Gobierno contra el mal servicio de las rondas fueron repetidas porque no pasaba noche que no saquearan una tienda. O'Reilly tomó carta en el asunto y aconsejó al Gobernador y al Cabildo que se redoblara la vigilancia de la ciudad y que se diera un castigo fuerte a los malhechores aprehendidos.

Una noche, atacando el almacén de comestibles de los señores Azperúa & Co., de la caleta de San Francisco, fué copado un bandido de la Partida, después de haber dado muerte a dos dependientes vizcaínos.

Del lugar del suceso fué llevado al Cerro de San Cristóbal cuyo castillo no existía para aquella época, y con un proceso verbal, brevísimo, fué ahorcado en seguida, disponiéndose que durante 24 horas estuviera expuesto el cadáver a la vindicta pública para conocimiento de todos. Habiéndosele ahorcado a las cuatro de la mañana había que bajarle de la horca al siguiente día, a la misma hora, de modo que un inmenso gentío pudo desfilar por el campo de San Cristóbal y contemplar el cadáver del malhechor. Durante el día no se habló de otra cosa en toda la ciudad.

V

Aquella noche hacía una luna esplendente, sin un cenital de bruma, y María Dolores, como de costumbre, acompañó a su padre a la iglesia y a la plazuela. Y estando en ésta, dijo a su padre:

—Yo quisiera ir a ver al ahorcado. ¡Debe ser una cosa horripilante!

—¡Valiente mal gusto, hija mía! Piensa en otra cosa. Da tu paseo de siempre y después a casa.

—¡Tienes razón, padre mío!

Y María Dolores, ciñéndose al talle su pañolón de vivos colores, echó a andar por la calle de San Sebastián. Al llegar a la dulcería *El Trueno* compró caramelos y al salir contó con encontrarse con Betancourt. Al verse sola, como la noche era tan hermosa y clara, caminó hacia el final de la calle y al divisar la puerta que daba

a extramuros, volviéronle los deseos de ver al ahorcado. Y se dijo:

—Si estuviera conmigo Betancourt, le diría que me acompañara.

Con este pensamiento llegó al retén. El Sargento de guardia, que la conocía, le dijo:

—¿En qué andas, María Dolores?

—Sargento, todo el mundo ha visto al ahorcado menos yo, y mi padre no me ha querido acompañar.

—¿Quieres que te acompañe alguno del Cuerpo de guardia?

—No. La noche está clarísima y desde aquí estoy divisando la horca. ¡Déjeme ir a matar mi curiosidad y rezarle un padrenuestro al ajusticiado, que yo me vuelvo en seguida, Sargento!

—¡Dios te acompañe, hija mía!

María Dolores echó a andar de prisa y al encontrarse frente al ahorcado dió un grito de espanto y se sintió agonizar. El que pendía de la cuerda era Betancourt, su novio. Un rayo de la blanca luna daba en la frente del ajusticiado. María Dolores tomó rápidamente la escalerilla de su padre y trepó ágil por ella. Al tocar el cuerpo del ahorcado se cercioró de que hacía tiempo que había muerto. Estaba frío como el hielo.

El dolor, como el amor, enloquece. En sus raptos de delirio no reflexiona. María Dolores, en su desesperación, trastornada por la intensa pena de aquella sorpresa, se quitó el pañolón de punto cordobés y atándolo al cordel de que pendía el joven bandido se ató al cuello el otro extremo y se ahorcó, abrazando convulsiva contra su palpitante seno el cadáver del infeliz Betancourt.

## VI

El longevo verdugo despertó en la plazuela de Santo Domingo, se restregó los ojos y exclamó:

—Me parece que he dormido mucho. ¡Cuánto tarda esta noche María Dolores! Voy a su encuentro.

Y echó a andar. Antes de entrever la dulcería *El Trueno*, tropezó con la ronda de caballería, que le dió el alto.

—¿Quién va?

—El verdugo.

—¿Por qué, a estas horas, estás en la calle?

—Voy en busca de mi hija.

—A estas horas no puedes andar por la calle sin una licencia especial. ¿La tienes?

—¡No...!

—Pues, date preso. Cabo Sánchez, póngale usted esposas al verdugo y únalo a la comitiva. ¡En marcha...!

Al pasar frente a la Catedral sintió el verdugo, que iba con la cabeza inclinada, que algo le había rozado la cara, levantó el rostro y vió un murciélago que se alejaba. Dos grandes lagrimones asoraron a sus párpados. Era supersticioso y tomó aquello por una señal siniestra. Al ser entregado en la cárcel el Alcayde le llamó y le dijo:

—Son las tres de la madrugada, prepare usted el servicio para a las cuatro bajar al ahorcado del patíbulo y conducirlo al cementerio. Después me dará usted cuenta de todo.

A la media hora de esta orden caminaba el verdugo hacia el Cerro de San Cristóbal. Al llegar al sitio se quedó aterrado. Por un momento permaneció en actitud estúpida por el terror de la sorpresa. Una mujer pendía de la cuerda junto al bandido y esa mujer era su hija María Dolores. Tomó trémulo la escalerilla, subió rápidamente y vió que hacía tiempo que su pobre hija había fallecido. Bajó de la escalerilla temblándole todo el cuerpo, vacilante, y notó que todo daba vueltas ante sus ojos vertiginosamente; después nublósele la vista, sintió un golpe de maza en el cerebro, giró sobre sus pies como un beodo y desplomóse. Un ataque fulminante de apoplejía le había privado de la vida.

El sombrío ángel de las tristezas derramó sobre aquel fúnebre espectáculo el triste velo de sus melancolías.

## VII

Un gentío inmenso acudió al lugar de este trágico suceso. Hasta el Gobernador y el Obispo concurrieron. Nadie pudo explicar el misterio de la muerte del verdugo y su hija. Y hasta se creyó en una venganza de la cuadrilla de bandoleros que capitaneaba Betancourt.

Pasado algún tiempo el dueño de la dulcería *El True-*

*no*, dió a conocer al público que la desgraciada María Dolores era novia, no amante o querida, del bandido Betancourt, porque aquella joven era muy virtuosa; y habían acordado casarse y establecerse en un pueblo de la Isla. ¡Los descreídos continuaron creyendo que aquellas muertes habían sido una venganza de la cuadrilla de bandoleros por haberles ahorcado su jefe, y que el dulcero los encubría...!



## EL SANTO CRISTO DE LA SALUD

(1766)

### I

Al final de la calle del Cristo, en San Juan, donde forma esquina con la de Tetuán, antes de los Cuarteles, existe una capilla cerrada. Un arco romano que sostiene una azotea, obstruye la vía pública en ese punto. La pátina de su antigüedad le da a esta ermita el tono de monumento histórico.

En los primeros tiempos de su construcción no existía más que la capillita levantada sobre el reborde de la muralla de vieja tapiería. Mano piadosa agrandó posteriormente el recinto con un arco romano y una pequeña azotea.

Allá por los años de 1753 vino a crearse este oratorio. Una tarde de grandes fiestas de San Pedro y San Pablo, se corrían caballos a escape en esta calle. Venía a ser el hipódromo de aquella época. La calle estaba sin empedrado, al natural, arena en unos sitios, barro y zanjones en otros y la empinada cuesta junto al Convento de las Monjas Carmelitas. No había aceras tampoco.

Los jinetes se agrupaban frente al murallón, y de dos en dos, despedían sus cabalgaduras, a escape en dirección del Convento de Dominicos. La meta era la puerta principal de Santo Tomás de Aquino, hoy San José, suplantación que hicieron los Padres Jesuítas en 1860.

Los jinetes regresaban después al paso al punto de partida, para empezar de nuevo su vertiginosa contienda.

Unos atrevidos jóvenes, que montaban briosos corceles, una vez descendida la cuesta al venir al punto de partida, pusieron sus caballos a galope a ver cuál llegaba primero junto a la muralla. Sabido es que el murallón por el lado sur da al Presidio y tiene una gran elevación. Para los tiempos que nos ocupan no existía el Correccional. Uno de los corceles, el del arrogante mozo Baltasar Montañez, se desbocó y al llegar al pretil dió un terrible bote, salvó el muro, y, con espanto general, caballo y caballero fueron al abismo.

El secretario del Gobierno, General don Tomás Mateo Prats, presenciaba las corridas desde el balcón de una de las casas contiguas, gritó convulso y religiosamente:  
— ¡Sálvalo, Santo Cristo de la Salud!

## II

El caballo se reventó contra los peñascos que había junto al alto paredón: el joven salió ileso milagrosamente...

Con motivo de este trágico suceso, el señor Prats, creyente y pío, levantó una capilla sobre la muralla de tapiería, con permiso del Gobernador, Vice-Real Patrono en estas Indias, y de su Ilustrísima el señor Obispo; y colocó allí un hermoso cuadro con la imagen del Santo Cristo de la Salud. Tomó fama de milagrera dicha imagen y todos los años se le hacían espléndidas fiestas religiosas costeadas por el vecindario.

## III

Hoy — ¡quién lo dijera! — no está de moda el santuario del bueno y milagroso Santo Cristo de la Salud...

La gasa nebulosa del olvido se extiende por aquellos piadosos sitios como una desolación. La ermita se arruina lentamente. La envuelve una melancólica tristeza. Las ruinas están rotas y los paredones y arco romano desconchados. Ya no se oye por allí la sencilla plegaria, ni arde la lámpara votiva, ni se ven los ramilletes de flores naturales. Nada de ofrendas. ¡Sólo se siente el dulce

y apacible encanto de la soledad y el silencio de las tenebrosas sombras...!

El olvido impera en aquel recinto, es decir, la muerte en perspectiva...

Sociedad tonta y veleidosa, que hasta en la nobleza de tus cultos eres inconsciente e infiel.





## GUABACHO

(1772)

### I

Antiguamente las tierras de Puerto Rico estaban divididas en estancias y hatos: las estancias eran de particulares, los hatos de uso comunal. Los pueblos tenían en torno del caserío los ejidos, que eran una legua de terreno, en circunferencia, para desahogo del poblado y la futura expansión. Estas divisiones obedecían a las Leyes de Indias.

La estancia de don Antonio de Mathos, en 1772, comprendía desde el río de Camuy hasta muy cerca del Guajataca. Tenía más de siete leguas de grandor. Don Antonio era Capitán de Milicias y había construido su casa vivienda en una luminosa loma con vistas panorámicas espléndidas.

Las casas de campo de nuestros antepasados eran de dos pisos y no tenían fabricado el piso bajo; pero eran muy cómodas y espaciosas. Las construían sobre estantes enterizos de ortegón, maga o tortugo amarillo; no los labraban, sino que los clavaban en tierra, rollizos y profundamente. Había que contar con las violencias de los huracanes. El esqueleto de la casa lo formaban de escogida cuarteronía de cedro macho o capá prieto, con escoleaduras y fuertes tarugos; y la recia tablazón era selecta, usando toda clase de madera buena, lo mismo de aceitillo o cedro como capá o tabonuco. Las techumbres, generalmente de teja de barro, a estilo de Castilla, y un

Amplio balcón circular rodeaba el piso superior, en cuyas barandas, de un jeme de ancho, se ponían a secar los quesos de masa diariamente. Estos quesos, blancos como hostias, tenían dos pulgadas de altura y el tamaño común de un plato. Llegaron a constituir una industria en el país. El interior de estas casas era modesto, ni estaban encaladas, ni pintadas al óleo. Y el mueblaje lo constituían grandes camas, anchas hamacas, buenos arcones para guardar el dinero y la documentación, y algún raro ropero, y banquetas, butacas y columpios sin paji-lla, construídos en el país o traídos de Curazao.

Frente al caserón de don Antonio de Mathos se amarraban en pequeñas estacas unas doscientas vacas lecheras, todas las tardes, para ordeñarlas de madrugada. La leche era llevada en dimesanes a venderla detalladamente por las calles del incipiente Camuy y del desaparecido San Antonio de las Tunas. Una buena parte de la leche quedaba para la cuajada de los quesos de masa, y el suero lo destinaban a la ceba de puercos de corrales.

Don Antonio era muy generoso con todo el personal de su finca. También era muy religioso, y había hecho levantar una capilla de madera, cercana a la casa. Estaba el santuario bajo la advocación de Nuestra Señora de las Mercedes. El pío estanciero había hecho que un platero de San Juan le trabajara una hermosa lámpara votiva que hacía de cabida dos cuartillos de aceite de oliva, y día y noche, como reveladora de la fe de su amo, ardía ante la imagen de la madre de Dios. Esta divina imagen la había hecho traer directamente de Barcelona. Cuidaba del santuario el padre Buenaventura Carvalejón, que vivía en la misma casa, rodeado de toda clase de comodidades. Don Antonio le había dado de ayudante un negrito, llamado Juan José, pero que su amo lo apodó *Guabacho*; y Guabacho se quedó, pues era como todo el mundo lo llamaba.

## II

Este negrito criollo tenía diez y seis años y el bueno del padre Buenaventura le había enseñado a leer y escribir. Ayudaba al sacerdote en la misa y cuidaba con esmero del altar de Nuestra Señora de las Mercedes, adornándolo de ramilletes de flores.

Con regularidad exacta ponía todos los días en la lámpara de plata los dos cuartillos de aceite. Al romper el alba ya estaba Guabacho tocando la campaneta de la capilla llamando a misa.

Un día amaneció el Mayoral de los trabajos agrícolas, con unos dolores de lomo que ponía el grito en el cielo. Acudió Guabacho a verle y le dijo:

—Niño, haga una promesa a la Virgen, y yo le voy a traer un poco del aceite caliente de la lámpara del altar, para que se dé un sobo.

El enfermo no contestó, de lo quebrantado que estaba, pero Guabacho se fué a la capilla y trajo el aceite ofrecido. El mismo le dió la friega, fuertemente sobre los lomos. Al poco rato desapareció el dolor y el otro día estaba el Mayoral completamente bueno. Circuló la noticia por toda la finca y desde entonces agregados y peones acudían a Guabacho en solicitud de ayuda para sus padecimientos, y él les decía a todos lo mismo, ingenuamente:

—Haced una promesa a la Virgen y traed en que llevar un poco de aceite caliente de la lámpara de plata.

Los votos llegaron a tantos que no había ya dónde colgarlos. El retablo estaba lleno de ellos. El padre Buenaventura empezó a guardarlos en uno de los cajones de la cómoda de la sacristía.

### III

El auxilio espiritual por aquellos montes era cada vez más penoso para el buen sacerdote. Los agregados vivían diseminados dentro de aquella gran finca. Don Antonio regaló al buen padre un hermoso y dócil corcel para aliviarle en su cristiana fajina. El caballo, aunque de superior calidad, era lerdo y necesitaba espuelas. En los principios, el padre se las pedía prestadas al Administrador, pero un día que éste iba para la Aguada, le dijo:

—Pase, amigo, a la sacristía de la Capilla, que le voy a dar plata suficiente para que me mande a hacer un par de buenas espuelas.

Guabacho estaba presente y observó que el padre Buenaventura daba al Administrador un montón de votos de plata envueltos en un papel. Ido el Administrador, le dijo el negrito:

—Padre, ¿cómo es que coge su merced las promesas de la Virgen para hacer espuelas?

—Te diré, Guabacho, no quiero pedírselas a don Antonio; y por otra parte, la Madre de Dios no necesita esa plata y la voy a emplear para mejor servicio de la Religión. Con dos buenas espuelas cumpliré mejor con mi ministerio. Y, además, es justo que el altar ayude a quien bien le sirve.

Guabacho guardó silencio. El tenía una gran obsesión desde que aprendió a leer y escribir, y era que quería ser libre. ¡Es tan grande en el hombre el anhelo de libertad! Leyendo el Año Cristiano, había aprendido a ver la diferencia entre el esclavo y el liberto. Cuantas monedas le regalaban las guardaba con ese fin. Pero, con lo que había visto en la sacristía cambió de táctica. A los que venían a él en demanda de auxilios curativos para sus enfermos, les decía ahora:

—Haced una promesa a la Virgen, traed en que llevar un poco de aceite de la lámpara de plata y dadme a mí una moneda cualquiera.

Las monedas menudearon, desde el ochavo de cobre y medio real de plata hasta el peso fuerte. Fué guardando su tesoro en una botijuela y terminó por enterrarla detrás de la iglesita.

El guardaalmacén notó, andando el tiempo, el gasto excesivo que se hacía de aceite de olivas en la Capilla y, aunque don Antonio no era cicatero, tuvo que poner en su conocimiento el despilfarro que hacía Guabacho. Se le puso un espía y se supo la salida que le daba el aceite de la lámpara de plata. Noticiado don Antonio llamó a Guabacho y le dijo:

—¿Cómo es que se gasta tanto aceite en la Capilla?

—Mi amo, es que los murciélagos se lo beben de noche en la lámpara de la Virgen.

—¡Embuste! Te voy a dar una paliza que no te va a quedar un hueso sano. Di la verdad. ¿Qué haces tú del aceite?

—Pues la verdad, mi amo, como el Mayoral se curó con aceite caliente de la lámpara de plata, todo el día viene mucha gente a pedirme un poquito y yo se lo doy.

—¡Tú no se lo das, tú se lo vendes!

—No, mi amo, yo se lo doy y ellos me regalan una moneda.

—Y, ¿para qué quieres dinero, si tú lo tienes todo en mi casa?

—¡Mi amo, para comprar mi libertad...!

—Y ¿dónde vas tú a estar mejor que aquí, tunante?

—¡Yo no me voy de aquí, pero yo quiero ser libre...!

—¡Pues bien, desde ahora mismo eres libre! ¡Yo te doy la libertad...!

#### IV

Guabacho no cabía en sí de gozo. Le había dado el amo su carta. Ya no se llamaba Guabacho, sino Juan José Mathos, como decía el papel. Don Antonio le había mandado fabricar una casita al pie de la Capilla. Además, lo había nombrado sacristán. Y había mandado hacer otra lámpara de plata de cabida de cuatro cuartillos para que pudiera dar aceite caliente a todos los enfermos.

Los años corrieron. Murió don Antonio. La gran estancia se fraccionó entre sus hijos. Desapareció San Antonio de las Tunas para dar nacimiento a la Isabela. El caserón se deshizo. Pero el santuario subsistió mientras vivió Guabacho, que llegó a la avanzada edad de noventa y siete años, cuidando siempre del altar de Nuestra Señora de las Mercedes, adornándolo de flores y votos, y prodigando el aceite caliente de la lámpara de plata de la Virgen a todos los enfermos de la comarca.



## LA GARITA DEL DIABLO

(1790)

### I

Dina era una mestiza atrayente, una flor natural de aroma incitante, una doncella gallarda, pelinegra y de vivarachos ojos, hija de un español, capataz cuadrillero de la Real Hacienda y de una india pura acanelada, resto de la aborigena raza. Procedía de la *Indiera*, de San Germán, refugio último de los autóctonos nativos.

La esbelta moza tenía dieciocho primaveras y no había salido sola a la calle ni una sola vez. Recluida en su ruin casucha del alto de San Cristóbal, sus fiestas se reducían a oír misa en la iglesia de San Francisco, en unión de una tía que la acompañaba, hermana de su padre, pues la madre había muerto al darla a luz.

Los mayores embelesos de Dina eran ver desfilar las escuadras del Regimiento Fijo de Artillería, cuando a tambor batiente pasaban frente a su terrera casucha los esbeltos militares, a cumplir el precepto religioso de los domingos. Aquellos muchachos, fornidos, derechos, vestidos de blanco, portando el corto y ancho machetín, que al andar debatía sobre el muslo del militar, le sorbían los sesos a la linda moza, recatada y núbil. Se quitaba del antepecho de la puerta, cuando la tía la regañaba con insistencia gruñona y le ordenaba entrar y cerrar la persiana.

—Ya te he dicho que cuando pase la tropa debes entrarte, pues es gente atrevida y descarada.

—¡Ya lo sé, tía! —replicaba displicente la sobrina—. Pero me gusta contemplar los militares, por su garbo y precisión en el andar; y además, me agrada tararear el pasodoble que toca la charanga.

## II

A la tía de Dina dió una fuerte ictericia y el físico del Regimiento del Fijo, le ordenó que paseara al sol, después de tomar unos amargos brebajes que le propinara.

Dina acompañaba a su tía a pasear por el *urbanico*, el gran rediente de castillo de San Cristóbal. Poco a poco se fué familiarizando con los fosos y contrafosos, baterías y casamatas del Fuerte, hasta conocerlo todo él al dedillo. Y mejor aún, cuando hizo amistad con una de las familias de militares subalternos, de las que estaban acuarteladas en las bóvedas. Y de este ir y venir de la casita no pudo evitar que algunos soldados se fijaran en la esbeltez de sus carnes, cuyas finas curvas ceñían y hacían temblar la fina muselina de su traje, y provocaban chicleos y requiebros a la linda criolla.

Dina era pura como un lirio en capullo que empieza a entreabrirse a las caricias del sol. Y con los galanteos y requerimientos amorosos de los militares se ponían rojas como el jacinto sus vírgenes mejillas, a pesar de su trigüeña tez; y la casta doncella se veía obligada a apresurar el paso.

Por fin hubo unos ojos picarescos, de un buen mozo, que se le metieron dentro del corazón y que los veía luego en todas partes, y con los que soñaba, provocándole amorosas pesadillas. Eran los ojos de un soldadito llamado Sánchez, y que por su intensa palidez los compañeros lo apodaron *Flor de Azahar*. El atrevido galán era andaluz de buena cepa y tocaba la guitarra con facilidad extrema y trovaba de afición, entonando unas endechas con gracia y soltura. Había puesto *sitio*, como decía su capitán, a la plaza fuerte de la vecina moza, a la que dejaba loca y desesperada de amor con sus intencionadas coplas.

Recogida la muchacha en su casita, solía oír el ritmo

rasgueado de las cuerdas de la guitarra, que cadenciosamente llenaban la atmósfera de sus dulces sonos, sacudidas por la hábil mano de Flor de Azahar. Y de vez en vez, dejaba el militar caer en los oídos de la inocente doncella, con pertinaz osadía y melancólico acento, esta copla:

Bella Dina, bella Dina,  
quíereme, por Dios, mi cielo,  
que la suerte me es indina...  
¡Sé tú, niña, mi consuelo!

La moza, atcongojada y palpitante, daba vueltas en su cama, como si su lecho tuviese espinas punzadoras, atosigada por la luminosa quimera de la vida. Y tras lánguidos esperezos se entregaba al insomnio. La guitarra seguía gimiendo de cuando en cuando la dulce canción y el veneno de la estrofa se filtraba lentamente en el alma de la infeliz doncella. Su espíritu quedó al fin aprisionado en la tela de oro de aquella melosa endecha, que la hurgía las entretelas del corazón.

Una profunda tristeza invadió a la gallarda Dina, que amaba ya a Flor de Azar con una intensa pena, pues le veía sujeto a una rigurosa disciplina, cuyos trabajos le tenían tan pálido; sin poder tener el consuelo de aliviarlo en algo, dándole entrada en la casa, porque la tía no quería *cuentas* con militares, gente atrevida de manos.

### III

En el castillo de San Cristóbal existe una garita, alejada de la plaza, que da al lado norte y parece que se interna en el mar. Es un punto estratégico para atalayar la costa hacia el *Escambrón* y hacia el sospechoso horizonte marítimo.

En una de las noches que le tocaba a Sánchez la vigilancia de ese punto, sintió Dina deseos irresistibles de charlar con él, que era el único delirio de su fantasía. En todo el día no le había podido ver, y llegada la prima noche no hubo el consuelo de oír la canción favorita al lánguido son de la guitarra, que penetraba en su alma como una plegaria.



Esperó la muchacha a que su tía se durmiese, y una vez cerciorada de ello, al oír sus acompasados ronquidos, entreabrió quedamente la puerta de la calle, y se deslizó, por detrás de la muralla, hacia la conocida garita, que se destacaba con negruras de basalto entre el brumoso celaje de la costa del mar. Allí estaba haciendo fielmente su guardia Flor de Azahar.

La luna cayendo hacia poniente, lanzaba mortecinos resplandores. El mar cabrilleaba pálidamente con los últimos reflejos de la protectora de los amantes, y la ola, sin murmullos, lamía suavemente los peñascales. Cuando un rayo lunar, rompiendo la bruma, lanzaba serpentinatas plateadas, al caer sobre las dormidas ondas dejaba un rastro de luz, como bruñido acero refulgente. Sombras y tristezas rondaban en torno del castillo y envolvían a Dina, que avanzaba con sigilo por conocida senda hacia el atalaya, donde estaba su novio.

—Flor de Azahar— dijo tímidamente la garrida moza, cabe la garita, con una voz suave y leda, que rompió el silencio de aquella aterradora soledad.

Sánchez oyó el amoroso suspiro de la doncella, le palpó el corazón con violencia, dejó el fusil y se precipitó en los brazos de Dina, cuya negra pupila de enamorado febril lo trastornó poniendo fuego de amor en sus venas. Unico instante feliz de sus amores hasta entonces. Un tenue claro de luna agonizante aprisionó en su argentino encaje a Flor de Azahar y a Dina. ¡Dejemos al dulce misterio de la noche lo que es del dulce misterio de la vida!

#### IV

—¡Centinela, alerta!— gritó al poco rato el guardia del *Caballero de Austria* del castillo; y el grito del soldado vigilante fué repitiéndose de garita en garita, rompiendo el mutismo nocturnal de la fortaleza, hasta llegar a la que ocupaba Sánchez. El pájaro negro del silencio reinaba en aquellos contornos. Nadie contestó en el atalaya, cuya custodia correspondía a Flor de Azahar.

La ronda de vigilancia encontró al siguiente día, al relevar la guardia, que Sánchez había desertado, dejando el fugitivo su fusil y la cartuchera en el lugar entregado a su lealtad. No era el primer caso que ocurría

en aquella triste garita. Así que la gente crédula y supersticiosa continuó afirmando que Lucifer con sus hechizos había cargado con el pobre soldado, que tal vez estaría en pecado mortal; pero los muy duchos en el arte del *querer fuerte* se dejaban decir, que, para ellos, Cupido era el que se había robado a Flor de Azahar, pues era gran coincidencia que también la bella Dina hubiera desaparecido de su casa. Tal vez la amante pareja se había refugiado en la sierra de Luquillo para formar allí su nido de ternezas plácidas.

Desde aquel día se llamó aquel sitio *La Garita del Diablo*, porque nadie quitó a la estúpida vecindad que el Espíritu Maligno había intervenido en la desaparición de Flor de Azahar, el gran tocador de guitarra, y que la huída de Dina no tenía nada que ver con la desaparición del soldado desertor. ¡Siempre el vulgo, ciego en sus necedades, se inclina a creer más en el error que en la verdad!



## EL PIRATA COFRESÍ

(1824)

### I

La goleta *Ana*, navegando de bolina y orza, este, cuarta al nordeste, dobló punta Borinquén e hizo frente a las embravecidas ondas del mar del Norte, dejando las tranquilas aguas del noroeste de la ensenada de la Aguadilla.

—Aferra el trinquete y afloja foque y mayor — gritó Cofresí al segundo de a bordo —; y echémonos mar afuera a ver si tenemos hoy buena fortuna a barlovento.

Las órdenes del pirata se cumplieron estrictas y la ligera nao empezó a navegar velozmente con todo su aparejo a vela llena. Las ondas se rompían impetuosas en su proa y azotaban con sus espumas blanquizas la cubierta del barco. Las cuadernas de la goleta crujían de vez en cuando. Detrás iba quedando una estela de lechoso espumajo hirviente.

El horizonte estaba límpido, el cielo azul y el brisote frescachón que soplabá del este estaba fijo. La isla se iba perdiendo de vista. De cuando en cuando una gaviota pasaba graznando sobre la embarcación: parecía un pañuelo blanco arrojado en el espacio.

—Pilichi — dijo Cofresí al grumete, con soberbio ademán —, vé a mi camarote y tráeme el antejo. Me parece divisar algo en lontananza.

Y el arrogante marino ponía la mano horizontal sobre

las cejas, como una visera, para enfocar bien su mirada de águila y escudriñar las lejanías del mar. Recibido el catalejo lo tendió diestramente y, cierto de lo que presumía, por sus ojos fulguró un relámpago, y gritó al contramaestre con voz llena de fanfarria:

—Hazte cargo del timón, Galache, que tenemos enemigos a la vista.

Era un *brick* danés que conducía mercaderías de Nueva York a St. Thomas. Para tal época esa isla, con su puerto franco, era un depósito de grandes aprovisionamientos de telas, ferretería y artículos de lujo traídos de Europa y Norteamérica para surtir las Antillas y Venezuela. Cada vez se distinguía más claro el confiado buque mercante. Cofresí pasó al entrepuente de proa e hizo en su presencia cargar el pedrero de bronce con un saquillo de pólvora y abundante metralla. Después se cercioró que estaba fuerte el montaje de la cureña y firmes las gualderas. Entonces marchó a popa donde reunió su gente, llamando a cada uno por su nombre, y les dió sus instrucciones. Revisó severamente machetes y cuchillos. Hizo traer más armas blancas y ordenó ponerlas en un sitio especial en el combés cerca del palo del trinquete. Y tranquilamente se puso a amolar, con sumo cuidado, su hacha de abordaje.

## II

La gente del bergantín, al divisar la goleta, izó la bandera danesa en señal de saludo. La velera *Ana* izó bandera de muerte, es decir, la bandera negra de los piratas. El *brick* ya no podía huir y afrontó el peligro. La goleta era muy andadora y se había aproado directamente al enemigo. El bergantín estaba abarrotado en su carga. Su tripulación comprendió que tenía que haberse las con un barco pirata. Pronto la borda del *brick* fué ocupada por diez rifleros alineados que hicieron fuego de fusilería. Eran malos tiradores. Las balas atravesaron el velamen de la *Ana* y algunas se incrustaron en la obra muerta del casco. Entonces las armas de fuego no eran de repetición; de modo que mientras las cargaban de nuevo los tiradores del bergantín, la goleta se puso a doscientos pies de distancia y le lanzó una descarga de matralla con el pedrero de proa. El ruido del cañón

impresionó a los marineros del *brick* y antes que pudieran disparar por segunda vez sus rifles, ya la *Ana* estaba al abordaje, ceñida al buque contrario por estribor.

Cofresí, hacha en mano, seguido de los suyos, saltó ágil y celeré al buque abordado y atacó cuerpo a cuerpo a los defensores del *brick*. Estos no estaban preparados para un combate al arma blanca. Sonaron tres o cuatro tiros y quedó despejado el entrepuente. Los marineros del bergantín se refugiaron en las bodegas. Rápidamente se adueñó Cofresí del buque dando muerte al timonel y a algunos marinos que quedaron sobre cubierta. Después cerraron las escotillas y quedó preso bajo cubierta el resto de la tripulación del *brick*. El capitán danés estaba junto al palo de mesana, en un charco de sangre, con la cabeza abierta de un hachazo. Los cadáveres fueron arrojados al mar y empezó el alijo de la sobrecubierta. En seguida se saquearon las bodegas con suma precaución y se trincaron bien los presos que iban apareciendo. Luego de saqueado el bergantín se le dió barreno, y se desatracoó el pirata para verlo hundirse. El *brick* dió una cabezada primero y se inclinó de proa; después se fué sumergiendo poco a poco hasta que de repente desapareció bajo las aguas.

La *Ana* hizo entonces rumbo hacia la Isla, que se divisaba a sotavento, y maniobró en demanda de punta San Francisco para ocultarse en Cabo Rojo.

### III

El comercio de St. Thomas estaba aterrado con las depredaciones de Cofresí. Por fin el gobierno de Washington intervino y dió orden al Almirantazgo de castigar al pirata portorriqueño. Pronto llegó a conocimiento de Cofresí que un barco de guerra norteamericano había venido a ayudar a las autoridades de la Isla para capturarlo o destruirlo. Entonces abandonó sus correrías por aguas del Atlántico y se pasó al mar Caribe.

Estando la *Ana* fondeada en el puerto de *Bocas del Infierno* divisó en lontananza una vela, y Cofresí con su velera nao salió prontamente a apresarla. Pero esta vez fué por lana y le zurraron la badana. Tan pronto estuvo a tiro de cañón recibió un balazo en el bauprés que le hizo comprender que se las había con un barco de guerra.

No obstante, se le fué encima valentísimo y le hizo fuego de fusilería y cañón, siendo recibido de igual modo. Viendo la superioridad del contrario viró en redondo y a todo trapo emprendió la huída. La goleta, descalabrada, izó la escandalosa sobre los cangrejos para escapar mejor, utilizando el viento de popa que le soplaba. Cofresí se puso al timón porque la *Ana* era una nave de buen gobierno y muy veloz, y dirigió la goleta paralelamente a la costa, bojeando el sur y burlándose de sus perseguidores hasta que la embarrancó en un bancal diestramente. Echados un bote y una chalana al agua ganaron los piratas la playa, librándose del buque de guerra que no pudo alcanzarlos, ni maniobrar con sus botes por aquellos sitios inabordables.

#### IV

Ya en tierra dividió Cofresí su gente en dos grupos, dándoles por punto de reunión la playa de Cabo Rojo. Antes enterraron lo que pudieron salvar de la *Ana*. Cada grupo bien armado emprendió la fuga por distinta vía.

Como las Milicias Disciplinadas estaban patrullando por aquella costa, pronto los dos grupos tuvieron que batirse y abrirse campo a sangre y fuego, volviendo a subdividirse, fatigados y jadeantes, hasta que acosados por la caballería tuvieron que rendirse a sus perseguidores. El jefe pirata fué cogido después de reñida refriega, todo cubierto de heridas.

#### V

Roberto Cofresí y Ramírez de Arellano, natural y vecino de Cabo Rojo, era un joven altivo, de veintiséis años de edad, robusto, valiente, audaz y de bravo aspecto. Unido a quince compañeros de la piel del diablo, eran el terror de estos mares antillanos con sus piraterías.

Para satisfacer a la vindicta pública y asegurar el reposo y tranquilidad de estas islas, fueron pasados por las armas en la mañana del 29 de marzo de 1825. Un gentío inmenso presenció el horroroso espectáculo en el Campo del Morro. Un destacamento del Regimiento de Infantería de Granada formó el cuadro para conservar el orden. Una descarga cerrada de un piquete de tiradores,

a una señal sigilosa convenida, hizo que once de aquellos desgraciados pasaran a la eternidad. Los otros habían muerto en los combates sostenidos con las Milicias.

Satisfecha la curiosidad y llena de pavor dispersóse la muchedumbre conmovida.

Las tropas volvieron a sus cuarteles a redoble de tambor.

Y los cadáveres mutilados por la justicia humana quedaron expuestos al público por veinticuatro horas para escarmiento de malhechores.

Los Hermanos de la Caridad, que no comulgan con el odio social, previo permiso del Gobierno, dieron sepultura a aquellos cadáveres en el cementerio de Santa María de la Magdalena.

Así terminó el valiente Cofresí y sus intrépidos compañeros de correrías piráticas.



## CARABALI

(1830)

### I

Caminando de la ciudad de Arecibo hacia la de Utuado, en la isla de Puerto Rico, se encuentra el viajero en una de las cumbres con una caverna fantástica. Hay que atravesar primero la extensa y pintoresca vega por donde serpentea el caudaloso río *Abacoa*, cual inmensa cinta de plata, para luego ganar las estribaciones de la abrupta montaña.

En la campiña ondula por doquiera la dulce gramínea sacarina, en masas apretadas; por las alturas, según se asciende, escasea ya la fuerte y útil vegetación, y dominan la escena la esbelta palma real, árboles frutales de frondosas copas y zarzabacoas, lianas y helechos.

Fuera de la vía común y tomando tortuoso sendero se llega al fin a columbrar una mancha negruzca en una gran roca. Esta es la entrada de la Cueva de los Muertos. Para penetrar en la sombría gruta hay necesidad de inclinar el cuerpo y andar a gatas. Dentro de la caverna se siente una atmósfera húmeda y no es fácil distinguir en seguida los objetos. Poco a poco la pupila se va dilatando para recoger la poca luz que allí se irradia. Entonces puede verse algo en aquella semiobscuridad e indecisa penumbra. Los murciélagos revolotean por la alta bóveda.

Si el viajero enciende su linterna, todo se ve de repen-



te con contornos tenebrosos y fantasmagóricos. Rocas pedradas, estalactitas y estalagmitas. Y si se avanza hacia el fondo de la caverna, se encuentra una cortadura extensa en el suelo, que da nacimiento a un abismo insondable y obscuro.

Esa enorme grieta es la boca de un precipicio. Si audaz el viajero se inclina ante el mohoso borde del abismo, no distingue nada y siente vértigos y respira un vaho húmedo que asciende del fondo de aquella cavidad subterránea.

La caverna tiene arrugas por todas partes, trabajadas por imperceptibles hilillos de agua: ~~hías~~ esas deformidades, de la lucha perenne del gotear sutil y tenaz sobre el grano de arena cuarzoso, que se defiende cediendo algo de sus dominios.

El sitio, con su húmedo verdor, es lúgubre: y el pensamiento combatido por ideas melancólicas induce al viajero a abandonar aquel triste lugar tan pronto nota esparcidos por el suelo huesos de animales, en abundancia, revueltos con estiércol de aves.

Los vecinos la llaman *Cueva de los Muertos* porque antes se encontraban cráneos humanos mezclados con las osamentas. Todavía no falta quien considere la gruta encantada, embrujada, por haber sido refugio de esclavos, huídos de los ingenios, cuyas almas en pena por haber muerto en pecado mortal, salen, cual duendes de aquelarre, la noche de San Blas, a maldecir a los dueños de la hacienda de este nombre. De las ruinas de este ingenio no resta ya más que un montón de pedruscos de su gigantesca chimenea y el recuerdo de las terribles venganzas de *Carabalí*, el negro desertor, cuya cuadrilla de salteadores fué por mucho tiempo el espanto y quitasueño de mayordomos y capataces.

La fuga de un esclavo traía consigo una cacería con avidez perversa. Aquello era monstruoso por lo inicuo. Una multitud de canes, guiados por pérfidos hombres, husmeaban y perseguían a otro hombre, que se resistía a ser bestia de carga, y lo rastreaban y acorralaban como a un jabalí.

He aquí la historia tenebrosa de la *Cueva de los Muertos*.

## II

*Carabalí* había podido evadirse por tercera vez del cepo de la cárcel del ingenio *San Blas*, y auxiliado por la obscuridad había ganado la montaña. Los guardianes nocturnos de la hacienda se habían concretado a dar cuenta, al día siguiente, de la fuga del rebelde esclavo.

El mayoral lanzó una malsonante imprecación y mandó llamar al capataz primero, quien no tardó más que algunos instantes en acudir al superior llamamiento.

—Oiga usted, Samuel; reúna inmediatamente la jauría y los hombres que necesite y emprenda la persecución de ese maldito negro, que nos desacredita ante el amo. Hay que hacer un escarmiento en esta atrevida canalla. Me lo trae usted vivo o muerto.

## III

La neblina que había caído el día anterior sobre el abra del ingenio se había ido extendiendo desde el mediodía y condensando en torno de las cimas de las fábricas, cuarteles y casas de vivienda de *San Blas*, y había favorecido la huída del testarudo africano. Los Mayordomos, segundos y capataces, huyendo de la fina garrúa que les molestaba, azotándoles el rostro, se habían recogido al comedor de su departamento a tomar ginebra para calentarse el cuerpo. Y una negra vieja, fuera de trabajo por derrengada e inútil, llamada *La Monga*, había favorecido en los preparativos de fuga al desertor reincidente.

La niebla, de lechosa se había vuelto poco a poco gris, y la llovizna persistente lo salpicaba todo, convirtiendo los pisos barrocos del *batey* en lodazales. La noche se vino encima a más andar, sin los crepúsculos del atardecer tropical.

*Carabalí*, arrastrándose primero y luego a gatas, avanzó hacia el bosque, y, ganado el enmarañado macizo del bosque, se enderezó cual largo era, aspiró el aire a pulmón pleno, volvióse hacia el ingenio, cuya alta chimenea se destacaba entre la densa bruma, y la amenazó colérico con el puño apretado. Luego echó a andar con paso firme y seguro, venciendo obstáculos, hacia la cum-

bre de la montaña, ganoso de buscar amparo en la tenebrosa caverna que allí había. También la obscuridad nocturnal, que en principio le había sido útil, ahora le estorbaba para ganar terreno; pero el instinto de conservación le servía de acicate en aquellos crueles momentos. Sabía que al amanecer marcharían en su busca los implacables capataces y segundos, auxiliados de los feroces perros adiestrados. Era preciso, por tanto, ponerse cuanto antes en cobro, fuera del alcance de los terribles colmillos de los canes.

#### IV

Llegado a la gruta, *Carabalí* penetró en ella como un reptil se desliza en su agujero. Le era conocida. En sus dos fugas anteriores se había acogido siempre a ella y le habían capturado cuando imprudente había bajado al llano.

A ciegas y a tientas buscó en el suelo, palpando en la orilla de la entrada. Pronto encontró lo que buscaba porque lanzó una exclamación de gozo. Eran frágiles trozos de madera, fofos y secos, con los cuales hizo prontamente lumbre, frotándolos con rapidez uno contra otro.

El chispazo de luz invadió la extensa bóveda de la caverna. Volaron precipitadamente algunos murciélagos. Mas el prófugo estaba en su casa. Se encontraba rendido de cansancio, pues había caminado más de una legua por entre matojos, lianas y arbustos para ganar la inaccesible cumbre, escalando las ásperas laderas y las escabrosas breñas, a fin de refugiarse en la cueva, de él tan conocida. Sacó del bolsillo de su pantalón un trozo de tabaco torcido, arrancóle un pedazo con los dientes, guardó cuidadosamente el resto, apagó la lumbre y entregóse al sueño, que sin dificultad vino presto a apoderarse de aquel estropeado cuerpo.

#### V

La mañana fué esplendente; y bien de madrugada estaba todo preparado en el ingenio para la caza del esclavo huído. Samuel montó en su brioso corcel, y levantando el látigo de puño de metal y fuerte rabiza, dió la voz de marcha. Había que empezar el ojeo primeramente por

los contornos del edificio, porque en los cerrados platanales se quedaban ocultos muchos de los fugitivos sierros. Se formaron dos grupos, que tomaron opuestas direcciones, y empezó la cacería dando suelta a dos perrazos que ladraban furiosamente. A la hora larga, estaba explorado el denso bosque de bananos que circundaba con sus esmeraldinos abanicos de amplias hojas el churrigueresco edificio azucarero.

—Fórmense cuatro grupos — dijo Samuel — y explórese todo hasta llegar a los términos de las guardarrayas y a los escondrijos de los picachos. Y soltad los otros perros uno a uno, y azuzarlos siempre en dirección de las cumbres, donde nos encontraremos para bajar unidos, batiendo los cañaverales por sus callejones.

Como se precipita un torrente desbordado, desapareció entre las malezas y arbolillos aquella avalancha de hombres y animales. La plaza del ingenio quedó desierta. Solamente la ranqueante *Monga* estaba allí, contemplando con los amarillos ojos inyectados de sangre, y un conculso rictus en los labios, a aquella caravana de seres desnaturalizados, más perversos los hombres que los canes, que iban a perseguir despiadadamente a su infortunado paisano.

## VI

*Carabalí* abrió los ojos con los primeros resplandores que sucedieron al alba y penetraron en la gruta iluminándola. Estiró los entumecidos miembros y se despepezó. Acurrucado en un montón de paja había dormido toda la noche sin moverse. Tal era la necesidad de reposo que tenía cuando ganó la caverna en la fatigosa huída del día anterior.

—Hoy vendrán de seguro en mi busca — se dijo a sí mismo.

Quedóse pensativo y agregó:

—Está bien: ¡yo venderé cara mi vida!

La *Monga* le había proveído de un machete *Perrillo*, que había robado en el almacén para dárselo. Tuvo que buscar una piedra arenisca para amolarlo; y vació una higuera de su endocarpio para hacer una jícara y proveerse de agua. No había tiempo que perder. Sacó filo al ma-

chete desde la punta al cabo. Después exploró los alrededores de la gruta y se desayunó con frutas silvestres.

—Ya estarán armando el cotarro para prenderme. ¡Trabajo les mando!

Y para probar el corte de su espadín le tiró un mandoble a un grupo de lianas que colgaban del tronco de una copuda aceiba. Las colgantes enredaderas rodaron tajadas por el suelo.

—Bien; ¡de primera! Ahora a cerrar la entrada para evitar una sorpresa; después obstaculicemos la subida.

Y empezó la faena de cortar arbustos y ramajes para formar barricada frente a la boca de su guarida. Descansó luego un rato para tomar aliento. Sentado sobre un peñasco mordió unas frutas estando en atisbo perenne al menor ruido que venía de afuera. De nuevo en su faena, le pareció oír, espaciado en el aire, el lejano ladrido de un perro. Entonces se echó al suelo, aplicó el oído contra la tierra y se levantó rápidamente. El enemigo se acercaba. Los ladridos iban siendo cada vez más claros. Penetró en la cueva y cerró por completo la entrada, dejando únicamente a flor de tierra un pequeño agujero, del tamaño del palmo de la mano. Luego se puso en guardia. Los ladridos eran cada vez más cercanos. Nervioso e impaciente, el infeliz fugitivo volvió a morder su tabaco. Por fin, sintió la jauría junto a la puerta de la caverna.

El can que llegó primero, ágil y atrevido, metió la cabeza por el agujero y empezó a forzar la entrada tan pronto olfateó al africano. En seguida que pudo metió una pata y toda la cabeza. Entonces *Carabalí*, de un machetazo le cercionó el cuello. Y volvió a obstruir lo que el perro había descubierto. Así pudo matar tres de aquellos fieros animales. Pero, en el cuarto erró el golpe y le partió el hocico y una oreja. El animal, dando espantosos alaridos se replegó a donde estaban los capataces. Estos, al ver el can herido, se dieron cuenta que estaban en el rastro de la presa que buscaban. Hicieron uso de sus escopetas para amedrentar al prófugo y emprendieron la subida por aquellas escabrosidades, con toda clase de precauciones. Desde la boca de la gruta repitieron los escopetazos. Los disparos hacían ecos rápidos en la montaña inmediata.

*Carabalí* comprendió que estaba perdido, porque la caverna no tenía más que aquella salida y le sería im-

chete desde la punta al cabo. Después exploró los alrededores de la gruta y se desayunó con frutas silvestres.

—Ya estarán armando el cotarro para prenderme. ¡Trabajo les mando!

Y para probar el corte de su espadín le tiró un mandoble a un grupo de lianas que colgaban del tronco de una copuda aceiba. Las colgantes enredaderas rodaron tajadas por el suelo.

—Bien; ¡de primera! Ahora a cerrar la entrada para evitar una sorpresa; después obstaculicemos la subida.

Y empezó la faena de cortar arbustos y ramajes para formar barricada frente a la boca de su *Sarida*. Descansó luego un rato para tomar aliento. Sentado sobre un peñasco mordió unas frutas estando en atisbo perenne al menor ruido que venía de afuera. De nuevo en su faena, le pareció oír, espaciado en el aire, el lejano ladrido de un perro. Entonces se echó al suelo, aplicó el oído contra la tierra y se levantó rápidamente. El enemigo se acercaba. Los ladridos iban siendo cada vez más claros. Penetró en la cueva y cerró por completo la entrada, dejando únicamente a flor de tierra un pequeño agujero, del tamaño del palmo de la mano. Luego se puso en guardia. Los ladridos eran cada vez más cercanos. Nervioso e impaciente, el infeliz fugitivo volvió a morder su tabaco. Por fin, sintió la jauría junto a la puerta de la caverna.

El can que llegó primero, ágil y atrevido, metió la cabeza por el agujero y empezó a forzar la entrada tan pronto olfateó al africano. En seguida que pudo metió una pata y toda la cabeza. Entonces *Carabalí*, de un machetazo le cercionó el cuello. Y volvió a obstruir lo que el perro había descubierto. Así pudo matar tres de aquellos fieros animales. Pero, en el cuarto erró el golpe y le partió el hocico y una oreja. El animal, dando espantosos alaridos se replegó a donde estaban los capataces. Estos, al ver el can herido, se dieron cuenta que estaban en el rastro de la presa que buscaban. Hicieron uso de sus escopetas para amedrentar al prófugo y emprendieron la subida por aquellas escabrosidades, con toda clase de precauciones. Desde la boca de la gruta repitieron los escopetazos. Los disparos hacían ecos rápidos en la montaña inmediata.

*Carabalí* comprendió que estaba perdido, porque la caverna no tenía más que aquella salida y le sería im-

posible combatir contra aquellos hombres que tenían armas de fuego. Empero, juró de nuevo no entregarse vivo y matar a los que se pusieran al alcance de su espadín.

La trailla ladraba afuera furiosamente. Y agrandando el boquete se precipitaron por él dos perrazos. Intrépido el fugitivo les hizo frente con su machete y los mantuvo a raya, pues a uno le picó una pata y a otro un costado; ellos, agresivos, ladraban alrededor de él; pero una perra, ladina, que se deslizó furtivamente sin percibirlo el africano se le prendió de una pantorrilla. El agredido dió un grito agudo que no pudo evitar lanzarlo por la sorpresa del mordisco. Volvióse, no embargante, y de un mandoble formidable dividió a la perra en dos pedazos. El angustioso quejido del rebelde llegó a los oídos de sus perseguidores.

—Ya la perra hizo presa— dijo Samuel con la mayor sangre fría, empedernido en aquella clase de caza. Y prendió un tabaco. Después de tirar el fósforo, añadió, dirigiéndose a los acompañantes:

—Entrad presto para evitar que los perros lo inutilicen o despedacen.

Cuando *Carabalí* se sintió herido y vió la jauría en torno suyo se fué defendiendo con tajos y mandobles, fatigoso y angustiado, y retrocediendo al mismo tiempo al fondo de la caverna.

En la ansiedad de defender su vida se había olvidado de la cortadura del piso y del precipicio. De pronto le faltó la tierra bajo los pies y desapareció en aquellas profundidades tenebrosas. La trailla se detuvo en el escarpado borde del abismo y empezó a ladrar con mayor ahinco al verse impotente para perseguir al desaparecido. Los capataces, al penetrar en la gruta, se acercaron a la peligrosa sima con horror.

—¡Quinientos pesos perdidos! —gruñó Samuel, mordiendo con ira su tabaco.

—Lo siento por mi perra —replicó otro capataz—. No la encontraremos mejor para husmear esta gentuza y hacer presa prontamente en sus pantorrillas.

—¡No hay mal que por bien no venga! —exclamó otro de los perseguidores—. Salimos ya de esta mala cabeza, que traía revuelta la negrada del ingenio. ¡Que se vaya a vivir con Barrabás! Esta casta de negros colo-

posible combatir contra aquellos hombres que tenían armas de fuego. Empero, juró de nuevo no entregarse vivo y matar a los que se pusieran al alcance de su espadín.

La trailla ladraba afuera furiosamente. Y agrandando el boquete se precipitaron por él dos perrazos. Intrépido el fugitivo les hizo frente con su machete y los mantuvo a raya, pues a uno le picó una pata y a otro un costado: ellos, agresivos, ladraban alrededor de él; pero una perra, ladina, que se deslizó furtivamente sin percibirlo el africano se le prendió de una pantorrilla. El agredido dió un grito agudo que no pudo evitar lanzarlo por la sorpresa del mordisco. Volvióse, no embargante, y de un mandoble formidable dividió a la perra en dos pedazos. El angustioso quejido del rebelde llegó a los oídos de sus perseguidores.

—Ya la perra hizo presa —dijo Samuel con la mayor sangre fría, empedernido en aquella clase de caza. Y prendió un tabaco. Después de tirar el fósforo, añadió, dirigiéndose a los acompañantes:

—Entrad presto para evitar que los perros lo inutilicen o despedacen.

Cuando *Carabalí* se sintió herido y vió la jauría en torno suyo se fué defendiendo con tajos y mandobles, fatigoso y angustiado, y retrocediendo al mismo tiempo al fondo de la caverna.

En la ansiedad de defender su vida se había olvidado de la cortadura del piso y del precipicio. De pronto le faltó la tierra bajo los pies y desapareció en aquellas profundidades tenebrosas. La trailla se detuvo en el escarpado borde del abismo y empezó a ladrar con mayor ahínco al verse impotente para perseguir al desaparecido. Los capataces, al penetrar en la gruta, se acercaron a la peligrosa sima con horror.

—¡Quinientos pesos perdidos! —gruñó Samuel, mordiendo con ira su tabaco.

—Lo siento por mi perra —replicó otro capataz—. No la encontraremos mejor para husmear esta gentuza y hacer presa prontamente en sus pantorrillas.

—¡No hay mal que por bien no venga! —exclamó otro de los perseguidores—. Salimos ya de esta mala cabeza, que traía revuelta la negrada del ingenio. ¡Que se vaya a vivir con Barrabás! Esta casta de negros colo-



rados es verdaderamente muy soberbia. No sirve para trabajar los campos.

—Siempre he aconsejado al amo —repuso Samuel— que compre negros congos, que son humildes y sufridos. ¡Ea, a retornar! La expedición ha fracasado esta vez. Vamos a ver ahora cómo nos recibe el mayoral, después de tantos trabajos pasados por estos andurriales y arcabucos desde el amanecer. Si el amo se enfurruña, tendremos que pagar el negro a prorrato o perder la colocación con el soporte de mal empleado.

## VII

*Carabalí* había caído en un arroyo pantanoso desde una altura de más de cien pies. El limo, otras veces necíparo, le salvó, porque no recibió golpe alguno al introducirse en él como enfundado. Una vez desaparecido el vértigo del descendimiento, y dándose cuenta de su crítica posición se encontró en el fango hasta más arriba de la cintura. El agua que rezumaba de la gruta y de aquella charca se deslizaba lentamente por una abertura, por la cual entraba también la escasa claridad que allí había.

*Carabalí* con grandes esfuerzos se fué acercando hacia la abertura y divisó por ella la chimenea del ingenio *San Antonio* que estaba fundado al otro lado de la montaña. Entonces comprendió que aquella cumbre venía a ser la divisoria de las dos haciendas. Con grandes penalidades salió del pantano y después de orientarse bien pudo recuperar su machete, que había soltado de la mano al rodar por el abismo. Con tan buen compañero procuró mejorar la nueva guarida y formóse su cobijo.

A los pocos días bajó *Carabalí* al llano opuesto y pudo cautelosamente reunir en su torno algunos desertores de aquella comarca: pobres africanos atropellados por sus amos inicuaente. Entonces acordó con ellos trabajar en la piedra una imperceptible subida a la cueva para merodear en los alrededores del ingenio *San Blas* y respetar a los dueños del *San Antonio*, a fin de no despertar sospechas por aquel lado de la montaña.

*Carabalí* y su cuadrilla llegaron a infundir pavor y espantoso pánico entre los capataces y mayordomos de la hacienda *San Blas* porque algunos de sus empleados más

adictos se habían encontrado asesinados en las cañadas.

En vano los soldados del Gobierno habían cooperado con las gentes audaces del ingenio a batir a los bandoleros. Al atacar la cueva no encontraban más que osamentas de toda clase de animales y algunos esqueletos humanos desparramados. Con la impresión desagradable de aquellos despojos se aproximaban amedrentados al borde musgoso del precipicio impenetrable y oscuro, cuya cortadura consideraban peligrosísima, porque por ella había caído al abismo un negro fugitivo.

Por fin en el ingenio *San Blas* surgió la superstición, alentada por la astuta *Monga*, de que el alma en pena del infeliz *Carabalí* era la que salía de noche con su falange de espíritus malignos a asesinar capataces y a robar ganado y aves de la hacienda para ofrendárselos a Satanás, y que no había tales bandoleros.

Algunas noches, al claror de las estrellas, se veía salir de la cumbre de la montaña una densa humareda, como de fogata, y los guardianes, asustados, enseñándose unos a otros el fenómeno de hechicería, afirmaban que el alma de *Carabalí* y su comparsa infernal estaban haciendo sacrificios a Luzbel. Si se daba cuenta al mayoral de lo que ocurría, se persignaba de frente a pecho y de hombro a hombro, y ordenaba que se rezara, en seguida, un rosario para ahuyentar aquellas brujerías.

## VIII

Han pasado muchos años de estos sucesos, y todavía aquella caverna es denominada la *Cueva de los Muertos*, y los viajeros que la visitan, no pueden evitar cierto temor y malestar, que les comunican los campesinos guías al ver esparcidas por el suelo tantas osamentas; y al poco rato, contagiados los visitantes con el supersticioso relato de las fechorías de *Carabalí* y su cuadrilla, dan la orden de abandonar la gruta.

En ciertas horas y en ciertos sitios, los espejismos de óptica y los azoramientos de la conciencia sumergen al hombre en tal sobresalto místico, que le obligan a huir cobardemente en busca de otro lugar más seguro, como si se tratara por instinto de un salvamento. Esto les ha pasado siempre y continúa ocurriendo a los curiosos exploradores que visitan la *Cueva de los Muertos*.



## LA CUESTA DEL GRIEGO

(1833)

### I

Todavía bien entrado el tercio del siglo XIX, época del gobernador don Miguel de la Torre, era peligroso viajar por los caminos del interior de la Isla, especialmente de noche, porque todas las vías eran de herradura, muy cerrado el bosque de uno y otro lado del camino y el piso desigual, encharcado y pedregoso. El caballo tenía que ser vigoroso y resistente para emprender con él cualquier viaje de pueblo a pueblo.

Con todos esos inconvenientes los buhoneros italianos se internaban por la Isla a surtir a los ricos estancieros de una prendería no siempre de buen gusto, en relojes, sortijas, brazaletes y cadenas de oro; y hacían pingües ganancias.

A la caída de una tarde del mes de septiembre de 1833 el prendero Ramini se dirigía de Manatí a Arecibo, y el mal tiempo lo sorprendió en uno de los puertos del camino del barrio de Sabana Hoyos. Faltábale aún descender dos grandes cuestas antes de caer en el camino llano del barrio del Factor y ganar el pueblo por los tortuosos callejones de los trapiches de caña; con el aditamento del peligroso pasaje de un ancón en la desemboadura del río Abacoa.

La noche se venía encima a más andar y Ramini no podía avanzar mucho por lo resbaladizo del barro *cipey*,

teniendo que llevar su cabalgadura a paso lento para evitar una caída. Entrada la noche, se le dificultó más la marcha; y habiendo divisado una luz que salía de un claro del monte, resolvió detenerse allí para descansar un rato, tomar café y orientarse. Llegado al bohío preguntó a un hombre que estaba sentado en la escalera:

—¿Quiere usted, paisano, servirme de guía hasta el pueblo?

—No puedo, no tengo caballo para acompañar a usted. A pie es imposible, porque con lo que ha llovido las cuestas deben estar intransitables. Hay muchas gradillas y no quiero romperme una pierna.

—¿Podría pasar aquí la noche?

—Sí se conforma usted con dormir en esa hamaca, sí. Y para cenar no hay más que café prieto y plátano asado.

—Bien, me quedo—dijo el buhonero, apeándose de su caballo. El campesino se le acercó y le ayudó a descargar la cabalgadura de dos grandes baúles de madera, fabricados expresamente para hacer bien el contrapeso y servir como de banastillas. Después le puso una soga al caballo y lo llevó a comer grama detrás del bohío. El buhonero, entre tanto, se acomodó en la hamaca de majagua y entabló diálogo con la mujer del labriego.

## II

—Ya dije a usted que no había más cena que ésta —exclamó el hombre del bohío, presentando al buhonero una jícara llena de café prieto—. Está sazonado con *melao* porque no tengo azúcar. Y aquí tiene usted dos plátanos, muy bien asados por mi mujer.

—Gracias. Me gusta mucho el café prieto, aunque sea endulzado con melaza. Los plátanos no he podido aún acostumbrarme a ellos. Solamente maduros puedo pasarlos. Afortunadamente yo traigo pan de Manatí y además queso fresco, que puedo compartir con ustedes. También traigo tabacos.

Después de cenar se soltó la lengua. El buhonero contó su historia. Corta. Hacía cinco años que se había dedicado a aquel negocio y se acercaba la hora de retirarse a Reggio. No era ambicioso. Tenía una novia y quería casarse pronto para formar su modesto hogar.

El campesino no era del país. Era griego. Marinero de un barco de travesía que hacía el comercio entre Barcelona y las Antillas. Un día desembarcó con parte de la tripulación en la Capital; y en una tenducha de la Marina tomó ron de caña y se le fué a la cabeza. Hubo riña y él mató a uno. A él también lo hirieron. El barco se hizo a la vela y el griego quedó en tierra detenido. Fué condenado a presidio por algunos años. Cumplió; y se echó al campo a ganarse la vida. Por fin, fijó su residencia en aquel sitio, alejado de la sociedad, con una compañera, con quien compartía su triste existencia; y no había podido hacer fortuna.

La conversación se enfrió; el buhonero guardó silencio; y el griego dijo, apesarado y mordido de envidia por el relato de su interlocutor:

—Tengo que madrugar. Tantos recuerdos me han entristecido y lo mejor es dormir para disipar las penas. Si algo necesita usted, llame a esta puerta.

### III

La excitación del viaje, la mala cama y el café no dejaron dormir al buhonero. En vano pretendió conciliar el sueño. Viendo que le era imposible, acordóse que él llevaba siempre en el bolsillo una velilla de cera retorcida. Hizo luz. Se dirigió a uno de sus baúles, lo abrió y empezó a entretenerse limpiando suavemente con gamuza las prendas, reconociendo si cada una estaba en su estuche y otras minucias por el estilo, para pasar la noche.

Por una de las rendijas del aposento lo atisbaban el griego y su mujer, que tampoco podían conciliar el sueño. Cada vez que veían un terno, el brillo de las piedras preciosas los deslumbraba; pero no decían una palabra por no asustar al buhonero.

De pronto empezó a llover y tronar fuerte. La cabaña se sacudía al rodar sobre ella uno de esos truenos que conmueven la atmósfera. El caballo relinchó. El buhonero cerró el baúl y llamó a la puerta del cuarto del campesino.

—Voy — contestó el griego con voz fuerte.

Y apareció en la sala, después de pasado un rato, dando lugar al huésped a que creyera que se había detenido en levantarse y vestirse.

—He oído relinchar mi caballo y deseo ver si se ha enredado o le ocurre algo.

—Yo iré a verlo— dijo el griego.

Al resplandor de la velilla se veía su faz contraída y de color profundamente pálido. Fué a abrir la puerta y de pronto una ráfaga de viento apagó la cerilla que tenía en la diestra el buhonero. Al mismo tiempo, se oyó un grito sordo. Un relámpago alumbró a dos hombres que luchaban en la obscuridad, cuerpo a cuerpo. Al cabrilleo de la chispa eléctrica y el estampido del trueno siguió un profundo silencio. El caballo relinchaba con insistencia...

#### IV

Cuatro años después de este suceso, don Jacinto Dávila y Dávila, teniente a Guerra del pueblo del Naranjal (Vega-Baja) marchaba hacia Arecibo en compañía de don Miguel Rodríguez de Mathos, teniente a Guerra del pueblo de Manatí. Iban a un gran desafío de gallos que había en la Villa del Capitán Correa y a gozar de las fiestas religiosas que se celebraban con motivo de Nuestra Señora de la Monserrate, la patrona de la villa.

La noche les cogió en el camino y a fin de evitar un aguacero que les caía de soslayo, se replegaron junto a una casa, antes de emprender la penosa bajada de la *Cuesta del Griego*. Con el cobertizo sobresaliente de la casucha evitaron mojarse, situándose al lado opuesto de la lluvia. Esta, en lugar de disminuir arreció por momentos y empezó a relampaguear y a tronar recio.

Don Jacinto había recostado la cabeza contra el seto de la casa y después de una descarga eléctrica, que iluminó el espacio, oyó distintamente estas palabras, pronunciadas dentro del ventorro:

—Una noche como ésta mataste al prendero.

—Calla, mujer; eso no se dice ni a las tinieblas.

—Es que recuerdo que rodaste por tierra, a pesar de la puñalada que le diste primero. El te agarró por el cuello y si yo no te lo quito de encima acaba contigo.

—Tenía unas fuerzas hercúleas. Le atravesé el pecho con el cuchillo dos veces, sentí su sangre caliente mojarme la mano y sus dedos de hierro me constreñían la garganta horriblemente. En fin, está enterrado junto al

palo de aguacate con su caballo y sus baúles vacíos. Siempre tengo miedo de pasar por allí.

—Recuerdo...

—¡Calla, mujer, calla! ¡No hables más de eso!

## V

Cesó de llover y tronar. Y don Miguel dijo a don Jacinto:

—Vamos, amigo, que tenemos mucho terreno delante por recorrer.

—Antes necesito, señor oficial, en nombre de S. M., que me prestéis auxilio.

Y al mismo tiempo dió don Jacinto con el puño de su espada en la puerta de la casa.

—¿Quién va? —replicó una voz áspera.

—Abrid pronto y alumbrad. Necesitamos hospitalidad en esta venta.

La puerta se abrió y apareció el griego con un farol en la mano y detrás su mujer.

—Daos preso en nombre del Rey, porque una noche como esta asesinasteis a un prendero. Si os movéis para huir os abraso el cráneo de un pistoletazo.

## VI

La casucha quedó abandonada. Y, a pesar del tiempo transcurrido, se llama aún la pendiente tortuosa y mala de aquel camino, *La Cuesta del Griego*.



## LA MANCHA DE SANGRE

(1845)

### I

—Le he llamado a usted, señor escribano, porque quiero hacer mi testamento. ¿Ha traído usted los papeles necesarios al efecto?

—Sí, señor.

—Pues bien, quiero que mi testamento sea cerrado; de modo que después de extender usted las cláusulas que yo le dicte, lo cerrará; y los testigos, ignorantes de lo que diga el documento, firmarán en el sobre lacrado; y lo archivará usted en su escribanía, dejándome una copia legalizada para guardarla yo en mi escritorio.

—Estoy a sus órdenes, señor.

—¿Ha extendido usted ya los preliminares de rúbrica?

—Desde luego.

—Pues bien, deseo repartir el ingenio San Daniel en tantos lotes como esclavos tengo y a cada uno de mis siervos, con su libertad, darles un pequeño predio, en desagravio de la inicua explotación tenida por mis antecesores con la carne africana.

—¿Qué más?

—La maquinaria, así como la bueyada y mis caballos, se venderán para pagar mi entierro, mi panteón y los gastos que origine el cumplimiento de mi última voluntad.

—¿Y el resto o remanente?



—Lo entrega usted al señor cura párroco para que lo reparta entre los pobres de la población.

—¿Qué más?

—Dentro de mi ataúd pondrá usted este retrato de mi padre, hecho al daguerrotipo. Lo mandó a hacer en París en uno de sus viajes. Y fuera de mi ataúd, en el fondo de la bóveda, colocará usted este otro retrato, de idéntica factura, de mi tío, de quien heredé este ingenio.

—¿Me permite usted una pregunta, señor?

—Diga usted.

—¿Y por qué no dentro de su ataúd?

—Esto es un secreto.

—Y ¿no puede usted revelármelo en este supremo instante de su vida, cuando está usted haciendo su testamento bajo mi fe notarial, y tal vez tenga yo que cumplimentarlo todo personalmente?

—¡Es un secreto terrible!

—Juro a usted, señor, por la salud mía y la de mi esposa e hijos, y por la salvación de mi alma, que Dios condene al fuego eterno, si llegare a ser perjuro y no guardare ese secreto, ni cumpliera su última voluntad.

—Pues bien, acepto su juramento. Venga usted conmigo.

## II

Don Blas Silva de Almeida, el hacendado que estaba testando, era para esa época un hombre como de cuarenta años, alto, robusto, de trigueño color, la nariz recta, los labios gruesos y los ojos y los cabellos negros. En sus modales era muy correcto, pues se había educado en Lisboa, de donde pasó a Bruselas a obtener el título de ingeniero agrónomo, por orden de su protector, su tío, porque era huérfano de padre y madre. Tenía don Blas una sensibilidad superior por la educación recibida; lo que le colocaba muy por encima de sus antepasados, en rango intelectual. El tío comunicó a don Blas, cuando vino de Bruselas, el origen de su nacimiento y le reveló reservadamente el terrible secreto de familia. Luego le puso al frente del ingenio y lo declaró su heredero absoluto.

Bajo la sabia dirección del joven ingeniero agrónomo la hacienda había prosperado rápidamente, cambian-

do el trapiche de bueyes por un tren jamaquino, con magnífica máquina de vapor, adquiriendo después mayor territorio alrededor del fundo con la compra de vegas y sobrevegas hasta cuadrar debidamente la finca y hacer de ella uno de los mejores ingenios de la comarca.

### III

Don Blas y el escribano, pues para esa fecha no había la especialidad de notarios, bajaron las escaleras de la casa vivienda y se dirigieron a las fábricas. Era el período de la molienda y el ingenio estaba en plena efervescencia. En el batey estaban acumuladas las cañas en montones informes, de trecho en trecho, formando grandes pilas, y continuaban llegando los carretones con gran contingente de áureos y verduscos trozos, que rodaban por el suelo al soltar el boyero la cuerda que retenía el cajón a la lanza del carro. Las masas, con rítmico y convulso volteo, exprimían las cañas, que lanzaban grandes chorros de guarapo; y las negras con sus faldones replegados a la cintura, sudorosas, no podían satisfacer la voracidad de aquel gigante de acero. De la alta chimenea salían torbellinos de humo negro, que se replegaban sobre sí mismo y luego se extendían hacia Occidente como una cabellera de densas brumas.

Dentro de las fábricas estaba el tren en toda marcha. El resoplar del férreo monstruo era imponente: las volantas rodaban sobre sus ejes centrales con precisión; los émbolos salían y entraban en sus acerados tubos, sonoros. En las grandes pailas hervía el guarapo, cuya cachaza arrojada por mano potente de uno a otro tacho con las largas palas de madera, levantaba leves nubecillas aromosas que se condensaban grisáceas en los elevados techos y salían al exterior. De cuando en cuando los gritos salvajes de los fogoneros, que metían bagazo en las hornallas, contrastaba con el melancólico cantar de la monótona guaracha de los paileros y con el chirrido de la maquinaria temblorosa.

Todo parecía vacilar bajo el misterioso soplo de un espíritu poderoso. Era el himno vivificante al trabajo, que dulce, vago y encantador, en alas de la brisa tropical, rodaba sobre la extensa llanura con la nota aguda del silbato estridente de la caldera repleta de potente vapor.

IV

Al entrar don Blas y el escribano en la casa de fábrica el sol caía a plomo sobre el ingenio. El hacendado condujo a su acompañante al lugar de las evaporadoras y le señaló una losa de Canarias, de dos pies cuadrados y de color gris sucio, obscuro.

—¿Veis esa losa? —le dijo.

—Sí, señor.

—¿Qué notáis en ella?

—Nada —contestó el escribano, después de examinarla detenidamente.

—Esa losa está cubierta de polvo de carbón. Ahora veréis mejor.

Y don Blas se bajó, sacó un cepillo de su faltriquera y limpió la baldosa del polvo que la cubría; después, de un frasquito lleno de agua que traía oculto, empapó su pañuelo y lavó con él cuidadosamente la superficie de la losa.

—Creí que era una baldosa gris de Canarias — exclamó el escribano —, y ahora veo que es una losa roja.

—Se equivoca usted. ¡La baldosa es gris, pero está empapada en sangre!

—¿En sangre?

—¡Sí, en sangre humana! ¡Desgraciadamente en la sangre de mi padre! —dijo con acento doloroso don Blas. Y se levantó intensamente pálido de la emoción.

—¡Ah!

—Quiero, óigalo usted bien, señor escribano, quiero que esta losa, que volveré yo mismo a cubrir de profanas miradas, la coloque usted a la cabecera de mi ataúd, dentro de mi panteón.

—Cumpliré fielmente sus órdenes, señor — balbuceó impresionado el escribano.

Don Blas sacó una cajita de latón de su bolsillo, la que contenía carbón pulverizado, y cuidadosamente volvió a cubrir con aquella substancia la extensa mancha de sangre que había puesto al descubierto. Concluída la penosa labor, dijo a su acompañante:

—Vamos a la casa vivienda. Allí le revelaré mi secreto de familia.

V

Sentados en cómodos columpios, y solos, empezó el hacendado su narración en estos términos:

—Era el año 1840 y el gobierno español había prohibido ya el comercio de carne humana negra, que se conoció con el nombre de *trata africana*. Mi madre y mi tío, portugueses, que estaban dedicados a este negocio, acordaron comprar un predio rústico en esta isla, al frente del cual quedó mi padre y se fué mi tío a traer la última importación de negros de Cabo Verde, aunque clandestinamente, para levantar con ellos un trapiche azucarero. La expedición fué feliz y pudieron ser introducidos los africanos, mediante una onza de oro por cada pieza, para acallar a las autoridades encubridoras. Y pronto el trapiche, tirado por vigorosos bueyes empezó a dar azúcar moscabada.

»Se juramentaron los dos hermanos para no levantar hogar en el país, sino hacer una gran fortuna, a fin de irse a disfrutarla a su tierra retirándose a Lisboa; por lo cual era preciso no contraer compromiso matrimonial con ninguna criolla. Y para matar la monotonía de aquella vida de sacrificios, cada uno de ellos alternativamente, iría a Europa por cuatro meses después de terminada la zafra.

»En uno de los viajes de mi tío, no pudo evitar mi padre el concurrir a un baile, donde se prendó perdidamente de una modesta campesina, que, por lo mismo que rechazó su declarado amor, lo enloqueció y obligó a casarse ocultamente con ella.

»Mi tío ignoró el secreto once años, y un día, el mayoral de la hacienda, que lo sabía, y a quien mi padre en un rapto de coraje había abofeteado, se vengó de él, aprovechando un momento de disgusto de mi tío contra mi padre por un descuido en la plantación, y le hizo la revelación al irritado hermano.

»Mi tío, colérico, bajó las escaleras de esta casa y marchó en busca de mi padre. Le encontró en el departamento de las evaporadoras; y allí mismo lo increpó tan duramente, bajo el furor de su frenesí, que mi padre levantó la mano y pegó en el rostro a mi tío, quien, fuera de sí, y en el vértigo de la ira, dió una puñalada a mi

padre, con tanta desgracia que le partió el corazón.»

Don Blas se detuvo profundamente emocionado al llegar a este punto de su relato; se enjugó la frente cubierta de frío sudor; y con ronca voz prosiguió su narración, la faz velada de intensa palidez:

—Cayó mi padre. Y entre el mayoral y mi tío lo condujeron a esta casa donde llegó cadáver. Al día siguiente se le enterró como muerto de un ataque cerebral, producido por el mucho sol cogido en aquellos días, y el mucho calor del departamento de las epavoradoras. La mancha de sangre de la losa pasó como originada por el golpe en la cabeza al caer contra el pavimento en el ataque apoplético. Mi tío cubrió con polvo de carbón la baldosa y ordenó que nadie podía pisar sobre ella. La declaró sagrada. ¡Qué sarcasmo!

Volvió don Blas a descansar. La revelación de su secreto le afectaba hondamente. Lo había recibido íntegro de labios de su tío y era la primera vez que salía de su pecho. Tomó un poco de agua y continuó así:

—Mi tío, pasado el ras violento de ira, bajo cuyo dominio fué fraticida, quedó anonadado y profundamente arrepentido. Meditó sobre su crimen y comprendió que el mayoral lo había arrojado en aquel abismo. Entonces, viéndose ligado para siempre con aquel vil hombre por su secreto, tapó con un homicidio la horrible muerte que había dado a mi padre. Preparó una emboscada al mayordomo, le dió de puñaladas y lo enterró en un cañaveral. Mi madre, al saber que mi padre había muerto de repente, abrumada de dolor, se presentó a mi tío, llevándome de la mano. Mi tío me abrazó y me besó en la frente; y nos quedamos a vivir en la hacienda. Al año siguiente fuí enviado con mi madre a Lisboa. Allí falleció la pobre de una pulmonía.

Don Blas volvió a hacer una pausa para proseguir. Y volviéndose a su interlocutor, le dijo con firme voz:

—¿Jura usted, señor escribano, guardar fielmente este mi secreto, no revelarlo a nadie, y cumplir con lealtad cada una de las cláusulas de mi testamento?

—Sí lo juro, señor —respondió el letrado, extendiendo la mano derecha, como si la pusiera ante los Santos Evangelios.

—Pues bien, si así lo hacéis, que Dios, en cuya presencia cerramos este contrato, os lo premie; y si no os

lo demande. Yo os lego el diez por ciento de mi capital, si, cual os lo ordeno, lo cumplimentáis; y si no lo cumplís, os maldigo y que las llamas del infierno os devoren por toda una eternidad.

— ¡ Conforme! — replicó el hombre de la fe notarial, volviendo a extender su diestra religiosamente.

## VI

Don Blas murió, a los cinco años de hecho su testamento, de la caída de un caballo brioso, que se desbocó. Y el escribano presentó en seguida ante el juez el testamento del hacendado; pero no el legítimo, sino un documento falso en el cual don Blas le constituía por único heredero, con la condición de cumplimentar ciertas cláusulas dadas por el testador a él, personalmente y en secreto.

El juez dictó el auto de posesión de la herencia a favor del escribano, quien marchó al ingenio a tomar ciertas medidas para la celebración de la entrega de la finca. Llamó al negro de confianza de don Blas, y le enseñó la orden del juez. El fiel criado introdujo al escribano en el aposento de su amo y le entregó las llaves del escritorio.

El presunto heredero despidió al esclavo y cerró tras él la puerta. Entonces buscó en las gavetas la copia del testamento verdadero. Encontró el documento al poco rato de rebuscar y se sonrió satánicamente. Sacó del bolsillo el original y uniéndolos les pegó fuego para destruirlos totalmente. Flameó el legajo con rapidez y se desprendieron rojos trozos de papel, medio prendidos y medio carbonizados, los que como mariposas de fuego giraron en la atmósfera y fueron a dar con el mosquitero de la cama donde había expirado don Blas. La sutil museлина se incendió como si estuviera salpicada de pólvora y dió fuego a las cenefas de la cama, de donde pasó al cielorrasso del aposento; y viéndose el escribano impotente para domar el terrible elemento, dadas las proporciones que había tomado en cortos instantes, corrió a la puerta y tiró del picaporte con violencia. La puerta estaba cerrada. Gritó y nadie le contestó. Buscó la ventana para abrirla y arrojarla por ella y estaba clausurada

por fuera. Entonces se acordó de la maldición del hijo del portugués, al exigirle fuera fiel a su juramento. Aterrado cayó de hinojos y pidió perdón al cielo; pero era tarde. El cuarto era presa de las llamas, y pronto lo devoró el incendio, así como redujo a cenizas toda la casa vivienda del ingenio.

## VII

Don Blas había tomado sus precauciones para el caso de que el escribano no le fuera leal. Había enterado de todo a su viejo sirviente, en el cual tenía plena confianza, y le había indicado, que si el letrado era fiel, guardara él el secreto de la familia y no lo revelara a nadie y lo entregara al silencio de las tumbas, cuando muriese; pero que si el papelista resultaba un traidor, indudablemente vendría en busca de la copia del testamento para destruirla; y que entonces él lo encerrara en el aposento y marchara al pueblo a darle cuenta al juez de la infamia y traición del escribano; y le entregara la carta que tenía para dicho magistrado y con ella el documento auténtico. Y que advirtiera al juez, que la copia de su testamento no llevaba el sobre lacrado porque lo había utilizado como ratonera para coger al ladrón, poniéndole dentro una copia falsa.

El fiel criado cumplió con precisión lo dispuesto por don Blas; y al salir del cuarto donde introdujo al escribano, pasó la llave suavemente por fuera. La ventana la había clavado el mismo día que murió su amo. Montó a caballo y partió a escape para el pueblo, dejando al perjuro pelero a buen recaudo.

## VIII

El juez hizo cumplir las cláusulas del testamento de don Blas Silva de Almeida en todas sus partes. Y hoy, donde se levantaba el potente ingenio San Daniel, con soberbias casas de fábricas, cuarteles, alambiques, almacenes y diversas casas de vivienda, existe una modesta aldehuela de humildes agricultores, blancos, amarillos y negros, producto del mestizaje de las razas que trabaja-

ban en la hacienda de los portugueses. La memoria de don Blas es venerada entre aquella gente en virtud de su gran acto de filantropía y reparación moral, y todos los años, para noviembre, visitan las familias el cementerio del poblejo, en peregrinación, y mediante el permiso eclesiástico católico, se exhibe la losa de Canarias, con la célebre mancha de sangre.





## LAS ONCE MIL VIRGENES

(1797)

### I

El general inglés Abercromby en 1797, dirigióse contra la isla de Trinidad, comandando una formidable escuadra de sesenta velas; y habiéndose apoderado fácilmente de aquella tierra, hizo rumbo a la de Puerto Rico y desembarcó sus aguerridas tropas en las playas de Cangrejos en son de conquista.

Gobernaba este país el general don Ramón de Castro y prontamente puso la ciudad en estado de defensa. Se tocó la generala. Se distribuyó la guarnición. Se cortó el puente de San Antonio. Se organizaron gánguiles, pontones y baterías flotantes en lanchas cañoneras y se levantaron patrullas en cuerpos volantes para recorrer y defender los campos circunvecinos de las incursiones y depredaciones del enemigo. Se publicó un *Bando* para que las mujeres, los niños y los viejos abandonaran la ciudad, quedando sólo los hombres útiles para tomar las armas.

No fué posible evitar el desembarco de las tropas inglesas, porque los navíos anclados en la ensenada de Cangrejos, barriendo la playa con metralla, protegían las chalupas y botes que desembarcaban las tropas enemigas cerca de la playa llamada de Torrecilla.

El general Abercromby situó su cuartel general en la *Casa del Obispo*, cerca de la iglesia de San Mateo, y

empezó a avanzar hacia poniente. Al llegar al puente de San Antonio le detuvo la cortina de fuego de este fortín, que fué destruído en 1896, y la metralla del Castillo de San Jerónimo. Entonces levantó trincheras en Miramar (en aquella época se llamaba El Rodeo y posteriormente El Olimpo) y en el Condado. No le fué posible pasar adelante, aunque tomó los Polvorines de Miraflores. Si recio y sostenido era el fuego de cañón y mortero del inglés, porfiada era la defensa de la plaza. El sitio empezó el 17 de abril y el 29 del mismo mes continuaba en iguales condiciones, peleando sitiados y sitiadores con empuño y denuedo.

## II

El obispo Trespalcios, que regía esta diócesis, ayudó a Castro hidalgamente con personal eclesiástico para todos los puestos de la guarnición hasta los de peligro y además dinero. La Cruz y la Espada marchaban de común acuerdo en la defensa de San Juan.

El 30 de abril se presentó a su Ilustrísima el Provisor y le dijo:

—Señor Obispo, ¿por qué no hacemos una rogativa para implorar el auxilio del cielo?

—Tiene usted mucha razón. Haremos una rogativa dedicada a Santa Catalina, santa del día, y patrona del primer castillo que se hizo en esta ciudad y que hoy es Casa de los Gobernadores, y también la dedicaremos a Santa Ursula y a las once mil vírgenes, de quienes soy devoto especial.

—Y ¿cómo se dispondrá la procesión?

—Pues toda la ciudad tomará parte en ella. El que no tenga vela de cera la llevará de esperma o sebo y los muy pobres llevarán antorchas de *tabonuco*. Yo la presidiré con el Cabildo eclesiástico y las autoridades. Saldremos de la Catedral y recorreremos todas las calles de la capital y al romper el alba regresaremos al templo para celebrar una misa cantada a toda orquesta.

Tal como lo dispuso el señor Obispo tuvo efecto la grandiosa rogativa con el aditamento de haber echado a vuelo todas las campanas de las iglesias.

### III

A las nueve de la noche los espías ingleses, que atalayaban, avisaron al cuartel de Abercromby, que se notaba gran movimiento dentro de la ciudad, que se oían grandes repiques de campanas y se vislumbraban grandes luminarias hacia el oeste.

—Estarán recibiendo refuerzo de los campos — dijo el general inglés; y añadió: — Mis fragatas, que vigilan la entrada del puerto, no pueden acercarse por el fuego que les hacen las baterías del castillo de la entrada.

Y dió órdenes para que las trincheras de El Rodeo y del Condado avivaran lo más intensamente posible el fuego contra la ciudad. Y que hubiera acción de mosquetería sostenida contra las lanchas cañoneras.

A las doce de la noche volvieron los vigías a notificar al general Abercromby que las luces iban creciendo dentro de la ciudad y que ahora se dirigían al este. Abercromby reunió su estado mayor y le dijo:

—Llevamos cerca de un mes en la fajina de este sitio y no hemos adelantado una pulgada. Tenemos lo que tomamos el primer día y nada más. La plaza está muy bien defendida. Por otra parte la disentería empieza a hacer estragos en nuestra tropa. El agua de que disponemos es muy mala. Hay que tener en cuenta, que los vecinos de los campos, fuertes y aguerridos, van viniendo a socorrer la Capital y no podemos evitarlo. Esta noche se prepara, indudablemente, una gran salida de los sitiados, al primer cuarto de la madrugada para atacar nuestro campamento. Creo, pues, llegado el momento de reembarcar la tropa.

Todos los oficiales de su estado mayor fueron de igual parecer. Se dió la orden de embarque. Se tocó la generala. Y a la mañana siguiente, primero de mayo, estaba completamente levantado el sitio.

### IV

En la Iglesia Catedral, después de la misa cantada, se entonó el *Tedeum laudamus* y luego predicó su Ilustrísima.

Un hermano de mi abuela, teniente de Milicias, que

entró en la plaza el 22 de abril con una compañía de Milicianos de Arecibo, refería el espléndido triunfo de Santa Ursula y las once mil vírgenes. Mi abuela, que murió a los 97 años, y recibió de labios de su hermano la histórica narración, me contaba que las once mil vírgenes, gracias al obispo Trespalacios, que las había implorado a tiempo, salvaron la ciudad del saqueo de los ingleses. Que aquella memorable noche fué cuando más tronó el cañón enemigo, y que las balas se volvían de mitad de camino contra los sitiadores y no caían en la ciudad. Y que cuando la gran rogativa entraba en Catedral terminó de repente el cañoneo y desaparecieron los enemigos.

También así lo estuve yo creyendo mucho tiempo; pero después he sabido que Santa Ursula y las once mil vírgenes eran *bretonas* y he pensado, que de haber venido en aquella ocasión, hubiera sido en ayuda de sus *paisanos*, a pesar de lo que juraba y perjuraba el hermano de mi abuela.

De modo que, respetando la buena fe de nuestros mayores y su bella tradición, me inclino a creer que quienes obligaron a los ingleses a levantar el asedio fueron el gobernador don Ramón de Castro con su activa dirección y enérgico carácter y los férreos puños de los Mascará, Vizcarrondo, Andino, del Toro, Linares, Lara, Díaz y demás valientes que supieron defender el terruño de la invasión extranjera.



## LA CAMPANA DEL INGENIO

(1840)

### I

La antigua hacienda de caña *Rancho Viejo*, cuyas mazas eran movidas por vigorosos bueyes, se había convertido en el potente ingenio *San Jorge*, con máquina de vapor y adquisición de mayores predios de terrenos para ensanchar el cultivo de la dulce gramínea.

Del viejo trapiche no quedaba en pie más que una torre circular, de fuertes muros, bien construída, que parecía recordar haber sido un *Molino de Viento*, utilizado con anterioridad tal vez a la bueyada para mover con auxilio de los alisios las mazas trituradoras, en un principio hechas de gruesos troncos de madera.

Don Jorge Smith, que transformó primeramente el trapiche melaero en molino hidráulico el año treinta, y luego en una buena hacienda de tren jamaíquino, con buenas libras esterlinas de que disponía, completó la dotación de cuarenta piezas de esclavos, y convirtió la vieja torre en atalaya de la finca y lugar destinado para fijar la campana que había de despertar a los siervos al romper el día, del sueño profundo que gozaban los infelices en los bien atrancados cuarteles.

Del alba a la hora de la fajina, se permitía a la negra abrir el portalón del cuartel de los hombres para que visitaran la barraca de las mujeres. Y a las tres

grandes campanadas, que llegaban a los cuarteles desde la alta torre, salían los trabajadores bien de mañana, a sus respectivas faenas, bajo la custodia de los segundos mayordomos del ingenio, que ya habían recibido del mayoral la consigna de lo que tenían que hacer aquel día. La misma campana con su ronco tañido, suspendía la labor en los barbechos, que se estaban cultivando, así como la brega fatigosa en la fábrica y alambique, y la misma metálica voz reanudaba los trabajos.

Andando los tiempos la campana se rajó; pero, en seguida, se colgó otra en su lugar. Y, finalmente, el pito vocinglero de la máquina de vapor sustituyó ventajosamente al histórico instrumento, y la baratura y facilidad de adquirir un reloj suizo de bolsillo, uniformó la hora en todos los departamentos e hizo enmudecer por completo la vieja campana de la sombría torre. También se arrumbó el reloj grande de la antesala, de gran disco y gran caja vertical, ocultadora de cuerdas y pesas de la antigua maquinaria. En su lugar se puso un pequeño reloj de pared de metálica cinta circular enrollada, al cual se le daba cuerda semanalmente; y por él se regulaban todos los relojes de los empleados del ingenio.

Don Jorge, fundador de esta hacienda, vivió siempre en ella y no creó familia. Tenía una sobrina, doña Carlota, que inmigró con él de Jamaica y que vino a ser su heredera. Refería la sobrina a su esposo don Conrado Maldonado, el primer mayordomo del ingenio, con quien contrajo matrimonio al año siguiente de estar en el país, que la noche anterior a la muerte repentina de su tío estuvo ella desvelada por el mucho calor que hacía, que dejó abierta media ventana de su aposento, en la parte que daba a la alta torre, y que para coger el sueño se puso a leer *Los Doce Pares de Francia*. Que embebida en la lectura tuvo que suspenderla porque oyó claramente que tañía quedo, muy quedo, la vieja campana del ingenio. Primero creyó que era el viento y la ofuscación de su mente; pero la segunda vez que percibió el doblar lento del metálico sonido, quedó convencida de que era la cascada voz de la vieja campana rajada.

Doña Carlota no comunicó a nadie más que a su esposo aquella fantástica impresión. Y hasta se olvidó del extraordinario fenómeno por el momento, ante el desagradable suceso de que al mediodía murió de repente don

Jorge, de un ataque apoplético, al salir de la fábrica de la hacienda. Don Conrado, descreído, consideró cuestión de nervios el relato de su esposa; y no volvió a ocuparse de aquel asunto.

## II

Heredera doña Carlota del ingenio *San Jorge*, pidió con empeño a su esposo ordenara que la puerta que daba entrada a la alta torre fuera tapiada completamente, lo que se efectuó para evitar que por la noche pudiera cualquier malhechor refugiarse en aquel abandonado sitio.

La buena señora tuvo de su consorte tres hijos y una hija; y durante largo tiempo gozaron felizmente de los buenos rendimientos del productivo ingenio. El esposo era un buen marido y un buen padre de familia; pero tanto bienestar terminó una noche, víspera de Año Nuevo, en que iban a cumplir sus veinticinco años de casados y a celebrar las bodas de plata.

Estaba doña Carlota con sus criadas de confianza, preparando hojaldres y bizcochos, para el siguiente día; sus hijos estaban ya recogidos; el esposo en el pueblo, y la noche se le había ido pasando suavemente en la espera del retorno de su marido, sentada en el comedor mientras las sirvientas trabajaban los dulces. De pronto oyó claramente el tañido cascado de la vieja campana del ingenio. El abanico que tenía en las manos se le cayó al suelo. Las criadas le manifestaron que no habían oído nada.

Doña Carlota dejó el comedor y pasó a su aposento, donde se puso a rezar. Nerviosa y preocupada abrió maquinalmente la ventana que daba hacia la torre. En mitad de sus oraciones se le desprendió el rosario de las manos, porque el ronco tañido del roto metal, doblando quedo, llegaba claramente a sus oídos. Cerró medrosa la ventana y acostóse vestida, sin decir nada a sus familiares.

A las tres de la tarde del siguiente día trajeron a don Conrado en unas angarillas a la casa vivienda del ingenio. Un rebelde esclavo, que había sido castigado con ensañamiento por el capataz, juró vengarse en aquel amo débil y consentidor de semejantes torturas; y lo

acechó cuando entraba en el jardín a recoger unas flores para obsequiar a su hija, y detrás de unos rosales lo atacó y macheteó cruelmente.

### III

Iba a celebrarse en el ingenio *San Jorge* el enlace matrimonial de la hija de don Conrado, la bella Estefanía, linda joven de dieciséis primaveras, con el médico titular del pueblo, don Agapito Fernández de los Ríos. Era Estefanía una criolla de ojos negros, grandes y expresivos, luengas pestañas y finas cejas bien arqueadas, trenzas gruesas color de caoba, y frente y nariz de perfiles griegos. Bajo el tinte trigueño de su piel circulaba una sangre cálida y vivaz, pues daba grande atractivo a aquella adorable criatura. Un cuerpo airoso, con curvas firmes y bien trazadas completaban las gracias de la doncella.

Se prepararon unas bodas fastuosas. El novio quería echar la casa por la ventana. Doña Carlota deseaba que el casamiento de su hija única fuera rumboso. Todo lo principal del pueblo estaba convidado. Como grato recuerdo de aquel feliz enlace, se bautizarían algunos negritos, de los cuales serían padrinos los principales jóvenes de las más encopetadas familias. También serían manumitidos, como gracia especial, la mulata que fué nodriza de Estefanía cuando enfermó la señora madre, y el negro viejo que acompañaba a la niña todos los días a la escolita del barrio.

Aquella fiesta nupcial sería extraordinaria; duraría dos días y el tercero por la mañana pasaría la feliz pareja con su acompañamiento en coches y a caballo, al pueblo, a realizar el casamiento con arreglo al ritual de la Iglesia católica; y con el frescor del día seguirían viaje para la Capital, a fin de tomar el vapor intercolonial de St. Thomas donde transbordarían al transatlántico de la línea francesa que les llevaría a St. Nazaire, para pasar en Europa una buena temporada.

El primer día del festival se pasó alegremente con los bautizos por la mañana y baile por la tarde, que duró hasta la medianoche. Todos se retiraron alegres y contentos. Doña Carlota, fatigada del trajín del día, sentóse en un columpio, abrió las ventanas de su cuarto y se puso a contemplar la salida de la luna. Aquel globo



de luz, que ascendía lentamente por Oriente, le trajo dulces añoranzas a la memoria. Un airecillo fresco venía de los cañaverales. A la una de la noche, al levantarse para cerrar la puerta de su aposento y acostarse se detuvo repentinamente como si súbita parálisis embargara todos sus miembros. Le pareció haber oído el ronco tañido de la resquebrajada campana vieja. Se agarró de la hoja de la puerta para no caer al suelo, del terrible sacudimiento nervioso que había experimentado, al sentir en sus oídos aquella campana queda, de sordo doblar metálico, que despertaba en su alma con apocalíptica voz, tristes e impercederos recuerdos. Trabajosamente llegó al columpio y se puso a rezar. Al poco rato volvió a oír de nuevo el tañido ronco del quebrantado bronce. Arrodióse la infeliz dama y levantando los ojos lacrimosos al cielo exclamó:

— ¡Oh, Dios mío, qué desgracia será la que nos espera! ¡Que sea yo la víctima, Señor...!

Y se desmayó.

#### IV

El día amaneció esplendente; límpida la atmósfera, sin celajes el horizonte y el sol diamantino. Los hombres organizaron una cacería de palomas torcaces al inmediato bosque de palmeras. Terminó el desayuno con alegres chistes y emprendióse la marcha.

Idos los caballeros, las jóvenes se pusieron a tocar el piano, acompañado de guitarra y bandolín; y por largo rato cantaron una guaracha. Una de ellas entonó una dulce melopea. Luego quedaron fastidiadas de estas diversiones, pues les faltaba el elemento varonil que con sus galanteos las animaran a repetir el canto. Entonces la hija de doña Carlota propuso una excursión a bañarse al río, que estaba muy cerca de la casa. Allí pasarían un buen rato a las sombras de las bambúas y entre las frescas aguas del baño. Todas las muchachas aplaudieron estrepitosamente para aprobar aquel improvisado plan. Las sirvientas de confianza las acompañarían y la pléyade de hermosas doncellas se marchó al río.

Antes de bañarse se pusieron las jóvenes a danzar, cogidas de las manos, y cantando y danzando se fueron entrando en las cristalinas aguas. El río tenía un des-

censo de menor a mayor. Las muchachas al sentir el frescor delicioso del agua se dejaron llevar de la seductora pendiente y de la grata impresión del líquido elemento; e insensiblemente cogidas de las manos se deslizaron hacia el cantil. La primera que le faltó pie y sintió el agua al cuello, gritó con fuerza y atrajo hacia ella a sus dos compañeras inmediatas. Las demás jóvenes creyeron que zambullían aquellas amigas por gracejo y alegría. Y el triste final fué, que cuando se quiso no se pudo romper la fatídica cadena, y se ahogaron cuatro jóvenes, entre ellas la bellísima Estefanía. Cuando las criadas, buenas nadadoras, trataron de intervenir y socorrer a las infelices criaturas, fué imposible y hasta una de ellas se ahogó por pretender salvar a la prometida esposa de don Agapito Fernández de los Ríos.

La fatal noticia llevada a doña Carlota, fué como si la hubiera herido una chispa eléctrica. Cayó al suelo y estuvo privada de conocimiento dos horas. Al volver en sí, gritó con desesperación y rabia:

— ¡Maldita sea esa vieja campana del ingenio!

## V

Refieren los hijos de doña Carlota, que la víspera de su muerte, la virtuosa dama oyó conmovida, a la medianoche, el lúgubre tocar de aquel resquebrajado bronce, que tan dolorosos recuerdos le traía.

A la mañana siguiente reunió a sus hijos presintiendo la muerte, les refirió tranquila en solemne recogimiento lo que a todos había ocultado y se despidió de ellos con maternal cariño. A la tarde era cadáver. Los hijos mandaron derribar la puerta de la siniestra torre de *Rancho Viejo* y lanzaron iracundos la vieja campana rota al cantil, donde había perecido la infeliz Estefanía y sus tres amigas.

## VI

¿Eran alucinaciones de doña Carlota aquellos siniestros tañidos, anunciando muerte? ¿Eran funestas coincidencias? ¿Tratábase de supersticiosos influjos? ¿Quién hacía vibrar la vieja campana del ingenio *San Jorge* a deshoras de la noche? ¿Qué manos invisibles sacudían

el quebrantado metal, haciéndole tañer quedamente para anunciar una desgracia inmediata? ¿Eran acaso fenómenos premonitores de la vida de ultratumba...?

¡Cuántos secretos quedan aún por arrancarle a la naturaleza! ¡Indudablemente que en torno nuestro se realizan fenómenos interesantísimos bajo la acción de potencias invisibles que desconocemos! ¡El calor, la luz, la electricidad, el magnetismo, y el mismo vapor de agua, son fuerzas ignoradas en su esencia que no percibe nuestra retina más que por sus efectos! ¡El misterio y el terror nos envuelven...!



## LA SORTIJA DE RUBI

(1859)

### I

— ¡Imposible, imposible, imposible! — gritó con voz áspera mister Morse a su benévola esposa, dando, rudo e inflexible, un fuerte puñetazo sobre la mesa.

— Oye, Jorge — contestóle ella, con acento dulce y suplicante —, es conveniente que seas razonable. No vayamos — añadió plañidera — a sacrificar a nuestro querido hijo a esos vuestros odios añejos, engendrados en vuestra competencia comercial.

— ¡Mira, mujer — replicó mister Morse con acento hiriente de burgués contrariado —, no me enciendas en ira! ¡Mi sangre no se ligará jamás con la sangre de esos malditos Smith! Entre ellos y nosotros existe una barrera infranqueable. El odio en nuestras familias es irreconciliable y pasará de generación en generación. ¡Está dicho! ¡Déjame en paz!

### II

Charles Morse se había educado en Londres y era todo un gentleman. Tenía un tipo lordbayroniano: perfil griego, frente alta, soberbia, nariz correcta, ojos sombríos, rasgados, boca fina y color sonrosado mate, de delicada tonalidad. Emanaba de él un halo de hidalguía me-

dioeval. Le gustaba con delirio la equitación y la carrera. Y en una cabalgata, promovida por unos amigos de la casa, en una hermosa tarde de mayo, conoció a Nany Smith.

Montaba la gentil doncella un caballo muy brioso, que no gustaba se le pasaran los otros corceles, por lo que caminaba a vanguardia. Charles se adelantó y puso su caballo al sobrepaso, al par del caballo de Nany, y la saludó cortésmente. No la conocía, ni había habido oportunidad de ser presentado a ella. Siguiéron juntos por entre las avenidas de los flamboyanes florecidos. La tarde era de risas en las trémulas ramas de los árboles y el sol doraba los cocales. La hora era deliciosa.

En las primeras frases que le dirigió el joven Morse, comprendió al oír la cristalina voz y el especial acento arrullador de Nany, que era hija de ingleses como él; y entonces se trabó el diálogo entre ellos en el idioma de Shakespeare, con vivo interés por entrambas partes.

Al llegar Charles a su casa llevaba la imagen de la esbelta amazona prendida del corazón, acariciándolo con la profunda voluptuosidad de su mirada encantadora. Se lo contó a su madre, y ésta, buenaza como toda madre, no se atrevió a revelar le el odio mortal que existía entre los Smith y los Morse por cuestión de asuntos mercantiles.

### III

Aquellos amores brotaron súbitamente como la llamada de un voraz incendio. Nany tenía dieciocho primaveras; era bien formada; lucía cabellera áurea, ojos azul claro, cutis fino rosáceo, salpicadas las mejillas de puntos de rubíes, mirar melancólico, dulce, afable, la barbilla con un hoyuelo y un lunarillo tentadores. Llevaba en sus venas sangre sajona y latina revueltas. Su temperamento latino la hacía rebelde, imperiosa, colérica a veces, templada su ira por su gracia juvenil. La tarde de la cabalgata estaba radiante de belleza. Amó a Charles con frenesí desde el primer momento que le trató; y sus padres no pudieron arrancarle ese sentimiento pasional. El instinto de tener sangre de una misma raza los atraía.

En una de las cortas entrevistas de los dos apasionados amantes, Charles llevó a Nany dos sortijas para que

escogiera cuál de las dos quería como palabra de casamiento.

—Quiero la de rubí — dijo Nany —. ¡El rubí es sangre cristalizada; y solamente arrancándome toda la que llevo en mis venas podré dejar de quererte, amor mío!

—¡Pues yo llevaré en mi mano derecha la de zafiro, cuyo azul me recordará siempre que tú eres mi cielo y que únicamente Dios me podrá disputar tu amor, querida Nany!

#### IV

Enterados los Morse y los Smith de las relaciones de sus hijos, pusieron todos los medios posibles para evitar que los jóvenes amantes se vieran y se trataran. Los disgustos y los sinsabores en los dos hogares eran diarios. Llegó a tal extremo la tirante situación que el padre no le hablaba al hijo ni éste a su progenitor.

A Nany no la dejaban salir, sujeta a carcelario aislamiento, y casi siempre se la pasaba en su cuarto dialogando con su vieja aya.

Primera vez que marchaban de acuerdo sin tratarse, las dos familias adversas. En oponerse a estas amorosas relaciones, con crueldad violenta, eran de igual parecer.

#### V

Un domingo, bien de mañana, dijo Nany a su aya:

—Sácame del ropero mi traje negro de seda, que quiero ir a misa. El sol acaricia hoy las flores de mis macetas; es tan bello el día, que quiero rogar a Dios proteja mis desgraciados amores.

El aya obedeció sonriente.

—Dame acá mi joyero. Quiero lucir hoy mi sortija de rubí. Es la palabra de casamiento de mi querido Charles.

El aya entregó la cajita de prendas a Nany y ésta, nerviosa, no podía abrirla; la llavecilla no podía girar; el resorte no obedecía. Fué preciso un esfuerzo violento de la apasionada doncella para abrir el cofrecillo, todas las prendas se vertieron en su falda. Al coger su sortija favorita, lanzó un grito de alegría y ferviente amor; pero, al contemplarla, de súbito se quedó estupefacta al

ver que el rubí se había puesto negro. Besó la sortija con religiosidad y llena de duelo y de congoja se puso a sollozar. La pobre aya no podía consolarla y tuvo que avisar a la familia, que acudía en tumulto, y se puso toda en febril movimiento.

La infeliz doncella tan pronto lloraba desesperadamente bajo la sacudida emocional producida por aquella misteriosa transformación de la preciosa piedra, como cantaba alegremente, influenciada por terrible nervosismo. Estaba loca.

## VI

La misma mañana en que Nany trató de vestir su traje negro de seda para ir a misa, Charles, desesperado con la angustia de no poder ver a su amada, le envió con una sirvienta de confianza la sortija de zafiro, la de la piedra celeste de sus ensueños; y junto a un rosal del jardín de su casa, trastornado con la tensión nerviosa que sufría hacía tiempo, y aniquilado por tanta contrariedad en sus amores, se levantó la tapa de los sesos de un pistoletazo, víctima de un padre egoísta que lo sacrificaba a sus odios de hostil mercader. Arrepentido el viejo Morse y hondamente impresionado con la muerte violenta de su hijo, no volvió a desplegar sus labios para emitir una frase y murió al poco tiempo de melancolía.

La infeliz Nany jamás pudo recuperar la razón; y la desconsolada madre, con las siete puñaladas de la Dolorosa, conserva aún religiosamente las dos históricas prendas; pero la sortija de rubí no ha recuperado su prístina belleza; el color rojo vivo de sangre arterial, que ostentaba brillantemente, le sustituyó el negruzco de sangre venosa coagulada. ¡Enigmas de la Esfinge...!

El Amor tiene sus víctimas como tiene sus hijos predilectos. Pero ¡ay de los que empañan el cristal de sus conciencias con la desesperación y caen en el vértigo de la nostalgia del deseo! ¡En la amarga jornada, en que pelagra la felicidad, hay que saber esperar y confiar! Es preciso ser fuerte y domeñar las cábalas que el Destino forja contra nuestra dicha; y si nos hiere la piedra de la Desgracia, que sea la que viene de muy arriba y no podemos evitar. ¡Jamás volvamos nuestra lanza contra nosotros mismos...!



## LA PALMA DEL MARTIRIO

(1850)

### I

En el batallón de Milicias Disciplinadas de Arecibo, había un corneta, apuesto joven, varonil, de tipo donjuanescos, que cuando las escuadras de soldados recorrían las calles de la Villa, a tambor batiente, las muchachas retrecheras se apiñaban en la plaza de la Caballería, hoy de Muñoz Rivera, a comerse con los ojos a Daniel Gómez, que atronaba los aires con las vibraciones sonoras de su corneta y correspondía a las doncellas, que lo atisbaban con ardientes miradas de amor.

Poco a poco fué Daniel fijando sus quereres, y después de rodar, frívolo, de rubias a trigueñas y de trigueñas a rubias, alabándose de sus fáciles triunfos, se tropezó con la horma de su zapato, una criolla, toda almíbar, linda y fresca, que no dejaba a nadie que la tocara ni con la punta de los dedos.

Era la gentil María Teresa, una bonita muchacha, flexible y ágil, la flor del barrio, que bailaba más que un trompo, cantaba como una calandria, y cosiendo, cocinando o lavando estaba siempre con la copla al aire, alegre y feliz, dando expansión a su fantasía.

Tan pronto llegaba Daniel a la choza, no hay que decir que dejaba María Teresa sus quehaceres, y acompañada a la guitarra por el diestro miliciano, empezaban las endechas y canciones.



## II

Daniel Gómez tenía los sesos sorbidos por aquella gentil moza; pero eso sí, decía ella, vengan flores todo lo que quieras y cómeme con los ojos, pero no me toques. Estas eran las frases sacramentales de la virtuosa doncella. Rara avis. Pues cuando el amor sopla recio, antes de llegar a vientos huracanados, ya se doblan las palmeras y se rompen las encinas y se viene abajo el bosque.

El corneta, que era todo un conquistador de callejones y zaguanes, no entraba por uvas verdes, las quería todas maduritas y cosechadas por su mano. Pero María Teresa era una muchacha pudorosa y altiva y al verse contrariada se ponía áspera y soberbia. La diplomacia de Daniel se agotó y se dispuso a valerse astutamente de una celada para rendir aquella plaza infranqueable.

Entonces no había alumbrado público en la Villa, ni los barrios extremos de la población habían tomado tanto incremento. La calle donde vivía María Teresa, si puede llamarse calle a un trozo de arenisca brava, iba a terminar al mar, pero antes de descender del médano había a mano izquierda una palma de cocos y junto a ella plantas silvestres. El mar del Norte se distinguía desde aquel sitio, como a corta distancia azul verdoso, encrespado, en su eterna lucha con los arrecifes; a menudo borrascoso y roncador; y las olas, enroscadas en ondulaciones sucesivas, dibujaban siempre una cinta de espumas blancuzcas en las rompientes.

A este solitario sitio, llevó Daniel después de un largo paseo vespertino, a su idolatrada joven, cuando morían ya los últimos rayos solares en un rincón del horizonte. Se sentaron junto a la palmera y la noche les sorprendió en sus requiebros amorosos.

—Creí que nunca vendrías aquí conmigo...

—¿Y por qué no?

—¡Como eres tan arisca!

—¡Ariscas son las bestias, Daniel!

—¡Digo, tan fría, que no dejas que te cojan ni las manos!

—Porque vosotros, los hombres, sois unos abusadores con las mujeres débiles.

—¿Quién te ha dicho eso?

— ¡Mi madre, que murió hace tiempo y está en los cielos! Ella me encargó que no me dejara tocar de ningún modo. ¡Y ya ves qué bien lo cumplo!

— Demasiado lo veo. ¡Pero eso de tu madre no rezaba conmigo, que te quiero tanto!

— Ella me dijo «todos los hombres»; y tú entras en la colada.

— Pero se le olvidó decirte que no acudieras a citas.

Y diciendo y actuando, echó Daniel su robusto brazo a la cintura de María Teresa y la atrajo hacia él convulsivamente, con la impaciencia de no haber podido dominarla con su amorosa plática.

— ¡Suéltame, o grito! — exclamó la virtuosa doncella, con un gesto viril de reproche.

— Estamos en la playa y nadie te oirá — replicó Daniel, con voz sorda —. ¡Ahora serás mía...!

María Teresa era pequeña y delgada, pero nerviosa y fuerte, levantó las manos y abofeteó a Daniel, con ira y desprecio. La muchacha se volvió una serpiente y se defendía, valerosa, del brutal ataque de su enloquecido amante. En una de sus represalias le escupió cólerica la cara. Daniel, ante tal ultraje, perdió por completo la paciencia, enrojeció su rostro, penetraron las tinieblas en su alma, y el corcel de su ira se desbocó de repente. Soltó la muchacha, se retiró unos pasos; sacó la bayoneta y la hundió en el pecho de la infeliz doncella, que rodó por tierra.

— ¡Infame, canalla, asesino...!

— ¡Calla, calla, calla...!

Y ciego, perturbado, frenético, siguió apuñalando a la pobre criatura indefensa, hasta que lanzó el último suspiro. Una tristeza infinita cubrió aquel cuadro, donde el ángel de la inocencia lloraba al pie del cuerpo de María Teresa. La infeliz doncella estaba allí muerta, pero había conservado la virginidad de su amor, pues el descorazonado amante no profanó su cadáver.

### III

Daniel Gómez, con los ojos inyectados en sangre, se fué al cuartel y se presentó a su capitán, diciéndole que había matado a su novia a bayonetazos.

— Animal, ¿qué has hecho? — gritóle el capitán.

— ¡No lo sé! Ciego de ira, he matado al sér que más quería en el mundo. ¡Me escupió en el rostro y sentí que una oleada de sangre me ahogaba, y me perdí...!

— ¡Quedas arrestado! — gritó el capitán emocionado.

Y Daniel ingresó en la cárcel aquella misma noche.

#### IV

Formóse la causa por lo militar. El fiscal pidió que el corneta fuese fusilado, pues ese día estaba de servicio y había abandonado el puesto por atender a sus amoríos y cometer un asesinato con alevosía y ensañamiento. El juez accedió a la petición del fiscal y la Real Audiencia, a la que se le dió traslado de la causa, confirmó la sentencia. Quedaba por fin Daniel Gómez y Maldonado condenado a ser pasado por las armas, y el Comandante Militar y Corregidor de la Villa, coronel Llobregat, encargado de hacer cumplir la sentencia...

#### V

Había en Arecibo, para esa época, un comerciante llamado don José María Caso; hombre progresista, que consideraba incultura y salvajismo aquella sentencia, en la que no se habían tenido en cuenta las atenuantes. Era enemigo de la pena de muerte, y al cerciorarse de que el Tribunal Supremo había confirmado el fallo del Inferior, tomó un caballo y partió a escape para la Capital, a luchar para obtener el perdón del infeliz miliciano. Tenía que correr, por malos caminos de herradura, más de quince leguas, pasar varios ríos por difíciles vados, atravesar la bahía en bote desde «Palo Seco»; y después escalar la Fortaleza, aplacar al Gobernador, Capitán General y Presidente de la Real Audiencia, para obtener gracia a favor de un sentenciado a la última pena. Luego, desandar lo andado, a buen galope, para llegar a tiempo de detener la ejecución del reo.

En los corrillos de la Villa todos auguraban a Caso haberse metido en inútiles bregas, para caer en un ridículo; y al día siguiente de su partida, nadie se acordaba ya del intrépido y tenaz luchador.

## VI

Amaneció el día fatal. Las campanas doblaban a muerto. Los hermanos del Santo Cristo de la Caridad imploraban de casa en casa oraciones y limosnas para el reo que iba a ser ajusticiado. A las diez de la mañana, salió el infeliz Daniel de la Capilla, con las manos atadas a la espalda, rodeado de su fúnebre cortejo militar, y acompañado del Vicario, Padre Domínguez, que le confortaba con los auxilios espirituales. Las campanas continuaban doblando. El tambor batía la marcha del piquete de Milicianos, que había de fusilar al desgraciado matador. La comitiva tomó por la calle de la Cruz en dirección al *Fuerte*, detrás del cual se llevaría a efecto la fatal sentencia. Todos caminaban lentamente en demanda del siniestro lugar; ¡todos tristes!

Al desembocar la calle, apareció por la parte opuesta un jinete, que venía a escape, agitando en el aire un papel y gritando desafortunadamente:

— ¡Indulto, indulto, indulto...!

El reo se desmayó en brazos del sacerdote...

## VII

Al frondoso cocotero, a cuya sombra una trágica noche Daniel Gómez mató a María Teresa, la gente del barrio lo nominó *La Palma del Martirio*. Al poco tiempo de tan triste suceso sus pencas empezaron a secarse; no echó retoños nuevos; se cayeron los ramajes; y una noche de ventarrón borrascoso fué arrancada de cuajo, llevada al mar y arrastrada por las impetuosas olas.

Han pasado los tiempos; han venido nuevas gentes; el callejón donde vivía María Teresa, es hoy calle que va a terminar a la Plaza Principal de la ciudad; calle sin tablilla; pero los antiguos siguen llamándola de *La Palma del Martirio*, aunque nadie se acuerda ya del terrible drama que dió fin a los amores del gallardo corneta de Milicianos y la gentil criolla arecibaña.



## LA FUENTE MAGICA

(1512)

### I

Estaba Juan Ponce de León en su casa de la *Villa de Caparra* tomando plácidamente el fresco en la terraza de la casona, cuando se le presentó el piloto Antonio de Alaminos y le dijo:

—¡Capitán, le traigo una buena noticia...!

—Por Santiago, dígala el amigo Alaminos.

—Pues acabo, mi capitán, de llegar de Santo Domingo. He hecho esta vez escala en la islilla *Adamanay* y he sabido allí de boca de indios prácticos, muy buenos canoeros, que existe una isla hacia el norte de Cuba, donde hay una fontana rejuvenecedora, que devuelve la juventud perdida a quien se baña en ella...

—¡Patrañas, mi buen Alaminos, patrañas...!

—Mi capitán, ¿no tenemos las *Aguas de Cuamo*, que devuelven el andar a los tullidos y curan a los llagosos? Además, tengo en mi nao dos de esos indios prácticos, que han querido venir voluntariamente conmigo como testigos, y me aseguran que conocen la ruta para llegar a tan maravillosa isla. En tan delicioso lugar no hay ancianos: todo el mundo es joven y rozagante: la alegría resplandece en los rostros: es un verdadero edén. Lllaman a esa isla Bimini.

Despertóse el celo dormido en el viejo guerrero, deseoso de adquirir nuevos laureles. Y replicó al piloto:

—Pues bien, Alaminos, iremos en demanda de ella. Precisamente tengo carta del Rey que me ordena entregar la Alcaldía Mayor a Juan Cerón y el Alguacilazgo a Miguel Díaz, porque el Consejo de Indias ha fallado, que pertenece el gobierno de *Sanct Xooan* — de estas tierras por mí exploradas, conquistadas y pobladas — a los Tenientes de don Diego Colón, teniendo en cuenta que el gran Almirante, su padre, descubrió esta isla.

—¿De modo que declina vuesa merced el mando en la *Villa de Caparra*?

—Sí. ¿Y qué remedio me queda? ¡El Rey así lo ordena! Por otra parte, me dice Su Alteza, que está muy agradecido de mis buenos servicios y me indica me ponga de acuerdo con Pasamonte, el tesorero de *La Española*, para salir a descubrir nuevas tierras.

—Pues mi noticia no puede ser más oportuna, mi querido Capitán.

—Así lo creo, Alaminos. Y aunque es doloroso abandonar estas comodidades, que sudor y sangre me cuestan, empezaremos de nuevo la lucha con el destino, con la ayuda de Santiago, apóstol. Preparemos, desde luego, las naos para ir a la conquista de *Biminí* y de su maravillosa fuente de vida y salud.

## II

El jueves, 3 de marzo de 1512, por la tarde, zarpaba Juan Ponce de León, del puerto de San Germán, el Viejo, el de la desembocadura del río de Añasco, con tres naos bien aderezadas, en busca de la desconocida ínsula, donde había una fuente de juventud eterna, cuya extraordinaria noticia le preocupaba hondamente.

Las carabelas hicieron rumbo al norte, doblaron la punta de San Francisco y fondearon frente a los *Pozos de la Aguada*, a proveerse de abundante agua, antes de entregarse a tan peligrosa y desconocida aventura.

Izáronse las anclas al siguiente día por la noche, aprovechando la brisa terral, y fijaron las naos sus proas al noroeste, cuarta del norte, llevando por guías a aquellos indígenas que aseguraban firmemente la existencia del manantial rejuvenecedor de la vida, que daba la alegría al espíritu y la belleza al cuerpo. Así navegaron toda la noche hasta la salida del sol.

Pasados días de penosa exploración marítima, y combatido por vientos contrarios y fuertes corrientes, tuvo Ponce de León que arribar de recalada forzosa al norte de Cuba. Repuestas las averías sufridas en los barcos, orientó de nuevo su flotilla al norte, y, después de unos cuantos días vislumbró tierra. ¡Latieron los corazones de entusiasmo! Como era la fiesta de la Pascua de Resurrección, bautizó el hallazgo *Isla de la Florida*, ignorando el intrépido argonauta que había arribado al deseado Continente (11 de abril de 1512).

Costas bravas y autóctonos aguerridos (los indios *Seminolas*) demostraron que aquella no era la tierra que buscaban. Izó de nuevo las anclas Ponce de León para navegar en demanda de la ansiada *Bimini*, el áureo vellocino de oro de sus esperanzas. Inútiles esfuerzos. Pasados seis meses largos de haber salido del puerto de San Germán, y agotados los bastimentos de boca, regresó el audaz caudillo, estropeado, enfermo y desilusionado por aquel revés de fortuna, a la bahía de la Capital. También le acompañaba el crédulo Alaminos. En vano buscaron el mágico secreto; bañáronse en cuantos manantiales encontraron al paso y no aparecía por ninguna parte la fontana divina de la juventud eterna. ¡Terrible desencanto...!

El piloto Ortubia, que quedó atrás con una carabela bojeando islotes e islillas para agotar la última esperanza, volvió a *Sanct Xoa*n, dando cuenta del hallazgo de *Bimini*, la ambicionada tierra; pero, aunque se habían bañado en todos los hilos de agua, en alas de halagadora ilusión, no surgía la juventud ansiada. Todo había sido un mentido ensueño, una azul quimera, una esperanza falaz de aquellos inocentes indígenas y supersticiosos aventureros.

Se habían bañado, todos, en las linfas cristalinas de los torrentes, en las aguas estancadas de los pantanos, habían cruzado las terribles escolleras de las montañas, habían franqueado las salvajes sabanas y áridas dunas de las costas; probado las aguas por imperceptibles que hubieran sido sus brotes, pero, ¡ay!, ¡nada les devolvía la perdida juventud! ¡Al contrario, cada día blanqueaban más sus luengas barbas y sus luengos cabellos...!

### III

Dada cuenta al Rey del difícil viaje de exploración verificado y de las tierras descubiertas, nombró el monarca al intrépido Juan Ponce de León *Adelantado de la Florida y Bimini*.

Y en 1521, cuando concluyó de mudarse la ciudad de *Caparra* a la actual *Isleta*, en virtud de información y fallo de los Padres Jerónimos, el antiguo *Capitán de Higüey* y Explorador, Conquistador y Gobernador del *Borinquén*, se fué a sojuzgar y poblar la ~~Florida~~ *Florida*, descubierta por él, alucinado por las glorias obtenidas por Hernán Cortés en Méjico y los Pizarros en el Perú, perdiendo en tal empresa capital y vida.

Las piedrezuelas de oro de los indígenas del cacicazgo de *Jiguayagua*, obtenidas en la *Mona*, llevaron al soñador Capitán a la conquista de la selvática *Borinquén* y las seductoras quimeras de los indios fantaseadores de la islilla *Adamanay* le condujeron a pisar tierra continental inexplorada.

Dos grandes ensueños y dos grandes ambiciones. El deseo del oro y el deseo de la juventud fueron los acicates para tener la gloria de haber sido el primer Gobernador de la isla de San Juan y el Adelantado de la *Florida y Bimini*.

### IV

La vida es evolución, movimiento, avance: y una juventud eterna sería estancamiento, detención, inercia. La vejez y la muerte son necesarias a la transformación de los seres para el progreso indefinido del espíritu. ¡Es preciso morir para seguir viviendo! ¡La renovación es el misterio de las fuerzas vitales del infinito...!





## BECERRILLO

(1514)

### I

El servicio que han prestado en las guerras los animales al hombre ha sido singular: perros, leones, elefantes y toros han jugado gran papel en célebres batallas. El perro, fiel compañero, acompañó a su dueño en todas las guerras. Los babilonios, los egipcios, los cartagineses, los griegos, los galos y los romanos exploraron esta bella cualidad del animal más sociable que hay en la naturaleza y lo utilizaron en sus campañas.

En la conquista de América desempeñaron un gran papel las cuadrillas de perros de presa. El mismo Cristóbal Colón las usó en la primera batalla que se dió en el Nuevo Mundo, en la que doscientos cristianos, veinte caballos y veinte lebreles de presa tuvieron que pelear contra cien mil indios quisqueyanos en la Vega Real. Era una guerra anómala en la antigüedad, del hombre civilizado contra el hombre salvaje y necesitó domeñarlo, a sangre y fuego, con su caballo, su lebel, su lanza y su espada; refriegas de emboscadas y sin cuartel, de uno contra mil, del fuego del arcabuz contra la flecha envenenada: guerra de dominación, de absorción. Lucha terrible de dos razas; y tenía que ser sangrienta. Era preciso usar todos los recursos del arte de combatir,

## II

En el alzamiento de los indígenas del *Borinquén* prestó señalados servicios un perro llamado *Becerrillo*, que se llegó a pagar a su dueño por cada entrada que se hacía en el campo enemigo el mismo sueldo que a un ballestero. Era de un instinto feroz para el ataque y parecía tener juicio y entendimiento, como dice Oviedo el cronista. Se quedaba extático contemplando una india joven y le ladraba a las feas.

*Becerrillo* procedía de La Española; era de tamaño regular, vivo color bermejo, entre amarillo y rojo, y boquinegro. Los ojos centelleantes. Olfateaba a los indios como un buen lebrél de caza. Seguía un rastro a las mil maravillas, apresaba un fugitivo por un brazo como un gendarme y lo llevaba al campamento de los cristianos y si no se dejaba conducir lo despanzurraba fieramente. Las hazañas de este can se contaban entre los conquistadores y hasta refieren los cronicones que Vasco Núñez de Balboa tenía un hijo de él, llamado *Leoncillo*, que no desmerecía del valor de su padre y que también ganaba en Tierra Firme paga de ballestero. Sólo le faltaba saber leer una carta.

## III

Terminada la pacificación del *Borinquén* quedó *Becerrillo* en la estancia del capitán don Sancho de Arango. Era éste un castellano de los de pelo en pecho, arrojado y decididor. Hidalgo de buena cepa, que quería a su perro como querían los caballeros de espadón, con ferviente idolatría.

No salía una vez de su casa don Sancho de Arango, que *Becerrillo* no fuese delante del corcel en observación, como adalid que husmea el peligro, a la par que brincando y ladrando de alegría.

De noche se colaba junto a la puerta del dormitorio de su amo y ¡guay! del que se acercara por allí, que los rugidos sordos y prolongados de *Becerrillo* le hacían retroceder.

#### IV

Una mañana, al romper el alba, una multitud de caribes, procedentes de las islas de Barlovento y capitaneados por el bravo cacique *Cazimar*, penetrando por el Daguao, cayó sobre las estancias de Pero López de Angulo y Francisco de Guindós, pobladores de aquella comarca. La *guasábara* fué empeñada entre castellanos e indios. Murió mucha gente de una y otra parte. Angulo luchó largo rato cuerpo a cuerpo con *Cazimar*, sin poderse herir ~~ninguna~~. Acudiendo Guindós en auxilio de Angulo, atravesó al audaz cacique de una lanzada. Caído el jefe de los caribeños, desmayaron sus huestes y empezaron a correr hacia las canoas.

Ayudados, por fin, del Capitán don Sancho de Arango y del feroz *Becerrillo* batieron triunfantes a los invasores, que tuvieron que replegarse hacia la playa en vergonzosa huída para ganar prontamente sus piraguas.

#### V

Al poco tiempo volvieron los caribes a invadir la costa de la Isla, comandados por el cacique *Yaureybo*, que venía a vengar la muerte de su hermano *Cazimar* y a saquear el país.

Con fuerza mayor de gente, bien bravía, dió *Yaureybo* su golpe de mano sobre las estancias del lado de Saliente. La lucha fué terrible. Sucumbieron bajo las macanas caribeñas muchos castellanos. Cayó uno de los más ricos estancieros, don Cristóbal de Guzmán, herido, y cargaron con él los indios hacia las canoas. Las negras y las indias eran conducidas en montones. Los ganados en gran número. El botín fué inmenso.

Sabedor el capitán don Sancho de Arango de lo que ocurría en las estancias vecinas y de la terrible depredación caribeña, vistióse de guerra, montó rápido en su caballo de batalla y acompañado de algunos colonos y del valiente *Becerrillo* corrió a socorrer a sus compañeros. Alcanzó la mesnada enemiga en la playa, triunfante de los castellanos y embarcando su rica presa. Penetró lan-

za en ristre entre los caribes al grito de ¡Santiago!  
¡Santiago!

Volvió a empeñarse la *guasábara*. Los caribes eran numerosos y aguerridos y aunque don Sancho hacía hondas brechas entre ellos, por fin, en una de sus entradas, fué herido en un muslo de dos violentos flechazos, a pesar de que pasó de parte a parte a su agresor. *Becerrillo*, al ver cómo manaba la sangre de una pierna de su amo, comprendió que estaba herido y redoblando sus bríos cargó de nuevo contra la hueste enemiga, mordiendo a diestro y siniestro, furiosamente. Parecía un dragón mitológico, más terrible que Cerbero, el guardador de las puertas del infierno y del palacio de Plutón.

Aterrados los caribes y cundiendo el pánico entre ellos precipitaron su embarque a tropel en las piraguas. Todavía dentro del mar penetró *Becerrillo* y agarró a un indio por la pantorrilla, tirando de él con rabia. Volvióse el caribe, repentinamente, y le clavó una flecha envenenada en el costado.

## VI

Arrojado el invasor del territorio, aunque llevándose desgraciadamente a don Cristóbal de Guzmán, herido, y el inmenso botín del saqueo, los castellanos atendieron a curar sus maltratados combatientes.

Las dos heridas de don Sancho de Arango eran de flechas envenenadas. Estaban ya muy amoratadas y enconadísimas. Se las impregnaron con grasa caliente sacada de los cadáveres indios y fueron tratadas en seguida al fuego con un cauterio rojo. A pesar de estas precauciones, el veneno mortífero había penetrado ya en la circulación y la muerte se apoderó del valiente capitán. El feroz *Becerrillo* sucumbió de igual modo que su amo.

Al llegar la noticia a conocimiento de los demás pobladores de la Isla se ocuparon poco de la muerte del hidalgo don Pancho que pasó casi desapercibida. En cambio, fué muy sentida la de su can, que durante tanto tiempo había cobrado paga de balletero y se le consideraba como un conquistador heroico. Se hubiera preferido, dice el Cronista, que hubieran sucumbido dos o tres cristianos más a que falleciera el bravo *Becerrillo*.

¡Oh, días trágicos del pasado...!

¡Y aun hoy se ven perecer desgraciadamente los hombres a millares, en una guerra de exterminio y desolación, y se aprecia más la vida de un *Becerrillo* que la de dos o tres cristianos...! ¡Cuán lentamente progresa la Humanidad en lo moral...!



## SANTA ROSA DE LIMA

(1540)

### I

A mediados del siglo XVI empezó la decadencia y ruina de la incipiente colonia portorriqueña, desaparecido ya el *brazo rojo*, que se explotaba inicuaamente en pingüe servidumbre con la máscara hipócrita de la *encomienda*, para doctrinarle en la religión de Cristo.

Decaída la explotación de los placeres auríferos por la carestía del *brazo negro*, cuyo precio por cada pieza había subido desmedidamente, fuera del alcance de la escuálida bolsa del poblador, los campos de la isla se despoblaban y las gentes emigraban para el continente sudamericano.

Llegó un barco al puerto de San Germán en compra de caballos para el conquistador Pizarro, y una multitud de campesinos aprovechó la oportunidad para largarse en busca de fortuna a otros países. La ansiedad de emigrar cristalizó en el desesperante grito: *¡Dios me lleve al Perú!*

### II

Sabedor el gobernador Francisco Manuel de Lando del estado de ánimo de los vecinos, especialmente los del oeste de la isla, mandó pregonar con tamboril y pífano por todas partes: «que quedaba prohibido el emi-

grar: que la persona que lo intentara sería castigada severamente: que para los rebeldes habría azotes: que para los instigadores se les cortarían los pies: y si la sedición tomaba cuerpo, levantaría la horca».

A pesar de tales amenazas, la gente sangermeña consiguió un barco y se dispusieron unos cuantos pobladores a marcharse para el continente, pero el Gobernador con veinte de a caballo los alcanzó. Hicieron los fugitivos resistencia. «A unos se les azotó y a otros se les cortaron los pies, y tres sujetos fueron asaeteados.» Tal, en carta de 2 de julio de 1534 lo refiere Lando al Emperador Carlos V.

El gobierno central no aprobó tan ~~violenta~~ medida: la empobrecida isla siguió despoblándose, a lo cual vinieron a agregarse en 1537 tres huracanes sucesivos para mayor desgracia.

### III

Vivía en San Germán para esa remota fecha un modesto y virtuoso labrador, llamado Gaspar Flores, y tenía en aquella ciudad constituido su honrado hogar.

Destruída la urbe por tercera vez por los corsarios franceses, determinóse el pacífico poblador a abandonar su país tan desgraciado, donde no le era posible desenvolverse y vivir en paz.

Con tal resolución aprovechó una nave, que de recalada forzosa, huyendo de un mal tiempo, había arribado a la ensenada del Viejo San Germán, y con otras familias ajustaron pasaje y se embarcaron para el Perú.

Iba en la compañía de Gaspar Flores su virtuosa esposa y una niña de corta edad llamada *Rosita*. La travesía fué feliz, sin contratiempo alguno, porque la infántica, que tendría unos siete años, subía todas las mañanas sobre cubierta a rogar, y hacer rogar a la Virgen Madre de Dios, les diera un buen tiempo; y enseñaba con su fe angelical a todos los pasajeros, un pulido relicario que llevaba al cuello con la milagrosa imagen de la Virgen del Carmelo. Todo el pasaje la acariciaba y todos besaban devotamente el maravilloso amuleto. *Rosita* se reía y charlaba con todos, dejándolos encantados.

Llegados a Lima fueron a vivir los sangermeños Flores, su mujer y su hijita a un pobre corralón, que tenía

una modesta choza, que le cedió un peruano por una corta suma de dinero.

*Rosa María* se dedicó allí a cultivar un jardincito de violetas, clavellinas y lirios y plantó en él su *matita de rosa*, que había llevado de la ciudad de las Lomas, y con la cual había compartido a bordo su ración de agua.

Al año estaba el espléndido rosal todo florecido, siendo la admiración de todo el vecindario, que no conocía aquella flor de tanta fragancia.●

*Rosita* hizo su primer búcaro de aquellas aromosas flores y lo ofrendó a la Virgen del Carmen. Todo el templo se llenó de tan grato perfume. El rosal dió rosas para todos los templos de Lima, y con ellas se adornaron los altares de la Reina de los Angeles. Las limeñas estaban encantadas.

Y he aquí cómo, por designios del Altísimo, la infántica *Rosa María Flores*, con los vaivenes del tiempo, y el querer de las gentes, se llamó en el continente *Santa Rosa de Lima*, que por derechos humanos y de la insular *Boriquén* debió llamarse *Santa Rosa de San Germán*.

Decretos impenetrables de la Divinidad... o, como dice Omar Kayyam en el *Rubaiyat*, caprichos del señor que juega con las piezas de ajedrez de la pobre humanidad.

Cuando se canonizó la *Beata Rosa de Santa María Flores*, el Papa envió el retrato de la Santa a la Catedral de Puerto Rico, y entre sus archivos debe encontrarse.





## EL MILAGRO DE LA GUADALUPE

(1568)

### I

Doña Estéfana Gándara, viuda de Medina, vivía en su modesta casita de madera techada de paja en la *Caleta de San Juan*. Después que los holandeses, en 1625, incendiaron la capital, fué que se construyeron las casas, por orden de S. M., de tapiería y azotea, y de modo que no pudiera propagarse un incendio con facilidad.

Era el 24 de agosto de 1568. La señora Estéfana estaba en la *barbacoa* de su casa, en la parte posterior, recogiendo unas cuantas viandas y almudes de maíz, que tenía secando al sol. Estaba sentada en el suelo, a la moruna, y con su hijita *Lupita* en la falda, nena de año y medio de edad. Apuraba a su criada Benita para que activase el trabajo de retirar aquellas provisiones porque el cielo estaba encapotado, color de panza de burro, y amenazaba llover mucho.

En esta fajina sintió una fuerte ráfaga de viento, venida del norte, y dijo a su fámula:

—Apura, Benita, que esto huele a tormenta; este viento inseguro y alocado no indica nada bueno.

—Niña, estamos en el mes de las tormentas.

Al poco rato empezaron ráfagas sucesivas que ya declaraban el mal tiempo. Era que comenzaba el célebre huracán de San Bartolomé del siglo XVI.

Doña Estéfana trató de incorporarse y ponerse en

pie, para retirarse al interior de la casa; pero la violenta tromba huracanada le arrancó la niña de los brazos y se la llevó en volanda, y a ella la arrojó contra el suelo a punto de estrellarla contra las tablas de la *barbacoa*. Benita acudió presurosa en su auxilio y pudo ayudarle a retirarse a lugar seguro, trancando puertas y ventanas. El viento recio silbaba por entre las rendijas y la casita se sacudía como palmera que balancea un fuerte ventarrón.

Doña Estéfana se arrojó en una cama gimoteando por la suerte que corría su *Lupita*, en poder de la tempestad. No era posible salir a la calle y la noche se había echado encima. Los rugidos del mar en la puerta de San Juan parecían de fieras desencadenadas. Tuvo que resignarse la infeliz madre a esperar el día.

## II

El huracán duró toda la noche: hacia la madrugada se oyeron algunos truenos, señal inequívoca de que la tempestad iba de paso.

Doña Estéfana y Benita, su fiel criada, se echaron a la calle en busca de *Lupita*, temerosas de una terrible desgracia. No bien hubieron andado por la Caleta diez pasos, les gritaron de la casa del padre Estarache, que estaba tres casas más abajo que la suya y era de dos pisos con mirador:

—Doña Estéfana, doña Estéfana, acá está *Lupita*, sana y salva. Doña Estéfana, venga acá.

## III

Corrió la madre desolada a casa del presbítero Estarache, donde encontró a su hijita, que se la comió a besucones y caricias. Las lágrimas de alegría le corrían por las mejillas. La familia del padre Cura la rodeaba. ¿Qué había sucedido?

## IV

Parte del mirador de la casa del padre Estarache lo había deshecho el huracán, dejando al descubierto un gran portillo.

Por aquel hueco la tromba huracanada había metido a Lupita, que había arrancado de los brazos de su madre. La muchachita había caído sobre un montón de ropa sucia, acumulada en uno de los rincones de aquel desván. Empezó a llorar y gritar y una criada de la casa subió al mirador a ver qué ocurría allí y recogió a la infántica.

Al verla el padre Estarache exclamó:

— ¡Los escapularios de la Virgen de la Guadalupe, que lleva al cuello, la han salvado...!

— Loada sea la Virgen de la Guadalupe — gritaron todos.

Doña Esté~~ana~~ dispuso que se dijera una misa cantada, a toda orquesta, en honor de la Virgen de la Guadalupe, que le había salvado a su hijita querida.

Este milagro de la Virgen de la Guadalupe está consignado en los cronicones de la Santa Iglesia Catedral.

## V

Nuestros abuelos tenían una fe inatacable a machamartillo, en la intervención divina en los hechos humanos. Cualquier suceso inexplicable, que consideraban no natural, era debido a la mano de la Divinidad.

La doctrina de la gracia de San Agustín y el culto de las imágenes estaba en todo su apogeo.

Yo alcancé a mi abuela de muy avanzada edad, tenía más de noventa años: doña Juana Torres de Toste: matrona fuerte y devotísima de los Santos.

— ¡Ah!, la recuerdo perfectamente: yo tendría más de diez años; ella sentada en su hamaca caraqueña de cordoncillo, con grandes flecos a los lados, prenda traída por su esposo, don José Francisco Toste, marino, de la isla de Curazao; yo sentado en una sillita de paja, hecha en el país.

— Abuelita, ese santo que tienes en ese esquinero, ¿quién es?

— ¡Es San Blas, hijo! Nos protege contra las tormentas. Cuando viene el huracán se lleva muchas tejas de la población; nosotros nunca hemos perdido una; se lo debemos a San Blas.

— ¿Quién se acuerda hoy de San Blas? Y en la Edad Media fué uno de los santos más populares. El que

conservaba mi abuela era de madera y de un pie de altura.

—Y este cuadrito con una cruz de dos brazos a cada lado, ¿qué significa, abuelita?

—Esta reliquia se la compré hace muchos años a unos monjes misioneros, venidos de Jerusalén, que pasaron por aquí vendiendo objetos sagrados. Está hecha e impresa en los Santos Lugares: dentro de la cruz hay una oración, que rezándola todos los días impide que entren epidemias en la casa; por ella, cuando vino el cólera morbo a Arecibo el año 56 no tuvimos en casa ningún atacado. En la casa del lado vivía el vicario Domínguez y tuvo enfermos y en la otra casa el Alcalde don Vicente Balseyro y también los tuvo.

Mi abuela hablaba con una tranquilidad de espíritu y un dominio absoluto en lo que decía, infiltrando en mi alma infantil sus divinas creencias.

La credulidad en los milagros ha perdido mucho terreno en los tiempos actuales por falta de religiosidad en los espíritus: todo es cuestión del cristal con que se mira el hecho más o menos inexplicable; el sentimiento religioso lo explica de un modo: el racionalismo de otro. Para Espinoza y Kant, adoradores de la *Razón Pura*, el milagro es el reconocimiento de la humana ignorancia.

Pero los creyentes católicos están con Santo Tomás de Aquino: Para Dios no hay nada imposible *supra naturam, contra naturam et præter naturam* (sobre la naturaleza contra la naturaleza y fuera de la naturaleza). San Agustín o Tertuliano decían: *Credo quia absurdum* (lo creo porque es absurdo): indicando la necesidad de lo sobrenatural para sostener la fe (1).

---

(1) Esta frase la encontré en un Diccionario español, publicado en París, atribuída a San Agustín. Después he visto que San Agustín no dijo eso y que la frase de Tertuliano es parecida a esa.



## LOS NEGROS BRUJOS

(1591)

### I

El 12 de enero de 1591 tomó posesión de este Obispado el fraile franciscano *Nicolás Ramos y Santes*. Era fuerte en teología y presumía de erudito. Tenía a Torquemada metido en la mollera. ¡Ya se ve!, un protegido de Felipe II, tan amante de asistir a los Autos de Fe.

Acompañaba al Prelado otro fraile de su orden, tan imbuído como él en las cosas del Santo Oficio y sabueso adiestrado para investigar herejías.

Desde la muerte del obispo Alonso Manso, en 1539, el vecindario había dejado de ser atropellado por los sicarios de la terrible institución.

El padre Pascasio de Ybartúa — éste era el nombre del amigo del señor Obispo — se apoderó de un confesonario de la Catedral; y al par de semanas estaba empapado de la vida íntima del vecindario.

### II

— Señor Obispo — díjole el Padre Pascasio —, tenemos que hacer un escarmiento entre estas gentes pervertidas.

— ¿Ocurre algo grave?

— Grave y muy grave, señor Obispo. Le voy a dar datos obtenidos en confesión; y en confesión mía recíbalos.

— Pues diga y abrevie, que se acerca la hora de almorzar.

—Pues el plato que le voy a servir será de su agrado. Una señora me ha confesado que por ser su marido infiel ha recurrido a unos *Negros Brujos*, para que le vendieran un filtro, para obligar a su marido a que vuelva a serle a ella fiel...

—De esos casos tenemos muchos en la Península. Pro siga.

—Recibió una botellita con un líquido verdoso. Pagó una media onza de oro. Le dió en el desayuno, como le indicaron, una cucharadita del brebaje. Y el marido empezó a vomitar y se puso de muerte.

—¿Qué más?

—La mujer me consultó si seguía dándole el filtro a su marido, porque el fin que ella se proponía era traerlo al camino de la virtud, pero que temía matarlo, aunque prefería su muerte a que viviera en pecado mortal.

—¡Calentona es la hembra! ¡Qué peligrosos son los celos, Dios mío...! Y usted ¿qué le aconsejó?

—Que trajera el brebaje. Pero hay algo más interesante. El *negro brujo* la invitó a que asistiera el sábado por la noche a su casa, y vería cosas buenas.

—¿Y ella fué?

—Desde luego. Esos malditos hechiceros viven en la *Plazuela de Santiago* cerca de la *Puerta de San Cristóbal*. Cuando llegó a ese infernal antro serían las nueve de la noche. Había una veintena de personas. Se alumbraban con un farol. Por una puerta pequeña entró un negro viejo con un cabro, que trepó en una tarima que levantaba del suelo como media vara. Todos se arrodillaron y adoraron al cabrón. Una negra se puso a besarle y abrazarlo y a manosearlo... En fin, señor Obispo, cosas que ni se pueden decir por deshonestas.

—Bien, padre Pascasio, tomaremos providencia. Tenga sigilo y rece por la salvación de las almas de esos infelices.

### III

—Campillo, lo he mandado a buscar para que vaya usted con cinco corchetes del Santo Oficio, el sábado a las diez de la noche, a la *Plazuela de Santiago*, cerca de la *Puerta de San Cristóbal*, y me sorprende, como oficial de la Santa Hermandad, un aquelarre de negros brujos,

que se estará celebrando allí ese día y a esa hora. ¿Está usted... ?

—Cumpliré la orden de su Ilustrísima estrictamente, pero, si nos hacen resistencia, ¿qué debo hacer?

—Páselos a cuchillo sin remordimiento alguno; pero yo prefiero que me los cope vivitos a todos.

—Se hará así, señor Obispo. Llevaré mayor fuerza; y cuerdas y esposas suficientes.

#### IV

Copados los negros brujos con las manos en la masa, instruyóse el expediente consiguiente; y fueron condenados por la Inquisición, unos a azotes y otros a ser quemados vivos.

El Rey Felipe II premió al Ramos, nombrándole, en 1592, arzobispo de Santo Domingo «por su virtuoso celo en defensa de la religión y de las buenas costumbres».

Habiéndose marchado a su Arzobispado, reclamaron, por conducto del gobernador Pedro Suárez, los dueños perjudicados de unas negras esclavas lavanderas que les quemó Ramos en autos de fe; y el Rey trasladó al señor Arzobispo la queja de los vecinos de Puerto Rico.

#### V

Y su Ilustrísima contestó al Rey, desde la Primada de Indias, con fecha 23 de julio de 1594, textualmente lo siguiente:

«Siendo obispo de Puerto Rico descubrí una gran compañía de negros y negras brujos, que trataban, y se tomaban, de el demonio en figura de cabrón...»

Dice el Prelado que no usó del tormento; que la confesión fué espontánea, y que a tres negras, reincidentes, las entregó al brazo secular, para que hicieran *justicia* en ellas, con arreglo al capítulo VI: *Inquisitionis negatiam de hæreticis in sexto*. Que el gobernador Diego Menéndez Valdés cumplió la orden de la Santa Hermandad. Que este gobernador Suárez merece un gran castigo, y que él desde luego lo excomulga y lo mismo a los amos que reclaman el valor de sus esclavas quemadas por el Santo Oficio.

¡Y nos dice el cronista de la catedral, que la gran

*virtud* de este *santo* obispo era que le gustaba penitenciar y quemar...!

¡Pobre estado social de los abuelos en tan desequilibrados tiempos...!

¡Cuánto ha adelantado la humanidad de aquellas épocas a éstas, modificando su sentido moral en las vías del Progreso...!





## LA ENDEMONIADA

(1610)

### I

En el siglo XVII se temía en Puerto Rico, más que ahora, la influencia del Demonio sobre las personas. Nuestras abuelas estaban siempre muy preocupadas con el *demonio incubo* y nuestros abuelos con el *demonio súcubo*. El horror al Príncipe de las Tinieblas ha trastornado muchos cerebros. De ahí procede una enfermedad llamada *Demonomanía*, en que el sujeto que la padece se cree estar poseído de Satanás. En todos los *Manicomios* hay sus variedades de esta enajenación mental. Esta *psicosis* ofrece diferentes tipos al estudio del alienista.

El cronista de la Catedral, reverendo Diego de Torres Vargas, nos refiere «que en tiempos del gobernador Gabriel de Roxas se manifestó que una negra tenía un espíritu que le hablaba en la barriga, llevóse a la iglesia e se exorcissó, e dijo llamarse *Pedro Lorenzo*. Y que quanto le preguntaron, decía de las cosas ausentes y ocultas». Y continúa el creyente narrador: «Yo la oí algunas veces e mandó el comisario de la Inquisición no se le hablase con pena de excomunión; e luego se descubrió otros, que si el primero hizo admirar, del segundo, e de otros que después han salido, non se hace mucho casso. Dicen las negras, que le tienen, que en su thierra se les entre en el vientre en forma visible de

animalejo, e que le heredan de unas a otras, como mayorasgo.»

El lector no se extrañe de lo que hemos copiado del reverendo padre Diego de Torres Vargas. Toda Europa estaba en el siglo XVII bajo esta impresión demonológica. La Medicina estaba muy atrasada... Se ignoraban muchas dolencias del sistema nervioso...

## II

El señor obispo, fray Francisco Díaz de Cabrera, de la orden de Santo Domingo de Guzmán, dispuso que uno de los frailes del Convento, competosísimo en el arte de exorcizar, pasara a la carcerería de la Santa Inquisición, donde habían llevado a los infelices hechizados, y arrojase del cuerpo de aquellos desgraciados al espíritu de *Lucifer*.

El potente dominico empezó por la negraza, que tenía en el buche al endiablado *Pedro Lorenzo*, y con cuatro hisopazos de agua bendita sobre el cuerpo de la endemoniada criatura, y una orden fulminante dicha en alta voz acompañada de ronca entonación sugestiva y cuatro latinajos, mandó imperiosamente a *Pedro Lorenzo* que dejara, en nombre del Todopoderoso, aquella mujer libre, y se fuera otra vez a los profundos infiernos a hacerle compañía a Satanás, y... *Laus tibi, Christe...!*

A la negra se le arrimaron unos cuantos disciplinazos en salvé Dios la parte, y su sistema nervioso entró en caja, desapareciendo las convulsiones histéricas y tranquilizándose con un llanto consolador que fué un rocío calmante para aquella infeliz africana.

El público, al ver los buenos efectos terapéuticos del remedio del padre dominico, gritaba entusiasmado:

¡Viva, viva y reviva  
la Santa Inquisición...!

Ha dicho un gran escritor: «La opinión se hincha con la verdad, así como con la mentira.» ¿Quién es capaz de separarlas? Loco sería el que en pleno huracán intentase separar el viento del polvo.

### III

No extrañe el lector, que eso pasara en Puerto Rico en 1610, cuando en 1698, al expirar casi el siglo XVII, el director espiritual del rey Carlos II, fray Froilán Díaz, de acuerdo con el Inquisidor general Rocaberti, persuadieron al monarca austriaco enfermo, que debía hacer venir de Alemania al famoso exorcista fray Maura Teuda, para que echara fuera del cuerpo hechizado de S. M. los malos espíritus que le tenían enfermo...

Y el espantado soberano español hizo venir a Madrid al pícaro fraile, que lo empeoró con sus bebedizos y fustigaciones disciplinarias de mago trapisondista. Eso reza la historia de España de don Modesto Lafuente, y también la de Opisso.

Afortunadamente hoy día la Ciencia ha adelantado mucho en el estudio del sistema nervioso y sus trastornos. ¡En esta vía Satanás ha perdido mucho terreno...! ¡Ya no tenemos *aquelarres* de brujas y hechiceros ni autos de fe espeluznantes! ¡No se quema a nadie vivo... y hasta el patíbulo, que antes se exhibía en las plazas públicas, para infundir miedo a las gentes, hoy se esconde avergonzado en los patios de los presidios, próximo a desaparecer...!



## EL PRODIGIO DE HORMIGUEROS

(1640)

### I

En la Casona de Gerardo González todo era llanto y desolación. Se había desaparecido de la casa paterna, hacía unos cuantos días la alegría del hogar; la niña María Monserrate, la linda *Monsita*, sueño de oro de su padre, bella criatura de ocho años de edad, de ojos azules como el turquí de los cielos y de piel de rosa y lirios.

Todo el vecindario tomó parte en el duelo aflictivo de Gerardo González. Peones y estancieros amigos se echaron a escudriñar los montes y malezas de la abrupta sierra inmediata; y al cabo de quince días de ausencia encontraron sentada junto a una gran ceiba, cantando una tonadilla, a la traviesa María Monserrate.

Una excavación profunda en el grueso tronco del gran árbol tropical la guarecía de la lluvia y del relente nocturno. Parecía hecho el hueco para ella.

La muchachita vivaz, no tenía miedo a nada y esperaba tranquila y valerosa a que su familia la fuera a buscar en aquel escondrijo.

### II

Don Gerardo, con los ojos llenos de lágrimas, y riéndose al mismo tiempo, le preguntó:

—Pero, hija del alma, ¿no te daba miedo la obscuridad de la noche?

—No, papita; porque aquí de noche hay una dulce claridad que sale de aquella cueva.

—Pero, mi alma, ¿no tenías hambre?

—No, papita; porque de esa misma cueva salía una mujer, vestida de blanco, que me daba frutas dulcísimas y me acariciaba el rostro con sus manos; que olían gratamente.

—Pero, ¿tú le viste la cara? ¿No la conoces? ¿A quién se te parece?

—Sí, papita; tiene los ojos negros y brillantes, muy dulces en el mirar; y se sonreía conmigo; es muy linda, pero el color es prieto como el café.

—¡Ah! —exclamó don Geraldo lleno de gozo y fe—, es Nuestra Señora de la Monserrate que te ha socorrido. Mi patrona. ¡Alabado y bendito sea su nombre por los siglos y siglos...!

### III

Geraldo González era el fundador de la Ermita de Nuestra Señora de la Monserrate en la hermosa planicie de Hormigueros. Además era el mayordomo de la capilla que estaba llena de votos y ofrendas de sus feligreses. El Vice-Real Patrono había puesto bajo la custodia de González, el cuidado del Monasterio.

La fe religiosa, pura e inquebrantable de nuestros viejos, veía el prodigio de la Reina de los Angeles interviniendo de continuo en las acciones humanas. Así ocurría entre Griegos y Romanos con los dioses del Paganismo. El hombre es un sér religioso por naturaleza.

¡Cuán hermoso y consolador es dormirse sobre tan grata almohada! Pero el método de Descartes, estableciendo *la duda*, como principio de toda investigación ardua y haciéndonos ir siempre en nuestros estudios físicos y psicólogos de lo conocido a lo desconocido, ha rasgado sin escrúpulos nuestras más firmes creencias.

Todavía está en pie el célebre Monasterio, y las rogativas a la Ermita de la Monserrate, en demanda de salud y solución celestial a algunos de nuestros conflictos, prueban que la fe maciza no se ha perdido del todo. Aún queda mucho oro en nuestros corazones para venerar devotos aquellos paredones que se levantan en la colina de Hormigueros, patria del prócer Segundo Ruiz

Belvis; y llevarle nuestros ramos de flores a la morena *Virgen Madre*, que socorrió tan oportunamente a la encantadora niña María Monserrate González. ¡Qué extenso y variado es el reino de la ilusión...! Todavía nuestros devotos de este culto pueden hacer sus romerías a esta célebre Ermita. El obispo monseñor Blenk pudo, no hace mucho tiempo, organizar una espléndida peregrinación a este Monasterio.



## LOS BAILES DE LA CATEDRAL

(1691)

### I

Tomó posesión del Obispado fray Francisco de Padilla, de la Orden de la Merced, en 1691. Venía de Lima, con fama de prelado vigoroso en las disciplinas eclesiásticas. Le acompañaba otro fraile de su misma orden, de mayor edad que él, predicador evangélico de Cristo y docto teólogo. Pasados los primeros meses de estar en San Juan, entablaron los dos regulares de la Merced el siguiente diálogo:

—¿Se ha podido usted dar cuenta, padre Robustiano, del estado moral del vecindario de esta ciudad?

—Voy empapándome, señor Obispo, de sus costumbres. Es gente buena y religiosa, muy adicta al Rey: y cumplidora de los mandamientos de la Santa Madre Iglesia. Los padres dominicos me han dado la queja, que los bailes de Noche Buena en la Catedral degeneran en escandalosos hacia la madrugada y que sería bueno suprimirlos.

—Usted sabe, padre Robustiano, que en el Perú los tenemos; que la costumbre viene de España; y que es preciso proceder con mucha cautela antes que herir el sentimiento religioso.

—Todo lo que su Ilustrísimo dice está bien dicho, pero la moral está por encima de la propaganda sectarista. Recuerde su Ilustrísimo, que el venerable Jiménez de Cis-

neros suprimió en la catedral de Toledo la *danza Mozárabe*.

—Hizo bien el señor Arzobispo porque aquella danza era moruna y la música *muzárabe*: sólo las canciones eran españolas. Y, ¿qué sucedió? Que instituyeron los devotos en seguida la danza de *seises*, y ésta es la que hay en Lima, y aquí, según me han informado el Deán y el Provisor.

—Sí, señor Obispo, pero después de esta danza va la de las mulatas, y con la aglomeración de gente en lo avanzado de la noche, viene el desbordamiento y el pecado. Hay que cortar por lo sano y suprimir todo esto...

—Bueno, bueno; no trate usted este asunto con nadie. Es preciso ver y enterarse uno bien para juzgar con acierto y en conciencia. La Noche Buena iremos nosotros dos bien disfrazados a oír la *Misa del Gallo*... y después fallaremos.

## II

Las campanas de la Catedral habían dado ya el último repique anunciando que pronto se iba a celebrar la *Misa del Gallo*, el recuerdo del acto más trascendental de la humanidad, que es el nacimiento del Niño Dios.

Bullía la muchedumbre por las calles de la Capital contiguas al Santo Templo. En el palacio episcopal el señor obispo había dispuesto que se cenara a las once, y que todo el personal se fuera a paseo, pues había una luna espléndida y a las doce concurriera a oír la *Misa del Gallo*. El no pensaba salir, pues sentía dolores reumáticos y el padre Robustiano se quedaría a acompañarle.

Desierto el Obispado, dijo el Prelado a su amigo:

—Padre Robustiano, ¿ha pensado usted ya cómo hemos de ir disfrazados a la Catedral?

—Sí, señor Obispo. Yo soy hijo de Salamanca, donde aprendí cuando era mozo a tocar la guitarra; conservo como un recuerdo de mi patria mi traje de baturro; y poniéndome una peluca que tengo con dos hermosas patillas de chulo, no me conoce ni la madre que me parió.

—Bien; y yo ¿cómo me transformaré?

—Su Ilustrísimo tiene cara de mujer, se pondrá en la cabeza un pañuelo de seda blanco, a la catalana, para



ocultar la tonsura, y yo le traeré de mi aposento un traje de mujer de pueblo, de muselina de color. Y entrará en la Catedral de mi brazo.

— ¡Vaya una facha que tendremos! Pero, en fin, es preciso ver para juzgar en conciencia...

### III

Trabajillo les costó a los dos hermanos regulares de la Merced poder penetrar en el Santo Templo. Estaba de bote en bote. El órgano terminaba de lanzar al espacio su rítmica salmodia y la misa iba a empezarse. En un lado del presbiterio se había levantado un *Nacimiento*: el pesebre con la estrella fulgurante en el portal; el buey y la maldita mula de un regular tamaño; la montaña en el fondo, marcándose sinuosamente el camino de herradura por donde descendían los tres reyes magos Melchor, Gaspar y Baltasar; detrás de ellos, tres caballos cargados de ofrendas; abajo, a la puerta del pesebre la Virgen Madre con el Niño Dios en la falda; a su lado San José; y a los pies de la sagrada familia, arrodillados, dos judíos y dos judías con flores y frutas en las manos. El cuadro plástico era conmovedor.

El penetrante olor de la mirra y el incienso se espaciaba en el ambiente.

Llegado el sacerdote al *Ojertorio*, suspendió la misa.

Y dirigiéndose al inmenso auditorio, que estaba allí congregado, exclamó en alta voz:

— *Laentetur coeli, et exultet terra ante faciem Domini, quoniam venit.* (Alégrense los cielos, y salte de gozo la tierra, a la vista del Señor, porque viene.)

Empezó entonces la adoración y ofrendas al Redentor del Mundo; sobre una gran alfombra que ocupaba la mitad del presbiterio salieron seis infanticos (los seis muchachos del coro) a bailar una danza religiosa; iban vestidos de blanco, coronados de flores, con zapatos blancos. Al pie del altar se situó un profesor vestido de negro que tocaba diestramente un arpa.

— Padre Robustiano, esto mismo lo he visto yo en la catedral de Toledo. Esto me encanta...

— Y yo en la de Salamanca.

— Esto es de origen hebreo. Recuerda a David bailando y cantando al pie del Arca de la Alianza. Esos

villancicos que entonan son genuinamente castellanos. Qué recuerdos...

Terminó el baile de los seises. El sacerdote continuó hasta lanzar el *Ite missa est*. Concluido el divino oficio volvieron a oirse las plegarias del órgano. Entonces ocuparon el pie del altar dos hombres vestidos de negro con dos guitarras, sustituyendo al arpista. La alfombra la ocuparon seis doncellas bronceínas, como de quince años de edad, vestidas de gasas blancas, con coronas de flores, zapatitos blancos y panderetas en las diestras.

—Esto es nuevo para mí, padre Robustiano.

—Esto lo hubo en Andalucía y lo suprimió el Cardinal Jiménez de Cisneros. Yo no lo alcancé. Lo sé de referencia. Esto es muzárabe.

Las mulaticas empezaron a danzar al compás gemidor de las guitarras: sus movimientos eran correctos: no había lugar a crítica: pero un soplo voluptuoso y sensual se filtraba en los sentidos del gentío. Concluida la danza y los villancicos, el público aplaudió.

Entonces empezó la gente, de dos en dos, y en correcta formación, a subir las gradas del presbiterio y a echar sus monedas y sus flores y frutas a los pies de la sagrada familia. Era un acto conmovedor de profunda fe religiosa.

—Este es un pueblo católico, padre Robustiano.

—Ya lo veo, Ilustrísima.

—¡Por eso es bueno ver, para juzgar...!

Terminadas las ofrendas, el sacristán apagó las luces del altar, y los monagos se llevaron los azafates con las monedas. Quedó brillando el farolillo del portal del pesebre. La gente se agrupó en diversos lugares del templo y empezó un rasgueo de guitarra por diversas partes: y un fandanguillo con zapateado y *olé, olé...* en cada grupo.

Cayeron las penumbras de la falta de luz sobre las naves colaterales, al desaparecer las luces del altar.

—Esto es moruno, padre Robustiano.

—Y algo africano, por el tamboril que acompaña a la guitarra y la flauta.

—¡Vámonos...! No quiero el desenlace final: son las tres y media, y la madrugada se viene encima.

Al salir de la Catedral el Obispo se enganchó del bra-

zo de su acompañante. Una andaluza maja que estaba en la puerta les gritó:

— ¡Se van ustedes a lo mejor, *arrastraos!* Que el Niño Dios los haga felices y les dé sucesión...

— Gracias — respondió el padre Robustiano, por seguir representando su comedia.

#### IV

Al día siguiente salió del Obispado un edicto de su Ilustrísima prohibiendo definitivamente en la Catedral, en la *Misa del Gallo* de Noche Buena, los bailes de los seises y las mulatas. Estos bailes los tomaron los cristianos y mahometanos del paganismo. En Grecia tenían la danza de la Inocencia, en la que bailaban las doncellas desnudas. La danza religiosa se pierde en la noche de los tiempos.



## EL DESOREJADO

(1741)

### I

—Señor capitán Urquizu, ¿jura vuesa merced en todo lo que le fuere preguntado, ante los santos evangelios y nuestro Redentor crucificado?

—Sí juro, señor juez.

—¿Declara vuesa merced haberle cortado las orejas al soldado de esta guarnición Juan González Calvanas?

—Lo declaro.

—¿Qué motivos ha tenido vuesa merced para cometer este desaguisado en un militar de la Plaza?

—¡Porque ese soldado me ha faltado, atreviéndose a enamorarse de una hija mía; la ha estuprado, la ha fecundado y ha deshonrado mi hogar...!

—¿No sabe vuesa merced, que para castigar a los culpables están los jueces, y que vuesa merced no puede tomarse la justicia por su mano?

—¡En cuestiones de honra, señor juez, el mejor juez es uno mismo! He podido matar a ese bribón y he preferido cortarle las orejas.

—Queda vuesa merced arrestado, capitán Urquizu.

### II

El cuerpo de capitanes del Batallón de Granada hizo una representación al Jefe, pidiéndole la libertad del capitán Urquizu.

El escrito era fuerte en vocablos; y el Jefe, por disciplina y desobediencia al Reglamento militar, mandó ponerlos presos también. Orden que se cumplió en el acto con los cuatro capitanes.

El Jefe, en carta de 21 de enero de 1741, dió cuenta al Rey con lo ocurrido en la guarnición de esta Plaza.

En el entretanto la pobre víctima de sus descabellados amores con un soldado, *de color pardo*, sucumbía de sobreparto.

Los capitanes fueron puestos en libertad bajo fianzas.

### III

El marqués de la Ensenada comunicó al gobernador don Juan José Colomo, en nombre de S. M., que se siguiera el proceso contra el capitán don José Valentín de Urquizu, «actuando el juez conforme a derecho y que se le diera cuenta del fallo».

Al ofendido capitán que se tomó la justicia por su mano, se le condenó a unos meses de arresto. Y el atrevido tenorio quedó desorejado y dado de baja como soldado de la guarnición.

La verdad es que en cuestión de honor el mejor ejemplo es el del *Alcalde de Zalamea*, que se tomó la justicia por su mano; y cuando el Rey le dijo: «Vos no tenéis autoridad de ejecutar la sentencia, que toca a otro tribunal», contestó el ofendido Alcalde: «Como por acá no hay más que una sola audiencia, cualquier sentencia que hay, la ejecuta ella; y así está ejecutada ya.» Y dice Calderón de la Barca en la misma comedia: «Que la honra no la compra nadie.» Y agregamos nosotros: La honra agraviada no se discute, se defiende.



## PAPEL DE IGLESIA

(1758)

### I

Presentóse ante el Cabildo de San Germán don José Vicente de la Torre, comisionado por el gobernador don Esteban Bravo de Rivero para cumplimentar la real orden de 1.º de julio de 1746, que disponía en rígida *Instrucción*, considerar «nulos y de ningún valor los títulos librados desde 26 de abril de 1618 en adelante, exigiendo la presentación de los anteriores en el plazo de quatro días so pena de ser tenidas por baldías y realengas las tierras ocupadas».

Esta disparatada resolución se había suspendido su cumplimiento con la muerte del rey Felipe V, pero de nuevo, en 1758, se ordenó se llevara a efecto. Al interino gobernante no le quedó más salida que ponerle el *Cúmplase*, aunque era opuesto a tan descabellada medida. Y seguido escribió al Rey informándole en contra y enviándole la protesta del *Cabildo de San Juan*; y no dudando que el *Cabildo de San Germán* protestaría también, le envió, por pura fórmula, un Comisionado para cumplimentar el real mandato; lo que dió lugar a formarse una gran levadura de descontento.

### II

Reunido el Cabildo de la Ciudad de las Lomas, tomó la palabra el representante del Gobierno:

—Señores: vengo a poner en ejecución la *nueva ley*

*agraria*. Primero, registraremos todos los títulos de los tratatenientes anteriores a 1618. El propietario que no tenga papeles justificativos del dominio de sus predios, sus terrenos serán revertidos a la Corona. Hay que demoler los *hatos*, dividiéndolos en *estancias*, y hacer nuevas concesiones a los que quieran cultivarlos. Mañana empezará el registro oficial de los títulos que se me presenten en esta oficina.

—Señor Alcalde de primera vara, protesto y me opongo en nombre del vecindario, que aquí represento, a que se cumpla la tal disposición. Los consejeros del nuevo Rey ignoran que estas tierras las hemos ganado con la sangre de nuestros abuelos, peleando contra Caribes, Franceses, Ingleses y Holandeses. Que estos predios de terrenos han venido a nuestras manos, de padres a hijos. Que los papeles se los han llevado los temporales y destruido las mudanzas del caserío y los incendios de los piratas invasores. Pero que estamos dispuestos a defenderlos con nuestras espadas de cazoleta, nuestras lanzas y nuestras rodelas.

—Poco a poco, señor regidor, la ley es la ley, y hay que obedecerla, y tenga en cuenta su Señoría que hablo en nombre de S. M. —dijo el Comisionado.

—Me llamo, señor Comisionado, José Ramírez de Arellano, y soy el síndico del procomún. Mi vida y haciendas están a disposición del Rey; pero el Rey no es quien hace esta ley injusta y atropelladora de sus súbditos, sino sus malos consejeros. Contra ella protesto en nombre de los terrícolas del *Partido de San Germán*; y apelo a la Real Audiencia y Chancillería de Santo Domingo. Espero, pues, que su señoría suspenda, desde luego, sus funciones en lo que el alto tribunal de Justicia resuelve este litis.

—Señor Alcalde —dijo el Comisionado especial—, yo no puedo suspender el cumplimiento inmediato de una real cédula, y pido a su Señoría la comunique en seguida al vecindario en debida forma, para que quede promulgada, y se levantó la sesión.

### III

Al día siguiente el secretario del Cabildo, don Juan Ribera de Mathos y un tamborilero, ponían en conoci-

miento de los vecinos de aquella zona del *Partido de San Germán* la nueva ley agraria.

En cada calle y encrucijada de la población, después de un redoble de tambor batiente, leía en alta voz el secretario la Circular del Gobernador sobre la nueva ley agraria.

La gente empezó a arremolinarse en torno de los promulgadores del odiado edicto; y en una de las encrucijadas últimas del pueblo, le gritó un chusco al secretario:

—Don Juan, dígale usted a ese Comisionado, *que me preste el guayo, que la yuca se está pasando; y a otro perro con ese hueso.*

#### IV

Por la noche hubo pedrea contra la casa donde se alojaba don José Vicente de la Torre.

Al día siguiente al ir a misa, por ser domingo, fué atacado el Comisionado al subir las escaleras de la iglesia parroquial por el corajudo síndico Ramírez de Arellano, que con un zurriago de piel de toro le dió tan tremenda paliza que hubo necesidad de llevarlo en parihuelas a su casa, por maltrecho y ensangrentado que salió de las manos vulnerantes del audaz Regidor. El tumulto y la gritería del vecindario fué tremenda. El Alférez Real quiso prender al agresor.

#### V

Ramírez de Arellano se acogió al fuero de la iglesia para no ser preso. Sabedor Bravo de Rivero del choque personal habido en San Germán, pasó oficio al señor Obispo Oneco, para que ordenara al Vicario de la parroquia la entrega del reo.

Su Ilustrísima le contestó, que la inmunidad de la Iglesia era sagrada y había que respetar sus fueros. Que el derecho de asilo en los templos estaba sancionado por los Concilios y respetado por todas las naciones católicas. Y que para extraer un reo de las iglesias había que llenar determinados requisitos y hacer un expediente especial.

En el entretanto, los vecinos de San Germán le prepararon la fuga a Ramírez de Arellano, y por la costa de



Cabo Rojo, con toda la documentación necesaria, se fugó a la isla hermana y se presentó ante la Real Audiencia y Chancillería de Santo Domingo. La protesta del Cabildo del *Partido de San Germán* estaba en toda regla, pidiendo la suspensión de la real cédula, mientras se acu-  
día con un *Supplicatorio* a S. M.

## VI

Bravo de Rivero volvió a escribir al Rey, enviándole la protesta del Cabildo de San Germán, y haciendo saber «que en vista de la actitud de rebeldía de los dos Cabildos de la Isla, y el temor de motines, había suspendido el *Cumplase* de la nueva ley de tierras, ínterin el Consejo de Indias estudiaba bien el caso, atendiendo a los razonamientos de estos súbditos, y resolvía en justicia».

Con fecha 15 de marzo de 1759 descendió una real cédula de la Corona «reconociendo el derecho incuestionable en la propiedad de los estancieros de la Isla que estaban en tranquila posesión de sus predios». Y ordenaba al mismo tiempo que los terrenos realengos, que eran de todos y de ninguno, se dividieran en estancias y se distribuyeran por pregón al mejor postor.

Bravo de Rivero, diestro gobernante, no hizo nada, pues estaba de parte de los terratenientes. Y en 18 de octubre de 1760 se recibió en Santa Catalina una real orden «mandando, que se informara sobre los inconvenientes que se pudieran recelar de poner en práctica la demolición de los hatos y criaderos y el repartimiento de esas tierras».

## VII

La evolución de los tiempos se encargó de destruir los *hatos* y convertirlos en *estancias*, sin perjuicio de tercero. Pero, mientras tanto, los sangermeños defendieron con un zurriago de piel de toro los derechos adquiridos con la sangre de sus abuelos sobre las lomas y seborucos y llanadas de las comarcas del oeste de la Isla.

Razón tiene el historiador filósofo Laurent en apuntar, que era un beneficio divino en aquella época atrasada, que la Iglesia recogiera a los desgraciados que iban a

pedirle un refugio para dar a las pasiones tiempo de calmarse y para interponer su autoridad entre el opresor y el oprimido.

Con fecha 1.º de noviembre de 1840, bajó un decreto de la Regencia, declarando «que quedaba extinguida y sin efecto alguno la inmunidad local, tanto en la Península e islas adyacentes como en las provincias de Ultramar».

Así terminó este fuero de asilo en los templos, que se prestaba a muchos abusos.



## EL NUDO GORDIANO DEL CONCUBINATO

(1760)

### I

Cuando llegó a su diócesis el Obispo Martínez de Oneca se encontró con el escándalo de que casi todos los soldados de la guarnición de la Plaza vivían acorreados con mulatas y cuarteronas. El deán, padre Gándara, le dijo un día:

—Señor Obispo, su Ilustrísima no debe permitir este estado de inmoralidad en la ciudad de San Juan, ni que viviéramos en Tetuán en plena morería.

—Tiene usted razón, padre Gándara. He tratado este asunto con el señor gobernador Guazo Caldarón y se opone a que legitime esas uniones.

—Y ¿qué razones da su Excelencia?

—La inferioridad de la raza de color en esas mujeres.

—¡Bah, bah, bah! Y su Ilustrísima, ¿qué le contestó?

—Que la mujer preferida por el sabio Salomón fué la morena *Sulamita*. Que media Andalucía era mora, y que ante la Iglesia y Dios no habían castas ni jerarquías.

—¿Se pondría furioso...?

—Montó en cólera, y casi me despidió iracundo.

No le fué posible al Obispo hacer entrar en razones al soberbio y engreído don Antonio Guazo Calderón.

## II

—Padre Gándara, basta de circunloquios y cataplasmas con el señor Gobernador. Empiece usted mañana a casar a los soldados de la guarnición, que se acojan a la sombra del santo lábaro de la Iglesia de Cristo. Es mejor casarse que abrasarse, como dijo San Pablo. Empiece usted por el capitán Juan Ruiz, que me ha pedido protección por dos veces, para legitimar unos ocho hijos, que tiene en una mestiza, que puede pasar por hija de Sevilla.

Al día siguiente de haber puesto el padre Gándara las órdenes de su Ilustrísima en acción, recibió el señor Obispo un violento oficio de Guazo Calderón, recordándole que respetara los derechos del Vice-Real Patrono de Indias, y que se mantuviera en sus límites eclesiásticos, sin invadir la jurisdicción del Capitán General Gobernador e Intendente.

El prelado le contestó que el deber de uno y otro era moralizar las costumbres del pueblo que S. M. había puesto bajo la dirección de ellos. Que sobre la espada material del mal servidor del Rey estaba la espada espiritual del buen servidor. Que no necesitaba de sus licencias para proteger el derecho de sus feligreses. Y que desde el momento que se sublevara contra la Iglesia de Cristo, quedaba excomulgado por él en toda regla, según los cánones del Concilio de Trento, y no se le permitiría oír misa en la Catedral.

## III

Guazo, del berrinche que sufrió, cayó enfermo. Pateteaba como un loco y quería cortarles las orejas al Obispo y al Deán. El estado de nerviosidad tomó incremento, hubo asomos de parálisis general y hasta hubo que administrarle la Extremaunción. No vino la mejoría.

Al noticiarle el padre Gándara al señor Obispo el estado de próxima muerte de Guazo, respondióle su Ilustrísima:

—El nudo gordiano está cortado: los soldados están casados: los hijos legitimados: los hogares moralizados: esas mujeres honradas: y la Religión defendida. Padre

Gándara, visite al Gobernador en mi nombre, y dígame que la excomunión está levantada, y que ruego a Dios, como buen cristiano, que le devuelva la salud.

#### IV

El Gobernador no mejoró: el achuchón había sido formidable; el Obispo había puesto contra él toda la población.

Al día siguiente de reconciliado con la Iglesia — 7 de abril de 1760 — daba el piojo en palacio. Antes de expirar, emplazó a Oneca ante el tribunal de la justicia de Dios por haberlo desacreditado ante sus soldados, violando el Real Patronato de Indias, y echando por tierra la dignidad de un soldado de S. M.

#### V

A los cuarenta y cinco días del emplazamiento — el 23 de abril de 1760 — el señor Obispo también fallecía en su palacio para comparecer ante el tribunal de Dios, según rezan los cronicones.

Ante el tribunal de la Historia está fallado este litis, dándole la razón a su Ilustrísima, que tan viril y acertadamente cortó el nudo gordiano del concubinato.



## EL CARIMBO

(1784)

### I

El barco negrero había desembarcado su cargamento de esclavos africanos en la costa de Palo Seco, frente a la Capital. Y, a buen bogar, la falúa de la Real Hacienda se acercaba a la ribera con los Oficiales Reales a bordo, a cobrar el tributo de veinte pesos por cada pieza, a favor del Fisco. Mientras el *Estanco* de la venta de negros existió, el Gobierno cobraba cuarenta pesos por la introducción de cada africano; después, en 1778, se redujo a veinte; y a nueve, cuando se dió libertad absoluta de importación de esta *mercancía de ébano*.

Una vez atracada la falúa, los empleados subalternos se prepararon a cumplimentar la penosa faena de *marcar* a cada esclavo con el *carimbo* del Gobierno para evitar el contrabando. Y negro que no tuviera la *marca*, al hacer la requisa en los ingenios, se confiscaba, adjudicándosele la Real Hacienda; y lo vendía después en almoneda pública al mejor postor.

Aquella mañana, como mañana tropical, era diáfana, azul intenso el cielo, límpida la atmósfera y fresca la brisa. Frente al ranchón donde estaban acuartelados los desgraciados esclavos, puso el aduanero el anafre de hierro, que un peón llenó de carbones y dióles fuego. Pronto las ascuas rojas y los chispazos de luz dieron señales de la intensidad calorífica allí acumulada, merced al con-

tinuo abaniqueo que hacía un ayudante con un pedazo de yagua. Estando en buen punto de ignición el anafre, un Oficial de la Real Hacienda colocó el hierro marcador entre los prendidos carbones y lo sacó cuando del rojo cereza pasó al blanco incandescente.

El primer africano marcado con el *carimbo* lanzó un grito terrible de angustia, que puso en conmoción a toda la negrada y la llenó de hondo pavor; pero encerrada aquella infeliz gente en el ranchón no sabía de qué se trataba. Los esclavos, poseídos de un pánico atroz, iban saliendo uno a uno, temblorosos, con las manos atadas a las espaldas, y se sometían como pobres reses a la terrible operación de la marca oficial.

El grito lanzado por el infeliz siervo, al recibir el contacto del *carimbo* incandescente, se repetía con una monotonía aterradora. Aquellos hombres al grabar con hierro candente el real signo en la piel de los esclavos, procedían mecánicamente, empedernidos en su brutal labor.

Se sentía olor a carne chamuscada, que se difundía en el espacio y la brisa esparcía en la campiña; y un humillo blanquizo envolvía a la víctima y al victimario.

En la baraúnda del cumplimiento de aquella odiosa ley se quedó sin marcar un negrito; ya fuese por compasión que infundiera su tierna edad a los Oficiales Reales, ya por temor de que su dueño lo perdiera de tétanos o alferecía, al someterlo a la cruel quemadura del estigma del *carimbo*. Sea de ello lo que fuere, el dueño del negrito pidió y obtuvo indulgencia, dejando para más tarde el someterlo a la obligatoria marca, cuando tuviera más cuerpo y resistencia; pagando, no embargante, la contribución de ordenanza.

## II

Estando muy tirantes las relaciones del gobernador don José Dufresne con el obispo don fray Manuel Ximénez Pérez, pronto llegaron a un rompimiento.

El Obispo había prestado generosamente al Gobierno el edificio que había construido con sus rentas, limosnas y arbitrios píos, y destinado a los pobres enfermos de la Capital. Este préstamo fué con motivo de la declaratoria de guerra a los ingleses, en junio de 1779. Pasado el peligro reclamó su Ilustrísima, cortésmente, su

hospital, y el Gobernador se negó hábilmente a devolvérselo. Cruzáronse los oficios de una y otra parte; primeramente diplomáticos, luego incisivos, y, por fin, personales. La situación era insostenible y vino el escándalo. Rompióse la valla del respeto mutuo y aprestáronse los dos altos funcionarios a combatirse.

El Obispo se quejó al Rey y el Gobernador informó a S. M., con fecha 9 de noviembre de 1780, que «fray Ximénez Pérez, para sus fábricas particulares y para la del hospital, se había robado los materiales y la piedra labrada del Gobierno».

Esto, y algo más, narran con acritud y desazón los papeles de antaño.

### III

Era confesor y *alter ego* del señor Obispo fray Iñigo Abbad, quien después fué historiador de Puerto Rico; y el gobernador Dufresne, en vista del rapapolvo de S. M., apuntó entonces sus cañones contra el consejero áulico del Obispado, ya que el Rey colocaba bajo su égida al jefe de la Iglesia en Puerto Rico.

En tal virtud, buscándole las cosquillas y los talones al director espiritual del Prelado se le procesó por tener un esclavo sin la real marca. La *presa* fué decomisada y fray Iñigo encausado como defraudador de la Real Hacienda y contrabandista; ordenándose, por auto judicial, se vendiera el esclavo en pública subasta.

### IV

Por trasmano, valiéndose de un amigo, remató fray Iñigo a su esclavo. Este, que se llamaba Miguel, era un negrito de doce años, que el fraile había comprado a un tal Sánchez, ignorando estuviere sin el infame signo oficial de la Real Hacienda. El esclavito se había granjeado el afecto de su amo y era su sirviente favorito; por lo que el ataque del Gobernador fué como la saeta que da en mitad del blanco.

Recuperado Miguelito, se embarcó con él nuestro corajudo fraile con rumbo a la Guaira, en mayo de 1778,



para tomar allí un navío de la Real Compañía de Guipúzcoa y marchar a la Corte a deponer sus quejas ante Su Majestad contra los atropellos inauditos del gobernador Dufresne.

V

Fray Iñigo se las compuso en la Corte de tal modo, que en 20 de junio de 1780 descendía una real orden al Gobernador de Puerto Rico, manifestándole «lo *mal visto* que había sido por el Rey el procedimiento llevado a efecto contra fray Iñigo Abbad, sobre la aprehensión de un negrito bozal, que hubo de Agustín Sánchez», revocando la sentencia que se pronunció y mandando se procediera contra el Sánchez y se indemnizara al fraile si reclamaba.

El Conde de Florida Blanca, que tuvo entonces oportunidad de conocer el temple de este benedictino, le encargó le hiciera una *Memoria* informativa del estado de esta isla y sus necesidades; y el erudito fray Iñigo escribió entonces su célebre historia, que presentó al ministro de Carlos III en 25 de agosto de 1782.

Creemos además añadir a nuestra narración, que el astuto hijo de San Benedicto disparó tan certera su saeta contra el régulo de Borinquén, que dió de lleno en el blanco; pues Dufresne cesó en su gobierno en 1783, y el 4 de noviembre de 1784, por real orden, se abolía el *carimbo* odioso, el terrible hierro, que con el nombre de *real marca* se ponía en la piel de cada africano, después de pagado el tributo de importación por su dueño, para poder justificar en todo tiempo que la pieza había sido introducida en el país legalmente.

Con razón ha dicho Tito Livio: ¡Ni las instituciones son inmutables, ni los gobiernos perpetuos! ¡Al fin, se vino abajo el *carimbo*, la *trata* y la *esclavitud*...! ¡Y aún queda en pie la servidumbre enmascarada del hipócrita coloniaje...! ¡También, tarde o temprano, rodará por tierra!



## LA HIJA DE LA MULATA

(1799)

### I

El trapiche melaero de don Florencio Faría iba viento en popa. Había aprendido a fabricar con el azúcar prieta el azúcar de papelón y lo sacaba tan blanco como el que venía al país procedente de la Habana.

Se había metido en plata don Florencio y había enviado a su hijo único, Rodolfo, a estudiar leyes a Sevilla. El mozo había regresado ya con su título de abogado y estaba pasando una temporada en la hacienda *La Mariposa*, con sus padres, antes de establecerse en la Capital.

Esto pasaba a primero de enero y el día 5 por la noche, Rodolfo metió en bulla a los jóvenes capataces para bien temprano irse a *reyear* por el barrio.

Metidos en *rumba* toda la gente joven del ingenio, Chucha pidió permiso a la señora para acompañar al niño Rodolfo a pedir aguinaldo en el barrio.

Y en magníficos caballos, con un sol esplendente, hicieron rumbo a la casa del primer vecino para ir formando la trulla.

Se corrió, se bailó el *seis chorreao* y se comió *arroz con perico*, y se bebió *sangría* y aguardiente de caña, de lo lindo. A la caída de la tarde regresó la muchitanga a *La Mariposa*; Rodolfo, bebiéndose los vientos por-

que Chucha, la hija de la mulata María Andrea lo quisiera y le diera su amor, y Chucha, con los cascós calientes, dejándose enamorar del señorito de la casa. Ni las llamas ni la belleza pueden estar encerradas mucho tiempo.

## II

Era Jesusa, que solían llamar en la hacienda *Chucha* y *Chuchita*, una gallarda doncella de veinte años, morena, con ojos color uvas, que tenían brillo felino, alto seno, perfiles y curvas de venus afrodita, nariz respingadita, moruna boca voluptuosa y dientes albos como pedacitos de médula de coco. Las manecitas pequeñas y redonditas, con los dedos torneados como guineos niños. Estaba pertrechada de hechizos. Reinaba en todos los corazones de los hombres del ingenio.

En *La Mariposa* la contemplaban con deleite, y los jóvenes la miraban extáticos, atraídos por su seductora belleza. Apenas llegó Rodolfo de Sevilla y Chucha tuvo oportunidad de clavarle su mirada luminosa, el doncel quedó sojuzgado y doblado como la hoja del maizal donde se posa el ruisenior.

El día de los Santos Reyes fué de gran expansión entre los dos fogosos jóvenes enamorados intensamente; que estaban como dos ánforas llenas de licor embriagante. La flecha de oro de la mirada de la hija de María Andrea pasó de parte a parte el pecho del hijo de don Florencio. Hubo derroche de requiebros entre ellos y apretones cariñosos a granel con algunos pellizquitos. Las palabritas amorosas de Rodolfo entraban en el corazón de Chucha y allí se anidaban.

Don Florencio se percató, por delación de un criado de confianza, de que Rodolfo, su hijo, estaba perdidamente enamorado de la hija de la mulata María Andrea.

Inmediatamente lo llamó a su aposento y le dijo quedamente:

—Hijo mío, tú no puedes cortejar a Chucha, porque Chucha es tu hermana: es hija mía. Conque, guarda el secreto, que no lo sepa tu madre, que atropellaría a la pobre muchacha que no tiene ninguna culpa, y a mí me daría un disgustazo.

Rodolfo quedó como si le hubieran dado una puñalada en el pecho. Bajó la cabeza y cerró los ojos, pero al

instante, los abrió y reanimóse; los celos habían mordido en su corazón; y creyó firmemente que su padre lo desviaba de Chucha porque él anhelaba hacerla suya. Se retiró diplomáticamente de su padre y se fué derecho al cuarto de su madre.

### III

—¿Ya has descansado del *rēyeteo*, Rodolfo? Me dicen que has bailado con Chucha como un trompo, en todas las casas del barrio donde estuvisteis. Parece que Chuchita se te ha metido en los sesos. ¿No dejaste amores en Sevilla? —interrogó la señora.

—¡Ay, madre! Chucha es superior a todo lo que yo he conocido como mujer. Es ideal y al mismo tiempo atrayente y seductora... Y al sondear su alma es pura y virginal como un ángel. Me tiene loco...

—¡Bien, hijo, bien! Pues prepara tu viaje para la Capital y allí encontrarás mulatas guapas y sandungueras que te den el opio, tan buenas como Jesusa. ¡No lo dudes...!

—Madre, yo vengo a consultarle una cosa. Mi padre me acaba de decir, que yo no puedo enamorar a Chucha porque es mi hermana. ¡Cuando precisamente yo iba a decirle, que quería casarme con Jesusa, aunque fuera hija de una mulata! Después me iría a trabajar a la Capital de abogado.

—¡Pues, chico, tu padre está equivocado...! —dijo la señora frunciendo el ceño.

—¡Entonces, mis celos eran fundados...!

—Qué celos, ni qué... Iba a decir un disparate. En fin, desatemos el nudo. Cierra la puerta y oye.

### IV

—¡Te puedes casar con Jesusa porque tú no eres hijo de Florencio! ¿Lo oyes bien?

—¡Yo, madre...!

—¡Sí, tú! Oye... Después de la gran tormenta que hubo un año antes de tú nacer, yo tuve que irme a la

finca de la costa *La Sardinera*, a tomar baños de mar, para curarme de unas calenturas de frío, que estaban acabando conmigo, y las medicinas de la botica no podían triunfar de ellas. Florencio se quedó en *La Mariposa* para levantar la hacienda que había sufrido mucho con la tormenta. Entonces la madre de Jesusa era una real hembra, joven de veinte años y con los atractivos carnales que ha heredado su hija. Era modesta y buena, y vivía con nosotros, prestándome los servicios domésticos de doncella de confianza. Desde pequeña la tuve a mi lado. Florencio se enredó con ella y de esos amores nació Chuchita. A los cuatro años de esto vino la maldita viruela a castigarnos la negrada y una de las víctimas fué María Andrea.

—Pero bien, madre, esto prueba que Jesusa es hija de mi padre; pero no que yo no sea hijo de él...

—No te apresures, Rodolfo, que todo lo sabrás. Ahora va la segunda parte. Yo soy hija de corso, y por lo tanto vengativa. Cuando supe en *La Sardinera* que Florencio me la pegaba con María Andrea, juré vengarme, pero no en la pobre mulata que se entregaba a su amo por servil mandato, sino en el marido infiel. Había llegado a la hacienda un joven vizcaíno, llamado Mendizábal, muy trabajador y Florencio me escribió de las magníficas cualidades del nuevo mayoral. ¡El incauto! El mismo me dió el instrumento de mi venganza... Al negro que semanalmente traía las provisiones de la estancia de la costa le ordené avisara al mayoral, que el domingo viniera a verme, que quería conocerle. Era un mocetón de Carranza, fornido como un toro... Le tendí mis lazos y cayó en mis redes... y se quedó como las mariposillas en la luz de la bujía... ¡Ese es tu padre! ¡La viruela maldita o bendita también cargó con él! Ya estás en autos. ¡Mi marido me fué infiel y yo le jugué los vejigantes...! ¡Fué un cambalache de amor...! ¡Y en paz y concordia...! Ahora, vuelve donde Florencio, para que arregle tu casamiento con Jesusa.

—¡No, madre; si él se entera de esto, la matará por adúltera...!

—No seas bobo, Rodolfo, antes lo tendría yo que matar a él, por lo mismo. Que tire la primera piedra, dijo Jesús, el que esté sin pecado. Anda, anda, antes que se vaya para el trapiche.

La madre del joven abogado no era de una familia empingorotada; era de la *Indiera*, en San Germán, y procedía de la raza indígena. Falta de buena educación tenía una moral acomodaticia.

V

Rodolfo llamó con miedo a la puerta del aposento de don Florencio.

— ¡Adelante! ¡Empujad la hoja! ¿Otra vez eres tú? ¿Qué te pasa? ¡Parece que estás borracho...! ¡Habla!

Rodolfo, con miles trabajos y aprietos de vocablos, contó angustioso a don Florencio la triste confesión de su madre. Temía que de un momento a otro se levantara frenético aquel hombre y fuera a golpear a la pobre señora y tal vez la matara. Terminó echándose a llorar.

— Bien, bien. ¡No llores, carape! ¡Los hombres no deben llorar nunca! ¡Conque eres hijo de Mendizábal...! ¡Dios lo quiso...! ¡La hoja del árbol no se mueve sin la voluntad de Dios...! Ahora, casándote con Chuchita vuelves a ser hijo mío. ¡Ven y abrázame! ¡Caracoles! Ahora tengo la conciencia más tranquila. ¡Dios de Dios! No puede negar tu madre que es hija de corso. La muy... ¡En fin, ha llovido tanto desde entonces! Oye, Rodolfo, como Jesusa tiene sangre africana en sus venas, y aquí está mal vista la gente de color, nos vamos a vivir a Europa, donde no existen estos reparos. ¡Tenemos capital para ello! ¡Muchacho, vuelve a abrazarme!, ¡caracoles...! ¡Ahora hay que enseñar a todo el mundo la partida de bautismo de Chuchita, para que vean que es hija de Mendizábal, porque yo le pedí a ese canalla ese favor, para engañar a tu madre...! ¡Recontra...! ¡Y el sinvergüenza y socarrón se prestó a ello tan contento! ¡Ya se ve! ¡Ah, sinvergüenza, si estaba comiendo la fruta dulce y sabrosa de mi cercado...! ¡En fin, Dios sobre todo...!

¡Triste cuadro sociológico de la comedia humana! ¡También don Florencio tenía una moral bien acomodaticia, como su vengativa esposa...!



## LAS RUINAS DE LA ERMITA

(1818)

### I

La fundación de la aldehuela de Arecibo se remonta a fecha anterior a 1570, según un cronicón del Archivo de Indias. Es más vieja que la del actual San Germán. El poblejo empezó a constituirse alrededor de una colina junto al mar. Allí levantaron los vecinos una ermita de arquitectura romana, y la pusieron bajo la advocación de *Nuestra Señora del Rosario*. Correspondía su situación a la escalinata actual de entrada al *Paseo de Víctor Rojas*. En los contornos del atrio del santuario, el cementerio.

La época a que nos referimos y en la que se des-  
volvieron los sucesos que vamos a narrar, fué la del año de 1818. La calle principal de la Villa era una vía que partiendo del ancón, que daba paso al río *Atbacoa*, se extendía por detrás de la casa que llamamos de Ulanga, cogía a lo largo de la calle de Santa Rosa, seguía por la de San Rafael, empalmaba con la Plazuela de San Felipe, que no existía entonces, y seguía por la calle del mismo nombre, a pasar por detrás de la Ermita de la Monserrate, que era la única en uso, y salía al camino del oeste por el *coto*. Existían trazadas las calles del Rosario y la Cruz, la Plaza de la Caballería, y las calles de Jesús y María y Carnicería (hoy José de Diego), pero casi despobladas. Los barrios del norte y sur de la población, ahora tan poblados, eran bosques

de uveros, hincos, pajuiles y guayabos. Rompían la monotonía del paisaje los esbeltos cocales.

La Casa del Rey era la vieja casa de los Romero. La Iglesia de San Felipe y las Ermitas del Rosario y la Concepción estaban en ruinas. El Culto se daba en la Ermita de la Monserrate. El Vicario vivía en una casa vieja, que estuvo en el solar que hoy ocupa la de La Sucesión Hjalmarson.

En este estado las cofas de la Villa, llegó a desempeñar la Vicaría el joven presbítero don José Domínguez. Hacía días que ocurría un suceso alarmante, que tenía al vecindario en ascuas y era que algunas noches en las ruinas de la Ermita del Rosario, sobre ~~lo~~ cual el olvido cruel había echado un sudario de plantas trepadoras, aparecía una gran luminaria y se oía cantar con buena entonación la *Salve Regina*.

Del Santuario no quedaban en pie más que los cuatro paredones dominando un enmarañado jaral. La techumbre se había desplomado. También se conservaba la sacristía, que era una pequeña azotea adosada al templo. Junto a todos aquellos despojos crecía la naturaleza exuberante que casi formaba bosque tupido.

## II

Corrida la noticia por el vecindario, la ronda nocturna no pasaba por aquellos sitios. Se conformaba, supersticiosa, con atisbar de lejos a ver si veía la siniestra claridad, y divisada ésta, emprendía ruta en sentido opuesto.

Los marinos, que regresaban con su pesca, al enfrentar su barca la desembocadura del río *Abacoa* y traspasar la barra columbraban las luces de las pavorosas ruinas y decían al patrón:

—Patrón, mire hacia la *Ermita del Rosario*...

Y el timonel les contestaba:

—¡Hace rató que estoy mirando! Besad vuestro escapulario de la Virgen del Carmen, que eso no va con nosotros. ¡Y santiguaos...!

Y los pescadores remaban con más bríos.



### III

Enterado el Vicario de lo que ocurría, reconoció las ruinas de la Ermita; recibió personalmente los goznes y cerradura de la puertecilla de entrada a la sacristía, aseguró la puerta que ponía en comunicación ésta con el santuario, y de vuelta a su casa llamó al sacristán.

—Oiga usted, Pastrana, esta noche se pone usted de vigía y cuando vea usted luz en la *Ermita del Rosario* me avisa en seguida.

—Está bien, padre.

A media noche notó Pastrana la claridad amedrentadora de las ruinas y corrió a avisar al Vicario.

—¡Padre, Padre...!

—¿Qué pasa?

—Que ya está la Ermita iluminada.

—¡Está bien...!

Y el padre Domínguez se vistió precipitadamente. Abrió su cómoda y sacó de ella dos pistoletes. Reconoció cuidadosamente el mixto y las colocó en la cintura. Sacó un paraguas y examinó el estilete, que tenía de ánima, y lo resebó. Después tomó una ancha capa y se envolvió en ella, poniéndose un sombrero de ancha ala, y dijo al sacristán:

—Si vienen a procurarme, diga usted que salí para el campo.

Y decía la verdad, porque donde se iba a meter era un campo cerrado de sombrías malezas. Al verle el sacristán encaminarse hacia la *Ermita del Rosario*, se santiguó y exclamó en voz baja:

—¡Que Dios lo acompañe...!

### IV

Cautelosamente llegó el padre Domínguez a la puertecilla de la sacristía, andando a tientas entre tanto yerba bajo. Se puso en acecho: tinieblas por todas partes: le temblaba la mano al meter la llave en la cerradura, en aquella densa obscuridad, buscando al azar. Estaba hondamente impresionado por el ritmo suave del canto gregoriano con que estaba entonada la *Salve*. En aquella soledad penetraban las notas en sus oídos como una ple-

garia bajada del cielo. Y la armonía era tan acorde que no podía aquella entonación ser terrestre.

Al entrar en la sacristía vió salir por una gran rendija de la puerta que conducía al santuario una viva claridad. Corrió hacia ella y aplicó un ojo a la abertura para ver lo interior del templo. Tuvo un deslumbramiento mágico. Se retiró con pavor y llevó la mano a su frente. Un sudor frío la inundaba. Había visto una criatura hermosísima, de pálido rosáero, delgada, vestida de blanco, suelto el abundoso cabello y con dos luces en la mano recorriendo el pavimento y cantando dulcemente. Le pareció que la bella visión tenía alas y supuso, desde luego, que era un arcángel. No se atrevió a volver a mirar. Sacó el pañuelo y se limpió el sudor que inundaba su rostro. Dominada la emoción que sentía, se dispuso a volver a atisbar por la rendija. En ese instante cesó el canto y quedó todo en tinieblas. El padre fué a marchar y le temblaban las piernas. Con grandes esfuerzos salió de la sacristía y se dirigió a su casa.

Al día siguiente ordenó al Mayordomo de fábrica de la Iglesia, que los cuatro paredones que quedaban en pie de la *Ermita del Rosario* fueran echados por tierra. Hecho esto cesaron las luminarias...

## V

El año de 1863 decía el padre Domínguez a los contertulios de la botica:

—Me voy a morir de viejo, y jamás he podido darme cuenta de una visión terrestre o celestial que presencié el año de 18 cuando vine a hacerme cargo de esta Vicaría.

Y refería con todos sus detalles el hecho. Todos le oían con un religioso silencio y participaban de sus dudas. Y terminaba su narración exclamando:

—¡Para mí era un arcángel...!

En 1888, en una sesión de magnetismo animal, por aquel tiempo muy en boga, me decía una anciana concurrente:

—¡Cada día ve uno cosas nuevas! Yo tenía una abuela, medio sonámbula, quien le refería a mi madre que cuando ella era joven, asistía con su novio a los novenarios de la *Ermita del Rosario*, y le gustaba cantar a dúo

la *Salve Regina*. Que su novio murió de unas calenturas malignas que invadieron el pueblo. Después hubo un temblor de tierra fortísimo, que destechó la iglesia de San Felipe y las Ermitas del Rosario y la Concepción. Y que a ella le entró la manía, irresistible, de levantarse a media noche e irse a las ruinas de la *Ermita* a cantar la *Salve*...

¡Con cuánto gusto hubiera, el padre Domínguez, oído esta sencilla manifestación de la nieta de la sonámbula, que le tuvo preocupado toda la vida...!



## EL TESORO DE LOS FRAILES

(1821)

### I

Corría el año de 1821. Los vientos de fronda, que soplaban en la Península contra las corporaciones religiosas habían llegado a la capital de Puerto Rico, convertidos en una comunicación enviada por la Secretaría de Gobierno de Ultramar, con la Real Orden de 20 de noviembre de 1820, para el cumplimiento de la Ley hecha en Cortes y sancionada por S. M., *acerca de la supresión de monasterios de las órdenes monacales y arreglo de los Conventos de Regulares.*

El capitán General, Jefe Superior Político, como se llamaba entonces, nombró una comisión compuesta de don Manuel de Arroyo, coronel de Infantería retirado; don Miguel Pizarro, capitán ayudante de regimiento de Milicias Disciplinadas y Alcalde constitucional; y don Gregorio de Reyna, escribano real y público, para que se constituyera en los conventos de San Francisco y Santo Domingo, de esta ciudad, y se incautara, bajo inventario, de los bienes muebles, alhajas, censos, biblioteca y cuanto más perteneciera a dichas corporaciones de Regulares.

### II

El día 12 de febrero del citado año de 1821, a las diez de la mañana, la comisión nombrada llamaba a la puerta de la celda del reverendo padre guardián de Franciscanos, fray Juan Bautista Morales.

—Adelante— contestó una voz llena y robusta.

—¡Dios sea en esta casa! —dijeron a la vez los señores que componían la comisión del Gobierno.

—¡Ahora y siempre! —contestó el padre Morales, poniéndose en pie, dejando sobre la mesa el libro que leía, y, adelantándose, extendió la mano al señor Alcalde, diciendo al mismo tiempo:

—Bien venidos, señores —y dió también la diestra al coronel y al escribano.

—Venimos, padre Morales, en una comisión del Gobierno —díjole el Alcalde.

—Pues, sentaos, amigos.

Cada uno de los visitantes acercó su silla a la del padre guardián, y el coronel Arroyo, como el más viejo de los miembros de la comisión, usó primero de la palabra.

—Ya sabe usted, padre Morales, lo que pasa en España con las corporaciones religiosas y sus monasterios. El General Aróstegui ha recibido orden de clausurar los que aquí existan, e incautarse de todo lo que posean; y nosotros venimos a vuestro convento a cumplir tan triste y delicada misión.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! —exclamó el padre Morales—. Ya estaba yo preparado para recibir a ustedes, pero no creía que el Gobernador pusiera en práctica tan violenta disposición, sin antes comunicármela personalmente, llamándome a Santa Catalina.

—El Gobernador, padre Morales, ha querido evitaros este disgusto fuera de vuestra casa conventual —repuso el alcalde señor Pizarro, para dejar bien puesta la reputación de cortés de su Jefe Superior Político.

—¡Sea como Dios quiera! —replicó el padre Morales.

Y cogiendo una campanilla de encima de la mesa, la agitó un instante. Apareció en seguida en el dintel de la puerta un franciscano.

—Hermano, servíos avisar al padre Carbonell y al padre Vergara, que vengan a mi celda.

Al poco rato los padres predicadores fray Alejandro Carbonell y fray Agustín Vergara, estaban en el cuarto del padre guardián. Entonces, levantándose el padre Morales, dijo ceremoniosamente a los miembros de la comisión del Gobierno:

—Señores, estamos a sus órdenes, ¿por dónde quieren ustedes comenzar?

### III

Se empezó por anotar en el *Acta de Inventario*, que el convento estaba amurallado por los cuatro costados, teniendo dos puertas con salidas a la calle; la una, la de la *Portería*, corriente, con un cerrojo interior, fuerte cerradura y llave; la otra puerta daba al patio interior, con un cerrojo largo, con cerradura pero sin llave por haberse perdido.

La comisión pasó a la parte alta del edificio, y el escribano Reyna anotó:

Ocho claustros: cuatro altos y cuatro bajos. En los de arriba, quince celdas, contando con una pequeña que se llama *Scala coeli*, por tener una escalerita que conduce a la azotea. En los claustros bajos, diez celdas con dos covachas y otra celda destinada a *cuarto de reclusión*. A la salida de los claustros altos hay una pieza, aparte, que es la Enfermería; otra, que se usa de Despensa; y otra para las Letrinas.

—Anotad las escaleras, señor Reyna — indicó el padre guardián, sacando de su bolsillo una tabaquera y tomando un polvo de rapé.

—Las iba a omitir — replicó el escribano — para abreviar este enojoso trabajo.

—Conviene a la Comunidad sea usted detallista. Mañana puede el Gobierno suprimir alguna o algunas de las escaleras; y al devolvernos el edificio, justo será reclamárselas.

—Tiene usted razón, padre Morales — dijo el señor Pizarro, que era alcalde *constitucional*, poniéndose al mismo tiempo muy encarnado con la profecía del guardián.

Y el escribano registró:

Dos escaleras, que suben por los costados de la *Portería* a los claustros altos; otra, que baja a los claustros inferiores; otra, que conduce al antecoro de la Iglesia; y la citada escalerilla de la azotea.

—Está bien.

Y continuó Reyna inventariando:

Cocina, dos patios, cada uno con un aljibe. Un refectorio con salón de entrada; y otro salón, sobre éste, en los claustros altos.

—¡Y he terminado...! — exclamó el señor Reyna, ha-

ciendo una gran aspiración para llenar de aire sus escuálidos pulmones; y púsose la pluma de ganso sobre la oreja derecha, donde quedó la péñola perfectamente fija, como si estuviera colocada en la mejor de las escribanías.

—Le falta a usted registrar —díjole bondadosamente el padre Morales— que al final de los claustros altos, en un extremo hay una campanita de bronce, que sirve, con su metálico sonido, para congregarnos a las horas reglamentarias. La Comunidad le tiene mucho cariño y no quiere que vaya a extraviarse.

#### IV

—Señores de la comisión, esta es la *Celda de los Prelados* —dijo el padre Morales, a la vez que penetraban todos en una ancha pieza, con sus puertas, ventanas y postigos al corriente.

El escribano señor Reyna tomó la pluma y anotó:

Dos mesas, seis silleteros de madera con asientos de cuero, un farol grande colocado en medio de la celda; una brisera, una colgadura sobre una puerta, seis cenefas en las ventanas; una mesita, donde está colocado un cilindro de hierro con el sello del Convento, dos rinconeras y dos tabloncillos de cedro con sus patas, en forma de mesa.

—¿Falta algo que anotar en este local, padre guardián? —dijo el escribano.

—Sí, señor Reyna, haga usted constar, que la mesita sobre la cual descansa el sello de la Comunidad, es de madera de caoba. Es un regalo, y puede en el día de mañana ser sustituida por una de cualquier otra madera pintada, imitando la caoba; y no habría entonces derecho a reclamar.

#### V

—Estamos ahora, señores de la comisión, en el *Archivo del Convento* —manifestó el padre Morales, penetrando en otro salón, contiguo al anterior.

Y dirigiéndose al escribano, le dijo:

—Señor Reyna, voy a dictar a usted, a la vez que enseño a los miembros de la comisión del Gobierno, la documentación que cito.

—No se moleste usted tanto, padre guardián. Puede usted dar luego una nota al señor Reyna y con eso abreviaremos este acto.

—No es molestia, don Miguel, es un deber, el cual debo cumplir estrictamente; y lo cumpliré. Tengo que entregar por orden superior todo lo perteneciente al Convento y no quiero, por olvido involuntario, dejar de anotar alguna cosa, que podría después ocasionar alguna pérdida a la Comunidad.

—Estoy a sus órdenes, padre — dijo el escribano, con la pluma en ristre.

—Pues registre usted primeramente, un libro mayor *Becerro*, en donde están anotadas todas las fundaciones, con sus respectivos capitales principales y obligaciones, así perpetuas como interinas. Y que este libro contiene 175 fojas.

—¿Qué más?

—Otro libro de inventarios, que contiene dichas Fundaciones y escrituras. Con 246 fojas.

—¿Qué más?

—Un pequeño escaparate, con su llave, en el que se guardan dichos libros, con sus cajones respectivos que contienen escrituras corrientes y canceladas, fundaciones, bulas pontificias, reales cédulas y otros papeles.

—¿Qué más?

—Ciento setenta y dos escrituras corrientes, que constan del libro *Becerro* y del de *Inventarios*.

—¿Qué más?

—Ochenta y nueve escrituras de fundaciones; y las dos que faltan, hasta el número noventa y uno, consiste en que dos documentos se han deteriorado.

—¿Qué más?

—Veintitrés fundaciones interinas y futuras.

—¿Qué más?

—Veintiséis reales cédulas.

—¿Qué más?

—Tres tabias, en que están estampadas las fundaciones de misas cantadas y rezadas, a que está obligado el Convento.

—¿Qué más?

—Un cuaderno manual, que contiene la *Lista* de los inquilinos censatarios, que tiene dicho Convento, así en la capital como en varios partidos de la Isla, con expre-



sión de principales, créditos y meses en que se cumple el plazo anual; el cual se acompaña bajo el número 1.

—¿Qué más?

—Otra relación de las deudas contra el Convento, formada con arreglo a los intereses y gastos; su fecha de 15 del presente mes de febrero; siendo su totalidad la de 1,562 pesos, un real y 30 maravedises; sin incluir lo que se debe a don Julián Barrera, según se expresa en la misma *Relación*; que también se acompaña bajo el número 2.

—¿Qué más?

—Otra relación de lo que adeuda la Orden Tercera a la Comunidad de este Convento, cuya suma es de 166 pesos, seis reales; que igualmente se acompaña bajo el número 3.

—¿Qué más?

—Una *Lista* de los inquilinos que adeudan réditos al Convento, con inclusión de otras deudas particulares y lo retenido en la Hacienda Nacional correspondiente al importe de Oblatas de años anteriores, cuya suma es de 5,144 pesos, doce maravedises. Y se acompaña con el número 4.

—¿Qué más?

—Una relación de las misas rezadas de Portería, que adeuda el Convento; y de las cantadas de memorias perpetuas, que tiene aplicadas hasta su fecha, pertenecientes al presente año, con arreglo a las Tablas, que hablan sobre la materia. La que se acompaña bajo el número 5.

—¿Qué más?

—Un documento simple, que acredita la compra de un negro, que hizo el hermano síndico doctor don Francisco Pimentel, a favor del Convento, al señor Canónigo don Tiburcio Tomás, de edad como de 60 años, en 180 pesos. Y se acompaña bajo el número 6.

—¿Qué más?

—Un expediente que se halla en la oficina del presente escribano señor Reyna; al que está agregado un documento de fianza de 500 pesos; otorgada por don Antonio Guerrero y por su suegro don Juan Fagundo a favor del Convento.

—¿Qué más?

—En este departamento no hay nada más — repuso el padre Morales, con voz firme y forzada sonrisa.

VI

La comisión pasó al salón de la biblioteca, en unión de los tres franciscanos.

—¿Vamos a anotar todos los libros, padre? —dijo el coronel Arroyo, que se sentía profundamente fatigado, sin haber hecho nada.

—¡Ah!, desde luego. Yo no entrego nuestra querida biblioteca sino bajo inventario.

El señor Reyna, también cansado de tantas anotaciones, se sentó a escribir, resignado con su maldita suerte de pendolista. El coronel bostezó dos veces y se rascó más de tres veces en la región petrosa de la oreja derecha. El alcalde Pizarro puso la cara avinagrada al ver los detalles en que entraba el padre Morales. Imposible iba a ser en un solo acto tomar posesión del Convento. Pero el padre guardián estaba dentro de lo ordenado por el Gobierno y había que someterse al inventario.

—¡Dicte usted, padre! —dijo con mustia cara el escribano.

—Primeramente, un estante de madera de cedro, en que están colocados los siguientes libros.

—Diga.

—Teología moral, de Pimentel. Un tomo en folio.

Tribunal de confesores. Id.

Balsia. Diez tomos. Id.

Corella. Práctica de Confesores. Un tomo.

Ligorio. Teología Moral. Dos tomos.

García. Política Eclesiástica. Dos tomos.

Un diccionario de Nebrija.

Lacroix. Teología moral. Dos tomos.

Reinfactuel. Dos tomos.

Parras. Regulares de Indias. Dos tomos.

Sandino. Un tomo.

Boybim. Teología. Cuatro tomos.

Merinero. Filosofía. Cinco tomos.

Castell. Teología. Un tomo.

Año Virginio. Un tomo.

Besombes. Teología moral. Dos tomos.

El Evangelio en Triunfo. Cinco tomos.

Quevedo. Teología. Tres tomos.

Ejercicio de la Perfección, por el padre Alonso Rodríguez. Un tomo.

Abonomías. Teología. Dos tomos.

Valero. Teología Expositiva. Dos tomos.

Ferrari. Filosofía. Tres tomos.

Aforismos Superiores. Cuatro tomos.

Exposición de la regla de San Francisco. Un tomo.

Castell. Un tomo.

Tosca. Compendio. Tres tomos.

Un cuaderno del señor Jovellanos.

Memorias de la Sociedad.

Ferrari. Filosofía. Otra edición.

Una Biblia.

La Concordancia.

Martín de San José. Sin pergamino. Un tomo.

Fray Luis de Granada. Teología Eclesiástica. Un tomo.

Cuatro volúmenes descuadrados.

Estatuto general del Barcelona para la familia Franciscana.

La Madre Agueda. Un tomo.

Un tintero y una carpeta.

Estos otros libros no tienen importancia para nosotros y nos es indiferente se extravíen.

— ¡Estoy sudando a mares! — exclamó el escribano señor Reyna.

— Con la gracia de Dios todo se andará — replicó el padre guardián.

— ¿No le parece, padre Morales — dijo el coronel Arroyo —, que siendo ya las doce dadas, sería bueno dejar el resto de lo que falta del Convento para inventariarlo mañana?

— Es lo mejor, padre — insinuó el alcalde Pizarro.

— Como ustedes gusten, señores.

Todos estrecharon la mano del padre fray Juan Bautista Morales y de los padres Carbonell y Vergara; disculpándose por las molestias que les habían ocasionado. Pero la orden del Gobierno era terminante y había que cumplimentarla. El padre Morales, con la sonrisa en los labios, los despidió muy fino y muy atento; recordando, que dando gracias por agravios, negocian los hombres sabios.

## VII

Ida la comisión, se recogió el padre Morales a su celda, se sentó en la silla poltrona, dejó caer la cabeza sobre la mano izquierda y estuvo en esa postración unos cinco minutos. Tenía los ojos cerrados. Cualquiera que hubiera entrado en aquellos momentos hubiera creído que dormitaba. Había dado orden que viniera el hermano portero; y llegado éste, habló con él un rato y luego pasó al refectorio. Toda la Comunidad le esperaba impaciente. Los franciscos sabían ya lo que había pasado, avisados por los padres Carbonell y Vergara.

El padre guardián penetró en el refectorio con la cabeza baja, indiferente, como si nada ocurriera. Llegó a su puesto, extendió la mano derecha sobre los manjares que estaban en la mesa, y con voz clara, precisa y vibrante, exclamó:

—*Benedicite...*

—*Pater noster...*

Concluído el almuerzo y dadas las gracias al Señor por el alimento recibido, dijo el padre Morales:

—Hermanos, pasad a vuestras celdas y pedid a Dios que os dé luces. Necesito de vuestros consejos. Dentro de diez minutos nos reuniremos en el salón de arriba. Hoy no hay recreo.

Los frailes desfilaron uno a uno ante el guardián, haciendo una ligera reverencia y guardando profundo silencio.

## VIII

A la hora prefijada la campana del Convento daba tres golpes secos. El padre Morales fué el primero en llegar al salón de conferencias. Luego fueron llegando puntualmente los otros conventuales, quienes saludaban al prior con una ligera inclinación de cabeza.

Ocupados todos los puestos, dijo el padre guardián, poniéndose de pie:

—*Orate, fratres.*

Los franciscanos se levantaron y musitaron con recogimiento la oración reglamentaria.

—Sentaos, hermanos.

Todos se sentaron cuidadosamente y cruzaron los brazos sobre el pecho. Entonces, hizo uso de la palabra el padre Morales, en los siguientes términos:

—Hermanos míos, los vientos huracanados de la Revolución golpean sobre nuestras puertas. La barquilla de San Pedro está combatida por el revuelto oleaje de las pasiones humanas. Pero el infierno no prevalecerá... Dejemos que el mal se consuma él mismo. Padre Vergara, referid a la Comunidad lo que habéis presenciado.

Y se sentó el padre Morales. El padre Vergara se puso de pie, se santiguó, dijo un versículo de San Mateo alusivo simbólicamente al caso, saludó al prior, volviéndose ceremoniosamente hacia él, y refirió a los conventuales lo ocurrido. Terminada su narración, inclinó la cabeza sobre el pecho y se quedó de pie, esperando órdenes.

—Sentaos, padre Vergara. Habéis cumplido con vuestro deber y os doy las gracias, en nombre de la Comunidad, de la cual soy inmerecido rector. Ahora, padre Carbonell, servíos pasar lista y que cada hermano dé su parecer, para tomar una orientación.

El padre Carbonell abrió la carpeta, tomó una lista y fué llamando uno por uno a los franciscanos:

—Fray Angel de la Concepción Vázquez.

—Presente—contestó el citado fraile poniéndose de pie.

—¿Qué me aconsejáis, hermano fray Angel, en estos críticos instantes?—díjole el prior.

Fray Angel, al igual de fray Agustín Benigno Vergara, se santiguó, dijo quedo una sentencia de San Marcos, saludó al jefe de la Comunidad y empezó su discurso así:

—Hermanos, el Rey es nuestro Patrono por bula de Su Santidad Julio II, y le debemos, por ende, obediencia. Por bula de nuestro Santo Padre Alejandro VI, corresponden a la Corona los diezmos y primicias en toda la América, con el deber del Rey de proteger nuestra santa Religión. El Rey, que Dios guarde, trajo a las Indias Occidentales nuestra veneranda Orden, le dió solares y tierras y encomiendas de indios y protección. Asigné rentas para el vino y el aceite. Y a su sombra hemos crecido y vivido. Hoy S. M. nos lo quita todo. El responderá de sus actos ante el trono del Señor. La

hoja del árbol no se mueve sin la voluntad de Dios. Cúmplanse los impenetrables designios de la Providencia. Empero, hermanos míos, yo me someto humildemente, con arreglo a los preceptos de mi Santa Orden, a lo que disponga el padre guardián, a pesar de la opinión que he manifestado.

—Sentaos, hermano fray Angel, y gracias por vuestras luces.

El padre Carbonell se levantó y llamó:

—Padre fray Blas de Silva.

—Presente. Opino como dice el hermano fray Angel.

—Padre fray Lucas Martínez.

—Presente. Como dice el hermano fray Angel.

—Padre fray Pedro García Jiménez.

—Presente. Como dice el hermano fray Angel.

Y toda la comunidad se expresó de igual modo.

—Hermano Herrero —dijo el prior—, id a sustituir al hermano Angulo en el servicio de la *Portería*, para que venga a dar su parecer.

La orden se cumplió y a los pocos instantes penetraba en el salón el hermano portero.

—Padre Vergara, referid al hermano Angulo lo que pasa, para que pueda darnos su opinión —dijo el padre Morales.

El padre Vergara, como un fonógrafo, repitió otra vez detalladamente lo que había pasado con los representantes del Gobierno y cuál era la opinión de la Comunidad.

El hermano portero se puso en pie, se santiguó y cumplió con el ritualismo en el exordio; pero, como hombre acostumbrado a la portería y fuera del Convento a la lucha con el mundo, habló con desenvoltura en los siguientes términos:

—Hermanos, dispensadme si no estoy conforme con la resolución adoptada por la Comunidad. Al diablo hay que hacerle la señal de la cruz como quiera que se nos presente.

El Rey no puede quitar lo que ha dado y ya no es suyo. Además, lo que hay en este convento no es nuestro tampoco; es de nuestro padre San Francisco. Está bien que entreguemos, ante la fuerza, lo que no podemos ocultar. Pero el dinero y las alhajas no debemos darlos. Cuando recuperemos *esto*, ni nos devolverán el dinero

ni las prendas; y nos dirán, que nos contentemos con volver a tomar el Convento y dirigir la Iglesia. ¡Como si lo estuviera viendo! Yo me comprometo a esconder nuestro tesoro, si hay quien me ayude.

—¿Cuántas personas necesita el hermano Angulo para que le ayuden? — dijo el prior.

—Otro compañero solamente. Secreto de dos es secreto de Dios; pero de tres, descubierto es — repuso el portero con sonrisa socarrona.

—Elija el hermano su compañero para tan arriesgada empresa.

—Yo elijo al mismo padre guardián.

—Hermanos míos — dijo el prior —, lo que propone el hermano Angulo es muy delicado; es un acto de rebeldía contra el Gobierno de S. M. Debemos defender nuestra orden, pero debemos también obediencia al Rey. Aquí hay un conflicto. *Ubi est ratio? Deus super omnia. Et cum Deo filii sui Jesuchristo...* ¡Así, pues, los que estén conformes con la opinión vertida por el hermano Angulo se servirán manifestarlo levantando en alto el dedo pulgar de la mano derecha, y los que no estén conformes continuarán con los brazos cruzados sobre el pecho. Hermanos míos, dad vuestro parecer.

Todas las manos derechas tenían el dedo pulgar enarbolado en lo alto.

—¡Cúmplase la voluntad de la Comunidad! — exclamó con naturalidad el padre Morales; y poniéndose en pie agregó:

—*Ite in pace, fratres.*

Todos desfilaron reglamentariamente ante el prior, quien fué el último en abandonar el salón de conferencias.

## IX

A las doce de la noche estaba el hermano Angulo en la celda del padre guardián. Había llevado un cajón donde colocaron el dinero que el prior guardaba en su armario y además las alhajas que habían hecho traer de la Iglesia. En el convento reinaba el más profundo silencio.

Terminada la labor, el padre Morales prendió un pequeño farol de mano que tenía para cuando creía conveniente pasar una visita nocturna a todo el Convento. Lo

tomó en la mano izquierda y con la derecha empuñó una larga barra de acero, que tenía en un ángulo de la celda. El portero se echó al hombro el cajón con el tesoro de la Comunidad y en la diestra portaba un palustre de albañil.

—Adelante, hermano Angulo, que la noche avanza— dijo el prior.

Se dirigieron silenciosos hacia la cripta de la Iglesia, atravesaron los desiertos claustros, bajaron a la portería, subieron al antecoro y penetraron en el templo. Atravesaron la extensa y fría nave principal, cruzaron el presbiterio, penetraron en la sacristía y descendieron a los sótanos donde están los sepulcros.

El padre Morales puso el farol sobre una tumba y recostó cuidadosamente la barra de acero contra la pared.

El hermano Angulo dejó en el pavimento el cajón. El padre guardián sacó del bolsillo de su sotana un gran pañuelo y limpió el sudor que inundaba su frente. Después recorrió la húmeda cripta sepulcral y escogió el sitio donde habían de ocultar el tesoro de la Comunidad. Con sumo cuidado levantaron unas losas, ayudados de la barra y del palustre.

—Ahora— dijo Angulo con rostro místico—, que el padre San Francisco lo defienda de los vampiros de la Revolución.

Las precauciones tomadas por el padre guardián fueron tales, que al día siguiente bajaron a la cripta algunos conventuales a dar sepultura al cadáver de un hermano y no pudieron calcular que allí se había ocultado el tesoro de la Comunidad.

## X

A la mañana siguiente, a la hora acordada, se presentó la comisión del Gobierno en la celda del padre guardián. El padre Morales los recibió cordialmente.

Tomó el escribano Reyna nota detallada del refectorio, la cocina y la despensa; y pasó la comisión a la Iglesia contigua.

Al registrar las alhajas sólo pudieron anotar campanillas, lámparas y candeleros de bronce y metal inferior y algunos crucifijos de *doublé*. La imagen de San Francisco estaba sin la corona y sin el anillo. Y la Cus-



todia, que era muy rica, estaba sin las piedras preciosas.

La comisión dió cuenta al Gobernador de la riqueza de alhajas encontradas en la Iglesia de los Dominicos, contrastando con la pobreza de la de los Franciscanos. El general Aróstegui mandó llamar al padre Morales. Se ignora en absoluto lo que entre ellos pasó. Afuera se oía la voz del Gobernador y la del padre guardián, pero sin comprenderlos. Si fuerte era la una, no menos colérica era la otra.

El Gobernador dió cuenta a Madrid de la actitud rebelde de los frailes del Convento de San Francisco de San Juan, para entregar sus alhajas y dinero. Y en la misma fragata *La Veloz*, que llevaba este parte y que zarpó del puerto de la Capital con rumbo a Cádiz el 13 de marzo del mismo año, embarcó el padre fray Juan Bautista Morales, prior de los Franciscos. El Gobierno en Madrid nunca contestó el parte del gobernador de Puerto Rico; y las cosas se quedaron como estaban. El general Aróstegui fué sustituido por el general Latorre, en el gobierno de la isla.

## XI

El 20 de febrero de 1824, se hacían cargo de nuevo las corporaciones religiosas regulares de San Juan de sus conventos, iglesias y bienes.

Don Mariano Velilla y don Vicente Pizarro, comisionados del *Crédito Público*, entregaron a fray Agustín Benigno Vergara, que hacía las veces de padre guardián, y a fray Angel de la Concepción Vázquez, todo lo perteneciente al Convento de San Francisco, ante el mismo escribano público señor Reyna y con presencia del coronel don Manuel Arroyo.

Al devolver las alhajas de la iglesia, de bronce y metal inferior, se echó a reir el escribano y exclamó sarcásticamente:

—Esta vagada, San Francisco de Asís fué más listo que Santo Domingo de Guzmán.

## XII

El 9 de agosto de 1838 volvieron a desencadenarse vientos de fronda contra los Dominicos y Franciscanos.

Los hijos del Santo de Asís habían acordado no desenterrar su tesoro, y a poco se fueron proveyendo de objetos de plata y oro para el servicio religioso del templo.

El Gobernador y el Intendente designaron la comisión que había de incautarse de los bienes de los Regulares; y el día 13 del mismo mes y año se presentó en la celda del provincial fray Francisco Javier de Sosa.

Esta vez se empezó el *Inventario* por la iglesia y los Franciscos no pudieron ocultar las nuevas alhajas adquiridas. Por la siguiente relación se verá las que habían reunido desde 1824 a 1838 y se podrá calcular la grandeza del tesoro escondido, correspondiente a los años de 1647 a 1824.

El mismo escribano real y público, señor Reyna, empezó las anotaciones; y los reverendos padres fray Miguel García, fray Agustín Benigno Vergara y fray José Manuel Hernández, fueron entregando a don Francisco de Paula López, comisionado especial de la Intendencia, las siguientes alhajas:

Nueve cálices de plata. De los cuales cuatro son sobredorados.

Ocho patenas de plata, sobredoradas.

Seis cucharillas de plata, sobredoradas.

Una caldereta de plata, para el agua bendita.

Un hisopo de plata.

Dos incensarios de plata, con sus cucharillas y navetas de igual metal.

Diecinueve candeleros de plata.

Tres campanillas de plata.

Diecinueve candeleros de plata.

Seis blandones de plata.

Don palmatorias de plata.

Dos fuentes, bastantes grandes, de plata.

Otra fuente pequeña, de plata, para repartir la ceniza.

Un jarro, de buen tamaño, de plata.

Una cruz con pedestal y crucifijo, todo de plata.

Una vara de estandarte, que contiene siete canutos en la parte inferior y una cruz a su final. Todo de plata.

Nueve canutos de plata, que sirven para vestir la vara del guión, el cual es también de plata; adornado con seis campanillas y terminando en una cruz del mismo metal.

Una cruz alta, con nueve canutos. Toda de plata.

Diez portapases; de los cuales el uno es mayor que el otro en una mitad. Todo de plata.

Un copón de plata, que sirve para purificar los dedos.

Seis candeleros de plata, del manifestador, con seis espigas correspondientes.

Un manifestador, cubierto de una hoja de plata, con su frente.

Dos hostiales de plata, con sus tapas de ídem.

Una custodia de plata, sobredorada, con su buril de oro.

Dos copones de plata sobredorados, que sirven para dar la comunión.

Dos llavecitas de hierro pulimentado, con sus cadenas de oro, que sirven para abrir los sagrarios.

Una ampolleta de plata, para guardar los Santos Oleos.

Seis pares de vinajeras de plata, con cuatro campanillas de ídem.

Otro par de vinajeras, que es sólo con su platillo.

Una lámpara grande de plata.

— ¡Y nada más! — dijo con ronca voz el padre Vergara.

— Y, ¿esas lámparas de plata de la capilla de la Concepción y esa corona y esa media luna también de plata, que tiene la divina Imagen? — manifestó el representante de la Intendencia.

— Eso — contestó el padre Vergara, recargando la voz en el vocablo *eso*, como protesta del lenguaje irreverente de su interlocutor —, pertenece a la Cofradía de la Purísima Concepción y no a nuestro Convento.

— ¡Ah! — fué lo único que tuvo a bien decir el comisionado del Gobierno.

El señor Reyna tomó nota de los ornamentos y casullas. Y después pasóse a inventariar lo del Convento.

### XIII

No volvieron las Ordenes de Regulares a recuperar sus bienes en Puerto Rico. Los conventuales vivían de la miserable pensión, que con el nombre de *congrua*, les había asignado el Gobierno. Eran unos cien pesos anuales.

Poco a poco se fueron muriendo los frailes. Alguno que otro se repatrió a la Península. Y en 1848 solamente quedaba en Puerto Rico el padre Hernández, a quien los vecinos llamaban el padre *Nandito*. Todos los días decía

su misa en el altar de San Francisco; cuyo santo lo habían quitado del altar mayor y trasladado a una capilla colateral.

Por las noches iba el padre *Nandito* a la iglesia, la que el Gobierno había convertido en *Parroquia*, y rezaba su rosario arrodillado debajo del púlpito. El rumor público sostenía que en aquel sitio estaba enterrado el tesoro de los frailes.

El conventual iba todas las noches de visita a casa del padre Durán; y se murmuraba que este sacerdote estaba en el secreto.

A la hora de dormir se recogía el padre *Nandito* a una buhardilla de la calle de la Tanca, donde una piadosa familia lo había amparado. Una noche del mes de diciembre, fría y lluviosa, sintió la familia que el fraile volvía a salir a la hora de haberse recogido. ¡Cosa extraña, pues no acostumbraba hacer eso! Se le esperó en vano. A la mañana siguiente se encontró al bondadoso conventual muerto debajo del púlpito, donde rezaba todas las noches su rosario. Entonces se acentuó la creencia popular que en aquel sitio era que verdaderamente estaba enterrado el ambicionado tesoro. El Gobernador y el Intendente se pusieron a la voz con el Obispo, y mandaron a buscar al párroco de la iglesia de San Francisco.

A las diez de la mañana del día siguiente, una comisión del Gobierno exploraba la iglesia del santo de Asís, en demanda del ansiado tesoro. En vano se levantaron las losas debajo del púlpito y se hicieron catas y rebuscas en otros sitios. A las cinco de la tarde regresó la comisión a Santa Catalina a dar cuenta al gobernador don Juan Prim, de la fracasada investigación.

#### XIV

El Gobernador era valiente y había tomado informes reservados por otra parte. Así que a las doce de la noche, acompañado de su asistente, que era un fornido aragonés, y del sacristán de la propia iglesia, que era un vejete extremeño, tomaba sus precauciones para bajar a la cripta sepulcral.

Según descendían las escaleras del sótano, un vientecillo frío y húmedo les azotaba el rostro. El aragonés iba delante con un farol, detrás el Gobernador, y guar-

dando una pequeña distancia, como que bajaba de mala gana, el sacristán. Un murciélago, al huir de la vista de los inoportunos visitantes, rozó con una de sus alas una oreja del asistente. Este, supersticioso, sintió que un frío intenso se le colaba por todo el cuerpo. Continuó bajando poseído ya de un miedo cerval, y al poner el pie en el último peldaño, como el piso estaba descarnado, no pudo medir la distancia y se fué de narices, rodando por tierra. El farol se apagó. Ninguno había tenido la precaución de llevar fósforos. El sacristán, que estaba a mitad del camino, ascendió rápidamente. El Gobernador lanzó una imprecación y se vió precisado también a desandar lo andado.

El sacristán hizo presente al Gobernador, que cuantas personas habían bajado a las tumbas con la intención de apoderarse del tesoro de los frailes habían experimentado un frío intenso, se habían acobardado a mitad del camino, y, por fin, habían también huído al sentir fuertes golpes. El Gobernador, por única contestación, dijo al sacristán:

—Está bien. Vendré mañana por el día.

—¡Mejor será! —afirmó el asistente; pero en su interior juró por la Virgen del Pilar de Zaragoza, que el hijo de su madre no volvía a bajar aquellos húmedos escaños.

## XV

Al siguiente día amaneció el Gobernador Prim con fiebre y malestar agudo y a las tres semanas fué que pudo abandonar su cama.

Y estando, ya convaleciente, sentado en una de las habitaciones de la Fortaleza que dan al mar, y de las cuales se ve la entrada del puerto, divisó la fragata *Ceres*, que hacía con regularidad la travesía de Cádiz a San Juan; se alegró infinito porque iba a recibir noticias de la Península.

Efectivamente, en aquel barco venía la nueva de su relevo y que había sido sustituido en el gobierno de esta Isla por el general don Juan de la Pezuela.

Cuando lo supo el sacristán, exclamó, meneando la cabeza de un lado a otro:

—Ya el gobernador Prim recibió el cordonazo de nues-

tro padre San Francisco por meterse a buscar el tesoro de los frailes. No se escapa nadie y gracias que haya librado la pelleja, porque yo creí que se moría de fiebre maligna.

Desde entonces, ni criollos ni peninsulares, ni las autoridades civiles ni las religiosas han querido meterse en camisas de once varas buscando el dinero y las joyas de los frailes Franciscanos; temiendo, incrédulos y creyentes, a los cordonazos del poderoso santo de Asís.



## EL REMEDIO DE LA INDIA

(1824)

### I

A dos leguas de la Capital existía una aldea llamada *El Roble*, y en 1714, en tiempos del gobernador don Juan de Ribera se levantó en ella una iglesia bajo la advocación de Nuestra Señora del Pilar, y se obtuvo la declaración del *Pueblo*, con el nombre de Río Piedras.

La población no prosperaba por falta de comunicaciones y en 1820 estaba el caserío empobrecido y el templo en ruinas, celebrando el culto católico en un ranchón.

Hecho cargo del gobierno de la Isla el general don Miguel de la Torre, se propuso darle vida a Río Piedras. Al puente de Martín Peña, que había construido el gobernador Meléndez, en 1817, le dió mayor anchura y solidez, bajo la dirección técnica del teniente coronel don Diego Pizarro, y del lodazal que existía al otro lado del puente, largo de una legua, hizo un camino sólido, que casi era una calzada, pues a uno y otro lado lo que había era agua cenagosa y manglares.

Dispuso que la *Casa de Convalecencia*, que se construyó con fondos del *Regimiento Fijo* para restablecer la salud en ella, los individuos de dicho Cuerpo, que enfermaban en los castillos de la ciudad, se construyera y

hermoseara para lugar de recreo de los Gobernadores y su familia.

## II

Corría el año de 1824 y el ayudante de Ingenieros don Juan María de Iturrondo, que estaba encargado de los trabajos de reparación en la *Casa de la Convalecencia* y hacer un Parque, había dispuesto echar por tierra un gran robledal para construir las glorietas, jardines y parterres.

Los días eran muy calurosos e Iturrondo, que dirigía personalmente los trabajos, con dos brigadas de presos del Correccional, se ponía a la sombra de un breñal donde la maraña del bosque sostenía la humedad del lugar y en el cual el joven vizcaíno ayudante de Ingenieros, se defendía de los rayos del sol, quemantes e irresistibles en aquel mes de septiembre.

Muchas veces Iturrondo entre aquellos peñascales echaba su sueño de siesta, después de fomarse un buen tabaco.

## III

Un día se levantó de aquel sitio desesperado y gritando. Acudieron a su socorro algunos trabajadores y le quitaron del cuello, del cual estaba aún prendida, una negra y peluda araña, llamada en el país *guabá*, denominación que conserva aún este arácnido del lenguaje indo-antillano.

Iturrondo no hacía más que gritar por el intenso dolor que sentía en el cuello. Marchó a escape un mensajero a la Capital a buscar al físico del Hospital Militar, y éste estaba en una cacería de patos y yaguazas en las lagunas de Vega Baja.

Entonces dijo un capataz, natural del pueblo de Río Piedras, que allí existía una india vieja, que sabía curar muy bien las picaduras del *guabá*. Se fué en su demanda inmediatamente porque vivía a la salida del pueblo en un pobre bohío.



IV

Llegó la indígena curandera: era una tarasca de más de 80 años, con la cara llena de pliegues, desdentada y una nariz de cotorra, color de bronce viejo y con un pañuelo de madrás envuelto en la cabeza y un camisón de zaraza de colores. Se sentó junto al enfermo y examinó detenidamente el cuello de Iturrondo. Había dos puntos negros y la piel se hinchaba por momentos. *Mamagoya*, que así se llamaba la india, arrugó la cara, más de lo que la tenía, estiró hacia fuera los labios, y gritó: — ¡Traiganme, en seguida, una botella de ron; pero ligerito que esto está malo, muy malo!

Afortunadamente lo que pedía estaba a la mano. Un capataz le alargó su cantimplora. Tomó un buche la tía *Mamagoya* y se enjuagó la boca con el jugo alcohólico de la caña. Derramó en su mano derecha una buena cantidad de ron y empezó a frotar la picadura. Iturrondo berreaba como un desesperado. De pronto se bajó *Mamagoya* y aplicó sus labios a la herida y empezó a chupar haciendo la succión. Cuando tuvo la boca llena de sangre escupió y enjuagóse de nuevo con otro buche del licor. Por tres veces hizo la misma operación.

Luego pidió un tabaco, lo prendió y mientras ardía el puro y creaba ceniza, estuvo con el dedo pulgar de la mano derecha haciendo cruces sobre los dos puntos negros del cuello de Iturrondo. Cuando tenía como medio centímetro de ceniza su tabaco lo aplicó de golpe sobre la picadura del *guabá*. El paciente pegó un grito tremendo y *Mamagoya* se echó a reír, exclamando:

— Ya está su merced salvado, niño. ¡Y Dios lo guarde! Se enjuagó de nuevo la boca la galena indígena con el ron y pidió una taza de café prieto caliente. Se lo tomó: y dispuso que el enfermo en 24 horas no tomara alimento alguno y quedara a dieta de agua de coco, para que orinase cualquier cantidad del veneno del *guabá* que hubiera podido penetrar en la sangre.

Al marcharse la curandera le dijo el capataz de la cantimplora:

— *Mamagoya*, ¿por qué hacía usted cruces sobre la picadura del *guabá*?

—Hijo, pa espantar al diablo que es pariente de la *araña pelúa*, y podía venir en su auxilio.

V

El *guabá* lo conservó Iturrondo en alcohol dentro de un frasco de boca ancha y se lo llevó para España cuando se marchó.

Enterado el gobernador don Miguel de la Torre de lo ocurrido, regaló a la vieja *Mamagoya* cinco onzas españolas por haber salvado al empleado del Gobierno de una muerte segura, y dispuso que le recompusieran y cobijaran de nuevo su pobre rancho que tenía a la salida del pueblo a la sombra de un alto roble.



## EL RELICARIO DE AMATISTAS

(1829)

### I

Doña Blanca Molina de Ayamonte, señora muy entrada en años, reunió un día a sus hijas Concepción y Florencia, ya casaderas, y les habló de este modo:

—Hijas mías, hoy es cumpleaños de mis bodas; quiero repartir entre vosotras mis joyas, que no las uso y que vosotras podréis lucir en vuestras tertulias, recepciones y bailes cuando os caséis. Algunas de estas prendas os parecerán antiguallas, pero cuando llegue su oportunidad y estén de moda no las veréis así. Conservadlas, pues, cuidadosamente.

Y doña Blanca sacó de su vetusto ropero de caoba una cajita de *aceitillo y maga*, primorosamente labrada, y con sus iniciales B. M. A., trabajadas en letras góticas, de oro. En este joyel guardaba sus sortijas, aretes, pulseras, collarines y aderezos; y los fué repartiendo entre sus amadas hijas Concha y Florencia. Al llegar a un relicario de amatistas les dijo con sinceridad:

—¡Esta alhaja es mi talismán...!

—¿La *mascota*, como se dice en la jerga moderna?  
—añadió Concha con franca y sonora risa. Mujer joven, frescota y rubia, de ojos claros.

—¡Sí, hijas mías! ¡Siempre he creído en amuletos! Tengo mis pruebas. Y no dudo que este relicario me ha librado de grandes desgracias y me ha sido propicio

muchas veces. En mis buenos tiempos lo usé diariamente prendido en mis batas de *piqué* blanco, que era como me gustaba vestir.

—Madre, ¿cómo te vas a hacer para dárnoslo a las dos? —exclamó Florencia, criolla modesta, de pelo castaño y grandes ojos negros.

—Eso es imposible, pero el azar decidirá—replicó la buena madre, que quería entrañablemente a las dos hijas, de tipos contrarios.

—Mejor será que se lo des a Concha, que es tu hija mayor y a mí me darás otra prenda de tu agrado—observó Florencia.

—Pues así lo haré, si así lo quieres —dijo doña Blanca. Y añadió:

—En cambio te daré a ti mi mejor aderezo de brillantes, para que veáis la estimación en que yo tengo mi viejo relicario de amatistas.

## II

Pasó el tiempo. Concha y Florencia se habían casado y cada una había fundado su hogar. Un día llegó al pueblo un pintor de miniaturas, que hacía unos retratitos, sumamente lamidos, sobre placas de marfil. Tenían mucha aceptación y eran del gusto del público. Don Fernando Peñafiel, marido de Concha, dispuso que el renombrado artista hiciera un retrato de él y otro de su mujer, los que quedaron una maravilla de parecidos. Don Fernando pidió a Concha que separara del relicario de amatistas el retrato de su tatarabuelo y pusiera el suyo. Concha complació a su esposo. Y precisamente el día que efectuaba el cambio estaba Florencia en la casa. Acababan de llegar del templo, a donde habían ido juntas a oír misa. Y Concha dijo a Florencia:

—Hoy hago un cambio de retratos. Mira, hermana, qué miniatura más parecida ha hecho el pintor a mi esposo. ¡Qué guapo está! ¡Este vejete del relicario, *nuestro antepasado*, con sus narizonas a lo Carlos III, me está lo más antipático...!

Y al tiempo que decía esto, Concha retiraba del relicario el retrato de su tatarabuelo, y lo arrojó, indiferente, en el sofá, donde estaba sentada, cuidándose atentamente de colocar en la alhaja la placa de marfil que

tenía el retrato de su esposo. Florencia, que estaba recostada junto a Concha, y llevaba en sus manos un rosario de cuentas de granate y su libro de oraciones, tomó maquinalmente el despreciado retrato del abuelo y lo metió entre las páginas de su libro de rezos. Habiendo concluido Concha su operación se puso al espejo y prendió el relicario en su hermosa bata de muselina de la India, y se acercó, vanidosa, a su hermana, diciéndole:

—¿Qué tal? Esto es lo que se llama una sorprendente transformación en toda regla. Fernando se va a poner loco de contento cuando lo vea. Dará gusto oírle. ¡Este pintor es verdaderamente un genio! Chica, quédate a almorzar para que veas el efecto que le va a hacer a Fernando este cambio de retrato.

—No puedo, hermana — contestó Florencia. Y agregó:

—Los muchachos son traviosos y reclaman mi atención. Será otro día. ¡Adiós...!

Y las dos hermanas, que se querían mucho, se despidieron muy cordialmente.

### III

A los diez años de esta escena, el hogar de Concha había sido teatro de terribles contratiempos. Don Fernando había muerto arruinado. El juego y una serie de despilfarros habían concluido con su capital. Y Concha, por otra parte, orgullosa y gastadora, con su amor al lujo y a la gran vida social del boato, había precipitado los acontecimientos. El matrimonio no había tenido hijos, así que Concha se refugió al lado de su hermana querida. El hogar de Florencia había prosperado. Su marido, trabajador y económico, de comerciante había ascendido a hacendado. Tenía un hermoso ingenio de cañas. Florencia, por su parte, era muy de su casa. Dedicaba toda su atención al cuidado de su esposo y sus hijos. Modesta en el vivir, nunca había tenido despilfarro alguno. Acogió a su hermana Concha con gran cariño y se alegró de tenerla a su lado, aunque deploraba la causa que había dado lugar a ello.

IV

Acababan las dos hermanas de regresar de misa, y Florencia puso sobre el velador de la antesala su libro de oraciones. Concha lo tomó impensadamente y dijo a su hermana:

— ¡Todavía conservas el viejo *Ancora de Salvación* del Colegio...! ¡Qué recuerdos...!

Y al mismo tiempo se puso a hojearlo con curiosidad. Al ver el retrato del tatarabuelo exclamó estupefacta, con amargo acento y sintiendo desgarrarse el corazón:

— ¡He aquí el talismán de nuestra buena madre! ¡Yo fui una estúpida al desprenderme de él! ¡Tú has guardado la imagen del protector de la familia y eres rica y feliz! ¡Yo le di de codos y estoy sola y arruinada...!

— ¿Y de veras, Concha, que tú crees en estas supersticiones?

— Mira, hermana, ahí viene nuestro buen amigo el Doctor y él, no dudo, me dará la razón.

El Doctor entró y saludó a las dos hermanas caballerosamente; y éstas le plantearon el problema.

— Amigas mías — dijo el galeno —, el asunto de los amuletos está arraigado hondamente en la humanidad desde muy antiguo. Viene de épocas muy remotas. Las sectas religiosas, desde la India a nuestros días, han sabido explotarlo hábilmente, bajo el simbolismo y diversas morfologías... ¡Qué sé yo...! ¡El punto esencial era, y es, combatir la fatalidad...! Y nos olvidamos que el cultivo de las virtudes y el buen uso de las pasiones, tan terribles cuando se desencadenan, son las que nos pueden sacar adelante. Tú, Concha, te has arruinado por los vicios de tu esposo y tu amor desmedido al lujo y al despilfarro. Y tú, Florencia, te has salvado por las virtudes de tu marido y las tuyas. Ese es el *quid divinum* de las mascotas y talismanes domésticos. Pero las gentes gustan de estos enigmas y los más listos explotan a los más crédulos en este sentido; y por eso la humanidad está estacionada en las vías del Progreso y camina tan lentamente...

— Podrá ser verdad, amigo Doctor, todo lo que usted dice; pero, ¡a cuántos imbéciles protege la fortuna y a cuántos hombres honrados e inteligentes atropella...! —

replicó Concha insubordinada ante la filosofía positivista del galeno.

—Las nubéculas de lo ilusorio e imprevisto fatigan tu mente, Concha amiga, y te es muy difícil aceptar mis razonamientos. ¡Ah! ¡La verdad, la verdad, que es la realidad de las cosas, cuán pocos espigan en su huerto...!

Y el Doctor, sin querer tratar más el asunto, se despidió de entrambas damas, dejándolas en la creencia firme de que el *Relicario de amatistas* había sido verdaderamente el talismán de doña Blanca y que se había salvado la familia por haberlo conservado su hija Florencia.



## JUAN PATALETA

(1830)

### I

Era costumbre en el segundo tercio del siglo XIX bañarse la muchitanga sanjuanera en la Puerta de San Juan. Tomaban por la meta de sus torneos llegar al castillejo del *Cañuelo*, que orgulloso levanta todavía sus carcomidos muros frente a la *Boca del Morro*, recordando a los que le rinden culto a la *Religión de los Recuerdos*, la heroicidad del capitán Botello al recuperarlo del poder de los Holandeses en 1625, a sangre y fuego. Otras veces tomaban como señal de triunfo el divisar desde el canal, por encima de las murallas, las puertas de la Catedral.

Entre toda aquella juventud sobresalía un mozo, llamado *Juan Pataleta*, cuyo apodo procedía, de que cada vez que su madre le arrimaba una paliza por travieso y vagabundo armaba una *pataleta* en la casa de padre y muy señor mío. También es verdad, que la despiadada mujer le golpeaba las espaldas con un chicote de marinero.

No falta quien afirme que el tal apodo se lo engancharon por andar cuando pequeño como lazarillo de un ciego llamado *Pataleta*.



## II

En una tarde otoñal bañábanse una trulla de muchachos en las frescas aguas del canal. El tiempo era bonancible: el sol acariciaba las ondas, que con el beso del alisio cabrilleaban contra las peñas. Tarde tropical de encantos y suavidades que convidaban al vecindario a refrescarse en las marítimas ondas.

Seis chicos de la piel del diablo, fueron los primeros en arrojarse al agua y braceando ágilmente trataron de llegar al *Cañuelo*. Pronto se destacó del grupo uno, cuya cabeza sobresalía entre todas. Era la del esforzado nadador Juanillo, que llevaba la delantera.

Al llegar a la mitad del canal, de retorno, de pronto se sumergió; todos creían que había zambullido de alegría porque iba a ser el primero en llegar a la Puerta de San Juan.

Luego apareció en la superficie dando gritos agudos y envuelto en un espumarajo de sangre. Nadó todavía con valor y ganó la orilla, donde expiró. Un tiburón le había llevado una pierna...

## III

Un fraile de la Orden de Santo Domingo de Guzmán, que estaba paseando sobre la muralla, con un libro de oraciones en la mano, bajó a la orilla del mar y le prestó los últimos auxilios espirituales al desgraciado doncel.

## IV

Se suprimieron tales baños, por disposición gubernativa, y los chicos escogieron bañarse entre las peñas y en una pocita llamada del *Jitguerillo*, frente a la Boca del Morro. Con el tiempo, Julio L. Vizcarrondo dedicó un ro-

mance al desgraciado joven *Juan Pataleta*, que lo publicó en 1861 en un almanaque aguinaldo.

En 1882 tuve yo que auxiliar como médico, en Arecibo, a un joven español, al cual un tiburón le había llevado una pierna: parecía cortada a cercén de un solo golpe por las seis camadas de dientes del escualo. El lugar del triste suceso existe aún y se llama *Poza de Torrado*.



## EL GRILLETE

(1831)

### I

En la montaña de San José de Luquillo, barrio *Mata de Plátano*, se moría el anciano don Pablo de Luna, conocido en la comarca con el nombre de *El generoso*. Don Pablo no tenía familia porque no se había casado, aunque podemos llamar su familia un gran número de acogidos a su casa de todas edades, tamaños y colores, que los tenía como hijos adoptivos; dondequiera que había un huérfano o un desamparado, don Pablo lo recogía.

Sintiéndose el buen señor Luna desfallecer y morir, en su avanzada edad de ochenta años, ordenó le trajeran al padre coadjutor de la parroquia de San José de Luquillo.

### II

—Padre, le ruego que se acomode a mi cabecera.

Y dirigiéndose al público, que rodeaba su cama, les dijo:

—¡Dejadnos solos!

—Quiero, padre, hacer una confesión general, pues creo que Dios me llama ante su severo tribunal.

—Hijo mío, estoy dispuesto a oiros y ayudaros a bien morir.

—Pues bien, padre, yo soy un gran criminal y aquí todos me llaman *El generoso*...

—Tal vez hallan motivo para ello...

—No me interrumpa, padre; óigame, que me quedan pocos momentos de vida. Yo soy hijo de Alanís, de Sevilla. Vine a Puerto Rico de soldado en el Batallón de Granada. Mi verdadero nombre es Juan Hidalgo. Cuando el capitán don Pedro Loizaga en la noche del 9 de octubre de 1835, dió el grito en la Capital de ¡Viva la Constitución!, yo, en compañía de granaderos, cabos y sargentos, le seguí. Fuimos arrestados. Se pretendió de mí que declarase que el capitán Loizaga quería la independencia de la Isla, y yo, ahogado de coraje, a quien me lo propuso, que fué un Oficial del mismo Batallón, lo abofeteé en mi calabozo. Me metieron en un cepo. Y fuí condenado a diez años de presidio en Ceuta. Otros compañeros también fueron condenados a aquel presidio. Interin se nos embarcaba, se nos obligó en la *Puntilla* a hacer trabajos forzados. Un día el capataz, porque no quise fregar los pisos, me cruzó el rostro de un latigazo, yo le agarré por el cuello y ebrio de ira lo estrangulé. Se me condenó entonces a grillete y cadena y diez años más en Ceuta. En el puente de Martín Peña hubo necesidad de hacer reparaciones urgentes y los ingenieros militares de Casa Blanca pidieron al presidio de la *Puntilla* que les enviaran hombres de fuerza para cargar piedras. Yo fuí enviado con otros compañeros a tales fatigas. Me quitaron la cadena y me dejaron el grillete del pie derecho. El segundo día de trabajo, el capataz me arrimó un terrible varazo en la espalda porque no andaba listo. Mi angustia fué atroz. La piedra que yo llevaba pesaría más de cien libras. Me volví iracundo y se la lancé a la cabeza. Cayó aplastado. Huí y me escondí en el cercano manglar. No pudieron cogerme. Durante la noche avancé con cautela tierra adentro. Llegué a un bohío donde obtuve del buen campesino la lima con que amolaba su azada y con ella limé el grillete...

—¿Es ese que está enganchado a vuestra cabecera?

—¡El mismo! Lo tenía guardado y lo he sacado de mi baúl para hacer memoria. El campesino me facilitó también ropa y sombrero para seguir huyendo. Gané las alturas de la Isla y en esta finca, que hoy es mía, se me dió trabajo...

—Y ¿cómo no os conoció el dueño?

—Diré a usted. Llegué aquí de tarde y pedí traba-

jo y un poco de agua, pues estaba muerto de sed. Me la sirvió un joven, que me dijo:

«Tenéis que esperar, pues mi padre ha ido a enterrar a un pobre hermano mío que mató ayer un árbol en el Corte de Madera.»

»Esperé. Llegó el dueño de la finca. Me miró de arriba abajo. Me llevó a un gran cuarto donde aposentaba sus trabajadores, y me dijo:

«Ahí tenéis una cama, ¡descansad! Vuestro rostro revela gran cansancio. Sois sin duda un prófugo. No quiero saber nada. Hoy he perdido un hijo. Y Dios me envía un desconocido. Trabajad y sed bueno, y yo os protegeré. ¡Adiós!»

»Quedé solo con mi conciencia. Me arrodillé y propuse a Dios ser bueno y trabajador. Pasaron los años. Cumplí mi promesa. Hoy soy dueño de la finca misma donde me acogieron. Hice, y hago, el bien, y me llaman *El generoso...* y soy un criminal...»

—Cuando matásteis aquellos hombres, ¿tuvisteis la intención de matarlos?

—Mi madre me enseñó a no mentir y mi padre a no dejarme pegar. Al sentirme castigado injustamente me cegó la ira y les ataqué con intención de destruirlos.. Hoy me pesa...

—Pues bien; en nombre de Dios, cuyo ministerio represento en la tierra, yo os perdono. ¡Y en nombre del Capataz del Puente de Martín Peña, también os perdono, porque aquel jefe era mi padre!

El coadjutor calló y lágrimas dolorosas rodaron por sus mejillas. La belleza del alma del noble cura de aldea fué superior a cuanto le rodeaba. ¡El aposento se iluminó de pronto de una luz misteriosa...!

### III

Por mucho tiempo en la sacristía de la parroquia de San José de Luquillo existió el grillete de Juan Hidalgo. Nadie sabía su origen. Le llamaban el grillete del padre coadjutor, porque todos los meses el bueno y piadoso sacerdote decía una misa por el eterno descanso del que lo había llevado en vida.

El sacristán nunca se había atrevido a preguntar al padre coadjutor la historia de aquel instrumento de cas-

tigo, que el cura guardaba en la sacristía con rara veneración.

Y cuando el presbítero se marchó de aquella parroquia con rumbo a la eternidad, al ser interrogado el sacristán sobre este extraño asunto y aquel grillete, contestaba:

—Ese grillete era de un padre coadjutor, que se llamaba... ¡Y no sé nada más, nada más...!



## EL TESORO DEL PIRATA ALMEIDA

(1832)

### I

José Almeida era un joven portugués de 25 años de edad, alto, fornido, trigueño; con barba negra corrida, ojos vivaces, labios gruesos, alta la frente; cabellos abundantes, y cejas bien delineadas. Era un tipo simpático y gallardo de berebere peninsular.

Había nacido en Lisboa y habiendo perdido su novia en Oporto, donde estaba colocado en una gran bodega de vinos generosos, determinó venirse a América para olvidar su desgracia. La casa comercial de Oporto tenía buenas relaciones con Curazao, y allá hizo rumbo Almeida decididamente. Llevaba cartas de recomendación para los señores de Sousa y Compañía.

Al señor Sousa le agradó la estampa del portugués y le colocó en su almacén. Activo e inteligente el joven lusitano, y de buena letra, pronto hizo carrera como tenedor de libros y corresponsal. Al año era socio por los buenos resultados que habían dado sus consejos financieros al jefe de la casa mercantil.

Una tarde quiso Almeida conocer la *Otra Banda* de la ciudad de Curazao, y allá se fué de paseo. Al saltar del bote en tierra, divisó el puesto de una mulata holandesa que vendía dulces. Se acercó a comprarle unos nisperos, y al poco rato se aproximó una mujer de arrogante aspecto, que pidió a la holandesa unos pastelillos de dulce de guayaba.

Almeida dijo a la dulcera:

—Despache usted antes a esta señora: primero, porque es una dama, y segundo, por ser tan hermosa.

—Gracias, caballero, por su cortesía.

Y lanzó sobre el joven portugués una mirada quemante, que lo trastornó. La señora recogió sus pastelillos, y saludando finamente a Almeida, con un ligero movimiento de cabeza, se marchó. El joven la siguió con la vista, y, tomados sus nísperos, la fué espiando de lejos. Vió que entraba en una casa, frente a una capilla protestante, tomó nota del sitio y se marchó.

Al día siguiente volvió a la *Otra Banda*, y se puso a pasear frente a la casa de la desconocida dama. Era casa terrera. Salió la bella moza al balcón y él, atrevido, la saludó; ella correspondió al saludo; y Almeida, sombrero en mano, se acercó a hablarle. La dama se le anticipó y le dijo:

—¿Usted no es de este país?

—¡Soy portugués, señora divina...!

—¿Y quiere usted mucho sus costillas?

—¡Desde luego! ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque yo soy una mujer casada y mi marido tiene malas pulgas y si lo encuentra a usted por estos andurriales le da una paliza que lo descuaderna.

—¡Eso será si yo me dejo...!

—Pregunte en Curazao, quién es Miguel Igartúa, empleado de la fundición de los señores Ulibarri y Co., y aténgase a los informes. Usted es un joven guapo y bien visto que se ha enamorado de mí. Llega usted tarde, la plaza está tomada; pídale a Dios, que le depare una buena moza, a su gusto, en otra parte, y adiós...

Y se retiró del balcón. Almeida echó a andar, sintiendo que el rostro le ardía. La franqueza de aquella mujer lo había abofeteado. Entró en el bote diciendo para su capote: «¡Esta arrogante mujer ha de ser mía, vive Dios...!»

## II

A la mañana siguiente se fué a la fundición de los señores Ulibarri y Co. Entró resueltamente en el gran almacén. Salió a atenderle un robusto mancebo. Díjole Almeida:



—¿Pueden componerme aquí esta cerradura?

—No, señor... Aquí hacemos solamente fundiciones. Tres casas más abajo puede usted encontrar lo que desea, pues vive por allí un cerrajero.

—¿Es usted el dueño de esta fundición?

—No, señor. Soy empleado asociado. Parece que usted es nuevo en el país.

—Soy portugués: socio de la casa de los señores Sousa y Co. Me llamo José Almeida, para servir a usted.

—Pues, mi nombre es Miguel Igartúa, y vivo en la *Otra Banda*, para lo que usted guste mandar.

### III

Almeida marchó a su casa. Estaba ya en la pista. Tomó informes reservados sobre su hombre y los obtuvo completos. Llegada la tarde se fué para la *Otra Banda*; y entró en un bodegón, según la nota de su cartera. Pidió un plato de mondongo y media botella de vino de Oporto.

Al poco rato entró Igartúa en el fonducho y divisó al portugués, que estaba saboreando su plato. Y con voz gruesa, frescachona y sonante le dijo, acercándose a él:

—Hola, hola, le gusta a usted el mondongo, como a mí. ¿Puedo sentarme en su mesa?

—¡Con mucho gusto! —contestóle el lusitano y añadió: —Lo convidó a un trago de vino de mi tierra.

Igartúa apuró el vaso de vino de Oporto, que le alargó Almeida. Dióle las gracias, y díjole:

—Yo piso mi plato con vino catalán del Priorato; y después un poco de sidra guipuzcoana, que es de mi tierra.

—¿Es usted guipuzcoano?

—De allá vine y mi mujer también.

—¿Es usted casado?

—Con moza de mi pueblo: fresca como una manzana y alegre como un ruiñeñor.

Terminaron la comida y pasaron al salón. Igartúa invitó a Almeida a jugar al dominó. Ya había otros amigos de Igartúa en la mesa de juego. Fué complacido. To-

das las tardes comían juntos mondongo y bebían Oporto y sidra vasca. Luego jugaban al dominó hasta las nueve. Se hicieron grandes amigos.

Un día invitó Igartúa a Almeida a almorzar un bacalao a la vizcaína en su casa, preparado por su mujer. Almeida aceptó. Llegado el domingo marcado, el portugués llegó a la casa del vizcaíno un cuarto de hora antes de la cita. Fué a abrirle la puerta la moza guipuzcoana, que retrocedió dos pasos al tropezar de manos a boca con el lusitano. Increpóle, diciendo:

—Mi marido no está en casa, espérelo afuera.

—¿Por qué? Pasemos al balcón; y de allí lo veremos venir.

—Usted le está buscando tres pies al gato y le va a encontrar cuatro. Ya sé que son ustedes grandes amigos y comen juntos mondongo y juegan dominó todas las noches; pero si Miguel huele que usted está enamorado de mí, le mete una cuarta de acero entre cuero y carne, que lo deja tieso de la primera puñalada. Y no sería usted el primero que guisaba por celos, porque ya ha echado por delante a dos desgraciados jóvenes testarudos.

—Lo siento mucho, señora, pero yo la adoro a usted con toda mi alma, y no me lo puede privar ni Miguel ni San Miguel.

—¡Hace bien! Adóreme usted todo lo que quiera, que a toda mujer le agrada gustar a los buenos mozos; pero ni me mire en la mesa; hágase indiferente, porque si mi hombre olfatea que usted me husmea, ¡ay, mi madre, lo doy a usted por muerto! ¡Y en verdad, que sería lástima, pues usted puede hacer feliz a cualquiera otra dama! ¡Ah!, por ahí viene Miguel. Asómese bien al balcón para que le vea.

Igartúa llegó al punto, abrazó a su mujer y estrechó la mano de su amigo; y sentándose en una mecedora de mimbre, exclamó:

—Tengo un hambre atroz. A ver, mujer, si nos traes unas aceitunas, unas rueditas de salchichón y unas copas de Jerez, para hacer boca. Y pronto, prontito el bacalao.

Comieron los amigos como buenos dientes. La mujer de Igartúa sirvió el plato favorito. Almeida ni la miró siquiera. El vasco le dijo:

—¡Hombre!, te olvidas de dar las gracias a mi mu-

jer por el bueno y succulento guiso con que nos ha obsequiado.

—¿Cómo le voy a dar las gracias, amigo, si tú no me la has presentado?

—¡Tienes razón! Ven acá, Alida Blanca. Este señor se llama Almeida, socio de la casa de Souza y Co., gran amigo mío.

—Señora, tengo mucho gusto en conocerla y la felicito a usted por sus habilidades en el arte doméstico. Le deseo todo género de prosperidades y reconózcame como un servidor.

Y ni la miró a la cara. Se dirigió en seguida a la percha, tomó su sombrero y dijo a Igartúa:

—Me olvidé cerrar la correspondencia y echar las cartas al correo, y tengo que irme. A la noche vendré un rato a hacerles tertulia.

Los esposos Igartúa se asomaron al balcón para verle partir. Ya lejos, dijo Miguel a Alida Blanca:

—Este Almeida es un hombre extraordinario: no chiclea a las mozas que entran en el bodegón, ni le gusta que los amigos hablen mal de las mujeres; siempre les dice: las mujeres las ha hecho Dios para que los hombres las adoren.

—¡Pues tiene razón...!

—¿Sí?, ¡eh! Pues a ti ni te ha mirado la cara, ni cuando te felicitó por el guiso de bacalao.

—¿Y cómo sabes tú que no me ha mirado?

—Porque lo estaba atisbando a ver si le gustabas.

—Pues, hombre, y vaya el papel que hacías tan desairado; y si le gustara, ¿qué ibas a hacer?

—No convidarlo más a mi casa, y si se corría del nivel, romperle las costillas, como sabes tú que lo sé hacer...

#### IV

Almeida, al entrar en el esquife, se dijo para su capote:

—Decididamente, le gusto a esta real hembra. Qué guapísima estaba. Le he conocido que le gusto en la manera de mirarme. Hoy estoy seguro de ello, porque mujer que hace la comparación entre dos hombres pronto juzga. Su marido tiene en la cara unos pelos rojos, sal-

teados, bizquea del ojo izquierdo y su cuerpo es un fardo carnoso, grotesco...

Por la noche, en su aposento, empezó a pasearse a largos trancos; y dió comienzo al monólogo *in pectore*:

—Estoy decidido: ¡esta mujer será mía! Pero tengo que quitar a este hombre del medio. *Ecco il problema*.

Parece que encontró la solución, y metiéndose en la cama, y arropándose, se quedó dormido exclamando: ¡será mía!, ¡será mía...!

## V

—Señor de Souza, usted sabe que hace más de dos años que sirvo en su casa. Necesito viajar para aliviar viejas penas. Según mis cálculos tengo de ahorros en la casa tres mil pesos, ¿puedo disponer de ellos?

—En seguida, si gusta.

—Desearía hacer sociedad con un naviero.

—Pues el capitán Perico Trinidad me dijo esta mañana, que le buscara precisamente tres mil pesos, pues tiene su goleta *Relámpago* hipotecada al judío Gaigal, y le cobra el tres por ciento mensual de interés.

—¿Cuándo podré ver a Trinidad?

—A las cinco de esta tarde, que me dijo que volvería por acá.

## VI

—Capitán Perico, mi socio tiene los tres mil pesos que usted necesita.

—Pues, llámelo usted.

—¿Qué interés me cobraría usted, señor de Almeida, por esos tres mil pesos?

—Ninguno: deseo navegar: admítame usted de socio.

—Pues bien; usted será el sobrecargo y yo el capitán de la *Relámpago*. Le haré escritura de venta por la mitad del barco. Partiremos las ganancias por igual.

—Conforme. ¿cuándo levanta usted el ancla?

—Esta tarde con el terral. Hoy puede quedar arreglado el negocio.

—¿Y, a dónde se dirige usted?

—A las islas Turcas, en busca de sal.

—Pues voy a preparar mi equipaje. Traiga al escribano, y el señor de Souza que le entregue el dinero.

## VII

Seis meses estuvo Almeida acariciando su plan para hacerse dueño de la moza guipuzcoana. Una mañana, que navegaban frente a Cuba, díjole a su compañero:

—Capitán Trinidad, en este trabajo intercolonial no se gana gran cosa. Esta goleta es muy andadora y de buena construcción. Vamos a armarla en corso y a piratear al azar.

—Yo no sirvo para esa empresa, ni la entiendo — contestóle el Capitán.

—¡Pero yo sí! Mi padre hizo el corso contra los ingleses y yo viajé cuando muchacho en su barco; es la gran vida: llena de peripecias y emociones. Déjeme usted que yo aderece la goleta en corso de firme y pronto será usted rico, muy rico.

—Pues usted manda; y desde ahora usted será el jefe y yo el segundo de a bordo, en cuestiones de piraterías.

Almeida empezó a preparar el barco para el ataque y el abordaje. Toda la obra muerta la forró por dentro de planchas de cobre para que las balas de carabina y la metralla no la atravesaran. Se procuró dos cañoncitos pedreros de bronce de seis libras de pólvora de carga, y llenó la sentina de pedruscos, escogidos en las playas: situólos en proa y popa. Se deshizo de la marinería endeble y cobarde y se procuró doce hombres fornidos, de alma atravesada. Les leyó la cartilla: todo tenía pena de horca; si se portaban bien, al año serían ricos y podrían quedarse en el puerto que gustasen.

El primer ensayo de marítima ratería lo hicieron con un barco sueco; era un *brick*; se acercaron a él; el europeo izó bandera propia, el *Relámpago* bandera negra. En el acto dispararon del brick seis tiros de carabina, que se incrustaron sus balas en la obra muerta de la goleta y una o dos en el palo del trinquete. La *Relámpago* a la distancia de ocho metros les largó la carga del pedrero de proa, con un ruido espantoso y fuese al abordaje. El cuchillo no dió lugar a cargar las carabinas suecas.

Aduñados del buque europeo, hicieron su agosto: lo saquearon: encerraron en la bodega a los supervivientes y barrenaron el buque para que se hundiera. La inmensidad de los mares se tragó el crimen.

Después de tres golpes de este género, Almeida se dirigió contra Curazao. Echó, al obscurecer, bote al agua y se fué derecho a la *Otra Banda*, en busca de su adorado tormento. Los esposos Igartúa se habían ido a vivir a St. Thomas, según los informes que pudo tomar.

La *Relámpago* hizo rumbo a las islas de Barlovento. Entró en el puerto de St. Thomas y Almeida fuése a tierra a indagar el paradero de la gente que buscaba. Pronto supo de ellos. Miguel Igartúa había puesto un establecimiento de ferretería por su cuenta, le había ido muy bien en el negocio; pero hacía un mes que estaba en cama atacado de una fuerte parálisis. Allá se fué impaciente el portugués. Alida Blanca le abrió la puerta. Al verle exclamó angustiada:

— ¡Dios mío! Si usted lo ve, no lo conoce. Siempre hablando de usted.

— ¡Vamos donde él...!

— Hola, Miguel, ¿qué te pasa?

— Aquí baldado e inútil, y tú, ¿qué te habías hecho?

— ¡Navegando, chico, para matar las penas...!

— ¡Pero, José, si estás guapísimo! Alida Blanca, mira qué guapo se ha puesto Almeida. Hija, ¿dónde estás? Me voy, querido José, contigo a navegar para que se me quiten estas murrias.

— ¡Cuando gustes, Miguel...!

Alida Blanca lo había oído todo; pero no quiso salir al llamarla su marido. Cuando oyó a su esposo decir que se quería ir a bordo con el portugués, se tapó la cara y rompió a llorar. Vino el Doctor y combatió tenazmente el embarque. Igartúa se puso furioso, y hubo necesidad de sangrarlo, porque le repitió el ataque cerebral. Por la noche era cadáver. Había hecho testamento ológrafo ante un escribano. Se abrió el documento y dejaba todos sus bienes a su esposa.

## VIII

Almeida acompañó a su amigo al cementerio, y al siguiente día dijo a la viuda:

—Me voy a hacer a la vela y dentro de un mes vuelvo a echar el ancla en la bahía de St. Thomas. Ahora sois libre y podéis contestarme. ¿Vuelvo o no vuelvo?

—¡Id con Dios, y con El volved! Antes, hablad con el cura de mi parroquia de la ciudad, pues yo soy católica.

—¡Adiós...!

—¡Adiós...!

Almeida quiso respetar el dolor de Alida y por eso fué lacónico en su diálogo con ella. Luego vió al cura católico, y éste le manifestó que al mes de muerto un feligrés no podía volver a casarse su viuda; que tenía que esperar diez meses. «—Si no me casáis —replicó el portugués—, reniego de mi religión y busco otra.» Y le refirió lo comprometido y difícil de su situación en tierra y peor en el mar. «—Tratándose de un caso especial y extraordinario, yo le casaré», contestóle el sacerdote.

## IX

Navegaba la *Relámpago* de bolina, cuando divisó a barlovento buena presa. Era en el mar Caribe: y la primera vez que Alida Blanca iba a presenciar un abordaje. Izada la bandera noruega el barco se vino contra el corsario que la izó negra y disparóle fuerte: la *Relámpago* contestó valientemente: y se trabó el combate cuerpo a cuerpo y al arma blanca, después de haberse abordado y trabado los barcos. Almeida salió triunfante como siempre. Tenía doce hombres que eran doce fieras: le habían muerto cinco. Es verdad que él había pasado a cuchillo a todos los contrarios. Al regresar a su barco le esperaba un espectáculo tristísimo y desesperante: Alida Blanca, en el entrepuente, estaba recostada del palo del trinquete, al parecer dormida o desmayada, pero estaba muerta, con dos balas clavadas en el pecho. Allí la había sorprendido el tiroteo y quiso presenciar la sangrienta lucha... Había querido presenciar el combate. Almeida la mandó esconderse en la bodega y ella contestó altiva: «—Yo soy vasca y las mujeres de mi tierra no le tienen miedo a las balas.»

El portugués no derramó ni una lágrima: se desahogaba echando maldiciones. Luego mandó hacer rum-

bo a St. Thomas. Fondeado en la bahía llamó a bordo al doctor Smith. Le pidió que embalsamara el cadáver de su mujer con los mejores productos químicos y las mejores esencias. La colocó en una caja de cristal, dentro de una de cedro, resguardada por otra de planchas de cobre.

## X

Se hizo a la vela y se llevó su tesoro, a depositarlo en una isleta desierta, frente a Puerto Rico. Todos los meses iba a visitar a su querida muerta, y a contemplar su inanimada faz, horas y horas...

Poco a poco fué cambiando la marine de la *Relámpago* sin darse cuenta de ello el capitán corsario, y todos los meses iba el fiel lusitano a adorar el rostro de su querida Alida Blanca... El personal de la goleta creía que iba a enterrar onzas de oro y alhajas. Sólo le acompañaban a la islilla el cocinero y el grumete.

En uno de los actos de piratería que hacía Almeida contra Puerto Rico, le coparon, con cinco de su cuadrilla, haciendo carnaje en la costa de Guayama. Fueron llevados a la Capital y tras una larga causa, fueron sentenciados a muerte, confirmada la sentencia por el Tribunal Supremo de Marina de la Habana, pues el corsario fué reclamado por los gobiernos inglés, francés y portugués, y fueron fusilados en el campo del Morro, el 14 de febrero de 1832.

## XI

Enterado el contra maestre, de lo ocurrido en San Juan, formó plan de apoderarse del tesoro del temible pirata. El había tomado el mando de la *Relámpago*, pues hacía tiempo que se había retirado el capitán Perico Trinidad. Hizo rumbo al sur y fondeó frente a la islilla, que visitaba Almeida todos los meses: y se dirigieron a la cueva, donde, enterrada, tenía el lusitano el cadáver embalsamado de su mujer.

Había en el suelo una pequeña cruz, que les sirvió de guía. Cavarón y a la vara se descubrió la caja de metal.

El contra maestre mandó suspender el trabajo de excavación y tomó el farol y bajó a reconocer el cofre por los lados. En esto, uno de los marineros hizo señas al



otro, indicándole con la mínima que le diera con la barra en la cabeza al contraмаestre y el tesoro se lo repartirían ellos dos.

Así lo hizo el infame y arrojaron el cadáver a un lado, suprimiendo un tercero en el reparto. Bajó el marinero a escarbar en los lados del cofre para treparlo, y al descubrirlo y ver lo grande que era, el mismo marinero que mató al contraмаestre, en el vértigo de la ambición, descargó otro golpe sobre la cabeza de su compañero, quitándole también la vida.

Solo con el cofre, entró el criminal a examinarlo detenidamente, y vió que tenía cerradura fina con botón metálico. Tocó el botón y subió la tapa de cobre, descubriendo el ataúd de cristal y un olor a esencia que le impresionó hondamente. El asesino alumbró el féretro y se quedó extático: una mujer hermosísima, como si estuviera durmiendo, se apareció a su vista. Creyó que era un encantamiento. El perfume de rosas se acentuaba. Se pasó la mano por la frente y un sudor frío la inundaba. Empezó a temblar desconfiando, poseído de una intensa superstición. Se le cayó el farolillo de la mano y se apagó y al levantar la vista vió al capitán Almeida, con los ojos llenos de ira, que le amenazaba con un largo puñal. Hizo un gran esfuerzo y saltó de la sepultura, y al caer en el piso tropezó con uno de los cadáveres, se bamboleó, y al poner el pie más adelante pisó al otro muerto. Cayó al suelo aturdido y al volver en sí, en vez de dirigirse a la boca de la Cueva, tomó otra dirección y fué a caer en un hondo precipicio, donde se estrelló la cabeza.

## XII

Los marineros del bote, viendo que no regresaban el Contraмаestre y los dos compañeros, prendieron un farol y se dirigieron a la cueva en busca de sus camaradas.

Al ver tres cadáveres y un ataúd con una mujer embalsamada, marcharon precipitadamente a bordo a noticiar al personal de la *Relámpago* lo que pasaba. Acudió el Sobrecargo a la isilla y llevóse al barco el ataúd de cristal y el de cedro para darle en St. Thomas cristiana sepultura a la esposa del Capitán Almeida.

Andando los tiempos, un ingeniero español visitó aquella isla para reconocerla y medirla por orden del Gobierno, y al toparse con una caja de muerto, hecha de planchas de cobre, no pudo atinar para lo que había servido. El práctico que le acompañaba informó, que era tradición en el país que allí estaba enterrado el tesoro de un pirata portugués, fusilado hacía tiempo en la Capital, y que aquel cofre de metal vacío indicaba que alguien lo había desenterrado, abandonando el inservible ataúd de cobre; pero el discreto ingeniero, al levantar el plano de la isllilla, se conformó con denominarla *Caja de Muertos*; y caja de muertos continúa llamándose.

FIN DEL TOMO PRIMERO



## INDICE

### DEL TOMO PRIMERO

	<i>Págs.</i>
Al lector . . . . .	5
Guanina . . . . .	9
El capitán Salazar . . . . .	19
El Cristo de los Ponce . . . . .	25
Las garras de la inquisición . . . . .	29
Una visita de ultratumba . . . . .	35
La casa encantada . . . . .	39
*El grano de oro . . . . .	45
Los milagros de San Patricio . . . . .	51
Los restos de una cadena de oro . . . . .	55
*La sortija de diamante . . . . .	59
El peñón de las palomas . . . . .	63
La mensajera de la muerte . . . . .	67
Una buena espada toledana . . . . .	71
Una buena jugada de naipes . . . . .	77
La Virgen de Belén . . . . .	85
El matador de tiburones . . . . .	87
La hija del verdugo . . . . .	93
El Santo Cristo de la Salud . . . . .	101
Guabacho . . . . .	105
La garita del diablo . . . . .	111
El pirata Cofresí . . . . .	117
Carabalí . . . . .	123
La cuesta del griego . . . . .	133
La mancha de sangre . . . . .	139

	<i>Págs.</i>
Las once mil vírgenes . . . . .	149
La campana del ingenio . . . . .	153
La sortija de rubí . . . . .	161
La palma del martirio . . . . .	165
La fuente mágica . . . . .	171
Becerrillo . . . . .	175
Santa Rosa de Lima . . . . .	181
El milagro de la Guadalupe . . . . .	185
Los negros brujos . . . . .	189
La endemoniada . . . . .	193
El prodigio de Hormigueros . . . . .	197
Los bailes de la Catedral . . . . .	201
El desorejado . . . . .	207
Papel de Iglesia . . . . .	209
El nudo gordiano del concubinato . . . . .	215
El carimbo . . . . .	219
La hija de la mulata . . . . .	223
Las ruinas de la ermita . . . . .	229
El tesoro de los frailes . . . . .	235
El remedio de la india . . . . .	255
El relicario de amatistas . . . . .	259
Juan Pataleta . . . . .	265
El grillete . . . . .	269
El tesoro del pirata Almeida . . . . .	273

